

The cover of Casimodo magazine features a central illustration of a muscular man in a loincloth, pulling a large bell. The bell is inscribed with 'AMERICA'. The background is a detailed, golden-hued illustration of a harbor with many sailing ships. The title 'CASIMODO' is written in large, green, stylized letters at the top. Below it, the words 'MAGAZINE INTERAMERICANO' are written in a black, gothic-style font. The issue information 'ENERO DE 1920' is printed in a simple black font. At the bottom left, a small structure is labeled 'NUMERO 7 TOMO III'. At the very bottom, there is a line of small text: 'PUBLICADO POR BONFOTE, CÉVALLES y Cia., EN LOS TALLERES DE LA INTERNACIONAL PUBLISIMICA Co., PANAMA, E. de P., AVENIDA NORTE, No. 33'.

# CASIMODO

MAGAZINE  
INTERAMERICANO

ENERO  
DE 1920

NUMERO 7  
TOMO III

PUBLICADO POR

BONFOTE, CÉVALLES y Cia., EN LOS TALLERES DE LA INTERNACIONAL PUBLISIMICA Co., PANAMA, E. de P., AVENIDA NORTE, No. 33



FAMOSA POR LA INSUPERABLE ELABORACION DEL

**PAN DALIA**

(Tan famoso como la heroína.)



12 PANECILLOS EN UN BOLLO, SABOR EXCELENTE, SE CONSERVA FRESCO POR MUCHOS DIAS

Gran surtido de **DULCES Y GALLETAS**

Desde el galletón para marineros y exploradores, hasta las finísimas galletas para té.

Conviene consultar la

**PANADERIA NACIONAL**

en toda ocasión de Bodas, Banquetes, Cumpleaños, Bautizos, Bailes, etc.

Todos los materiales usados en la

**PANADERIA NACIONAL**

son siempre puros y frescos.

**PRECIOS MODERADOS  
SERVICIO A DOMICILIO**

44 AVENIDA CENTRAL  
TELÉFONO 224 — APARTADO 224

CHAMPION  
OF  
GENUINE  
FLAVOR  
AND  
WHOLESALENESSE  
IN  
BREAD, PASTRY  
AND  
BISCUITS

**FARMAGIA MODERNA**

DE

**RAMON GRAU**

AVENIDA CENTRAL No. 92

PANAMA, R. de P.

¿Que que le ha dado a la

**FARMAGIA MODERNA**

la importancia que tiene y el crédito de que disfruta?

El esmero en el despacho de recetas; la buena calidad de sus drogas y de sus medicinas, siempre frescas; el buen surtido que mantiene y la baratura de sus precios.

TELÉFONO 453.

APARTADO DE GORREO 616

**BERNARDINO RODRIGUEZ**

FRENTE AL PARQUE CENTRAL.  
Panamá, R. de P.

**SASTRERIA MODERNA**

LA PREFERIDA POR TODAS LAS  
PERSONAS DE BUEN GUSTO

—  
**LOS ULTIMOS MODELOS,  
LOS MEJORES CASIMIRES,  
ESPECIALIDAD EN VESTIDOS  
BLANCOS Y EN VESTIDOS  
LIGEROS**

—  
PUNTUALIDAD, RESPONSABILIDAD Y ESmero

**HOTEL LOMBARDI**

David, R. de P.

La Provincia de Chiriquí es el sitio a donde convergen las miradas de todos los hombres de negocio por las mil oportunidades que ofrecen la feracidad de sus tierras y sus facilidades de transportes con motivo del nuevo ferrocarril.

Pero el forastero que llega a David necesita un sitio confortable en donde descansar, y lo tiene ya en el

**HOTEL LOMBARDI**

el mejor de la localidad; allí cuenta el pasajero con todo el confort que puede obtener en una ciudad moderna.

Buenos baños, Cuartos bien ventilados; Servicio sanitario, eficiente y magnífica cocina.

Dirigirse: SANTIAGO LOMBARDI, David.

# The F. C. Herbruger Company

CASA ESTABLECIDA EN 1874

AVENIDA NORTE No. 19,

PANAMA, R. de P.

SUCURSAL FRENTE AL MERCADO

TELEFONOS Nos. 665-177

APARTADO No. 26

**45** AÑOS de experiencia en los negocios hacen de este establecimiento el más popular y acreditado de la República.

**L**A excelente calidad de sus telas de hilo y de algodón, el surtido magnífico que mantiene de

ZARAZAS, LONAS,

OLANES, PERCALAS,

LETINES, ENCAJES,

MERCERÍA, MANTASUCIA,

TEJIDOS, COTINES, Etc.

y el esmerado interés con que atiende los pedidos que se le confían, convierten ésta en la casa de confianza de todos los comerciantes del interior de la República.

Relacionese usted con

**THE F. C. HERBRUGER COMPANY**

ye se sorprenderá de la calidad de sus géneros y de la baratura de sus precios.

# “EL CIELO”

ALMACEN DE MERCANCIAS

Quelquejeu, Jiménez y Cía.

Avenida Norte, Píezuela Amador

Apartmento de correo No. 891.

Teléfono local 312

## IMPORTADORES DE

Zarzas	Olanes	Letines	Encajes	Punto Inglés	Pañales
Batones	Cintas	Driles	Perinas	Regatanes	Medias
Máquinas de coser	Lana	Loullias	Rifios	Cápuilas	Revolvers

**Suela chiricana, provisiones de todas clases, etc.**

LICOR MATA-BICHOS Y JABON “LA POPULAR,” AMBOS DE FABRICACION NACIONAL

# PANAMA AGENCIES COMPANY

BALBOA

Tel. 414

PANAMA

Tel. 536

CRISTORAL

Tel. 28

AGENTES DE VAPORES Y CORREDORES

IMPORTADORES Y EXPORTADORES

COMERCIANTE EN GENERAL

Especialidad en consignaciones, re-exportaciones, traslados, despachos para mercancías de tránsito

Nuestro departamento de mercancías está en condiciones de atender cualquiera operación mercantil

ESCRIBA A CUALQUIERA DE NUESTRAS OFICINAS

AGENTES DE

**W. R. GRACE & Co.**

Con sucursales en las mayores y principales ciudades del mundo

LOS MAYORES IMPORTADORES DE ARROCES ASIATICOS

# CANAVAGGIO HERMANOS

AVENIDA CENTRAL, No. 16.—PANAMA.—R. de P.

CASA IMPORTADORA DE  
VINOS, LICORES Y CONSERVAS DE LAS MEJORES MARCAS



## VENTA POR MAYOR Y MENOR

de un variado y escogido surtido de objetos artísticos como lámparas eléctricas, cuadros, cristalería y otros objetos curiosos muy propios para regalos de boda

# CIGARRILLOS DE LA HABANA

LA LEGITIMIDAD, BOCK, SUSINI, HENRY CLAY

LAS MEJORES MARCAS.

Frescos siempre, siempre aromáticos, surtido completo para todos los gustos

DE VENTA EN TODAS PARTES

JOSE PADROS, AGENTE

PANAMA, R. DE P.

PANAMA:

Placeta de Arango No. 3

Apartado No. 666

Teléfono 429

COLON:

Frente al Parque

Apartado Número

Teléfono 279

Por Cable: "Padros"

DISCOS

# LA POSTAL

VITROLAS

GERVASIO GARCIA, Propietario.

Avenida Central, No. 58.—PANAMA.

A este establecimiento concurren obligadamente todas las personas amantes de la buena música, a proveerse de Vitrolas y Discos de la afamada casa VICTOR, y siempre salen satisfechas.

Por cada correo llegan a LA POSTAL, las mejores Revistas y Periódicos de España, Centro y Sur América, en que colaboran los más renombrados escritores del habla hispana.

Instrumentos de diferentes clases y a precios muy bajos.

INSTRUMENTOS DE CUERDA

POSTALES

La práctica en este negocio nos permite ofrecer a nuestra numerosa clientela los mejores artículos en el ramo de PAPELERIA Y UTILES DE ESCRITORIO.

REVISTAS



# Banco Nacional

FUNDADO EN 1904

CAPITAL: B. 750.000.00

DEPOSTARIO OFICIAL DEL GOBIERNO

Recapitulación del Balance General de saldos al  
31 de Diciembre de 1919

### ACTIVO:

Caja . . . . .	B.	310,426.93
Bienes inmuebles . . . . .		49,471.30
Mobiliario . . . . .		2,838.68
Préstamos . . . . .		1,414,069.05
Giros por cobrar . . . . .		1,904.40
	B.	1,778,710.36

### PASIVO:

Capital . . . . .	B.	750,000.00
Fondos de Reserva . . . . .		219,126.76
Depósitos . . . . .		809,583.60
	B.	1,778,710.36

J. A. ARANGO,  
GERENTE.

E. A. JIMENEZ,  
CAJERO.

#### DIRECTORES:

FEDERICO BOYD,  
PRESIDENTE.

SANTIAGO DE LA GUARDIA, JUAN BRIS,  
JULIO ORILLAO Y JUSTO AROSEMENA.

Dirección: Banco Nacional

Panamá, R. de P.

# PALAIS ROYAL

J. S. PEREIRA

Avenida Central y Calle 9a., Panamá, R. de P.

TODA CLASE DE ARTICULOS FINOS PARA CABALLEROS

ESPECIALIDAD EN VESTIDOS HECHOS Y A LA MEDIDA, EN  
LANA INGLESA HILO Y PALM BEACH

TODA COMPOSICION EN LOS VESTIDOS ES GRATIS

# LA NACIONAL

FABRICA DE MUEBLES Y CARPINTERIA

— DE —

ANTONIO MARTINEZ

Apartado No. 37—Calle 9a. Número 18.—Panamá.—Teléfono No. 195

Reparación de antigüedades e incrustaciones con toda clase de  
maderas finas.—Restauraciones finas de Barnicería de muñeca.

Old furniture repaired and renewed.—Inlay work of every descrip-  
tion with Native woods. Best varnish used and strics and work.

# FARMACIA ITALIANA

EUSEBIO BARAÑANO, PROPIETARIO.

PANAMA, R. DE P.

**TIENE** siempre en existencia un surtido completo de drogas, productos químicos y farmacéuticos frescos y de la mejor calidad, importados de los más afamados fabricantes de Estados Unidos de América y Europa.

**ESPECIALIDAD** en toda clase de artículos de Perfumería de las más acreditadas casas de más renombre de ambos Continentes.

VENTAS POR MAYOR Y AL DETAL, A LOS PRECIOS MAS EQUITATIVOS POSIBLE

## EL DEPARTAMENTO DE RECETAS

está al servicio de expertos en la materia, y la dirección médica bajo los auspicios de facultativos de la mayor nombradía y reputación.

**TRATO AFABLE Y COMEDIDO**

PREPARACION ESPECIAL DEL "VINO PAOLI", ACEPTADO COMO UNO DE LOS MEJORES RECONSTITUYENTES

**PRONTITUD Y ESMERO EN EL DESPAGO DE PEDIDOS**

AVENIDA CENTRAL No. 49.

APARTADO DE CORREO NÚMERO 595.

TELÉFONO NÚMERO 227.

DIRECCIÓN CARLEGGRAFICA: BARAÑANO

# LA CONVENIENCIA

HAN HAP & Co.

Avenida Central, número 36, frente al parque  
Santa Ana.—Panamá.

**SEDERIA, JUGUETERIA,  
PERFUMERIA**

Y

**ARTICULOS DE FANTASIA**

Es la casa que hace más negocio,  
porque es la que más barato vende.

# JOYERIA Y RELOJERIA

— DE —

**J. ANIBAL GONZALEZ**

Panamá—Calle 2a. No. 16, Apartado de correo No. 814

**ESPECIALIDAD** en engaste de diamantes y perlas.

SE graban con nitidez y arte monogramas, inscripciones y emblemas.

**LO EQUITATIVO** de nuestros precios hace que tengamos mayor clientela cada día.

# OSCAR MULLER

JOYERIA - RELOJERIA - OPTICA



SPECTACLES, EYE-GLASSES

**ESPECIALIDAD EN**

Brillantes lo más finos y en Perlas de distintos tamaños



Lentes y anteojos de todas clases

Avenida Central, número 10  
PANAMA

# DR. ALFONSO DE LA TORRE

**CIRUJANO  
DENTISTA**

OFICINA - CORREO - TELEFONO  
Ave. Cent., No. 43 No. 1 No. 57

PANAMA

ORIFICACIONES, PUENTES Y CALZAS  
SON NUESTRA ESPECIALIDAD

**EXTRACCIONES SIN DOLOR**

La más rigurosa higiene reina en nuestra clínica, la cual cuenta con todos los aparatos modernos que se usan en los principales gabinetes dentales de los Estados Unidos.

# CUASIMO

MAGAZINE INTERAMERICANO



Nº. 7

PANAMA, R. DE P., ENERO DE 1929

TOMO III

## CONTENIDO

	Páginas	Páginas	
<b>LOS GRANDES ASUNTOS DEL DIA.</b>			
El momento político . . . . .	3	Defensa de los libros inmorales,— Lucifer y los Angeles . . . . .	54
Venderlo otra vez . . . . .	3	La fuerza dinámica de la repetición . . . . .	54
La caída de Clemenceau . . . . .	4	<b>DE COLABORACION.—</b>	
Hubla Kerensky . . . . .	5	La oración en el Arte, por C. López de Toed . . . . .	58
Las elecciones senatoriales francesas . . . . .	6	Humores de letras—Galdós y García Calderón, por O. Méndez Pereira . . . . .	61
Un empréstito para Irlanda . . . . .	6	El valor de las palabras, por Blázquez de Pedro . . . . .	62
Revoluciones del Almirante Sims . . . . .	7	Carta a un inaccesible, por Mercedes Negros Muñoz . . . . .	67
El bloqueo ruso . . . . .	7	Status social y educación de la mujer moderna, por J. D. Crespo . . . . .	65
Un economista inglés en los EE. UU. . . . .	8	<b>TRABAJOS NOTABLES.—</b>	
La expulsión de Víctor Berger . . . . .	9	Cuando los Grandes Cuatro se reunieron, por Maynard Keynes . . . . .	74
El terrorismo en los EE. UU. . . . .	12	Juventud conservadora, por M. Bonet en la revista argentina «Círculo» . . . . .	82
Un fiscal del Gobierno Federal que renuncia en señal de protesta . . . . .	12	Los gobiernos de fuerza son ridículos, por Bernard Shaw en el «New York American» . . . . .	83
<b>AQUILATACIONES.—</b>		¿Por qué debemos dejar quieto a Móleno?, por J. K. Turner en «The Nations» . . . . .	88
La leyenda benaventura, por Nemesio Canales . . . . .	17	Las cosas claras, por Unamuno en la revista «España» . . . . .	92
<b>ACTUACION DE LA MUJER MODERNA.—</b>		<b>GINESTO T. LEPEVRE</b> . . . . .	95
El célebre triángulo de Maeterlinck . . . . .	22	<b>NOTICIAS DEL MUNDO CIENTIFICO.—</b>	
La Mujer y el Sistema Capitalista . . . . .	23	La electricidad rejairenesca, por Federico Calvo . . . . .	96
<b>FIGURAS DEL PROSCENIO.—</b>		<b>NUESTROS PROFESORES DE IDEALISMO EN AMERICA.—</b>	
Lady Astor . . . . .	24	Guillermo Valencia, poeta catferrano y aristócrata, por Julio R. Barcos . . . . .	99
Foster . . . . .	26		
Masaryk, Presidente de Checoslovaquia . . . . .	28		
<b>ARTE Y LETRAS.—</b>			
Un nuevo Wagner en Austria . . . . .	42		
Las tribulaciones de un violinista en los EE. UU. . . . .	44		
Dois grandes obras sobre el Ashú . . . . .	47		
Vida y obras de Leonidas Andreyeff . . . . .	48		
Un nuevo Dostoevsky . . . . .	51		
Santa Clara . . . . .	51		
Políticos españoles.—Simblanza de Maura . . . . .	52		

CeDin

## ERRATAS

Aparte de otras menudas, queremos llamar especialmente la atención del lector a las siguientes del artículo «Guillermo Valencia, etc.», del Sr. Barcos: "elegancia," (página 99) por "elegancia"; "paligenesia," en la misma página, por "paligenesia"; "Chiraldó," por "Ghiraldó"; "epate le bourgeois" (página 100) por "epate le bourgeois"; "desborda" (página 101) por "desbordaba"; y, al final del párrafo antepenúltimo, un galimatías resultante de dos líneas invertidas que debe leerse así: "... que la ha mantenido, como a la Bella Durmiente del Bosque, sumida en letárgico sueño, hasta retardarla en su evolución y su cultura por casi dos siglos."

## NUESTRA COLABORACION

No nos hacemos solidarios de los trabajos que ven la luz en este periódico con firmas responsables.

## A NUESTROS AGENTES

A todos aquellos de nuestros agentes que no han respondido a las reiteradas solicitudes de la administración de esta empresa, les notificamos que no se les servirá más el periódico mientras no rindan debidamente sus cuentas. Y como esta medida podría perjudicar injustamente a las personas suscritas por conducto de dichos agentes, rogamos a todo aquel que se encuentre en este caso se sirva dirigirse directamente a nosotros para agregarle a nuestra lista de suscriptores.

## A NUESTROS SIMPATIZADORES

Si es usted verdaderamente simpatizador de nuestro periódico, no olvide que un órgano de opinión independiente es objeto constante de toda suerte de ataques, maquinaciones y asechanzas, y préstenos su inteligente concurso en una forma práctica y nada onerosa para usted. ¿Cómo? Pues con sólo fijarse en nuestros anuncios y preferir en sus tratos comerciales a nuestros anunciantes—siempre que esto no le perjudique—estaría usted librando la mejor de las campañas en favor del desarrollo de las ideas liberales en América.

# Los grandes asuntos del día

(NOTAS DEL DIRECTOR)

## El momento político en el mundo

**L**AS cosas van bien mal, pero... ¡qué bien van las cosas! Con estas palabras de apariencia paradójica—todo cuanto ocurre hoy día tiene apariencia paradójica—podría hacerse el resumen de este momento político del mundo.

Con una crisis tremenda en los cambios; con la libra esterlina bajando, según los últimos cables, hasta no valer sino pesa más de tres dólares; con las más ricas naciones de Europa obligadas a confesar que no tienen ni dinero ni crédito para proveerse de las innumerables cosas que urgentemente necesitan del mercado de los Estados Unidos; con los más reputados hacendistas declarando a voz en cuello que la postulación económica del mundo, en vez de presentar síntomas de mejoramiento, los presenta de un fulminante empobrecimiento hasta el punto de que estiman que los más heroicos e inteligentes remedios no bastarán a conjurar del todo el peligro de una bancarota general; con el rápido, desconcertante y total desquiciamiento de todo cuanto dejaron hecho los arúspices del tristemente célebre Consejo de los Tres y de los Cuatro... todo cuanto se diga es poco para pintar la angustia y el pánico que se va apoderando de los que creyeron en la eficacia maravillosa de los arroyos y zureidos del Tratado de Versalles.

Ya no es la voz de los extremistas, de los radicales, la que señala el peligro y habla en tono imponente de los desastrosos monstruos, de las torpezas criminales que han ido preparando este caos, sino la voz de los mismos economistas de cuño tradicional y de los más recatados representantes políticos del sistema actual, la que se oye a diario clamando por un cambio de rumbo que, ya que no evite, atenúe al menos la catástrofe económica que estiman inminente.

Mirando, pues, las cosas con criterio de hombres de tradición, aferrados a las viejas normas del capitalismo, el cuadro no puede

ser más pavoroso. Pero a medida que desde tal ángulo se descubren perspectivas más sombrías, desde el ángulo opuesto, desde el punto de vista de los que abogan por un nuevo orden, todo cuanto abraza la mirada es nuncio seguro de que marchamos velozmente a la catástrofe, sí, pero a una catástrofe necesaria y saludable, por cuanto ella significa la suprema caída del monstruo del feudalismo capitalista y el advenimiento de un sistema social que anabe para siempre con el tipo de civilización sólida y rapaz en cuyo vicioso putrefacto se aguzaban siempre la guerra y el hambre.

## Vanderlip habla otra vez

En una entrevista que el día 4 de Enero celebró el eminente economista Frank A. Vanderlip, ya conocido de nuestros lectores, dictó al repórter de un diario newyorkino la siguiente declaración:

"Creo que el mundo está amenazado de una de las más grandes crisis de la historia. Hay una gran escasez de alimentos en algunas partes de Europa y antes de que se recolecte la próxima cosecha, el área castigada por esta escasez será muy grande. Gentes que están bien familiarizadas con la situación de Alemania me dicen, por ejemplo, que no hay la suficiente previsión allí, en lo tocante a la conservación de los comestibles, para lograr que su actual existencia de alimentos dure hasta la próxima cosecha.

Aun cuando no hubiera dificultades materiales para transportar las provisiones a las comunidades necesitadas, todavía la demanda de alimentos sería imposible de satisfacer con la existencia que hay en el mundo actualmente. Hay grandes dificultades para el transporte de provisiones, aun en el caso de que pudieran obtenerse. Estas dificultades provienen de que los medios de transporte están física y financieramente desequilibrados, circunstancia esta

que traerá por resultado el que en algunas comarcas sea imposible cambiar el hambre aun cuando hubiera suficientes provisiones en todos los puertos de Europa.

"Las dificultades financieras son una cuestión aun más grave. ¿Cómo van algunos de estos países a obtener crédito en el exterior, indispensable para comprar las provisiones que necesitan? Esta cuestión es una que los hacendistas no han podido resolver todavía. Tan necesaria es para los países de Europa obtener materia prima como obtener alimentos. Ellos tienen que volver a trabajar, pues de otro modo no se los podrá salvar."

—Pregunta del repórter: ¿Hay alguna posibilidad de evitar la falta de alimentos en Europa que costará millones de vidas?

—Respuesta de Vanderlip:

"Creo que es humanamente imposible evitar la escasez de comestibles en el mundo. Creo que será de todo punto imposible evitar el hambre en algunos sitios. El grado de este peligro depende de que a tiempo se reconozca la magnitud del peligro. Si el peligro es afrontado oportunamente, otro seguro que algún medio se encontrará para hacer efectivas nuestras responsabilidades. El tiempo es un elemento muy importante."

—Pregunta: ¿Cuándo cree usted que la crisis será más aguda en el mundo?

—Respuesta:

"La escasez actual llegará al máximo, en Mayo o Junio. No hay, pues, mucho tiempo que perder para poner en juego los recursos que sean necesarios a fin de evitar las tremendas consecuencias."

—Pregunta: ¿Qué consecuencias cree usted habrán de resultar?

—Respuesta:

"Donde reina el hambre, siempre hay revolución!"

—Pregunta: ¿No cree usted que los aliados y los Estados Unidos tienen la culpa de esta escasez de alimentos ocasionada por su política en Rusia?

"No han precipitado ellos esta situación con su empeño de derribar la República Soviet, teniendo en cuenta que Europa dependía de Rusia en un treinta por ciento de sus comestibles?"

Vanderlip se negó a responder a esta pregunta para la publicidad. Todo lo que consintió en decir fue: "Se ha hablado un velo sobre el asunto de Rusia."

## La caída de Clemenceau

No sentíamos la satisfacción que se registraron en estas notas este acontecimiento que vino de repente a trastornar tantas ilusiones.

Amanas a Francia por su brillante papel en la historia de los más bellos movimientos emancipadores de la humanidad y nos dola viera arrastrada por Clemenceau a sus excesos reaccionarios e imperialistas que inspiró y presidió el famoso Tigre desde que se dió por terminada la guerra. Clemenceau era, sin disputa, el hombre fuerte por excelencia que Francia necesitaba para salir del atolladero de la guerra, pero ya hemos tenido en numerosas ocasiones de convencernos de que precisamente las mismas cualidades que le hacían hombre indispensable durante la situación anormal creada por la guerra le incapacitaban en absoluto para los complicadísimos y angustiosos problemas de la paz. Clemenceau ha hecho más que ningún otro estadista de Europa en cuanto se refiere a imprimirle al Tratado de Paz carácter francamente militarista y regresivo. Ya hemos visto que cada vez que se rene un Consejo Económico en cualquiera de los países aliados, se se nos habla de otra cosa que de la necesidad urgente de una reconstrucción general, tanto de los países victoriosos como de los países vencidos, a base de una amistosa, leal y decidida cooperación, lo cual existiría la más tremenda oscuridad de la labor fructosa de los Grandes Cuatro en que tan principal papel hizo Clemenceau.

Son muchos los observadores políticos que ven en la brusca y sorprendente caída de esta tan alta figura política una relación muy estrecha con el suceso más importante que ha ocurrido desde el principio: el levantamiento del bloqueo de Rusia.

Parece que la política del cordón sanitario alrededor de Rusia que había dictado Clemenceau, había ido enyendo en tal desprestigio, a causa de las derrotas repetidas y desconcertantes de los generales antibolsheviques y a causa también de la crisis de los alimentos en Europa agravada por la in-comunicación con Rusia, que el grupo parlamentario de descontentos encabezado por Aristides Briand acabó por triunfar.

Los tres informados mantienen que la caída de Clemenceau significa la vuelta al poder del célebre líder Briand, lo cual constituiría una completa revolución en cuanto a la política interior y extranjera del gobierno francés. En lo exterior, se acentuará ya los cordones sanitarios y el apoyo incondicional a los egregios grupos conservadores de Polonia, de Hungría, y de otros pequeños esta-

dos con que se contaba para mantener el fuego ardiendo en la frontera rusa.

En lo interior, habrá por primera vez el designio de imponer fuertes contribuciones a las fortunas grandes que contaban con Clemenceau para que la clase trabajadora fuese la que directa o indirectamente cesase sobre sus espaldas la enorme carga de la deuda nacional.

Se cree que está fuera de toda duda que el gabinete Millerand es solamente un expediente de interinidad y que las más desazonadas figuras que lo componen fueron escogidas por Briand para prestar servicio sólo hasta la terminación de Poincaré, que será cuando Briand se hará cargo de la jefatura del gabinete con un personal completamente distinto.

Berthelot, que desempeña el cargo de Subsecretario en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, ha tenido también mucho que ver con la hábil maniobra que derribó a Clemenceau. Este Subsecretario era decididamente opuesto a la política de Clemenceau en Rusia, pero nada podía hacer para cambiarla. Era, sin embargo, íntimo amigo de Briand y ambos se pusieron a trabajar con empeño para derribar al Tigre y poner término a la suicida política extranjera del que hasta ahora ha venido figurando en la prensa norte y suramericana como el ídolo de Francia.

Parece que Deshaenel, el nuevo Presidente de Francia, no imitará a Clemenceau en su empeño de centralizar en sus manos toda la autoridad de la República, y es seguro que se ceñirá a la doctrina francesa de que el Parlamento es supremo. El hombre, por consiguiente, que sustituirá realmente a Clemenceau como Jefe del Gobierno en colaboración con la Cámara, será Aristides Briand, de quien se espera asumirá en no lejana fecha las funciones de Premier.

## Lo que dice Keresky

La agencia mundial United News celebró recientemente un interesante interviú con Alejandro Keresky, el célebre jefe del Gobierno revolucionario de Rusia a la caída del Zar.

Keresky está ahora casi totalmente recluido en las colinas de Kentish, Inglaterra, donde su salud se va reponiendo rápidamente de los quebrantos sufridos durante su meteórico paso por el gobierno de Rusia. Según nos le presenta "The United News", se mantiene "ágil de cuerpo y alerta de espíritu, coexistiendo todavía mucho del magnetismo personal que explica lo vertiginoso de su carrera en Rusia."

No oculta que cometió errores, pero se siente optimista cuando contempla el porvenir, no habiendo renunciado aun a su sueño de regenerar su patria. Está rodeado ahora de un grupo de intelectuales de los que contribuyen a derribar al Zar, gentes que están en la mitad del camino, ni bastante radicales para los Soviets, ni bastante conservadores para los imperialistas.

Interrogado acerca de su concepto de la situación actual de Rusia, Keresky habló así:

"Rusia está soportando el bolshevismo y a los ultra-radicales miembros de la Izquierda para poder escapar de las garras de los representantes monárquicos de la Derecha. Yo predijo hace 18 meses que este sería el resultado inevitable de las intrigas incesantes de los gobiernos europeos en su política de intrusión en Rusia."

"La política de Italia contra la intervención y en favor del levantamiento del bloqueo y de la reanudación de relaciones con todas las facciones, era la más recomendable y justa, pero, por desgracia, no era del gusto de los otros aliados. Los socialistas italianos no han logrado convencer a Inglaterra ni a Francia."

(Se ve que Keresky hablaba antes del levantamiento del bloqueo).

"Las declaraciones de Lloyd George y de Clemenceau en el sentido de que no ayudarán a los ucranianos eran dignas de aplauso, pero hasta ahora han resultado meras palabras vacías."

"Los demócratas de Rusia hoy día sienten una gran animosidad contra los franceses y los ingleses."

"Boris Bakhmeteff, que ahora ocupa la Embajada rusa en Washington, y aparentemente el sólo aceptado como el representante de Rusia allí, no representa a nadie, siendo solamente un agente de Kollchak."

"Estoy muy preocupado con los rumores que circulan acerca de que el Secretario Lansing ha autorizado al Japón para proceder como lo tenga a bien en Siberia. Yo espero que esto no sea cierto, ya que no sería justo, y representaría el mayor de los peligros para la paz futura de Rusia, China y los Estados Unidos."

"La adquisición del carbón y el hierro de Siberia haría a los japoneses económicamente independientes, poniéndoles en condiciones de desarrollar un programa imperialista que sería una amenaza permanentemente suspendida sobre la democracia y la civilización."

Manifestó que Inglaterra y el Japón "estaban en la más cordial de las intenciones para tratar de desmembrar a Rusia, que am-

las potencias desean devorar por cuenta propia."

Cuanto a lo que se ha dicho para tratar de justificar la actitud agresiva del Japón en Siberia con un medio de impedir la propagación del bolshévismo hasta China, todo ello es, según Kerenski, de una tontería irrealizable. La acción del Japón resulta "imposibilitada por razones raciales, temporales, industriales y económicas." Cuanto al futuro, el antiguo caudillo ruso manifiesta que esperaba

"que un gobierno estable, conservador y democrático surgiera de la actual organización política tan pronto como los estadistas verdaderos vayan ganando influencia en Rusia. Muchos funcionarios que no son bolshéviros participan ahora en la obra del gobierno sólo por razones de conveniencia pública, ya que se han dado cuenta de que la política aliada de un bloque indefinido está impidiendo la eliminación del hambre, que es el más formidable aliado del bolshévismo."

Por estas palabras vemos que la política del Consejo Supremo ha sido tan sabia, que se ha enajenado todos los elementos de Rusia, desde los más radicales hasta los más moderados, con la sola excepción del grupo de aventureros del antiguo régimen zarista.

## Las elecciones senatoriales en Francia

Nadie esperaba que las elecciones para el Senado francés indicaran cambio notable en la opinión pública. De igual modo que las elecciones presidenciales, las elecciones senatoriales francesas son indirectas. Los senadores son electos en cada departamento por colegios electorales compuestos de consejeros cantonales y departamentales, delegados de los municipios y diputados. Este voto indirecto asegura la preponderancia de los electores rurales y garantiza el conservadurismo de la Cámara Alta. En tiempos pasados los socialistas ni soñaron siquiera con proponer un candidato para el Senado. Sin embargo, este año el éxito inesperado que obtuvieron en las elecciones municipales les dio aliento para presentar candidatos en tres o cuatro departamentos y por vez primera un socialista tomará asiento entre los graves magnates del Palacio de Luxemburgo.

Fuera de esto, no ha ocurrido ningún cambio en la composición interna del Senado. Nunca ha sido este Cuerpo muy interesante, pero el nuevo Senado tiene una importancia especial en esta ocasión por el hecho de que ante él, constituido en supremo tribunal, ha

de comparecer el acusado por traición Joseph Caillaux, antiguo Primer Ministro de Francia, Ministro de Hacienda después de su primer Gabinete Clemenceau y líder del partido radical, y, en fecha más reciente, partidario de iniciar negociaciones para una paz separada, y acérrimo enemigo personal de Clemenceau y Poincaré.

Los despachos cablegráficos han arrojado hasta ahora muy poca luz acerca de la actitud del Senado con el asunto Caillaux, que promete rivalizar con el de Dreyfus en sus nacionalismos, elocuentes y zarabandas políticas.

El nuevo Senado está presidido por León Bourgeois.

## Un empréstito por Irlanda

La campaña para colocar bonos del empréstito de Irlanda, que asciende a diez millones de dólares, dió comienzo oficialmente en New York el día 17 de Enero, De Valera, que ha llegado a ser una de las figuras más populares en los Estados Unidos, fué recibido oficialmente en las salones de la Casa Ayuntamiento por el Alcalde Hyland de New York, quien le presentó a la enorme concurrencia con estas palabras: "La autodeterminación de hecho y de derecho no es posible negársela al pueblo de Irlanda. Más de setenta comunidades en Irlanda votaron en las recientes elecciones en favor de una república irlandesa independiente y en vuestra persona estos electores reconocen a su único representante legal. Sea cual sea la actitud del mundo ante estas expresiones favorables a una existencia nacional independiente, la autenticidad de la alta representación de que os hayais investido no puede negarse."

De Valera, el primer Presidente electo de la República de Irlanda, respondió declarando que la acogida con que se le recibiera era una demostración del apoyo que el pueblo de América estaba dispuesto a darle a Irlanda en su lucha por la libertad. "Yo llegué aquí hace seis meses—prosiguió—"con la ostensible intención de obtener el reconocimiento de la joven República irlandesa. Hombres situados en altos cargos oficiales pueden haber vacilado en recibirme, pues la República no había sido reconocida por los gobiernos del mundo; pero el gran corazón de New York me lo permitió a ella vengar. Y así se apresuró a honrarme con la más espléndida de las recepciones y más de cien ciudades después han seguido el ejemplo que les dió New York el año pasado. Yo tomo la demostración de hoy como un presagio de victoria."

El empréstito de diez millones, primero que flota el gobierno electo de Irlanda, fué autorizado por el Congreso irlandés con fecha de Agosto 29 de 1919. Los bonos expedidos son de tres tipos, de diez y de veinticinco y de cien dólares y desde mil hasta diez mil.

Cuarenta mil obreros tomaron a su cargo el hacer una campaña de casa en casa para colocar los bonos en todos los barrios de la ciudad.

## Las revelaciones del Almirante Sims

Una de las notas más ruidosas de la actualidad americana es la bomba lanzada por el Almirante Sims al declarar ante una comisión del Senado que cuando se le envió a Europa un poco antes de que los Estados Unidos intervinieran en la guerra, no se le dió ningún plan concreto de la marina americana, sino que sus superiores se limitaron a esta admonición: "No le deje escapar por los ingleses. No es asunto nuestro el señalarles las castañas del fuego a ellos. A nosotros lo mismo nos da pelear contra los ingleses que contra los alemanes."

Sims se limitó a decir que quien le dió estas instrucciones, es "una persona que forma parte del Departamento de Marina."

Según las revelaciones de Sims, la Marina americana no había adoptado ningún plan de operaciones hasta tres meses después de declarada la guerra. Al romperse las hostilidades, los barcos americanos estaban esparcidos por distintas partes y muchos necesitaban de urgentes reparaciones. El Departamento no hizo caso de las revelaciones del Almirante Sims al efecto de que el máximo de la fuerza naval se concentrara en la zona de peligro europeo. Sims declaró también que se le dió sin apoyo alguno durante el período más crítico de la guerra, no habiéndole dotado ni del personal necesario, ni de la fuerza numérica que era fácil facilitarle. Tampoco se le permitió escoger sus principales subordinados, ni se le consultaba en cuanto a la distribución del personal. El Departamento adoptó resoluciones importantes sin haber recibido información cabal en la materia e intentó desarrollar planes radicales contra la opinión expresa de los oficiales más familiarizados con las necesidades de la Marina aliada la impresión de que el Departamento de Ma-

rina de los Estados Unidos no tenía confianza en Sims.

Otra de las revelaciones más curiosas del Almirante es la de que se le obligó a trabajar en Londres durante los primeros cuatro meses de la guerra con sólo un ayudante, que acabó por enfermarse. Y en cambio, cuando el General Pershing desembarcó en Francia llevaba 53 ayudantes, amén de muchos escribitos y ordenanzas.

El Almirante Sims, que es un bello tipo de hombre íntegro y de un espíritu moral, ha sembrado de bombas arrugas la frente del secretario Daniels, quien hasta la fecha un que escribió no lo ha dicho una palabra. El asunto, como se ve, es de los que dan juego y así no es de extrañar que desde hace una semana los periódicos americanos no hablen de otra cosa.

## El bloqueo ruso

En el momento mismo en que se daba por seguro que los gobiernos de Inglaterra y Francia iban a emprender por fin operaciones militares en grande escala contra los bolshéviros para atajar a éstos en su irracional avance hacia el Asia y hacia la Europa occidental, y cuando ya se reclamaban de gusto los reaccionarios ante la perspectiva de la gran carrera de bolshéviros que se les iba de nuevo a servir, he ahí que el cable nos pone los pelos de punta, dándonos a boca de jarro el tiro de gracia con la despanpanante noticia de que lo que habían resuelto los generales y estadistas aliados reunidos en París (italianos, franceses e ingleses) era nada menos que el levantamiento inmediato del bloqueo de Rusia. Y como no hacía ni un mes que el gran Clemenceau había afirmado en la Cámara, con ríspida arrogancia, que, lejos de pelear con los rojos, la Entente estaba más resuelta que nunca a proseguir su política combatiéndoles a sangre y fuego y que se había acordado rodearlos de un verdadero cordón sanitario hasta lograr su aniquilamiento, el asombro de las gentes—sobre todo en cuanto de lo que les da a tragar diariamente la prensa crepuscular—llegó al colmo. ¿Cómo! ¿esa gente de París y de Londres que dirige los asuntos mundiales está loca, que así, de golpe y porrazo, adopta en menos de un mes dos actitudes completamente contradictorias en asunto tan trascendental para el mundo!—se oía preguntar.

Y la verdad es que no se explican estos saltos, estos balbuceos, todo ese conjunto de renuncios, cambios de frente, subidas y ba-

judas en los asuntos más vitales, más esenciales al equilibrio y reconstrucción del mundo, que ha caracterizado la labor de los Grandes Cuatro, o Tres, o Cinco. Si lo que dicen ahora de que el bloque se levanta por razones de humanidad para con el pueblo ruso es verdad, ¿cómo se entiende que esas mismas razones de humanidad nada pesaron cuando se trató de establecer el feroz encierro de hierro sudente, y de mantenerlo realizando su siniestra obra asesina por más de año y medio después de la guerra?

Humanidad!... Con la India, el Afganistán, Persia y Turquía amenazados de perder en la hoguera belcheviana, y con todos los expertos económicos del mundo alarmado por una urgente rectificación de la política que privaba a Europa del inmenso granero de Rusia, esta tardía invocación de humanidad se parece mucho a la actitud del gallego del oneto, que, habiendo caído debajo, gritaba a los transeúntes: ¡Quitemelo, que lo mato!

Es, amigos, que los papeles se han trocado. Los últimos de ayer son los primeros de hoy. ¡Quién tiene hoy en ninguna parte del mundo un ejército que se pueda medir en fuerza numérica, y en eléctrica impulsión de entusiasmos, y en lo inteligente y firme de la dirección, con el ejército de los desesamados bolsheviks! ¿Y quién tiene hoy detrás de ese ejército una fuerza tan compacta y formidable de masas obreras contentas y en permanente función productora—sin huelgas, sin strikes, ni disturbios socialistas de ninguna clase como la que posee la Rusia de hoy? ¿Y qué nación del mundo posee hoy (ahí están las grandes economías que no se dejarían mentir) la excepcional potencialidad de crédito y moneda circulante que le dan a Rusia sus enormes recursos naturales y sus industrias y sus bancos, todo eso manejado sin trabas por y para la nación?

De modo, que eso de hacer la paz con las Soviets—que ayer hubiera podido parecer medida de provisión y de un alto y honrado sentido democrático y humanitarista—hoy día es medida impuesta a pura fuerza por el más elemental de los instintos, por el instinto de la propia conservación, que es humanidad también, pero... para con el número uno. De ahí que Inglaterra, que es entre todas las grandes potencias la más realista, la que ve más lejos en trifulcas internacionales de índole peligrosa, e Italia, que hoy día tiene al frente de su gobierno hombres de un caudal mental infinitamente superior a sus Orlandos y Sonninos de ayer, acabaron por echar a un rincón los métodos viejos de los Churchill y Clemenceau y abrieron, por fin, a la hambriente y desesperada Europa los puertos de Rusia.

—Pero esto no significa sino establecimiento de relaciones comerciales, y en manera alguna reconocimiento de las Soviets y relaciones diplomáticas con ellas—dijeron los graves oradores del Consejo Supremo. Claro está! Es bueno tratar de dejar esa salvedad, esta puertecita abierta, por si acaso vuelve a soplar por ahí otro vienteito antibolshevik, otra aventurilla czarista por el estilo de las 1917 tan tristemente y tan ruidosamente malogradas de Yudenitch, Kolchack, Denikin...; caso en que bien se podría ensayar lo que ya se hizo en el asunto de Prinkipo, un cambio en redondo que permita volver a las andadas y apelar de nuevo a las bayonetas, tanques y buques de que se ha venido sirviendo en sus evangélicas propugandas la sacrosanta "democracia" aliada. Pero ha llovido mucho ya desde lo de Prinkipo y ahora son precisamente ellos, los arrugados señores de la diplomacia secreta que manejan y aun manejan el notario desde Versalles, los que no han de tardar en comprender que las mismas relaciones comerciales—más urgentemente necesitadas en Europa que en Rusia—imponen de un modo fatal el establecimiento de relaciones diplomáticas y el reconocimiento pleno del Gobierno Rojo.

Es triste, es patético que estos supientes y omnipotentes señores tengan que doblar el lomo y tragarse hoy el agua misma que empujaron ayer, pero así lo quiere, y así lo manda, ese espíritu universal de renovación que viene hace tiempo arreglando las cosas desahuegadas allá en Versalles. Hay una voz que grita insistentemente en el corazón de todos los hombres: ¡Unos!... Y contra el divino imperio de esa voz no hay Grandes Cuatro, ni Grandes Cinco, ni Grandes... Veinte Mil que logren nada permanente en el sentido de separar y desunir... La suerte está echada. Un nuevo César, el verdadero, el grande, el bueno, el César del nuevo espíritu colectivista, opuesto al viejo espíritu capitalista, acaba de pasar el Rubicón.

#### La misión del economista inglés Sir George Paish en los Estados Unidos

El reputado economista inglés Sir George Paish llegó a los Estados Unidos ostentando la representación de dos grandes empresas humanitarias denominadas respectivamente: «The Fight the Famine Council» (Sociedad para combatir el hambre) y «The Vienna Emergency Relief Funds» (Fondo de emergencia para socorrer a Vienna). Viene también el insigne banquero con el propósito de hacer propaganda en favor de un plan económico internacional, acerca del cual el

«Manchester Guardian» de Diciembre 18 nos dice:

"Europa no se halla hoy en mejor situación que lo estaba en la primavera pasada. Además, la situación en general se ha complicado y agravado por el apotamiento del crédito de Europa y por la forma del Tratado de Paz. Al tratar de restaurar el crédito de Francia, de Italia y de Bélgica, extrayendo grandes sumas de Alemania y de Austria en forma de indemnizaciones, lo que se ha hecho es destruir totalmente el crédito de Alemania y de Austria."

Luego afirma que las recientes exigencias en contra de Alemania de una gran parte de su material de equipo en los puertos, toda vez que significan mayores mermas en la capacidad productiva de Alemania,

"tienden a disminuir la capacidad productiva de toda Europa... Las naciones de la Entente no sólo están destruyendo el crédito de Alemania, sino que al mismo tiempo están asustándolo el golpe de muerte a su propio crédito, ya que éste depende en un grado tan considerable de la fuerza económica de Alemania que ha de ayudarla a hacer las reparaciones exigidas."

"Europa no podrá sostenerse a sí misma mientras no se restablezca debidamente la capacidad productiva de cada una de las naciones que la constituyen. La capacidad productora de Francia no podrá restaurarse hasta que la capacidad productora de Alemania sea normal, y la fuerza productora de Alemania no podrá ser normal hasta que la situación de Rusia no se haya ajustado definitivamente."

Sir George Paish aboga por una liga de naciones completa, esto es, una que comprenda a Alemania y a Rusia. El propone que después de firmada esta liga lance un empréstito al cuatro por ciento, que se declarará libre de impuestos. El cree que el dinero necesario para salir a Europa y para reconstruirla podría obtenerse mediante la colocación de este empréstito, que él calcula no debe bajar de siete mil millones de libras esterlinas.

En sus líneas generales, este plan está de acuerdo con las conclusiones de los más eminentes críticos económicos del Tratado. De él se desprende la incontrovertible verdad de que la reconstrucción de Europa exige imperiosamente que se adhira a Alemania y a Rusia en una verdadera sociedad de naciones. Significa, además, una revisión de la posición internacional de Versalles basada en costuras y corones sanitarios.

La Cámara de Representantes de los Estados Unidos anula por segunda vez la elección del Representante socialista Victor L. Berger.

El brillante economista cubano que usa el pseudónimo «Attaché» me va a permitir que le robe una de sus oraciones en la que relata admirablemente el interesante episodio de la segunda expulsión del diputado socialista Victor Berger (ésteo representante por el quinto distrito congresional de Wisconsin) por la Cámara de Representantes.

"Sigue entablada la lucha entre la mayoría de los electores del quinto distrito congresional de Wisconsin y la Cámara de Representantes, pues ésta se negó ayer, por segunda vez en los últimos dos meses, a permitir al socialista Victor Berger que jurase el cargo de Representante por dicho distrito, apesar de que en los dos casos su acta había sido limpia de protestas."

"El día 10 de Noviembre último, la Cámara, después de oír el informe de la comisión especial que designó para averiguar si era cierta la acusación de traición a la patria que contra Berger se formulaba, en el que los comisionados declararon que se trata de un hombre que favoreció la causa de Alemania durante el periodo en que dicha nación estuvo en guerra con los Estados Unidos, acordó, por 311 votos contra uno, expulsar de su seno a dicho representante electo."

"Esta primera votación de la Cámara motivó una nueva elección en el quinto distrito congresional de Wisconsin, en la que Victor Berger volvió a presentarse candidato. Los republicanos y los demócratas se unieron contra él, y presentaron la candidatura de Henry H. Bolensal, en favor de la cual, además de los dos partidos, truhán con gran empeño el que fué Fiscal del Distrito, Mr. Zabel, hombre muy popular, y la Legión Americana, a la que pertenecen, como es sabido, todos los que fueron soldados y marinos durante el periodo bélico. Pero, a pesar de todo, la mayoría fué de Victor Berger, una mayoría de bastante consideración, eicento prueba de que el distrito no quiere ser representado por otra persona en el Congreso Nacional."

"Consecuencia de esa elección especial fué el acto de ayer, en el que, según expresé antes, la Cámara se negó a aceptar a Berger. La sesión fué imponente. Victor Berger ocupó asiento en los escaños de los representantes. Y allí, entre los representantes que le excomulgaron antes, muchos de los cuales le consideraron «treptil-inmundos», esperé el fallo de la Cámara. Lle-

gó silenciosamente mucho antes de la hora de la sesión, y vio cómo entraban los Representantes y ocupaban los asientos inmediatos al suyo, sin que ninguno le saludara, con la excepción de dos, que le estrecharon la diestra, apresuradamente, como si las quemara o les avergonzase que se les considerase amigos de tal hombre.

"Mr. Mann, uno de los leaders republicanos de la Cámara, habló con calor pidiendo a sus compañeros que acordasen la admisión de Berger, diciendo que los electores de cada distrito, y no la Cámara, son los llamados a escoger las personas que deben representarse en el Congreso. Pero otros representantes de primera fila entre los cuales se distinguió Mr. Mondell, combatieron el criterio expresado por Mr. Mann, sosteniendo que a un traidor a su país, convierto de su delito ante un tribunal de la nación y condenado por éste a un largo período de reclusión, los miembros del Congreso no deben aceptar en éste ni pueden darle entrada en la Cámara sin violar el juramento que hicieron al tomar posesión, de respetar la Constitución, que, de manera explícita, prohíbe que ninguna persona que se halle en la situación de Mr. Berger, pueda pertenecer a uno de los cuerpos colegisladores.

"Pero los esfuerzos de Mr. Mann, los discursos de otros dos representantes partidarios de la admisión y las enervadas palabras del representante Sherwood, veterano de la guerra civil, catagórico, en las que éste pidió la admisión de Berger, por considerar todo acuerdo contra éste como eligación represiva y por tanto contraria a los principios básicos de la organización política de los Estados Unidos, fueron inútiles. No pesó tampoco en el ánimo de los representantes la advertencia que uno de los oradores partidarios de la admisión dirigió a todos los políticos, al decirles que después de haber sido enviado a prisión el leader obrero Eugene Debs, ha aumentado de manera alarmante el voto socialista en el distrito donde residía. La votación fué abrumadora: 328 votos contra la admisión, y seis a favor.

"Y Berger que desaba hablar para defender su causa, no pudo hacerlo. Era necesario para que se le permitiera hacer uso de la palabra, que todos los Representantes presentes diesen su consentimiento. Uno de los partidarios de la admisión, Mr. Sisson, de Mississippi, presentó la proposición de que se permitiera hablar en defensa propia a Mr. Berger, pero fué rechazada ruidosamente. No se quería oír la

voz del traidor en la Cámara de Representantes del pueblo americano.

Victor Berger, al que no había causado efecto alguno la referencia que a él se hizo frecuentemente en el curso del debate, como era rechazada la proposición de que se le permitiera hablar, se levantó y, en medio de la indiferencia general, avanzó solemnemente por un pasillo hacia la puerta de salida.

"Al abandonar el salón de sesiones le entrevistaron los reporters, a quienes dijo que se trataba del principio de un delito que había de ser muy largo, porque el pueblo de su distrito quería ser representado por él en la Cámara, y volvería a enviarse tantas veces como fuese necesario, a pesar de los esfuerzos que para impedirlo hicieron los políticos que representan a las clases capitalistas.

"Y, en efecto, pocas horas después, publicaban los periódicos de esta capital un telegrama de Milwaukee, en el que se anunciaba que el Comité director del Partido Socialista del quinto distrito de Wisconsin, al enterarse del nuevo acuerdo de la Cámara, había acordado presentar nuevamente la candidatura de Berger, en la elección parcial que dentro de pocos días había de efectuarse.

"Nadie pone en duda que volverá Berger a la Cámara dentro de poco, con otra acta de Representante, para ser rechazado de nuevo, y que seguirá repitiéndose su elección por aquel distrito y el acuerdo de la Cámara de no admitirle. Esta situación puede terminar, si el Tribunal Supremo ante el cual ha apelado Berger contra la sentencia de prisión que le impuso el juez por actos de deslealtad, realizados durante la guerra la confirmara, puesto que, tal pronto Berger se vea obligado a entrar en la penitenciaría habrá cesado de ser un factor en la política de Wisconsin.

"He aquí una grave cuestión, en la que se debate algo de tan extrema importancia, como es el derecho del pueblo a escoger libremente las personas que deban representarle. Sin embargo, apenas ha causado ruido en este país. No es más que uno de tantos incidentes de la vida política.

"Pero si los efectos de la inecha que sostienen el Congreso y los electores del quinto distrito de Wisconsin no han sido suficientes en el resto del país y los ciudadanos se niegan a considerar siquiera como típico importante de conversación el asunto, el fondo de éste, es innegable que servirá de mucho a los que tratan de dar vigor al partido socialista, para aumentar el número de los electores que votan su candidatura

en la próxima elección presidencial a principios del mes de Noviembre de este año.

"Este caso sirve para demostrar la basáltica solidez de las instituciones americanas. En muchos otros países regidos por el sistema republicano bastaría un hecho semejante a ese para que se resquebrajara toda la estructura política. Aquí es un mero incidente sin importancia.

Al relato de Attaché sólo tengo que objetar que habla con elogio de la basáltica solidez de las instituciones americanas" con motivo de la indiferencia del público ante un asunto de la magnitud de éste. Mucha solidez me parece, Demasiada solidez. Peligrosa solidez que hace recordar episodios semejantes perpetrados, con igual sosiego por parte del público, en los días del Czar.

Todos los que amamos la bella tradición republicana de los Estados Unidos temblamos de espanto ante hechos tan arbitrarios y tiránicos como el de la expulsión de Victor Berger, realizados sin una sombra de justificación. El cargo que se le hizo de traición a la patria no tiene otro fundamento que el de manifestaciones proféticas de Berger contrarias a toda contienda armada. Y es sabido que si durante la guerra podía exasarse que se persiguiese y condenase como un delito lo que era simplemente expresión de un pensamiento, una vez terminada la guerra estas medidas de violencia en contra de principio tan sagrado como la libertad de palabra han cesado de tal modo que no queda ya país ninguno de Europa donde los reos de tales delitos no hayan sido exonerados por un decreto de amnistía general.

Cuanto a la indiferencia pública ante un suceso semejante, tal es expresión por el estado de adelanto de un pueblo que el hecho de que se erres de brazos ante un atentado a la libertad individual tan enorme como el que nos relata Attaché?

No queremos terminar esta nota sin transcribir las honradas frases en que el íntegro representante republicano James R. Mann protestó de la expulsión del representante socialista, Mann, antiguo líder parlamentario del partido republicano, dijo:

"Yo no comparto las ideas políticas de Berger, pero en su demanda de un cambio fundamental en nuestras instituciones él está apoyado por muchos electores americanos. Sus oponentes desean que él se retire en esta Cámara. Es nuestro deber aceptar aquí. La forma en que se propone que el excludamos del Congreso constituye una violación del gobierno democrático. Cuando nosotros para responder a los argumentos de Berger y sus partidarios no

encontramos otro recurso que la violencia, estamos confesando que nos faltan las razones."

### Manifestaciones de Berger

Pocos minutos después de la expulsión, un periodista obtuvo de Berger las siguientes declaraciones:

"Volveré a ser candidato y volveré a ser electo por más votos que antes. El cargo de traición que se me hace es simplemente un pretexto usado por los reaccionarios para mantener a un socialista fuera del Congreso.

"Si yo soy traidor a la patria, entonces lo es todo el partido socialista, ya que yo no he hecho otra cosa en mis propagandas que adherirme al programa de este partido. Y si nuestro programa es una conspiración contra los Estados Unidos, hay que admitir que esta conspiración fue fraguada en el 1863 por el Congreso Socialista Internacional de Ginebra, que promulgó esa oposición de la clase obrera a las guerras que todos los socialistas mantienen.

"Se me acusa de haber llamado guerra capitalista a la última guerra. Si esto es un crimen, entonces Mr. Wilson debe cumplir mi condena de veinte años de cárcel, ya que él dijo la misma cosa en Septiembre del año pasado.

"Y si mi franca oposición a la guerra es traición, entonces Sumner, Clay, Webster y Lincoln fueron traidores, y conste que aquellos héroes americanos fueron más leales que yo en sus críticas, pues fueron líderes activos de la oposición a la guerra en plena guerra." Hace algunos años Mr. Lloyd George pertenecía también a esta clase de traidores, pues él se opuso violentamente a la guerra boer y fué insultado por los conservadores ingleses a causa de ello.

"Es verdad que yo fui convierto de este ridículo cargo por un jurado de doce hombres, muchos de los cuales confesaron que apenas solían leer un periódico una vez al mes. Desde entonces, sin embargo, yo he sido absuelto por un jurado de veinticinco mil hombres en un distrito congressional donde el porcentaje de analfabetismo es menos de la mitad del uno por ciento, el más bajo en todo el país. El cargo este de sedición es el pretexto más transparente de la autoerigida. El verdadero motivo para este golpe despiadado acertado a la libertad lo reveló el Secretario del Tesoro, McAdoo, yerno del Presidente, cuando en 1917 confesó a un periodista que bajo la capa de una guerra



mundial la Administración y sus amigos pluriéstratos estaban tratando de destruir al partido socialista y demás grupos semejantes de oposición. Yo he sido expulsado del Congreso por virtud de esa consignación oficial, pero el pueblo de este país no podrá ser engañado siempre. Milwaukee y Wisconsin marcharán a la cabeza de la cruzada contra esta conspiración, como lo hicieron contra la oligarquía esclavista hace unos sesenta años. Nosotros aceptamos el reto y daremos nuestra contestación en las urnas electorales."

## El terrorismo en los EE. UU.

La campaña de asaltos y deportaciones en masa que a iniciativa del Procurador General Mr. Palmer, se ha venido efectuando contra los elementos «rojos» en los Estados Unidos, llegó a adquirir proporciones tan virulentas que son ya muchas las personas nada radicales que se han decidido a protestar contra lo que consideran un grave peligro para las instituciones liberales de los Estados Unidos.

La campaña terrorista llegó a su colmo cuando la Asamblea Legislativa de New York resolvió expulsar de su seno a cinco de los diputados socialistas que habían triunfado en las últimas elecciones.

Hasta la misma prensa capitalista, en sólo muy contadas excepciones, no ha vacilado esta vez en condenar sin ambages la medida de los representantes demócratas y republicanos en la Legislatura de New York.

Uno de los primeros en protestar en términos elocuentes ha sido el Senador Joseph I. France, de Maryland, miembro distinguido del partido Republicano, quien no sólo ha condenado el acto de expulsión de los cinco socialistas, sino que también ha censurado duramente a las autoridades federales, y especialmente al Procurador General Mr. Palmer, por los proyectos de ley contra los socialistas presentados en el Congreso y por los «asaltos y deportaciones en masa de extranjeros con que se ha intentado extirpar todo vestigio de idea liberal en los Estados Unidos."

### La carta de Hearst

William Randolph Hearst, el acudado propietario de numerosos periódicos americanos, entre los que figura el «New York American», publicó el día 11 de Enero una carta abierta, que insertaron todos sus periódicos, en que se manifiesta resuelto a «evitar que en sus órganos de publicidad se sigan

dando paso a la perniciosa y falsa propaganda de que se viene echando mano contra las ideas liberales."

Hearst dice "que es espantoso de una posible revolución para establecer en los Estados Unidos un sistema de Gobierno Soviet lo usan algunos agentes del Gobierno, a instancias, según creo, de intereses capitalistas más o menos corrompidos, como un arma para llevar a cabo sus planes y para estrangular toda crítica y oposición al Gobierno." Todo el principio de la libertad de la prensa, afirma Hearst, está amenazado por virtud de estas prácticas. "Estos elementos tratan de promulgar en los Estados Unidos las mismas leyes sordidas de los antiguos Jorges de Inglaterra y Alejandro de Rusia."

La excesa que se da de que se trata de evitar un levantamiento anarquista "es tan insinera como desabellada."

"A pesar de esto—sigue diciendo al referirse a la ofensiva oficial que ahora se lleva a cabo por medio de la prensa—nosotros podemos contribuir a hacerla funestamente efectiva si usamos nuestros periódicos para esparcir una propaganda falsa en que se exagera grotescamente la importancia del espantajo del «Gobierno Soviet», y no ya sólo exagerando las cosas, sino falsificándolas en absoluto mediante el procedimiento de ver conspiraciones anarquistas y disturbios escóvicos en todas partes."

"Esto es lo que nuestros periódicos y los otros periódicos están haciendo, por la sencilla razón de que aceptamos como hechos comprobados toda la propaganda que se nos envía siempre que venga por ciertos reconocidos conductos. Esta es una práctica muy peligrosa para la prensa. Estamos creando una situación que será ruinosa para nosotros y extraordinariamente nociva a la nación y a todos los ciudadanos libres dentro de la nación."

"Y como un ejemplo específico de la clase de propaganda a que se refiere, Hearst cita un despacho reciente de Londres que se publicó en uno de sus propios periódicos, en que se decía "que se había recibido un telegrama de Moseow declarando que todo el mundo quedaría bajo el régimen soviet antes de un año."

"Este despacho no estaba autorizado, ni pretendía estarlo, por nadie, ni en manera alguna se expresaba en él su procedencia. Ni siquiera pretendía representar las ideas del Gobierno ruso, ni las de ningún individuo del Gobierno ruso, ni las de ningún individuo de Rusia."

"Evidentemente, la sola intención que inspiró el darle circulación a tal despacho anónimo es la de convencer a las gentes

simples de que nuestro país está en peligro de ser «asianizado», cuando el verdadero peligro actual es el de que seamos «rusianizados».

"Los periódicos de este país, si es que tienen alguna inteligencia, o algún sentido democrático, o algún americanismo, no se deben prestar a servir de instrumentos ciegos para una campaña siniestra que tiende a estrangular la prensa, a neabar con la libertad de palabra, a restringir los derechos y las libertades americanas y a establecer en este país una autocracia peor que aquella con la que fuimos a pelear para salvar a Europa."

"¿A qué conduce el pulular editorialmente en defensa de la libertad de palabra y el derecho de renión, tales como los que el «World» y nosotros hemos venido publicando, si después prestamos nuestras columnas de noticias a la idiota propaganda contenida en las suertes que nos vienen de fuentes infestadas de prejuicios, sueltas en que se exageran y deforman las noticias, y las cosas más absurdas se presentan como versículos de la Biblia?"

### La actitud de Hughes

Charles R. Hughes, ex-Jefe de la Corte Suprema de los Estados Unidos y candidato republicano para Presidente en las elecciones de 1916, fué también de los primeros que expresó sus reservas, en una carta abierta dirigida al Presidente de la Asamblea Legislativa, Mr. Sweet, en sorpresa e indignación ante el ultraje a los principios republicanos contenido en la expulsión de los cinco diputados socialistas. Mr. Hughes declaró que tal acción "sólo puede contribuir a confirmar la opinión de que la violencia y la revolución son los únicos medios posibles para introducir cambios en la sociedad" y que "las instituciones democráticas no pueden conservarse si el principio representativo se destruye en su base de este modo."

Un Fiscal del Gobierno Federal presenta su renuncia y abandona su puesto en señal de protesta contra los procedimientos terroristas de su superior jerárquico, el Procurador General Mr. Palmer

Francis Fisher Kane, Fiscal de los Estados Unidos en el «Distrito» Oriental de Pensilvania, lleno de indignación ante la política horribilista del Procurador General Mr. Palmer y otros funcionarios de la Administración Wilson, presentó la renuncia de su cargo en una carta que con fecha 12 de Enero

dirigió a Mr. Palmer y al Presidente Wilson.

Kane dedica un espacio considerable de su carta a denunciar la injusticia perpetrada por el Director General de Correos, Mr. Burleson, al negar al periódico socialista «The Call» la circulación por el correo al amparo de la vieja franquicia concedida a los periódicos como materia postal de segunda clase, asunto que ha dado lugar a un procedimiento judicial entablado por «The Call».

Kane está también en franco desacuerdo con Palmer en cuanto a la política de los «raid» llevados a cabo contra los comunistas y formula su oposición terminante a las deportaciones en masa de los radicales extranjeros. Declara que él ha leído los manifiestos del partido Comunista y encuentra que este partido no aboga, como pretende Palmer, por el derrocamiento del Gobierno mediante la fuerza.

Cuando Mr. Palmer envió su primera circular a los funcionarios judiciales instruyéndoles sobre los proyectados «raid» contra el partido Comunista, Kane le escribió una carta protestando contra el proyecto en cuestión y en Enero 3 recibió una réplica de Palmer en la que éste le daba la excesa de que sus observaciones habían llegado "demasiado tarde para ser tomadas en consideración."

Averna del uso de la exclusión de «The Call», dice Kane en su carta del 12 de Enero: "Siempre mi escritorio hay una carta, del abogado consultor del Departamento de correos, que se refiere al «New York Call». Con ella me envía una copia de su contestación en los procedimientos legales entablados en el distrito de Colombia. Evidentemente, él cree que el Departamento de correo está haciéndolo al público un gran servicio al negarle a «The Call» los privilegios de materia postal de segunda clase, negando así la circulación del periódico."

"Yo pienso todo lo contrario en esta materia. Creo en la libre discusión de cuestiones tales como las que debate «The Call» y tengo suficiente confianza en la verdad—política y económica—para estar seguro de que al fin habrá de prevalecer.

"Yo no veo cómo pueda ser justo, o sensato, el impedirle a los socialistas que publiquen un periódico en New York y que envíen este periódico por correo al mismo tipo de franquicia usada por otros periódicos, siempre que, por supuesto, sus directores se mantengan dentro de los límites de la ley. Si no se mantienen, debe procesarse. Creo que esta es la única forma justa de proceder en el asunto."

Y no es a la cuestión de la exclusión de

«The Call», o los «raids» a los radicales, que Kane dirige sus batallas; es a todo el conjunto de la política de Palmer, que sólo debe al distinguido miembro del partido Demócrata el camino de la renuncia.

Al referirse a la nota que envió cuando el proyecto de ataque al partido Comunista y a la excusa de Mr. Palmer para no tomarla en consideración, dice así la carta de Kane:

«Usted dice que no le parece que la cuestión envuelta sea una cuestión de política general y que su deber es arrestar a los extranjeros que caen dentro de las prescripciones de la ley de deportación... y que las personas arrestadas están todas comprendidas dentro de lo prescrito en dicha ley.

«Yo debo responderle francamente que estoy en desacuerdo con usted en este punto. Si no he leído mal los manifiestos del partido Comunista, este partido no aboga expresamente por el derrocamiento, mediante la fuerza, de este Gobierno y era seguramente una cuestión política—y no puramente de ley—la de si el Departamento de Justicia debía o no tomar la iniciativa y decretar raids contra los miembros extranjeros del partido en general, sin tener en cuenta si estos tomaban parte activa en la dirección de ese partido, o si solamente pertenecían a la colectividad. En esta cuestión de método yo estoy muy lejos de sentir simpatías por las prácticas seguidas por el Departamento.

«Siempre me ha parecido que la práctica de estos «raids» contra gran número de individuos es generalmente mala, y muy propensa a resultar en casos de injusticia. Muchos que me son verdaderamente culpables son arrestados y luego arrastrados a través del proceso.

«La maquinaria del Gobierno se rompe a causa de la tensión a que se le somete y así resultan indefectiblemente casos de atropello y de injusticia. El local de las cárceles se llena indebidamente y los derechos personales de los acusados se ven atropellados.

«Algunas veces, por supuesto, los «raids» se hacen necesarios, como cuando tienden a levantar a un público indiferente y letárgico, pero estas razones no existen en el caso presente. El sentimiento público está manifiestamente en contra de los «chobisheviques» y «radicales» y mediante estos «raids» por mayor el Departamento de Justicia corre peligro de convertirse en un Departamento de injusticia.

«Mi opinión sería que se arrestase a las personas culpables una a una, a medida que se adquiriese prueba suficiente contra

ellas, y no acudir a estos «raids» generales a menos que no hubiese absoluta necesidad.

«Con respecto a la práctica de tomar la iniciativa para llevar a cabo deportaciones en masa bajo la ley de Octubre 16 de 1918, yo niego la cordura y la justicia de perseguir a los miembros no ciudadanos del partido Comunista en casos en que no podríamos por los mismos hechos imputados procesar a los miembros ciudadanos bajo la Ley de Espionaje sin violar las prescripciones de la Constitución.

«Una cosa es impedirle a un extranjero la entrada en el país mediante los métodos administrativos, y otra cosa muy diferente el privar a un hombre que ha vivido en este país durante largo tiempo, y que tiene aquí, quizás, esposa e hijos, de aquello que hemos considerado siempre como derechos constitucionales independientemente de la ciudadanía de la persona. Aludo, por supuesto, al derecho a un juicio por jurado, etc., que el extranjero sujeto a deportación no tiene.

«No debemos olvidar que muchos de estos extranjeros tienen esposas e hijos, nacidos en este país en muchos casos, y que, por la deportación del padre y del sostén de la casa infligimos así a estos seres inocentes un castigo mucho más cruel que si metiéramos al hombre en la cárcel bajo una condena defaltiva.

«Bajo las prescripciones de la ley de deportación, usted recordará que es un delito para un hombre que ha sido deportado una vez el tratar de regresar a este país; por consiguiente, la deportación significa una separación del ser, por toda la vida, de su esposa y familia.

«Además, yo me pronuncio decididamente contra la excitación que usted dirige, como Procurador General, a las autoridades del Estado para que castiguen a los miembros ciudadanos de tales organizaciones radicales, bajo las leyes de sedición del Estado. Esto no es en efecto otra cosa que pedirles a las autoridades del Estado que castiguen lo que el Congreso no ha declarado castigable todavía en las cortes federales. Esto es ir demasiado lejos... mucho más lejos de lo que una política defensiva de «la ley» y el orden pudiera exigir en los presentes momentos.

«Por otra parte, con los «raids» recientes parece que intentamos la represión de un partido político. Este partido tiene un programa, la mayor parte del cual es, quizás, objeccionable para usted y para mí. Concedido esto, queda en pie todavía el hecho de que esa organización se desarro-

na a sí misma un partido político y celebra mítines públicos, y debate al aire libre las cuestiones del país.

«Por consiguiente, no debemos organizar «raids» contra él, mientras no estemos obligados a hacerlo a fin de hacer cumplir la ley, pues por virtud de esas medidas estaríamos contribuyendo a que se hagan subterráneos y peligrosos principios que hasta la fecha no lo han sido.

«Cada uno de estos «raids» contra tales colectividades sólo ha conducido a aumentar el número de sus simpatizadores, y en este momento nuestro deber es evitar que nadie tenga la más leve excusa para alegar que el Gobierno está persiguiendo a los radicales. Si mediante estos «raids» estuviéramos apresando verdaderamente a los individuos que han lanzado bombas y puesto en peligro la vida humana, desde luego que yo mantendría diferente opinión, pero nadie puede alegar que con estos «raids» al por mayor de «chobisheviques», «comunistas» y «radicales» estamos engañando, y mucho menos castigando, a los verdaderos culpables.

«Y ahora permítaseme preguntar: ¿cuál es la situación que tenemos que afrontar actualmente? Estamos verdaderamente expuestos en este país a una revolución por la presencia en él de un puñado de radicales extranjeros? ¿Es necesario proteger a nuestros obreros americanos, y al gran número de pacíficos y laboriosos trabajadores extranjeros, de la influencia de un «puñado» de rusos enmarcados de la forma Soviet de gobierno?

«A mí me parece que tal protección es enteramente innecesaria. Algunas gentes tienen miedo de lo que llaman la revolución social que se aproxima; pero yo ni participo de este miedo, ni cometo en qué pueda basarse.

«Yo creo en el reconocimiento pleno del derecho pleno de asociación del obrero, y en la nacionalización de los ferrocarriles, de la industria del carbón y quizás de otras empresas de utilidad pública. Yo llegaría quizás a votar en favor de la toma de posesión por parte del Gobierno de lo que se conoce con el nombre de «industria empaquetadora», pero pienso como pienso acerca de esta materia, erco, ciertamente, que deben discurrirse plenamente y libremente todos estos asuntos para que estemos en condiciones de llegar a la verdad y encontrar soluciones definitivas para los problemas que hay pendientes. Y en cuanto a proposiciones más radicales, erco que el Presidente tenía razón cuando dijo que la represión de la libre discusión no

es el camino para corregir los males de que estamos sufriendo.

«Yo no veo que haya justicia, por ejemplo, en el bloqueo de la Rusia Soviet. Puedo tener razón o puedo estar equivocado en mis opiniones, pero pienso que debemos tener un poco de tolerancia con los pobres rusos de este país que se sientan excitados con las noticias que están recibiendo acerca de los trágicos casos que ocurren en su tierra nativa. Estas gentes deben ser tratadas con bondad y no enviadas a los distritos de Europa estirados por el hambre, a menos que no tengamos absoluta necesidad de ello. En mi opinión, nuestra seguridad nacional no exige estas prácticas.

«Entre los casos que han llegado a mi conocimiento de personas apesadas en los recientes «raids» de Filadelfia figura el de un judío ruso barbudo cuya esposa es una mujer nacida en América perteneciente a la secta metodista. Este matrimonio tenía seis niños, todos con menos de once años de edad. El más pequeño, de sólo seis meses. Cuando se arrestó al hombre no había absolutamente ningún dinero en la casa. La persona con quien trabajaba este ruso hablaba en términos laudatorios de su carácter y disposición para el trabajo. Aunque es muy posible que sea deportado, yo no puedo considerar a este hombre como una amenaza para la sociedad, simplemente porque pertenecía al partido Comunista. No solamente erco que es una torpeza, sino un ultraje a la humanidad el arrebatarle a su esposa y niños y dejar a estos a merced de la caridad pública. Y no tengo la menor duda de que hay cientos de estos casos.

«Permítame ahora llamar su atención a otras consideraciones. Hay cosas muy importantes que están en peligro de ser olvidadas durante el curso de la actual campaña bélica del Departamento contra los «chobisheviques». La ley anti-absolutista gravita ya sobre el Tesoro Público y nos impone toda suerte de esfuerzos para hacerla cumplir. Los fabricantes de municiones y otras personas que se enriquecieron durante la guerra, haciendo negocios en carácter de corporación o de otra suerte, están tratando de eludir el pago de los impuestos y las varias cargas que la guerra les ha impuesto. El hacerlos cumplir la ley es de importancia primordial. Hay también contrabandistas fraudulentos que durante la guerra acumularon grandes riquezas en sus tratos con el Gobierno, y hay también, como todos sabemos, agentes corrompidos del Gobierno que hacen uso de sus puestos para obtener ganancias ilegales. El castigo de

estas gentes es infinitamente más importante que la persecución de los cradientes. No debe permitirse que se diga que los logreros y especuladores ricos escapan al castigo porque las energías del Departamento están dedicadas a perseguir a los pobres e ignorantes."

Luego se refiere Kane a las leyes presentadas en el Congreso con el fin de mermar la libertad de palabra, y dice:

"Creo que estas leyes constituyen un ataque muy serio contra la libertad de la prensa. Es más; me parece que con esta política estamos haciéndoles el juego a los capitalistas y a los grandes patronos del país. No podemos hacer esto y seguirnos llamando partido Demócrata. Tenemos que ser justos con los obreros—organizados y no organizados—y debemos respetar la libertad de discusión so pena de convertirnos en enemigos del pueblo.

"Malas influencias están en juego y deben ser rectificadas pronto si no queremos que el partido Demócrata se haga tan conservador que pierda su viejo principio Jeffersoniano de confiar en el pueblo y no en la clase adinerada del país. Tenemos que oponernos a tales tendencias, si hemos de evitar que el partido demócrata pierda sus ideas liberales y se convierta en un partido de tiranía y opresión.

"He hablado francamente, como era mi deber. He llegado a esta conclusión sólo después de pensarlo muy detenidamente. No es sólo mi oposición a una cosa—los

raids de Enero—que me impulsan a escribir esta carta. Mi oposición se dirige a la tendencia general de su política como Procurador General, y siendo esto así, sólo me queda un camino que seguir: debo presentar mi renuncia. Sé que usted apreciará cuánto deploro este paso, ya que tenía orgullo en mi labor como abogado de los Estados Unidos y estimaba como un privilegio el servirle a usted, y, por conducto de usted, al gobierno. Sin embargo, no tengo ningún derecho a permanecer en este puesto una vez que no estoy de acuerdo con usted ni con su política. Mi deber es colocar mi renuncia en las manos del Presidente. Esto lo hago en una carta, copia de la cual incluyo. Le he enviado a él copia de esta carta y le ruego que acepte mi renuncia y que me releve de mis deberes oficiales tan pronto como sea posible."

Franklin Fisher Kane fue nombrado para el cargo que venía desempeñando, por el presidente Wilson, hace ya seis años. Hace algún tiempo los ciudadanos independientes de Filadelfia lo hicieron su candidato para Alcalde.

La carta de Kane tiene tal importancia y arroja tanta luz, no sólo sobre cuestiones y problemas norteamericanos sino también suramericanos, ya que las prácticas que él censura tan noble y valientemente son generales en este continente, que, aun con el sacrificio de otras materias que debían figurar en esta sección, hemos creído conveniente reproducirla casi íntegra.



## Aquilataciones

### La leyenda benaventina

NEMESIO CANALES

#### "La ciudad alegre y confiada"

**D**OY un salto mayúsculo ahora, y paso a las últimas, a las ultra-modernas piezas del largo repertorio. Veamos lo que nos dice el gran autor en sus "La ciudad alegre y confiada" y "La Inmaculada de los Dolores" (1), compuestas las dos después del 1915.

Ya había pasado la sensación de enorme estupor, la emoción única que produjo la guerra mundial. ¡No es verdad que nunca como ahora se justifica que uno sienta irreferencial curiosidad de pensar en el espíritu del "resplandeciente" autor y percibir sus vibraciones latinas en hora tan patética! ¡Quién no ha de hacer cualquier sacrificio por entrase de lo que le inspira al maestro no precisamente la guerra misma, sino el drama total de la vida civilizada en los momentos en que tiene lugar la inmensa tragedia!

A ver, a ver... Con mano trémula abrimos el folleto, nos detenemos un instante ante las dos líneas en que se anuncia que la obra fué "estrenada en el Teatro Lara el 18 de Mayo de 1916, en el beneficio del primer actor y director don Emilio Thuillier" y nos zambullimos en el prólogo.

¡Oh!, los prólogos benaventinos! Otros autores que publican prólogos de obras dramáticas lo hacen con el plausible fin de amplificar, de explicar, de aclarar el contenido ideológico de tales obras, en las que las limitaciones del teatro los han obligado a sintetizar demasiado sus ideas.—Lo que quisé decir en tal o cual frase o actitud de tal o cual personaje, fué esto; el problema humano que quisé plantear en tal pasaje, o que me ins-

piró la escena tal o cual, es éste... etc.—; dice el autor que prologuiza su propia obra. Porque si no dice eso ¡a qué viene su prólogo? ¡a qué detener al lector en el prólogo mismo si no es para explicarle algo y en general aguzarle las entendederas! Una de dos, señor autor: o hace usted en su prólogo obra de propaganda o de auto-exégesis, o se va usted al diablo con su prólogo y nos deja pasar cuanto antes, sin más preámbulos, a ver sus muñecos. Esto último es lo que habría que decirle al señor Benavente, quien tiene la desdichada manía de hacer prólogos sólo porque parece que oyó que estaban de moda, pero que jamás le añaden ni lo quitan nada a la obra principal.

¡Qué cosa más sandia esos almidonados—con el más repulsivo almidón retórico—prologuitos del cinefable don Jacinto! Nada serio, concienzudo, encaminado a iluminar, a iluminar, a exponer, a defender o impugnar este o aquel punto de vista. Nada que huela a opinión, a idea. Solamente palabras. Palabras, frasecitas, parrafitos en que cascabelen y pierreteten a su sabor el ingenio mariposa del cursilescio autor. Quizás haya todavía entre nosotros quienes tomen en serio estas piruetas literarias, pero no es posible que haya nadie que se atreva, en serio, a afirmar que son necesarias, o siquiera útiles, convenientes, para una justa interpretación de las grandes concepciones de nuestro autor.

¡Quiéren ustedes una muestra? Pues aquí va un trocito que recorto al azar:

"Mas si el día es alegre y el raso azul del cielo se desgarran en resplandor de luz vibrante y es fiesta en el lugar, y las tierras en torno son como cañamao que bordan los olivos de plata y los trizales de oro, de luciente esmeralda los viñedos, y juegan los hogares y los hornos non sabro-

(1) La segunda de estas obras será objeto de un trabajo próximo a fin de no extender más dem. visto

no olor de oscuridad, y es todo señal de abundancia, bendiciones las paneras, repletos los arcones de hogazas, y, bajo la campana, en las coquinas, en sartas los pernils y embudidos... Entonces, al llegar la carreta, acuden de la gente bulliciosa y todo es palmtree y alborozo. La luz deslumbradora, anima los colores desahucados, empujando lentejuelas y talos, y la pobre farándula se viste del esplendor triunfal del día; la polvareda misma que la envuelve a su paso, es el plumaje de una nube de oro en ascensión gloriosa, y los faranduleros, hijos vergonzantes de Apolo, pueden ercarse en aquel punto transfigurados, como si la carreta desventurada, fuera el mismo carro del Dios, que es Dios del Sol y de la Poesía, y por serlo, es piadoso con todas las criaturas, y más si son sus hijos artistas y poetas, y sus pobres y humildes."

¿Qué le parece a usted, señor lector, de ese infernal ehiprototipo literario? ¿Qué cronista cursi de ciudad provinciana ha visto usted que pueda rivalizar, en estrepitosa fealdad de estilo, con este nuestro invietto príncipe y señor de la dramaturgia española?

«Pero dejemos el prólogo, y arriba el telón. ¿Qué vemos? ¿qué encontramos? Encontramos los mismos personajes de «Los intereses creados», pero ahora vienen a hablarnos de los problemas colectivos, de los intrínsecos de la vida ciudadana.

No olvidemos que el mismo autor nos ha dicho en su prólogo que "hay la farándula no pretende vuestra risa, porque todo el mundo es teatro de tragedia y si el arte mismo no puede ser hoy serenidad si no quiere parecer inhumano, ¿cómo puede ser bufonada sin parecerse un insulto al dolor y a la muerte?" Muy bien. Veamos ahora, señor autor, qué aspecto de su ciudad, de su España, nos desuere usted y qué nos dice de ella.

El personaje máximo de la obra, aquel en que se nos manifiestan encarnadas las ideas del autor, es El Desterrado. Este es el profeta, el elegido, el agua-fiestas que blande el látigo de la crítica y pone espanto en el corazón de los malvados.

El Desterrado se llama así porque lo echó de su patria el gobierno de Crispín, aquel Crispín que hacía de eriado listo en «Los intereses creados» y que a fuerza de intrínsecos ha llegado a esalar, con el sobrenombre de el Magnífico, el más alto puesto en el gobierno de la ciudad. Y aquel Leandro que figura en «Los intereses creados» como señor del eriado Crispín, está hoy casado con la hija del señor Polihimela, que es un gran bananguero de Crispín y se ha vuelto multimillona-

rio. Encontramos también a un tal Páulito, tipo de domagogo intrigante y ambicioso que hace su agosto aprovechándose de la popularidad que ha logrado conquistarse halagando los instintos de la plebe.

¿Cuál es la tesis del drama? Ya lo he dicho: la patria, la comunidad, ¡Y qué nos dice, en fin, de esas grandes cosas el gran autor! Nos dice muchas cosas por boca del Desterrado, que es un torrente de elocuencia. Aquí viene al caso recordar que se ha criticado al autor por los largos y frecuentes discursos que pone en boca de Crispín y El Desterrado, objetándose que esa práctica de prolijar discursos en escena es más propia de un mítin de propaganda que de un drama. Es en efecto a esto, yo me apresuro a parecerme de parte del autor. Sinceramente creo que es idiota pretender, como pretenden hacer si todos los críticos teatrales de profesión, que un autor ponga todo su enaido en no dejar que sus personajes rebasen jamás la medida de los parrafitos cortos en que se suele conversar en escena. Creo que en las tablas, como en la vida, se debe hablar cuanto sea necesario para comunicarse plenamente con el prójimo. Si puede uno despañarse con cuatro palabras, bien; pero si, por el asunto o por la índole del auditorio, se necesitan docientos mil palabras, vengan las docientas mil palabras, y vengan las catarradas del Niágara, si ello es preciso para exteriorizar, lo más que en la vida que en las tablas. ¡Estaría bonito que uno dejara de decir lo que tiene que decir sólo porque se ha establecido como regla del arte dramático el no pasar de cierta medida. ¿Quién le ha dado a nadie derecho a intepner entre la cordiosidad del público y la ideación o emoción del autor tales reglas! Que se parece entonces la escena a un mítin de propaganda? Bien, ¿y qué? A eso un mítin de propaganda no es un elemento de vida, un aspecto de la realidad tan dramatizable, por lo menos, como un día de enamorados o una reunión de familia? Si has- en consejo que se podría hacer un drama, y un drama interesantísimo, con sólo dos personajes en escena que no hicieran otra cosa que cambiar discursos.

La cuestión no es que haya muchos o pocos, largos o cortos discursos, sino que éstos sean buenos, que contengan algo mercedero de atención. Lo malo no es que El Desterrado reviente a cada paso con un discurso, sino que la materia, el fondo de sus discursos, sea tan perfectamente chabacano. Que hable El Desterrado todo cuanto quiera, pero que hable bien. Sólo que a este pobre Desterrado, como hijo de su padre que es, no se le ocurre ¡ay! nunca, ni por casualidad, nada que

no sea un lugar común tan vacío y tan despreciable como los que figuran todos los días en el pico de estorra de un Maura o de un Romanones.

¿Queréis ir algo de lo que el señor Desterrado nos dice de la guerra? Pues aquí va:

"Por eso, cuando miras de cerca esta guerra de ahora, te apasionas, te exaltas, porque todo te dice odio, sangre, violencia, y te inclinas al uno o al otro lado, pones también odio y violencia de tu parte sin saber de qué lado están la razón y la justicia. Pero si lees, con la serenidad que sólo da el tiempo, en historias de guerras que pasaron, verás que en todas ellas, aun las que fueron humillación y venimiento de tu patria, triunfó siempre lo que debe triunfar... la idea de Dios, que para triunfar en el mundo se vale siempre de los fuertes... y ten entendido, amigos, por fuerza de brazos o armas se manifestó, que la verdadera fuerza es la espiritual, que sólo el espíritu es quien pone en las espadas luz de inteligencia, en las inteligencias temple de espadas."

¿Han visto ustedes? A nuestro peregrino señor Benavente lo único que se le ocurre decir de la guerra—de las guerras—es que en ellas triunfa siempre lo que debe triunfar... ¡la idea de Dios! Para él esas bárbaras carnicerías humanas que organiza en grande escala la codicia y la estupidez de la casta gobernante de hoy... son algo providencial, sagrado, dispuesto por el mismo Dios. Digase, pues, si hay diferencia alguna entre lo que opina de la guerra el príncipe de los ingenios españoles y lo que opina un jefe de tribu equañiera del África.

Pero ¿cómo ve e interpreta los males de la patria el gran Desterrado, que es el mismo que decir el gran Benavente? Pues todo el drama es una fílipica trebuchada, no contra los que hacen daño a la patria, sino contra los que dicen mal de ella. Para él no hay crimen mayor que el no enulbrir públicamente los defectos, los lunares de la patria; el no proclamarla siempre lo mejor de lo mejor. ¿Que ocurre algo en su seno que nos parece censurable? Pues andar, muchachos, a tratar de remediarlo, pero ¡eso sí! callados la boca, no sea que el extranjero se entere y se ría con desdén o con lástima de nosotros.—A la patria, como a nuestra madre, hay que amarla y alabarla siempre con razón o sin ella, sólo porque es nuestra patria. He ahí en síntesis la idea del gran autor. Es el mismo concepto grosero y grotesco, del patriotismo que ha inspirado a los asesinos y piratas internacionales de todos los tiempos, desde Atila y Tamerlán hasta el Duque

de Alba, Romero Robledo, el Archidúque Federico y la Santa Alianza de hoy.

Déjense ahora entregarme voluptuosamente al placer de transcribir algo más del colosal drama, para que el lector juzgue por sí mismo hasta qué umbres de sublimidad llega la pítrea estupidez del Desterrado:

"...Mirad mi rostro enrojecido de vergüenza al escucharos maldecir de esta noble Ciudad, que es nuestra patria, al oír cómo no os importaría verla dominada por el extranjero, que vendría, como decís, a imponeros su cultura. ¡Desventurados! Si el extranjero eayera sobre nosotros, su cultura, sus libertades, sus sabias leyes, las guardaría para él, a nosotros nos trataría como se trata a los traidores, que, vendidos, sólo son dignos de ser esclavos. ¿Es eso lo que ambicionáis? A cuánto llega la soberbia, el pseudo de los Ángeles rebeldes; a cuánto llega la envidia, poeado de las almas ruines... Porque eso sois, soberbios y envidiosos. Cuando vuestra conciencia os da la medida de vuestra insignificancia, bueno es enlpar a los demás de nuestro fraeso. ¿Qué habíamos de hacer! En patria tan mezquina no vale la pena de hacer nada. ¿Quién iba a comprendernos? ¿Quién había de admitirnos? Si en vuestra vanidad creéis que habéis hecho algo grande y no sois bastante estimados, decís: ¡Lástima valer tanto en tierra que vale tan poco! Cuando veis estimados y aplaudidos a los que trabajan con fe, a los que luchan con entusiasmo, entonces es a envidia la que os muere, y por empujarse a los que valen, no dudáis en empujearlos a vuestra patria. Y cuando sois vosotros los que daís ocasión al extranjero para menospreciarnos, queréis medir nuestro valor por el valor que nos da el extranjero. ¡A quién visteis que para asegurarse de la virtud de su madre para encontrar razones de querrela pregunte a los extranjeros: ¿Qué pensáis de mi madre? ¿Qué estimación habéis de sus virtudes? ¿Cómo he de respetarla? ¿Cómo debo quererla? Pues tan indigno es pedir al extranjero razones para amar a nuestra patria."

¡No os decía yo en mis charlas anteriores que este nuestro don Jacinto, aunque se desviaba tanto por embudarse de modernidad, no es en el fondo más que un filisteo de tomo y lomo! ¿Cómo no ha de ensalzarlo y adornarlo el burgués de habla (o rebuzno) española si él no ha dejado nunca de exaltar todos los valores burgueses?

¡Hay nada que esté hoy más en armonía con la filosofía, o gramática parda, burguesa que esa absurda idea de la patria, alabada,

reverenciada y amada siempre y por encima de todo? Al amparo de esa idea, de ese troglodítico concepto benaventuroso de la patria, es precisamente que se mueva hacia, que se piratee bien, que se mantenga bien la vieja y santa práctica de salir a matar y a robar en la heredad del prójimo para abrirles los cascabelos incedidos a las mercederías del benecioso burgués. Mientras haya tantos que crean que a la patria hay que defenderla con razón o sin ella... ¡claro!... el bueno y edulcorado burgués tendrá siempre robustos muchachos que se salgan a matar por él, por sus mercederías, por sus dividendos, y a la humanidad que la parte un rayo.

Finalmente, el drama este es el punto culminante en la carrera de nuestro rutilante autor. Después de esta desenfadada orgía de imbecilidad, ya no es posible esperar nada mejor. Es la España del castillo de Morriñé, la España retrógrada y herética de los Maeta y los Cervera y los Bombita y los Reverte, la que perfila su sombría silueta en las páginas de este folleto. Y es a la España nueva, a la España inteligente y europeizada que están alumbreados los Unanimo, los Arquistain, los Marellino Domingo, los Baraja, los Maeta, etc., que dirige sus tiros el hueso e insubrible Desterrado. Se ve a las claras que Benavente no puede trazar la labor de crítica revolucionaria que vienen realizando: heróicamente los que no se avienen con la España vieja y quieren renovarla a todo trance.

Para nuestro gran hombre el mal no está en la ineultura, miseria y miseria de abajo y en la gordiflona oligarquía parasitaria de arriba, sino en que no haya, como en los buenos tiempos empuerados del Duque de Alba, heroísmo y previsión suficientes para tener los soldados y municiones y maquinarias de guerra que hacen falta. Estos patriotas son todos del mismo cuño. Con tal que haya un buen Ejército (esto es, un buen número de piquetes que crean bonito y santo el dejar se matar por ensanchar los dominios y las rutas de la custa gobernante), y una buena Marina, y muchas bandas militares que toquen la marra de Cádiz, y un bosque de banderas que le den cierto tinte de ideal al falso instinto empuerado de la bestia, ya está todo arreglado.

Hay en la obra un agitador, Pablo. Pues bien, contra este agitador, al que trata el autor de presentar como un loco, como un vil demagogo disfrazado de apóstol (así han presentado siempre a los agitadores sociales los conservadores de todas partes), fulminan El Desterrado sus más eclécticas invectivas.

"¡Porque me veis aquí—habla El Desterrado—pensáis que ha sido mi abdicación!

¡Yo no hablo al pueblo, estoy en el palacio del Magnífico... Pero, ¿qué es que es mayor valentía gritar la verdad a los grandes desde la plaza pública, defendido por turules hambrientas y amenazadas, que venir indefenso y solo a sus miseros palacios a decirlos la verdad frente a frente? Cuando yo no diga la verdad podéis decir que he dejado de ser el que era. Conciencia el odio de los hambrientos, de los despreciados que padecen injusticia y miseria para que amanezca, exijan y destruyan, es más fácil que persuadir a los poderosos de la tierra, al amor que apasiona, edifica y concede..."

¡Pero os habéis fijado en la formulita que nos presenta don Jacinto para remediar las injusticias y males sociales? Según él, no se debe ir al pueblo mismo para despertarlo e inflamarlo, sino que lo correcto es abrir a los palacios para convencer a los poderosos de que están en pecado mortal e inducirlos a extirpar el ego peador.

¡Quéris ahora saber cómo piensa nuestro autor del amor a la humanidad que predicamos, como amoniciando del amor a la patria, los que aspiramos a extirpar en éste el germen de las rivalidades nacionales y las guerras? Pues así oír a vez al Desterrado:

"... Pero ahora, dónde está el alma de la Ciudad?... En los que nos proveyeron de pocos barcos y pobres armamentos? En los que predicaron no sé qué santo amor a la humanidad, que es amor a todo lo extraño y odio a todo lo nuestro como si nosotros no fuéramos también humanidad?"

Ya lo veis. Amor a todo lo extraño y odio a todo lo nuestro; eso es lo que le parece a nuestro hombre la actitud mental de los que le han por destruir el concepto bárbaro de que todo lo que queda del lado de acá de la frontera es de enidad infinitamente superior a lo que queda del lado de allá. Así piensa todavía el burgués de todas partes. Pasaron muchos años de que el hombre lezara a sentir que un empuerado que los demás hombres que con él forman el conjunto nacional que llamamos patria, concepto que es, claro está, un verdadero empuerado sobre los instintos primitivos del individuo aislado, sin sentido alguno de solidaridad. Pero de la misma manera que se nació del amor de la familia al amor de la tribu, y de éste al de la patria, se pasará del amor a la patria al amor de la humanidad. Sólo que es una evolución esta que no se hace de la noche a la mañana, porque a las dificultades inherentes a todo proceso de evolución se agrega en este caso la formidable circunstancia de que el feudalismo plutocrá-

tico ha hecho de la patria su más sólido y barato baluarte. Y de ahí que nada subleve más al feroz instinto de conservación del burgués de hoy que toda propaganda que tienda a sustituir el lucrativo patriotismo (guardianceloso de los privilegios nacionales) por ende, de los que dentro de la nación usufructúan el monopolio de estos privilegios) por el pacifista y cooperativista humanismo.

Y como nuestro don Jacinto no es rápido, más que un gran burgués (un burgués ensoba de los que tratan de vestir sus viejas silvas a la última moda y hablan de todo o con un afectado, zumbón y epidémico escepticismo de señorío ebrieta, o con un empuerado lirismo de histórica enamorada), no es de extrañar que, no tratándose a combatir de frente a los demoleedores y creadores del en libro de Unanimo, Baraja, Arquistain y demás representantes de la España intelectual se valga para atacarlos de las transchabolas y curias gradulaciones del Desterrado. ¡Quéris aún más pruebas? Pues ved la que les da como las que aborrecen por la fraternidad humana. Hablan Pablo, un Capitán del ejército y el Desterrado:

"Pablo.—Todo antes de la guerra.  
Capitán.—Todo antes que humillarnos al extranjero.

Pablo.—Habéis como soldado.  
Capitán.—Como ciudadano ante todo.  
Pablo.—La guerra es nuestro oficio.  
Capitán.—Algo más noble que el nuestro el portar la puz. Un oficio, como decís, en que se arriesga y se pierde la vida.  
¡Podéis decir otro tanto del nuestro?"

Pablo.—La guerra es inhumana.  
Desterrado.—Tenéis razón. Más inhumana que nunca; cuando vemos que es tan humana, vemos cómo se preparan para ella los pueblos y las ciudades que pueden amanzarnos algún día, y hay, quien como vosotros, difunta, entorpecer y estorba que nosotros estemos preparados para defenderlos... Esa es la inhumanidad de la guerra, enviar a nuestros soldados vendidos a la derrota y a la muerte, por falta de medios para combatir. Lo que habéis hecho siempre, oradores y apóstoles de la humanidad... que más parecéis traidores a la patria..."

¡Pero qué deliciosamente cómico este Desterrado! A pesar de que desde su entrada en escena adopta un tono de ansteridad resignada y teatral que da náuseas, tan pronto como ve la probabilidad de que su hijo Laura se case con la hija del Magnífico—el ladino Crispín, dueño y señor abora de la ciudad—, se abandona para así éste de tal

modo que, no pretexto de que el pueblo que toleró sus truhanerías es más malo que él, se vuelve su aliado y sale a predicar en su favor. Y ahí tenéis otro aspecto peregrino de la filosofía marrullera del pernillo Benavente. Su teoría es ésta: puesto que todo gobernante empuerado es obra de su pueblo, porque sin pueblo consentidor no habría gobernante corruptor, a la hora de escoger entre el pueblo y el gobernante, lo mejor es declararse por éste, (sobre todo si hay de por medio un hijito que tiene la suerte de engastar a la hija del tirano). ¿Qué? ¡Os parece demasiado repugnante este empuerado oportunismo de saltador de caimanes, para creer que haya un autor grande o chico capaz de exponerlo y defenderlo en serio? Pues no me creáis a mí, porque la cosa es demasiado gorda para atenderse a referencias. No me creáis a mí; pero besad el libro y a las primeras escenas veréis por vosotros mismos, si es que sabéis leer, que el gran Benavente ha inventado una doctrina ética al amparo de la cual todos los pillos redomados que habrán gobernado en los palacios de los gobernantes después, quedan absueltos y rehabilitados. ¡No decís yo que la influencia moral de este hombre, de este nuestro empuerado don Jacinto, sobre nuestra juventud de España y América, era fatal sobre toda ponderación?

Y terminaría ya estas rápidas notas si no fuera porque le sentaría mal a mi salud el pasar de largo, a boca cerrada, junto a una tan gentil figura como es la de Crispín, o sea, el Magnífico, tipo en este drama de gobernante astuto y bribón. Bien están las inocentes, las fáciles truhanerías que dieron éxito y fama al tal Crispín en la primera parte de «Los intereses creados»; bien está que el autor nos lo presente en esta segunda parte lleno de remordimientos de criminal de cine y hecho todo un patriota: (el patriotismo es el término natural en la carrera de los truhanes victoriosos, como la cárcel es el término natural en la carrera de los truhanes fracasados)... Pero ir más allá de esto y pretender hacerlos tragar troceado por arte de biribirlorquia en la figura eschillonante lírica, melifluamente cursi, de un tonor de ópera, ya es demasiado. ¡Tan atrofiado tiene el sentido del humor? este nuestro don Jacinto que no se le sublevaron los nervios todos ante el espectáculo de este señor Crispín—tan redomadamente píjolo, tan empueradamente positivista y esceptico—declamándole a Leandro en serio—en un patético—aquello de "¿tu no sabes lo que tu amor a Sílvia ha sido para mí. He olvidado mis pies en la tierra, la luz de tu

amor era como una estrella que me obligaba a mirar al cielo..."

¡Que quiénes son estos Leandro y Silvia y qué amores eran los suyos para dejar tan extático a Crispín? Pues Leandro y Silvia eran unos novios de lo más vulgar que Dios echó al mundo y su idilio un verdadero charro de babosa idiotez, como puede verlo el lector con sólo mirar, y sin embargo, a este nuestro don Jacinto no le dá un síncopa ante la sola idea de hacer de estos zánganos amantes y de su zarzueloso ojo te quiero... "así es la única estrella para algún caminante de la vida que sin su luz perdería el camino en las noches oscuras de su alma."

Pero no, no quiero robarle al lector la oportunidad de saborear íntegros los románticos gorgoritos de Crispín. Platos como este no se presentan todos los días. Atención, que vais a oír a El Magnífico.

"Crispín.—¿No recuerdas, Leandro?

En nuestra vida aventurera hubo una hora que decidí de nuestra suerte. La hora en que a nuestra ruindad supimos enredar las ruindades de todos, en que la misma codicia de los que nos perseguían fué nuestra salvación. Siempre juzgué a los hombres despreciables, y aquel día me hubieran parecido más despreciables que nunca si sobre tanta ruindad y tanta bajeza no hubiera resplandecido el amor de

dos criaturas. ¡Erais tú y Silvia!... Sobre todo aquel amasijo de miserable humanidad, contemplaba yo vuestro amor, como contemplé tantas veces, enareolado, por la claraboya de una prisión, aquel redondelillo de cielo azul, que con asomarse apenas a la negrura de la cárcel, embobado en el ansia de mis ojos, se entra por el corazón y era como si el alma se llenase de cielo. Por vuestro amor pude salvar la fe en mí mismo. Y crecer en nosotros es crecer en algo superior a nosotros mismos, porque sólo el que nada divino siente en su alma, puede dudar de Dios... Tú no sabes lo que tu amor a Silvia ha sido para mí. Hundidos mis pies en la tierra, la luz de tu amor era como una estrella que me obligaba a mirar al cielo. Mal hice en apagar su luz. Cuando en nuestra alma se alza una luz, por humilde que sea, si por deslucido o por cansancio quisieran apagarla, debemos pensar antes que ya no es sólo nuestra humildad lucecilla, que si perdió ya su valor para nosotros, acaso es en la vida única estrella para algún caminante de la vida, que sin su luz perdería el camino en las noches oscuras de su alma."

Un truhán cursi, espantosamente cursi, como una heroína de Carlota Brämé! La gloria de esta creación le estaba reservada a nuestro inmenso don Jacinto.



## Actuación de la mujer moderna

Das mujeres que trianfan de la brutal pasión de los celos.—El célebre triángulo de Maeterlinck

DE LA SECCIÓN DRAAMATICA DEL "New York American"

**M**AETERLINCK Maeterlinck, el distinguido poeta belga, novelista, dramaturgo y filósofo, está a punto de llegar a América (1) para una excursión de conferencias. Pero ¿nos dará este ilustre intérprete de la vida, del amor y de las emociones humanas, una conferencia acerca de su propia vida, de su propio amor y de sus últimas emociones?

El eterno triángulo ha sido tema inagotable de los novelistas y dramaturgos desde los más remotos tiempos: un hombre y dos mujeres, o una mujer y dos hombres. Pero en este juego amoroso de tres puntas siempre ha rotado que uno de los tres personajes se ha roto. La felicidad ha sido para dos de los tres, en tanto que el tercer miembro del triángulo ha caído en la desesperación, en el suicidio, y a veces en el asesinato.

Pero Maeterlinck ha realizado un milagro moderno; ha realizado lo imposible, ha construido para sí mismo un triángulo feliz: de un lado, su feliz esposa anterior, hoy divorciada, Georgette Leblanc; de otro, su feliz esposa actual, la jovencita Renee Maeterlinck, y de otro, Maeterlinck mismo, venturoso en el ambiente de amor que ambas mujeres le forman.

Es una situación extraordinaria. ¡Dedicará el filósofo belga una, por lo menos, de sus conferencias en América a constarnos cómo ha logrado él en la vida real la feliz solución del supuesto imposible problema del eterno triángulo?

No hace un año todavía que la esposa de Maeterlinck, la conocida actriz y autora Georgette Leblanc, le dijo: "Tu amas a la pequeña Renee... ¡Será tuya!"

Georgette hizo las gestiones del caso para su divorcio y muy poco tiempo después Mac-

terlinck se casaba con la pequeña Renee Dabon, de diez y nueve años de edad! No hubo en todo ello ningún disgusto, ni sombra de celos, y ahora están todos completamente satisfechos y contentos. El éxito de este feliz triángulo se debe principalmente a la amplia filosofía de Georgette, la esposa divorciada, que es una mujer de extraordinario talento.

"Ninguna persona—dice ella—dotada de inteligencia, se rebela contra la muerte, se desespera por lo que es inevitable. Nadie que tenga una mente filosófica lucha contra la proximidad de la vejez. Y ninguna mujer de cerebro deja de advertir que sus encantos físicos se desvanecen con la fuga de los años y que ella no debe tratar de competir con la frescura de la juventud."

Georgette Leblanc había impresionado a Maeterlinck tanto por el lado sensual como por el lado intelectual. Su lado marital había sido y era todavía muy feliz. Pero la frescura primaveral se había disipado en las mejillas de Georgette y su figura había adquirido contornos de matrona. En este tiempo se dió cuenta del apasionado interés que su marido estaba tomando en la niña Renee.

May bien, Maeterlinck tendrá a Renee. Pero el hecho físico de la niña sólo satisfará un lado de Maeterlinck, el lado sensual. Que dará todavía libre el lado intelectual del dramaturgo y éste debe también ser satisfecho. Maeterlinck debe tener quien le preste compañía intelectual e inspiración... y Georgette Leblanc sigue, por consiguiente, siendo su compañera intelectual y su inspiradora.

Así fué como se hizo posible el triángulo feliz. Desde luego que era necesario un divorcio, y que para el ingreso de la joven Renee en el venturoso círculo no se podía prescindir de la fórmula social del matrimonio. Georgette arregló por sí misma el divorcio y le preparó todo para la instalación de la niña Renee en el hogar del poeta. Pero Georgette quedaría siendo la amiga, la compañera, la inspiración de su genio, la novia de su intelecto.

Y el triángulo ha triunfado en la práctica. El matrimonio del dramaturgo y de la niña

(1) Llegó a Nueva York el día 2 de Diciembre y se le han tributado honores extraordinarios.

se llevó a cabo en la primavera del año 1919. Pasada la luna de miel, la misma Renee invitó a Georgette al hogar de Maeterlinck.

Georgette y Renee se entendieron perfectamente; todo pasó suavemente, dulcemente, felizmente; sin celos, sin dudas, sin traiciones, sin deslealtades. Renee era la esposa; como quedaba establecido, entendido, sellado. Georgette no invadiría los derechos de la nueva esposa... y la nueva esposa no ignoraba, por su parte, que Georgette suplía la camaradería intelectual que la niña novia no podía ofrecer.

Georgette continúa colaborando en los dramas cuyo éxito comercial fué ella la primera en conseguir poniendo en juego su talento práctico. Cuando un nuevo drama requiere la aportación de su personalidad de actriz, ella desempeña su papel de siempre, o ejercitará a la esposa mía para el papel principal cuando pueda ella desempeñarlo.

Georgette será de una ayuda muy valiosa en la administración de la antigua Abadía de St. Wandrille, que es la residencia favorita de Maeterlinck. El invitó una gran parte de su fortuna en reconstruir las ruinas del palacio hasta convertirlas en una residencia lujosa sin destruir su exquisita poesía de mansión centenaria. Aunque Georgette tiene su casa propia en París, no puede dejar de atender esta propiedad de Maeterlinck, ya que es ella la única persona que comprende el cuidado que requiere este lugar maravilloso, el gusto que demanda la atención de su mobiliario y decorado.

Al formar parte de este raro pero dichoso triángulo, Madame Georgette Maeterlinck ha sido fiel a la filosofía que puso en práctica durante toda su vida marital.

Ella le ha explicado su filosofía a un amigo. "Se casó con Maeterlinck porque consideró que él era el hombre único para ella, el genio más grande del mundo... Su única ambición en la vida fué hacer feliz a aquel gran hombre y a este fin permanecería fiel siempre, no importa los sacrificios que esto le impusiera. ¡Puede un hombre ser feliz atado a una esposa que carece ya de atractivos yara él? No. Por lo tanto, la esposa debe dejarse en libertad. ¡Puede hacerse feliz el separable de la muchacha que ama? No. Por consiguiente, la esposa debe ayudarlo a ensarse con la muchacha que ama. En todo hombre hay dos personas: la intelectual y la física, dice Madame Georgette Maeterlinck. La persona física tiene por fuerza que sentirse atraída por una mujer más joven y más fresca. La persona intelectual puede quedar tan devota del lado intelectual de su antigua compañera como en los primeros días y aun

más, quizás, que antes, pero el hombre físico siente el deseo de una compañera más joven... Maeterlinck me es fiel espiritualmente, pero físicamente está apegado a Renee."

Una mujer pierde forzosamente muchos de sus encantos con los años. El hombre, por viejo que sea, experimenta la misma atracción hacia la juventud y la belleza que en sus primeros años. Esta no es su culpa, sino simplemente una de las leyes inexorables de la naturaleza. Por consiguiente, según Madame Georgette, una esposa verdaderamente amante tiene el deber de dejar a su marido libre de hacer lo que guste y aun de contribuir a su felicidad.

En estricta conformidad con estas ideas ella se ha mantenido toda la vida consagrada a él, primero, empleando todos los recursos de su talento en aumentar su fama, luego en ayudarlo a lograr su matrimonio con la muchacha cuya belleza le había deslumbrado, y, por último, ayudándole a ambos a ser felices después que se casaron.

Lo más sorprendente de todo en una esposa fue, quizás, la conducta de Madame Georgette cuando ayudó a su marido a entrar en relaciones con Renee Dahon y a cultivar su amistad después que se habían conocido.

Renee Dahon conoció a Maeterlinck cuando ella hacía el papel de Tyltyl en los ensayos del "Pájaro Azul". A ella, como a la mayor parte de los otros actores, le había conmovido Madame Georgette. Maeterlinck no gustó al principio de la joven como actriz y se lo manifestó así a su esposa. "El reparto de papeles está bien, muy bien, con sólo una excepción. Debes conseguirte otra Tyltyl. Esta es demasiado joven, demasiado inexperta. Resulta imposible," le dijo él.

"Pero, querido, yo te aseguro que esa joven tiene talento—contestó ella—He estado mucho tiempo buscando una persona propia para representar Tyltyl. Y la timidez de esta niña, su falta de desenvoltura, me parece que son cosas necesarias para una exacta interpretación de Tyltyl."

Ella insistió Maeterlinck, pero su esposa le aseguró que ella podía todavía hacer maravillas con Renee. Entonces se apoderó de la jovenita y la estuvo aleccionando diariamente largas horas hasta que la preparó a su entera satisfacción.

El autor del drama no volvió a ver a la niña hasta la primera representación del "Pájaro Azul", obra que se representó durante trescientas noches y que fué el éxito teatral más grande que había tenido.

Maeterlinck quedó encantado con Tyltyl. Apenas podía creer que era la misma perso-

na que él había visto en los ensayos. Mostró deseos de conocerla y su esposa se apresuró a traerla.

Su representación ha sido admirable—dijo Maeterlinck, en tanto que se fijaba con admiración creciente en la cabellera, delicada figura de la niña de ojos negros y pelo de oro que tenía delante. Y volvió a decir:—Oa quedo muy agradecido por haber reproducido tan bien a la niña de mis sueños.

Como resultado de esta entrevista, la joven actriz, con el consentimiento de sus padres, fué a hacerles una visita al señor y a la señora Maeterlinck en su residencia de la Abadía. Y comenzó entonces entre ellos una intimidad que rápidamente creció de día en día.

Madame Maeterlinck, espléndida como un ave del paraíso, de curvas elegantísimas, se deslizaba como un sueño por la romántica residencia medieval. El la veía pasar con verdadera abstracción de hombre de pensamiento. Pero cuando Mlle. Dahon aparecía, los ojos del autor sentían la fascinación producida por la figura gentil y primaveral de la niña.

Por fin Madame Maeterlinck sorprendió aquella mirada en los ojos de su marido que una mujer de su experiencia y penetración no podía menos de interpretar. Se dio cuenta de que su compañero sentía pasión por Renee Dahon. Y ni por un momento consistió en estorbarle. Abareó todos los aspectos de la situación de una sola ojeada. Se dijo a sí misma que ya ella estaba decayendo corporalmente, que la pasión que él había sentido por ella en un tiempo no retornaría jamás y que oponerse a esta nueva pasión del gran hombre sería poner en peligro aquella misma camaradería intelectual y espiritual entre ambos que había sido el sueño de toda su vida.

Georgette Leblanc salió precipitadamente para París y obtuvo su divorcio con la menor demora y publicidad posibles. Y Maeterlinck, que entonces tenía cincuenta y dos años, contrajo matrimonio con la niña de diez y nueve Renee Dahon.

Este es el punto culminante de una vida de rara devoción por parte de Georgette Leblanc. Hace diez y ocho años que ella se casó con Maeterlinck. Ella era entonces una mujer madura, que había adquirido fama como cantante de ópera y actriz de gran personalidad. Ella ha confesado que ella fué quien convenció al autor y que la había empezado a amar por sus libros.

—Pensando en el libro—ha dicho ella—y en el hombre, y en la inteligencia, detrás del libro, estuve despierta toda la noche. Y me

dije: "Es mío. Es mi marido. Es mi amor. Yo le conoceré. Le amaré... Me amaré."

Hubo un encuentro basado por ella hábilmente y un galateo rápido seguido del matrimonio. Maeterlinck, estimado entonces como un autor de talento, poeta y hombre de profundas ideas filosóficas, no había conquistado la rigidez y la fama que desde entonces ha ido adquiriendo con los éxitos repetidos de sus dramas en todo el mundo. Fué su mujer la que lo inició en esta carrera de éxitos materiales, pues ella en persona fué la que dirigió la campaña de representación de las obras una tras otra, hasta el invierno pasado, y es probable que continuará haciendo lo mismo en el futuro.

Georgette Leblanc creó la interpretación de Melisande en "Pelleas y Melisande". Penetró con gran intuición en el alma de esta creación extraña, mística y patética, y de tal manera triunfó en dicha interpretación, que desde entonces todos los que han hecho este papel han seguido imitándola. Se distinguió Georgette por una figura espléndida, esotérica, soberbiamente modelada, que todavía conserva y que usa con éxito en las tablas en actitudes y poses muy originales.

Aunque Madame Georgette amaba a su marido antes que todo por su mente y espíritu, ella observó siempre el mayor cuidado de un cuerpo y efectuó una serie de reglas sobre esta materia, algunas de las cuales son como sigue:

"Habría sido para estar de acuerdo; la desproporción se expresa mejor con los ojos."

"Cuando vuestro marido está de mal humor, no desarrolléis el mismo síntoma; cuando está contento, imitadlo sin vencer."

"Si tiene reuma, no insistáis en que salga de paseo."

"No le acariciéis antes de comida; los besos para un hombre con hambre son como burbujas de jabón para una garganta reseca."

## La Cuestión de la Mujer y el Sistema Capitalista

(De "The Call Magazine")

ISRAEL KAHAN

La aristocracia de la fuerza física y la aristocracia del dinero

La guerra mundial de 1914—1918 ha introducido grandes cambios en la estructura social. Bajo su constante y abrumadora presión, muchos países llevaron a sus máximos el desempeño de ocupaciones que hasta ahora les habían sido prohibidas. La ganancia de

alguna independencia económica por parte de la mujer, ha destruido muchos obstáculos y despejado el camino para su emancipación. La cuestión femenina ahora más que nunca ocupa la mente de todos los pensadores y de todos los estadistas serenos.

Un análisis detenido de la Cuestión de la Mujer muestra que, aunque al parecer es un problema de sexos, no es en el fondo otra cosa en realidad que uno de los aspectos del gran problema humano que ha de resolverse si la humanidad ha de progresar.

Y siempre que nos detenemos ante esta cuestión de la emancipación de las mujeres, surge el recuerdo de Ibsen. Según los aforismos póstumos de Ibsen, la humanidad, en su desarrollo desde las más bajas zonas del salvajismo hasta las más altas de la civilización, ha pasado a través de períodos bien definidos.

En las etapas primitivas de la historia humana reinaba suprema la aristocracia de la fuerza física. Sólo aquellos que estaban perfectamente adiestrados en el arte de la guerra eran los jefes de la sociedad. Las clases más bajas imitaban a la fuerte por excelencia y las batallas físicas inspiraban adoración. Por cientos de siglos la humanidad permaneció en esta primitiva.

La aristocracia del dinero desplazó a la aristocracia de la fuerza física. El caballero cuando y el guerrero profesional fueron perdiendo su influjo social. Los peritos en el arte de acumular fortunas son los que moldean los pensamientos de la humanidad actual. Y como la aristocracia del dinero conquistó generalmente su poder por medios mezquinos de astucia y rapacidad, acompañados a menudo por la fuerza física, fueron muchas las supersticiones antiguas que deliberadamente se retuvieron y modificaron en forma que conviniere a su creciente influjo social.

Ahora estamos atravesando una época en que la aristocracia del dinero, aunque todavía reinante, está perdiendo rápidamente su fuerza y autoridad. Una nueva fuerza está desplazando gradualmente a la aristocracia del dinero. Conferencistas, profanos, artistas, científicos, están ahora pensando la mente y las ideas del género humano. Y a medida que la fuerza de la inteligencia ha ido sustituyendo a la fuerza de la riqueza, las viejas supersticiones se están desvaneciendo gradualmente. La humanidad, sin embargo, no quedará enteramente libre hasta que una nueva fuerza dinámica no haya surgido y triunfado. Cuando una nueva aristocracia, la de los sentimientos nobles y el carácter firme y sano, desplace a la aristocracia de la

inteligencia, entonces y sólo entonces los seres humanos alcanzarán a un nivel en que serán tan libres como los dioses.

La ciencia económica ha demostrado que estas aristocracias que acabamos de mencionar se basaban en la estructura económica de la sociedad en cada época determinada. Para alcanzar la etapa de la aristocracia de los nobles sentimientos la humanidad debe verse libre de la perversa influencia de los odios y rivalidades basados en la desigualdad económica. Ahora aora es fácil notar que en aquellas clases en que condiciones económicas saludables permiten a sus miembros el volverse aristócratas del noble sentir, las mujeres están consideradas y tratadas como iguales de los hombres.

### La muchacha y el muchacho

El estado actual de la mujer es una prueba de lo interior.

El sistema capitalista pretende hipercritamente haber colocado a la mujer sobre un pedestal de reverencia, sin perjuicio de lo cual la explota más y más y la trata mucho peor que al hombre.

Desde su nacimiento la muchacha se tropieza con la Cuestión de la Mujer. El nacimiento de una muchacha es seguido con disgusto por sus padres, sean ricos o pobres.

¿Por qué este disgusto? A causa de la dependencia económica de la mujer. Los padres ricos sienten disgusto de ver que sus hijos acumulados van a pasar a otra familia mediante el matrimonio de sus hijos. Los pobres, por su parte, ven en el nacimiento de una muchacha nuevas cargas que aumentarían su pobreza, pues sabido es que una muchacha en el seno de una familia significa más gastos con menos probabilidades de ingresos.

A medida que la muchacha avanza en edad, los peligros que la rodean van creciendo. Y esto ocurre no porque ella sea peor que un muchacho de su misma edad, sino porque si llega a olvidar por un solo instante su situación especial, corre el riesgo de seguir los instintos de la vida. Estos peligros proceden directamente de la moralidad, basada en siglos de prejuicios y supersticiones que a su vez deseanzan sobre el elemento de las diferencias económicas entre la condición del hombre y de la mujer.

Cuando la muchacha llega a ser una mujer, su posición económica es la única que decide de si habrá de obedecer a la voz del amor natural, o si podrá proporcionarse un matrimonio ventajoso. Y después del matrimonio, el camino de su vida está lleno de espinas.

Lo que ha sido la vida de la mujer en las distintas clases sociales.—La Nora de Ibsen

En confirmación de lo anterior, trataremos de dar idea de la vida de la mujer en las diferentes clases sociales, tal como se la describe en la literatura más representativa del día y en trabajos biográficos.

Nora, nacida en el seno de una familia rica, era considerada por todos, y por sí misma, como muy afortunada, hasta que se atrevió a dar un paso independiente. Su marido, próspero hombre de negocios, se vio envuelto en una dificultad financiera. Esta dificultad no se la confió a Nora, porque ella era simplemente una mujer. Trata ella a dar simplemente el dinero de un procreante, que pone como condición del préstamo que la obligación vaya firmada por una persona de responsabilidad. Levada del deseo de ayudar a su marido a todo trance a adquirir el dinero y estando su padre demasiado enfermo para solicitar su firma, Nora falsifica secretamente la firma de su padre, sin darle importancia ninguna a este hecho, tal vez creyendo que en que en todo caso el padre nada tendrá que objetar. Todo va bien hasta que el prestamista trata de aprovecharse de la firma falsificada para imponerse al marido de Nora. Entonces estalla la tempestad.

¿Por culpa suya que ella violase las inhumanas leyes existentes?—se preguntaba la angustiada Nora. Su educación había tratado de hacer de ella solamente una muñeca para que pudiera servir de adorno en la casa de su padre y después en la de su marido. Para éste ella era simplemente un elemento decorativo de su casa y un instrumento de placer. Y tan pronto como ella trató de actuar como un ser humano, tropezó con la realidad. ¡Hay acaso nada más natural que en su primera tentativa de actuar como una persona, desconociendo por completo las leyes de los hombres, resbalase y cayese la que hasta entonces había vivido como simple muñeca?

Su verdadera posición se le hizo clara. Vio que había estado obligada por los viejos convencionalismos a llevar una vida que ante su mente difería poco de la de una prostituta. Y siendo una mujer inteligente, se rebeló y abandonó la casa de su marido para comenzar a vivir de nuevo.

Las mujeres de la clase media no lo pasan mejor. Como ejemplo, tomaremos el drama de Hermann Sudermann titulado *Die Mats* (El Hogar).

Magda Swartz era la hija mayor del pro-

prietario de un gran diario en una ciudad de segundo orden de Alemania. Fascinada por las palabras de amor y brillo social de un joven de la nobleza y obediendo al grito del amor, cayó en brazos de un Von Keller, que ocupaba la plaza de Fiscal. Al sentir ella las consecuencias de sus amores y pedirle que se casara, creyó él que la mera inasistencia era un insulto. ¡Cómo podía ella pretender que un *RegierungsRath* se casara con una muchacha de la clase media que, además, no había sabido concebirse puras? Sólo después de fuertes protestas por parte de los padres, hechos por supuesto en el círculo privado de la familia, consintió von Keller en casarse, pero a condición de que ella fuese a dar a luz a un sitio donde no la conocieran y dejase al niño criando en secreto, sin que se supiera que había nacido fuera de matrimonio. El no consentía de ningún modo en manchar su reputación con tal escándalo. Su insolente discurso, las condiciones humillantes que trató de imponer, y la actitud servil de su padre para con Von Keller, la sublevaron de tal modo que, enardecidos con su amante, le cobó a la cara su desprecio y se dispuso resueltamente a abandonar la casa paterna.

Pero en tanto que Mr. Swartz, el padre, prohibía que mencionasen siquiera su nombre en su presencia, Magda, a fuerza de intenciones heroicas, logró conquistarse una gran fama como cantante. Llegó así el momento en que los ciudadanos más respetables de su ciudad aspiraron a la honra de traerla para un concierto. Ella, ansiosa de ver a su pobre madre y a su hermana menor, aceptó la invitación. Toda vez que entre ella y su padre existía un disgusto grave, se decidió a parar en el hotel, pero las súplicas de su madre la indujeron luego a trasladarse a su propia casa para evitar la murmuración.

Al principio se sintió Magda muy feliz. Su fama y popularidad parecieron ablandar el austero corazón de su padre. Von Keller, a quien Swartz consideraba limpio de culpa desde que se había mostrado dispuesto a casarse con Magda, continuaba visitando la casa. El ahora se daba cuenta de lo mucho que la fama de Magda y su auge como artista convenían a su carrera y, consiguientemente, pensó en abordar otra vez la cuestión del matrimonio con Magda. Magda trató inútilmente de evitarlo. Mr. Swartz, considerando a ella culpable e inmoral por no aceptar sus proposiciones, pensaba que había perdido el momento de borrar la mancha que había caído sobre su propio nombre e insistió en la necesidad del matrimonio. Para apaciguar a su padre, Magda consintió en hablar



del asunto con Von Keller. Pero éste no había cambiado en sus ideas. Sólo condescendía benevolamente, en atención a sus sentimientos maternos, en adoptar a la hija de ambos, que ante los ojos del mundo pasaría como una huérfana de ciertos parientes pobres de ella. Cuando a Magda misma, acabo por maliciarla dispuesta al caso, siempre que se la respetara en su independencia para seguir su profesión. Von Keller, que interrumpía sus suaves palabras como un principio de sumisión, quedó sorprendido ante la demanda de independencia? Como esposa suya, ella no tenía que atender a otra cosa que a él. El le daría todas las oportunidades de conquistar fama, permitiéndole cantar en fiestas de sociedad, y utilizando el talento y la gloria de ella para avanzar en su carrera. ¡Esto era demasiado! El, el culpable, iba a ser el juez. Ella, deshonrada por él, pero suficientemente fuerte para conquistarse su independencia contra toda clase de obstáculos, debía sacrificar todo cuanto amala a la idea de ayudarle en su carrera a él y en adelante debería considerarse, de acuerdo con los convencionalismos de él, como objeto de los favores de su marido. Su alma se rebeló y le ordenó salir de la habitación.

Magda había decidido abandonar la casa paterna. Tenía que pasar por el umbral de su padre la esperaba. Revolver en mano, él estaba resuelto o bien a forzar a Magda a que lavase el nombre de su hija casándose sin condiciones, o bien a matarla. En la demanda convencional de ciega obediencia por parte de ella, lo único que veía Magda era que la querían forzar a prostituirse en una clase de prostitución compulsoria que no concede recompensa a la mujer y libre al hombre de toda obligación. ¡Qué derecho tenían sus padres—argüía ella—de exigirle nada? Si ella hubiera dependido de ellos para ganarse la vida y para su apoyo moral, como las muchachas del tipo de su hermana, entonces habría alguna razón para exigirle obediencia. Pero de ella, que había sido lanzada al mundo a luchar contra toda clase de obstáculos hasta conquistarse por sí misma su independencia y hacerse respetar y admirar, ¿qué derecho y qué razón podían invocar para exigirle obediencia, érga? Sólo una razón. le gritó su padre, los favores del matrimonio. En sus esfuerzos desesperados para poner fin a la torturadora discusión, ella acabó por exclamar: "¿Cómo sabe usted que él fué el único?" Levantó él su revólver para dispararle. Magda gritó. Su hermana y su mamá se precipitaron dentro del cuarto. El

choque moral había sido demasiado grande para él y cayó herido de muerte de un ataque del corazón. No había podido resistir el anequeo a la resuelta rebeldía de una hija contra la autoridad del padre y los convencionalismos del mundo. Tal es la penalidad que sufre una mitad de la especie humana por entorpecer el desarrollo de la otra mitad de la especie.

#### Autobiografía de una mujer

La situación de las mujeres de la clase obrera es todavía peor. En apoyo de este aserto tomaremos algunos párrafos de «La autobiografía de una obrera», por Adelheid Popp.

Siendo todavía una niña, Adelheid conoció las angustias del trabajo fuerte alternado con la falta de trabajo y la busca de un jornal. A la edad de diez y seis años pudo encontrar trabajo en una factoría donde la mayor parte de las compañeras eran mujeres. Allí oíó a sus compañeras hablar de un agente viajero que iba a regresar en un par de días. Cuando volvió el agente viajero se pasó por toda la fábrica mirando a las muchachas de un modo que hizo sonrojarse a Adelheid. Se detuvo al llegar junto a ella y la mandó a un recado. Cuando Adelheid estaba a punto de abrir la puerta a su regreso a la fábrica, el agente viajero, que estaba oculto en la penumbra del pasillo, la abrazó y la besó. Ella lo empujó a un lado y corrió a refugiarse al taller. Las miradas de sus compañeras, que habían visto las dos sinietas a través de los vidrios de la puerta, hicieron arder su rostro de indignación y vergüenza todo el resto del día. Y cuando llegó a su casa tuvo vergüenza de contarle a su mamá y a su hermano lo que había pasado.

Al día siguiente la esposa del dueño de la fábrica, que era capataz del establecimiento, al pasar junto a ella murmuró algo muy cómico acerca de sus éxitos. Una de las muchachas reprochó duramente a Adelheid el haberle robado el amor del agente viajero. Adelheid replicó suavemente que ella no había hecho nada para atraer al agente, quien evadía decentemente no atribuirle ninguna intención honrada en sus solitudes para las muchachas. La compañera de trabajo lo entendió así, pero necesitaba los favores del agente para obtener más ventajas dentro de la fábrica: trabajo seguro y buena paga. Y con lágrimas en los ojos le rogó a Adelheid que hiciera algo por parecer «monas bonitas».

La actitud común de sus compañeras de trabajo hacia ella sonódió fuertemente su alma y aquella noche le comisionó a su madre

todo. Su madre la aconsejó que, estando obligada a trabajar para ganarse la vida, debía volver a la fábrica, pero que no debía permitir que el agente viajero fuese «mona» sino lejana.

Faltaban tres días para la Noche Buena. ¡El dinero hacía tanta falta! Pero ella no podía sacproponerse a su repugnancia. Su espíritu se sublevaba. Ella no podía luchar voluntariamente como un perro por un hueso podrido. En lugar de volver, salió a pedir trabajo en otra parte. Durante tres días anduvo vagando por las calles de Viena en su lista de empleo. Al salir de la fábrica donde había estado empleada sólo recibió un dólar, que era cuanto había ganado.

¿Cómo decirlo a su madre? ¿Cómo iban a celebrar aquel gran día con sólo un dólar? Llorando y temblando de frío siguió andando, sin saber adónde. Un joven muy bien vestido se le acercó y en una forma afectuosa le preguntó por qué lloraba. Ella le contó sus sufrimientos de los últimos cuatro días. Él ofreció darle suficiente dinero si ella lo seguía hasta su casa. Demasiado joven para comprender aún, le siguió. A la puerta de su casa se filó repentinamente en la mirrada lúbrica de él, y se llenó de horror. Lanzó un grito de sorpresa y salió corriendo hacia su casa.

Un paso más y se habría perdido. Esta sociedad amoral la arrojaría sin piedad entre los perdidos y degradados, y eso era lo peor misma del aniversario del Redentor. Tales eran sus pensamientos en aquel momento.

Por fortuna, era ella una de esas personalidades fuertes cuya energía crece con los obstáculos. Aquel incidente la hizo pensar en los que luchaban contra las mismas condiciones sociales que habían estado a punto de perderla. Prestó oídos a los propagandistas de las asociaciones obreras y socialistas y no tardó en sentirse envuelta en aquel movimiento de ideas. Pronto llegó a ser una espóndita oradora y organizadora del movimiento obrero en Austria. Y desde entonces ha logrado adquirir fama por sus servicios a la causa y promete aún seguir siendo útil a la humanidad.

El caso de Adelheid es típico y muestra cómo la pobreza obliga a las muchachas obreras a sofocar toda clase de nobles sentimientos y a basar favores de hombres de intenciones estraumentemente deshonrosas, sólo porque aquellos hombres tienen el «control» de sus salarios.

Estas vividas descripciones de existencias de mujeres por autores de diferentes países y de fama internacional, demuestran que la

condición de la mujer con respecto a la materia de que tratamos es igual en todas partes. No depende ello de la forma política del país, sino del estatus económico de las mujeres, han infimo en todas las sociedades pluricleráticas.

#### La mujer en los Estados Unidos

La condición de la mujer en los Estados Unidos no es en manera alguna mejor que la de los países europeos.

La «New York States Factory Commission» (Comisión Industrial del Estado de New York) investigó en 1914 la situación de las mujeres trabajadoras en todo el Estado. He aquí lo que el Profesor Woolston declaró ante esta Comisión, en Diciembre 10, de 1914:

«Esto es lo que aquellas ocho mil muchachas hacen, a razón de seis dólares y medio por semana. Qué etapas de vida supuestas que podrían llevar? Imagínese que podían vivir de una manera sana, limpia y decente! ¿Creerías posible que pudieran dedicar una parte de su jornal a la comida, otra al lavado, otra a la asistencia médica, etc.? ¿Os dás cuenta de lo que significa para estas muchachas el tener que depender de sus «caballeros amigos» para sus «placenteros?»

En Diciembre 2 de 1914, Miss. Packard declaró en la vista celebrada por esta misma Comisión. Esta señorita había investigado al azar el presupuesto de trescientas muchachas obreras. Y para demostrar cómo los jornales ínfimos obligan a las jóvenes a depender de sus amigos, especialmente de sus amigos ricos, citó las palabras de una de las muchachas: «¡Pobrecitas las otras que no tienen un sujeto que las acompañe... ¡Vaya! Si yo tuviera que comprar todas mis comidas, nunca tendría bastante con lo que gano.» Esta muchacha obrera nunca gastaba en comer cuando esperaba a sus amigos, porque siempre esperaba que él la obsequiase, por lo menos, con helados o bombones. También él domingo ponía toda su esperanza en que él la sacase a pasear y la llevase a comer una comida completa en un restaurant.

¿Cuántas muchachas pueden resistir en tales condiciones a las tentaciones del empuje a alegrarse? Y aún suponiendo lo mejor, ¿qué medios poseen estas muchachas, fuera de los meros caprichos del azar, de acceder a sus deseos, en vez de a ondulaciones pecunarias, al escoger su pareja de toda la vida?

En su libro sobre «Las teorías de la clase pecuniaria», el escritor Thorstein Veblen demuestra concluyentemente que entre los in-

divididos de la clase rica por regla general las mujeres se consideran aun en cierto modo como ornamentos. Esto se revela, entre otras cosas, en la forma del vestido femenino, designado para hacer ostentación de la posición económica de su señor, del marido, del que paga. Dice este escritor:

"Para aplicar esta generalización al traje de las mujeres y poner la cuestión en términos concretos: el tacon alto, la falda, el sombrero absurdo, el corset, y en general, la total desconsideración de la comodidad de ella, que es un rasgo peculiar del traje de todas las mujeres civilizadas, son todas otras tantas pruebas de que en el plan de la vida moderna y civilizada la mujer es todavía la sierva económica del hombre, esto es, su propiedad. La razón práctica que explica esta aparatosa ostentación femenina y el fastuoso embarraso y absurdo en el traje de la mujer, radica en el hecho de que ellas son siervas a quienes, en la difereñencia de las funciones económicas, se ha encomendado el oficio de lucir la riqueza que ha sabido acumular su señor.

"... Hay una marcada semejanza, a este respecto, entre el traje de las mujeres y el de los sirvientes domésticos, especialmente los de librea..."

Hemos analizado la vida de las mujeres de las diferentes clases económicas y hemos visto el horror que la mujer inteligente sentirá al enfrentarse con esta angustiosa pregunta: "¿No estamos obligadas en realidad a prostituirnos contra nuestra voluntad?"

#### La prostitución legal

Para comprender cómo el problema de la Mujer y el problema de la Prostitución son inseparables, debemos empezar por una clara definición de la palabra prostitución.

Durante siglos, la palabra prostituta se aplicaba sólo a las mujeres como un estigma de degeneración, cuando vendían su cuerpo por un lucro material. La definición de esta palabra fue gradualmente ampliándose hasta incluir a los hombres y mujeres que vendían, o alquilaban, su persona para realizar cualquier acto vil con fines de lucro. Así fue como la frase "prostitutas" se puso en boca. A medida que la moral social y la sexual fueron elevándose, el pueblo empezó a estigmatizar a los hombres y a las mujeres que se casaban impulsados sólo por razones pecuniarias. Con el arribo de esta opinión acerca de los matrimonios de dinero, la ciencia social empezó a distinguir entre dos clases de prostitución, la legal y la ilegal.

Por prostitución legal se entiende el contrar matrimonio, debidamente legalizado por el Estado, en el que una de las partes o ambas, se comprometen a habitar bajo el mismo techo y hacer vida marital con una persona del otro sexo, no por razón de amor o natural atracción, sino por razón de lucro material. Prostitución legal vale como decir la venta o alquiler de la personalidad sexual de un individuo a otro de distinto sexo, sin que esta unión esté oficialmente sancionada por el Estado.

En el libro "Igualdad Sexual", Emma Desmoure se expresa así:

"... La venta del cuerpo de una persona por ventajas materiales, aun cuando sea por toda la vida y en estricta monogamia, debe considerarse con repulsión, si bien el grado de esta repulsión depende necesariamente de la inteligencia y elevación del observador. La costumbre y los presedentes tienen mucho que ver con nuestra opinión acerca de lo bueno y de lo malo. Puesto que innumerables personas, de quien en otros respectos no tenemos nada que decir, dan sus hijas a maridos que prometen procreer de una vida confortable; la costumbre de traficar con ellas sobre esta base ha llegado a ser cosa establecida. Y mientras un gran número de madres sigue tratando de hacer esta clase de negocio con sus hijas, un gran número de madres coopera en dicho tráfico, sin pensar, sin embargo,—de tal modo las ha cegado la costumbre,— en la semejanza perfecta que hay entre lo que ellas hacen y ese otro mal social tan repugnante, que instintivamente nos resistimos a pronunciar su nombre. No hay duda de que habla en favor de estas madres traficantes la ignorancia o inoñciencia de la naturaleza del comercio que ejercitan, pero la inoñciencia de un pecado no libra a los transgresores de la penalidad inevitable, como se advierte siempre que inoñcientemente desobedecemos las leyes de la salud y de la higiene. El transgresor no se halla menos expuesto a contraer la tuberculosis por haber dormido y respirado en ambiente malsano, en un cuarto sin ventilación, por el mero hecho de que esté inoñciente de lo malo de tal práctica; y así, un traficante matrimonial, ignorante del pecado de someter a vácidos mercantiles la selección de un marido o de una esposa, debe estar tan seguro de sufrir las consecuencias de la inmoralidad de su tráfico, como si estuviera consciente de su índole desmoralizante."

#### La mujer en almoneda

La posición social de inferioridad de la mujer tuvo su origen en las edades salvajes, en el período histórico en que el hombre se aprovechó de las desventajas fisiológicas de la mujer para colocarla en estado de vasallaje. Pero el someter a las mujeres, voluntaria e involuntariamente, a una forma dada de prostitución fué práctica que se desarrolló gradualmente cuando la sociedad comenzó a considerar la propiedad más sagrada que la vida.

En su libro "La Mujer y el Socialismo", Augusto Babel declara que la prostitución surgió cuando se estableció el derecho del patriarcado, que surgió después de haber anulado la propiedad privada. Ratonos se hizo necesario, para la acumulación de los bienes, el establecer la identidad de los herederos legales del padre. Fué entonces, naturalmente, que los hombres empezaron a exigir la restricción sexual de la mujer, arrojándose para ellos soles el derecho a la absoluta libertad sexual.

Citaré aquí dos antiguas leyes que, en adición al aserto de Babel, probarán que, con el desarrollo de la institución de la propiedad privada, la entidad sexual de la mujer comenzó a considerarse como objeto de propiedad, sujeto a las leyes de oferta y demanda como cualquiera otro artículo de consumo.

En el libro "Kedushin" de las antiguas leyes hebraicas denominadas Talmud, se ve clara expresamente: "Una mujer queda vendida sagradamente (se convierte en propiedad de un hombre) de tres modos: por dinero, por un pagaré, o por medio del comercio sexual; y ella sólo puede recobrar su libertad cuando es repudiada o cuando muere su marido." Y en una larga interpretación de dicha ley (demasiado cruda para una versión literal), se expone que cuando un hombre deseaba tomar por esposa a una muchacha, él, o su tutor, debía pagar al padre de la muchacha, o en caso de que el padre hubiese muerto, a su hermano mayor, y en caso de la muerte de éste, al hermano mayor del padre, y así sucesivamente hasta recorrer toda la línea masculina, una determinada suma en dinero o en un pagaré. Pero si por medios violentos o astutas el novio lograba llevarse a la muchacha y hacerla suya en presencia de dos testigos, diciendo estas palabras: "Tú has sido consagrada como mía por este acto de consagración con mi ley de Moisés y de Israel," la muchacha quedaba desde entonces convertida en su esposa. Y el acto del viola-

dor quedaba legitimado siempre que consistiera en pagar el precio de la muchacha a sus parientes de su pérdida. El precio en este caso se consideraba insignificante, ya que de hecho la propiedad ya había pasado a poder del comprador.

La llamada ley de usufructo en los comienzos del imperio romano ordenaba que todo cuanto un hombre hubiera poseído y usado por un año se considerase como de su exclusiva propiedad. Si algún ganado ajeno entraba en sus tierras, o si se encontraba algún instrumento de labranza, y no se lo reclamaban durante el año, quedaba todo el mundo impedido de hacer ninguna reclamación de dichos bienes y obligado a respetar en su propiedad.

Una mujer, de igual modo que el ganado o que las cosas perdidas, se consideraba como propiedad, y si ella pertenecía a su marido por todo un año, se convertía en su propiedad personal en calidad de esclava. Para escapar a esto, la mujer romana apelaba al ardid de interrumpir el usufructo pasando-se tres noches del año fuera de la casa del marido.

"Con el desarrollo de la propiedad privada, la individualidad sexual de las mujeres ha sido considerada como propiedad en una forma casi igual a la que se observa en cuanto a la capacidad de trabajo del obrero. La emancipación gradual de las mujeres ha pasado por las mismas fases que la liberación del trabajador: de la total esclavitud, al feudalismo, y de éste al estado actual de asalariados libres. El trabajador de la época actual no sigue siendo esclavo de un determinado dueño, pero la clase trabajadora en conjunto se ve obligada para vivir, bajo el sistema de producción actual, a vender su vida, o parte de su vida, a la clase propietaria en general. Y esta misma situación existe en relación con las mujeres. Ninguna mujer en particular es considerada como propiedad de su marido, pero las mujeres en general se ven obligadas a esperar de los hombres todo lo necesario a su seguridad y bienestar en la vida. El mal de la prostitución, por consiguiente, en lugar de haber sido aliviado, ha sido de esta manera extendido.

El sistema capitalista, aunque hipócritamente la estigmatizaba la prostitución, la ha comercializado en realidad, como ha hecho con todo lo demás. El amor de la mayoría de las mujeres ha pasado por el mismo proceso que las artes y las ciencias y la religión, que no han tenido más remedio que rendirse bajo el peso del oro y comercializarse. La prostitución legal—la institución

por virtud de la cual mujeres que en todos los otros respectos son modelos de honradas, se dan, atunus en matrimonio, a cambio de una ganancia material—prevalece más bajo el sistema capitalista que bajo cualquier otro sistema social anterior.

Mediándolo todo por dólares y centavos, el capitalismo ha convertido el matrimonio en un asunto de cálculo mercantil.

#### El remedio

En nuestra análisis de los más importantes aspectos del problema de la Mujer, hemos visto que la esclavitud sexual de la mujer está basada en su dependencia económica del hombre. Usada en pocos tipos de excepcional fortuna, como Magda y Adelheid, pudieron librarse a sí mismas de la presión de las sujeciones y convencionalismos, sólo después de haberse conquistado con sus propias manos la independencia económica. Pero la mayoría de las mujeres de la clase media y de la clase obrera tienen contra ellas todos los elementos.

El sistema de lucro privado no puede resolver este problema, toda vez que este sistema rebaja el estatus económico de la mujer al no remunerarle en salarios su trabajo como madre de familia, ya que este trabajo, por no producir ganancias, no se considera como digno de remuneración. Solamente como creadoras de riqueza material y de ganancias, pueden las mujeres bajo el sistema actual obtener igualdad económica. Pero es precisamente esta línea sombría y fértil en el mercado del trabajo la que coloca a la mayoría de las mujeres en la alternativa de escoger entre el celibato, como base de su independencia económica, y la maternidad y el matrimonio, que invariablemente originan la dependencia de la mujer.

Sin embargo, el capitalismo tiende a aumentar cada vez más el número de mujeres obreras. La guerra mundial ha acelerado enormemente este proceso. No hay una industria en los países europeos en que las mujeres no hayan sido llamadas a desempeñar un papel importante. Hasta los Estados Unidos, la nación menos afectada por la guerra, ha aumentado considerablemente el número de sus mujeres obreras.

Dos factores, ambos de los cuales ponen sobre el tapete el problema de la mujer, han sido puestos en juego por virtud de lo anterior. Uno de ellos es la mejora gradual del estatus económico de la mujer. La actitud hacia las mujeres va cambiando a causa de la nueva posición de la mujer en la industria. Esto hace a los hombres mirar a las mujeres, no como miembros de un sexo di-

ferente, sino como trabajadores, laborando bajo condiciones algo diferentes, pero con un interés común. Desde el punto de vista de los diferentes grupos de trabajadores, se les está igualando mediante la creciente creencia de que la solidaridad, la igualdad de derechos y la organización puede acabar con los daños de la competencia. Por un lado hemos visto recientemente grupos de hombres declararse en huelga por exigir la exclusión de las mujeres de ciertos oficios. Por otro, hemos visto hombres acogiendo dentro de sus organizaciones a las mujeres y proclamando su derecho a igualdad de salario y de oportunidades.

El otro factor es el cambio de actitud de las mujeres hacia sí mismas. La confianza en sí mismas, que viene de las mayores oportunidades para su propio sustento, aumenta el sentimiento de su dignidad cuando buscan un compañero. Las consideraciones pecunarias en el último caso están desapareciendo, en tanto que los encantos materiales, o los méritos personales, de los hombres están ganando en importancia. Los elementos que obligan a una mujer a la cruz de un marido para que la sostenga y a preferir a un hombre que tiene dinero, o mayores probabilidades de hacerlo, a uno de cualidades mentales o morales superiores, se están desvaneciendo con el aumento de oportunidades para las mujeres en lo que respecta a ganarse su propio sustento.

No obstante estas mejoras, la dependencia económica de la mujer en el matrimonio está agravada por el hecho de que la vocación maternal de la mujer, puesto que no produce beneficios materiales, está colocada en un nivel mucho más bajo que la del más frívolo jornalero.

El sistema de beneficios privados está como girando en un círculo vicioso del cual no puede salir. Hace surgir cada día problemas que sólo pueden resolverse mediante su abolición. Muestra también cada día la hipocresía de sus defensores bélicos. En tanto que los defensores del sistema peoran sobre la conservación de la raza, aquellos más fieles a sus prédicas son castigados por este sistema, que coloca la reproducción de la raza en un nivel mucho más bajo que la mera función de producir beneficios industriales.

#### ¿Cuál es el remedio?

En adición a la igualdad de oportunidades para el trabajo e igualdad de paga por igualidad de trabajo, que actualmente se le está imponiendo al capitalismo, la vocación femenina de la maternidad, en la que descansa

la sociedad humana, debe ser tratada y remunerada como una función importante y el trabajo de las mujeres como madres de familia debe pagarse por la sociedad como cualquiera otra función social necesaria.

Pero por supuesto que esto no puede hacerse bajo un sistema de producción para fines de provecho individual. Para llegar a esto el sistema de la producción debe ser reorganizado en tal forma que el trabajo o función de todos los miembros de la sociedad sea valorado, no de acuerdo con el provecho inmediato que produce a tal o cual individuo o entidad, sino de acuerdo con sus beneficios para la sociedad entera. Debe establecerse una forma de relaciones económicas-sociales en la que los principios humanitarios desplacen a las consideraciones antisociales de lucro; en la que sea imposible para un hombre o grupo de hombres el detivar poder especial o privilegios especiales del trabajo o condición de cualquiera otro hombre o grupo de hombres. Tal sistema acabará con la dependencia económica de las mujeres respecto de los hombres. Abolirá enteramente la prostitución legal al destruir sus cimientos. Miles y miles de mujeres que ahora se ven empujadas a la prostitución por sus míseros medios de subsistencia, se verán libres de su degradación actual. La igualdad económica bajo este sistema vendrá también a salvar a aquellas que se ven arrastradas a la prostitución legal por el hechizo del lujo y por las seducciones de los ricos parásitos.

Este sistema de producción por el cual lucha el socialismo irá gradualmente eliminando toda ganancia no ganada legítimamente, destruirá los privilegios materiales

de casta o de posición y producirá los aristocratas del sentimiento, como Isaac los llama en sus aforismos. Entonces quedará restitua la cuestión de la mujer.

El socialismo en su nacimiento está aportando al mundo nuevas ideas e ideales que al penetrar en la mente humana han ido libertando gradualmente a las mujeres del vasallaje de los "standards" dobles de moral: una moral masculina y otra femenina. Las mujeres de la clase alta y de la clase media han sido las primeras en beneficiarse de este progreso. El movimiento socialista borra los prejuicios y supersticiones que han causado tanto sufrimiento al mundo. Así, las mujeres inteligentes de las clases alta y media, si es que pueden apreciar los elementos de libertad para su propio sexo que conlleva el socialismo, tienen un interés inmediato en ponerse resueltamente al servicio de la causa socialista.

Para las mujeres de la clase trabajadora, el movimiento socialista tiene una significación extraordinaria. La difusión de las ideas socialistas ha producido en ellas un sentido más claro de su papel y de su propia estima. Ha levantado sus inteligencias, animándolas a rebelarse contra ellos agentes viajeros y los "caputines" descritos por Adelheid y por la «New York State Factory Investigation Commission». Les comunica, en fin, fuer a mental redoblada en su lucha para la conquista de un "standard" más alto de vida que acabe para siempre con la infamante condición social que arrastra a las mujeres, contra su voluntad, a las dos formas seculares de prostitución, la legal y la ilegal.



## Figuras del Proscenio

### Lady Astor, primera mujer que entra en el Parlamento inglés

**T**ODA la prensa de Inglaterra y de los Estados Unidos ha venido dedicándose día tras día a seguir la agitada campaña librada por Lady Astor para abrirse paso hasta escalar un puesto en la Cámara de los Comunes.

Lady Astor, cuyo nombre de soltera era Nancy Langhorne, nació en el pequeño condado de Albemarle, Virginia, y fué electa para la Cámara de los Comunes el día 10, de Diciembre. El puesto que ella ganó en la reciente lucha electoral que se vio obligada a llevar a cabo fué el mismo que dejó vacante su marido, el Mayor Waldorf Astor, al ser elevado éste al rango de Vizconde Astor a la muerte de su padre.

Su riqueza enorme, derivada principalmente de tierras que posee en el Estado de New York, fué el elemento que le permitió a esta mujer derrotar a todos los candidatos que le disputaban el paso, sin que haya dejado de influir también en su favor el encanto personal que le presta su natural campechano y el modo resuelto con que iba en persona a los más apartados suburbios a defender su candidatura.

Según el «World» de Londres, Lady Astor no es bonita, pero su ademán, su voz, su manera y su ingenio dan la impresión de que lo es.

La peculiaridad y el encanto suyo, según la prensa inglesa que la ha estudiado desde hace más de quince años, radica principalmente en el hecho de que conoce a todo el mundo y es amiga de todo el mundo. Desde la primera vez que se la conoce se manifiesta tan vehemente y franca como si se la conociera desde mucho tiempo. Y hasta un periódico tan hostil a su candidatura como el «News» de Londres, admite que esto no es afectación, sino la normal e inevitable manifestación de su temperamento. Antes de hablar con ella una hora—dice otro periódico—ya han salido a relucir en su charla todos

sus gustos y disgustos, enterándose uno hasta de la angustia que experimentó cuando su hijo menor estuvo a punto de ahogarse en el estanque de los patos y del exorbitante precio que le exigieron en una tienda por su último par de zapatos. El mismo diario la representa como un verdadero depósito de cindisirecciones simpáticas en materias como la costumbre inveterada de su marido en colocar los pies sobre las sillas, y como la incompetencia del médico de la casa. De cuando en cuando golpea el suelo con el pie o hace una impaciente señal con la mano. Muy a menudo se la ha visto acudir donde ha oído un caballo que el cochero o carrero ha estado maltratando, a dar las órdenes necesarias para desengañarlo, levantándole ella misma la cabeza.

Otro rasgo notable de su carácter es su resistencia física extraordinaria. Aunque ha cumplido ya los cuarenta años, necesita todavía muy poco sueño y se puede pasar veintidós horas en actividad constante sin pensar en la almohada. Esta enorme resistencia para el sueño se echó de ver en varias ocasiones cuando dirigía el hospital para soldados heridos en la gran posesión de su marido cerca de Cliveden. Una vez se le presentó un soldado herido tan grave que, que tan pronto fué visto por los médicos lo declararon imposible de salvar. Lady Astor se negó a aceptar el fallo de los médicos y desde aquel momento no se separó de la cama del herido, cuidándole tan devotamente que logró triunfar en su empeño de disputárselo a la muerte.

Sus salidas ingeniosas y su menosprecio de toda clase de convencionalismos sociales han dado la errónea impresión, a veces, de que pertenece a un círculo social londinense excesivamente alegre. En una ocasión en que había uno de sus discursos de propaganda en Plymouth, hubo entre el público quienes la hostilizaran tan fuertemente, que la posición muy apurada, pero se le ocurrió hacerle un eufemio a la concurrida que le conquistó el aplauso general e hizo enmudecer a sus enemigos. «Cuando yo fui a Londres la

última vez—dijo—truse con un marinero cerca del edificio del Parlamento. Le invité a entrar y me dijo: 'No... usted es de la clase de mujeres que mi madre me aconsejó evitar.' Ahora bien, si yo soy de la clase de mujeres que vuestras madres os aconsejaron evitar, no votéis por mí.' En otra ocasión, cuando uno del público le preguntó si no creía que un candidato obrero no sería mejor representando en el Parlamento que una tan alta señora como ella, dando el carácter popular del electorado, ella replicó: 'Yo lavé mi propia ropa la semana pasada, pero no creo que él (el candidato obrero) lavó la suya, y una mujer que ha lavado con sus propias manos su ropa conoce al pueblo mucho mejor que un hombre que nunca ha trabajado junto a un cubo.'

Si hemos de creer al «London World», aunque Lady Astor es de la alta sociedad, no está en la alta sociedad. Ella sabe demasiado bien lo que tiene que decir y cómo lo tiene que decir brillantemente, pero nunca le hace una gran diferencia, y esto le hace una gran diferencia.

Se distingue por sus gran sencillez en su traje y evita cuidadosamente todo lo que signifique ostentación. Dice el «World»:

«No hay duda de que Lady Astor no ha mostrado nunca a sus paisanas de América el desdén que cierta duquesa americana ha puesto siempre de manifiesto. Cada vez que el Rey ha preguntado a esta cierta duquesa acerca de alguien en Londres procedente de su mismo país, la aristocrática dama, alzando los hombros, ha contestado: 'En casa, ni con pinzas la cogía mec.'

En cambio, Lady Astor jamás ha incurrido ni en el más leve gesto de desdén en este particular. Su amistad con una dama de título dió lugar a que alguien le recordara que su nueva amiga había estado una vez vendiendo cintas en una tienda de New York.—Por eso es por lo que yo la he invitado—replicó ella: 'pues yo misma pienso vender cintas la semana que viene y su experiencia me aprovechará.' Y en realidad Lady Astor vendió cintas en un bazar de caridad durante la guerra.»

Ablando una vez acerca de un almuerzo en que había tratado de hacer las paces entre dos políticos tan irremediables como Mr. Asquith y Lord Curzon, Lady Astor le dijo a un amigo: «En lugar de comer de mi ensalada, estuvieron a punto de comerse el uno al otro.»

La prensa radical no se ha dejado deslumbrar sin embargo, por las apaciguadas lous traídas en honor de Lady Astor por la prensa «gorda» de Europa y de América. Y

como para muestra basta un botón, he aquí un fragmento sacado del «Citizen» un periódico obrero de Cleveland:

«Las cablegramas diarios de Plymouth, Inglaterra, explicando cuán maravillosa persona es Lady Astor, han cesado. Ya el país puede reobrar su tranquilidad y seguir contemplando cómo los políticos americanos se dedican a su pasatiempo favorito de no hacer nada, sin la interrupción constante del vocerío del ejército de eruditos lideristas que han venido obsesquifidamos de minuto en minuto con tal farrago de majaderías aristocráticas. Mrs. Astor es sin duda una muy brillante, hermosa, distinguida, hebechera, y virtuosa mujer, que puede hacer gran papel en cualquier puesto de ventera de vejez, o decirles a los hombres que han bebido demasiado, o que vayan a beber, y hacer toda una interminable serie de monadas por el mismo estilo. Pero tenemos que celebrar una cosa, y es que después de haber pasado a través de varias columnas de haberes periodística, día tras día, durante tres semanas, hemos podido descubrir al fin, un día después de la votación en Plymouth, que el candidato adversario de Lady Astor en el partido liberalista era aun tal W. H. Gray, y el candidato liberal era tal Isaac Foot, ambos individuos muy comunes, sin duda, que no merecían la menor mención con anterioridad a esa fecha. He aquí lo que pasa todavía por periodismo democrático americano: encaramar a las nubes a la clase parasitaria y mirar con olímpico desdén a los simples mortales.»

Ahora, para que se juzgue bien de si tiene o no tiene razón el indignado diario obrero de Cleveland, voy a dar un párrafo de un pianista americano John Powell, que escribió largo y tendido en el «New York Times» acerca de su familiaridad con la señora Astor:

«... Estando allí (en su casa), Nanny me dijo que iba a dar una comida muy pronto en obsequio al príncipe heredero y a la princesa de Romanía. Después de la comida iba a haber una recepción y me preguntó si vendría yo a tocar. En lugar de recibir una mera invitación para la fiesta, tuve unas líneas de puño y letra de Nanny en que me pedía no faltase a la comida. Fue. El sitio estaba lleno de personas reales de toda clase de naciones. Y allí estaba yo; y Helen Christian, una muchacha americana, allí estaba también. Nosotros éramos dos de los viejos amigos de Nanny éramos amigos de Virginia, y, según el séquito de Nanny, los dos éramos tan buenos como el

mejor de los concurrentes. Heien Christian se sentaba junto a mí y estaba muy nervioso. "Aquel es el duque de Connaught," murmuraba, y aquellos el rey y la reina de Noruega, y mire allí al conde de tal y allí al príncipe de esto o de lo otro... y luego aquí a nosotros, John Powell, dos simples americanos... sólo porque Nanny Langhorne es nuestra amiga!"

¡Con qué embrollo, con qué reluciente éstaris el buen pianista americano nos revela cómo se detesta el orgullo al rotarse, en la mesa de Nanny, con toda la emantendiosidad coronada de las cortes europeas. Y es que todavía existe, más robusto que nunca, en el espíritu de la "moercticia plutocrática de hoy, el necio fetichismo burgués por el brillo de latón del aristócrata. ¿Os parece bafa la ingenuidad del pianista americano? Pues toda la promesa gorda ha estado repleta durante más de dos meses de las mismas majaderías... ¡Qué asno esta prensa gorda!

## William Z. Foster, el mas radical de los caudillos de la American Federation of Labor

(Del magazine americano, "Current Opinion".)

El unionismo obrero radical, en cuanto respecta a la industria del acero en América, resolvió hace poco triunfar o caer con "el hombre de maneras más corteses que jamás trató de barrenar una industria." Su nombre, William Z. Foster, no ha figurado nunca en las listas de pago de planta alguna del estruendo del acero y hasta fecha muy reciente había poco bulto hasta en las veredas y caminos de la misma «American Federation of Labor». Con una rapidez meteórica se ha convertido en el genio director de la huelga del acero en el distrito de Pittsburgh. Muchos radicales han hablado antes que él, pero los periodistas que se ocupan de la huelga creen que Foster es excepcional en cuanto a que es perfectamente franco en sus opiniones. El no niega que es un creyente en la idea de «One Big Union» (una sola y grande unión). El ve con los ojos de la mente muy cercano el momento en que este país estará dominado por el proletariado. El espera confiado los tiempos en que el capital deje de ejercer absoluto control sobre la industria y en que todas las clases de obreros administrarán por sí mismas las empresas en que cada clase particular está ocupada. El es un discípulo de la acción directa y ha dejado constancia categórica de que el trabajo

debe ser completamente falto de escrúpulos en su lucha contra el capitalismo.

En tiempos pasados, cuando, según leemos, este crítico del gobierno constitucional creía en la «acción directa» por grupos de obreros, y antes que se convenciera de que la agitación de grupos por separado es inútil a menos que no sea como un medio para el gran fin, la Gran Unión Unica, que comprenda a todos los obreros y sea suficientemente fuerte para provocar una huelga general en todos los ramos de la industria—Foster era Secretario de la «Liga Sindicalista de Norte América». Llamado a declarar el otro día ante la Comisión del Senado que investigaba el asunto de la gran huelga del acero, Foster confesó ser el autor de un libro intitulado «Sindicalismo», en la página tres del cual se dice así:

"El sistema del salario es el más desecarado y coloral robo que se haya perpetrado jamás desde el principio del mundo... Si la sociedad está destinada a perpetuarse—para no hablar de su organización sobre una base equitativa—el sistema del salario debe abolirse. Los ladrones que actualmente ejercen el control de la industria deben ser despojados de su botín y la sociedad debe ser reorganizada de tal suerte que cada individuo tenga acceso libre a los medios máximos de producción. Sólo después de tal evolución podrán desaparecer las grandes inequidades de la sociedad moderna.

... Per muchos años los obreros progresistas han venido dándose cuenta de la necesidad de esta evolución. Ellos han llegado también a la convicción de que el cambio debe ser procurado por los trabajadores mismos... En la selección de armas para luchar contra sus enemigos del capitalismo, el sindicalismo debe tener el mismo cuidado de escoger aquellas que son elegísimas, ajustas o civilizadas, que el que tiene un dueño de casa cuando se ve atacado en mitad de la noche por un asesino. El sabe que está comprometido en una lucha de vida o muerte con un enemigo absolutamente desical y falto de escrúpulos, y por consiguiente, se dá cuenta de que su táctica sólo debe tender a proeuarse la mayor efectividad. Su lema debe ser que el fin justifica los medios. El que su táctica sea o no sea ilegal o moral, no debe preocuparle, siempre que sea efectiva. El sabe que las leyes, al igual que el código de moral corriente, fueron hechas por su mortal enemigo, y se considera, por lo tanto, tan obligado a acatarlas como se consideraría un dueño de casa

obligado a acatar los reglamentos que para el ejercicio del robo con escalamiento hubiera promulgado una sociedad de ladrones. En consecuencia, él debe prescindir de ellas siempre que pueda y convenga a sus fines.

En la página 18 del mismo libro, esta doctrina se desarrolla bajo el título «Derramamiento de sangre».

"El sindicalista es tan poco escrupuloso en su selección de armas para luchar sus diárrias batallas, como para luchar su batalla definitiva con el capitalista. El no permite que ninguna consideración de legalidad, religión, patriotismo, honor, deber, etc., obstruya el camino de su libre elección de la táctica más efectiva. El único sentimiento que empuja es el de la lealtad a los intereses de la clase trabajadora. El está en abierta rebelión contra el capitalismo en todas sus formas. Su marcha de combatiente a menudo le lleva a la cárcel, pero él está tan inflamado por el entusiasmo revolucionario, que ni la cárcel, ni la azota ni la muerte, le pueden aterrar. Su grito es el martirio, consolándose así mismo con el pensamiento que es el pavot de sus enemigos y que sus movimientos de huelga hacen emerger escalofríos por la médula del capitalismo internacional, mañana pondrán fin a esta monstruosidad... Otra de las objeciones favoritas de los socialistas ultra-legalistas y pacifistas es que la huelga general produciría sangre. Esto es probablemente verdad, ya que toda gran huelga va acompañada de violencia. Cuidado adelante dado por la humanidad, han costado sufrimientos inenarrables y pérdidas de vidas, y la revolución industrial no escapará probablemente a esta suerte, pero la perspectiva de la sangre no horroriza al obrero sindicalista como horroriza al socialista de salón. El está demasiado acostumbrado a arriesgar su vida en las industrias asnosas y en los infernales campos de batalla, en el diario servicio de sus amos, para dar demasiado valor a su vida. Con gusto él la arriesgará una vez más, si ello es necesario, en su propio beneficio. El no tiene escrúpulos sentimentales en cuanto a lo que pueda sucederle a sus enemigos durante la huelga general. El les deja a ellos la preocupación de ese detalles. El sindicalista sabe que la huelga general le llevará al éxito y los míseros temidos de sus adversarios no le harán desistir de ella, como tampoco sus argumentos de que es un arma ilegal, ilegítima e incivilizada."

Foster admite también la paternidad, más

reciente, de un libro sobre «Sindicalismo obrero, el camino de la libertad», que dice en su página 24, lo que sigue:

"Bajo el nuevo orden, los gobiernos del tipo que ahora conocemos irán desapareciendo gradualmente. En una era de ciencia y de justicia esta grosera institución, habiendo dejado de ser útil, decaerá y morirá... Las industrias que ahora están en las manos de gobiernos nacionales, provinciales y municipales, serán entregados completamente al cuidado de los obreros consagrados a ella. Y a diferencia de nuestros días actuales de especulación, estos obreros tendrán entonces todas las razones para darle al público el mejor servicio posible."

Fueron estas doctrinas las que sublevaron al congresista Cooper, de Ohio, hasta llevarlo a pronunciar un discurso violento contra Foster, en el curso del cual declaró que los líderes del elemento radical entre los obreros organizados "están tratando de levantar e inicialmente a los obreros oriundos del extranjero, que tienen tan pocos, o nulas, nociones de las instituciones e ideales americanos." Este mismo congresista, acusó a Foster de que ha demostrado con sus propias palabras "su incapacidad para ser líder obrero y su absoluta descalificación para gozar, como un ciudadano americano, de la protección de la bandera americana."

No obstante esto—escribe Martin Green en el «Evening World» de New York—Foster es una fuerza con la que hay que contar ahora, si no ulteriormente. No hace mucho pertenecía abiertamente a la Asociación I. W. W. (Trabajadores Industriales del mundo) y era enemigo de la «American Federation of Labor» y estaba en abierta pugna con los métodos parsimoniosos de esta organización. A la fecha en que escribimos, Foster es, según los líderes obreros, a excepción de Samuel Gompers, la más potente influencia dentro de la «American Federation of Labor», donde él ha surgido y prosperado, produciendo el mismo efecto que el submarino surgiendo en medio de un convoy en mitad del Atlántico durante la guerra. Foster—se nos dice—ha estado desde el principio

"dirigiendo la huelga desde un cuartito en el edificio Magee, de Pittsburgh. El no tiene oficina particular. El cuarto está amueblado con un escritorio de tapa rodante que jamás se cierra, una máquina de escribir, una mesa y varias sillas. Foster recibe alegremente a todo el que llega. Habla sin reservas con sus tenientes en presencia de los reporteros, por alguno de los

cuales tiene una alta estimación personal, aunque no oculta su gran desprecio por la prensa como institución. Per el teléfono de larga distancia suele hablar a menudo con sus asociados residentes en Chicago, Youngstown, Johnstown y otros centros de la manufactura del acero, y con sus auxiliares de Washington, y luego, para no dejar dudas en aquellos que oyen la conversación, él les repite lo que su amigo en el otro extremo de la línea le acaba de decir. Foster es un hombre delgado, con unos cinco pies nueve pulgadas de estatura, y es en todo su aspecto físico un típico ferroviario del oeste. Sus manos muestran lo duro que ha trabajado en su oficio y ahora debe estar cerca de los 40. Tiene una buena cabeza, orejas pequeñas, ojos claros y penetrantes, la quijada y la barba de un candillo de hombres, boca pequeña con labios delgados y un modo muy indolente de hacer las cosas. Su sonrisa es muy atrayente, aun cuando al sonreír muestra sólo sus fuertes y regulares dientes superiores. En tales ocasiones sus mejillas se arrugan un poco y se le forma en el extremo de los ojos la clásica pata de gallo, pero él no es muy dado a sonreír. En el curso de un solo día es enorme la cantidad de trabajo que ejecuta. Es un jefe ídolo, en cuanto a que generalmente se limita sólo a dirigir, pero tiene a su cargo algunas tareas menores, lo que parece indicar que ha sido tiempo en que se dio cuenta de que algunas cosas pequeñas no es prudente dejarlas a otros. Por ejemplo, él lleva en persona al Banco todo el dinero que ingresa. El tiene un sistema de contabilidad que requiere llevar borradores en pequeños plegados sueltos de papel que va amontonando en el cajón de su escritorio. Cuando se pone a trabajar en esto, suele necesitar dos estenógrafos, pero en medio de esta faena de dictar no es raro que se pare a hablar- con los visitantes acerca de la huelga y de lo que él está tratando de hacer.

Foster no niega que él entró en la «American Federation of Labor» con la intención de difundir sus ideas en el seno de esta Asociación. Pero él alega, y así se ha reconocido, que en todos sus actos y gestiones desde entonces ha observado siempre escrupulosamente el reglamento de la Federación con respecto a organización y administración. Durante el interrogatorio que se le hizo en el Senado, Foster repudió en cierta manera muchas de las doctrinas extremadamente radicales que inflamaban su mente hace algunos años. Con el tiempo se la vuelta "posiblemente un poco menos impaciente, un poco

menos extremista, posiblemente partidario del sistema de sindicalismo tal como se practica en América y en Inglaterra." Aunque se educó a sí mismo y se crió en el arroyo, se dice de él que tiene un gran vocabulario y que posee un asombroso dominio del inglés más claro y correcto cuando quiere. Él dice que es un trabajador ferroviario de oficio y ha organizado sindicatos de conductores tranviarios en el Oeste. A los periodistas les ha sido imposible lograr de él un relato de sus actividades desde que adquirió la convicción de que el único camino para llegar a la meta es el educar a los obreros organizados conservadores hasta hacerlos compartir sus ideas, metiéndose dentro de sus asociaciones para desarrollar su propaganda de dentro a fuera. Se sabe, sin embargo, que en 1910 Foster era repórter del «Call», de Seattle, un periódico socialista, y que poco después se identificó con los «Industrial Workers of the World», a nombre de los cuales fue a Europa como su representante autorizado, poco antes de la guerra. En viaje por Francia, Alemania y Austria-Hungría, envió trabajos al órgano de los I. W. W., «Solidarity». Fue durante un mitin obrero en Budapest que Foster atacó las credenciales de James Duncan, primer vicepresidente de la «American Federation of Labor» y trató de probar que los I. W. W. constituyen la principal asociación de obreros de América. A Foster se le da el crédito de haber introducido la resolución que en la Convención obrera el año pasado en Saint Paul decretó la organización de los obreros del acero. Donde primero se hizo notar fué cuando organizó a los obreros, artesanos y no artesanos, en los depósitos y almacenes de Chicago y la ciudad de Kansas "sin huelgas ni disturbios de ninguna clase." Terminada esta labor de organización, se celebró un mitin de la «American Federation of Labor» en el que se trató la cuestión de la conveniencia de organizar a los obreros del acero. Samuel Gompers, que estaba presente fué nombrado presidente del Comité encargado de esta labor. Otro prominente líder obrero, John F. Fitzpatrick, fué designado como vicepresidente, y a Foster, que entonces era muy poco conocido en los círculos de la «American Federation of Labor», se le nombró Secretario y Tesorero. Entonces fué que Mr. Gompers se embarcó para Europa y dejó de tener relación alguna con el movimiento. Fitzpatrick fué nombrado Presidente y Foster continuó en su doble puesto de Secretario y Tesorero, pasando sobre él la mayor parte del trabajo.

"Descubrí entonces que en los hornos de fundición y maquinarias del trust del acero se hallaban ocupados, en varias capacidades independientemente de la manufactura del acero, miles de hombres de varios sindicatos afiliados a la «American Federation of Labor», tales como carpinteros, fogoneros, pintores, electricistas y mecánicos, dedicados a mantener en reparar con las plantas y la maquinaria. Estos hombres, con el consentimiento de sus juntas locales en Pittsburgh y otros centros del acero, trabajaban bajo el sistema de «open shops» (taller abierto a todo obrero afiliado o no al sindicato.—N. del T.). La compañía del acero no ha hostilizado abiertamente aún a los obreros organizados, pero no ha reconocido jamás una sola unión obrera. El empuje organizador no se preocupó de estos hombres sindicados, sino que se fué derecho al hito y empezó por organizar sólidamente el elemento de trabajadores manuales extranjeros, trabajo en que invirtió cerca de un año. Ellos entraron en la organización porque se les dio a entender que si no se agruaban sus salarios serían reducidos al dedicarse la paz y que si se agruaban contribuirían así a la gran revolución que ha de poner todos los indústrias en manos de los obreros. Ellos estaban en aquel momento preparados para esta labor de organización, pues probablemente un sesenta por ciento de ellos tenía en proyecto regresar a sus países respectivos de Europa donde, se los decía, el proletariado estaba en el poder. Pero si el proletariado ha de enseñar el poder en los Estados Unidos ¿por qué no quedarse aquí?"

Entretanto, como «The Tribune», de Chicago, afirma, la cuestión principal en el asunto de la huelga del acero ha sido la de quien ha de ejercer el control supremo sobre el trabajo organizado en los Estados Unidos y dictar su programa en el futuro. De la forma en que se decida esta cuestión "puede depender la ulterior cuestión de si la industria en este país ha de permanecer libre, o si ha de caer en manos de dictadores como Foster que tienen muy poco a ningún respeto por la constitución y por cualquiera de los principios mediante los cuales el pueblo americano ha venido hasta hoy progresando y prosperando."

## Tomas Garrigue Masaryk, presidente de la República de Checoslovaquia

ALBERTO INSUA

(De «La Prensa», de Lima.)

Thomas Garrigue Masaryk es un crítico, un enciclopedista y un hombre de acción. Al comprobar la popularidad, casi la idolatría de que goza en todo el país checoslovaco, alguien podría imaginarse que Masaryk es, ante todo, un apasionado nacionalista, un patriota absoluto, un a modo de Deróndide checo, que ha hecho triunfar su programa «chautauquiano» y recoge los frutos de la victoria. No es así.

El presidente de la república checoslovaca es uno de los hombres menos sentimentales del mundo. Eslovaco de Moravia, comenzó siendo aprendiz de herrero, hizo sus estudios en Viena, obtuvo la cátedra de filosofía en la Universidad bilingüe de Praga (1882) y figuró como diputado en el parlamento austriaco. Al estallar la guerra, su nombre brillaba entre los más esclarecidos del pensamiento universal. Racionalista de la escuela inglesa, de la de Hume principalmente, Masaryk posee un fondo sentimental religioso unido a una necesidad de análisis irreflexible. No es un sensitivo, sino un contemplativo. Su patria es el mundo. «Palacky» (primera antorcha de la nación checa), Palacky—escribió Masaryk—nos ha probado que la idea checa es una idea universal, una concepción de vida muy elevada; consiste en resolver las relaciones entre los hombres y entre las naciones esbri especie atermatizos. La nación checa, la nación de los hermanos hominios, debe aspirar al infinito. He aquí lo que nuestros padres nos han legado. ¡Y por profunda alianza de positivismo y mesianismo! Partiendo de la realidad, apoyándose en la realidad, Masaryk llega a las cumbres de ideales más eminentes. No por ser checos, sino por ser hombres, tienen los hijos de Bohemia derecho a la plenitud de la vida espiritual y política; esto es, a la autonomía, a la libertad.

He aquí por qué, apenas consagrado a la vida política, Masaryk renuncia a reformar el partido joven checo, tuvo ultranacionalismo le parece perjudicial, Racismo de las leyendas, de las hipérbolas de las declaraciones

nes sobre el pasado de Bohemia, Massaryk funda su partido: el realista.

Ese partido es como una nave que quiere llegar a puerto, no va en línea recta, sino oliendo o deteniéndose, según le aconsejan las circunstancias. Massaryk, que tiene todo lo grande de un apóstol, carece de eso: todo hay de morbido y de febril en los rondamientos. En Massaryk todo es ciencia: hasta el amor. Su arma única es la verdad. Ninguna falacia, ningún maquiavelismo en su política. Massaryk ha sido impopular en Bohemia hace unos treinta años. Su nombre equivalía a un insulto. ¿Y sabéis por qué? Porque Massaryk, en posesión de las pruebas aportadas por un grupo de eruditos, demostró el carácter apócrifo de los manuscritos que el poeta Hanka y el novelista Linda «descubrieron» en 1817 y 1818 y en los que el pueblo checo, embriagado de orgullo, encontró una legislación milenaria, un cielo de poemas, un ritual maravilloso... Todo falso. Hanka y Linda habían imitado a «descubridores» de los poemas de Ossian. Los manuscritos checos fueron traducidos a casi todas las lenguas. Goethe y Chateaubriand desfallecieron ante ellos de admiración. Hasta 1885 esos manuscritos constituyeron un dogma nacional. Los historiadores y lingüistas checos más prominentes, los Jungmann, los Safaryk, los Palacky tomaron en serio la superchería de Hanka... La campaña contra los manuscritos comienza en 1885. Los cantineros antirrealistas—con Gebauer y Massaryk a la cabeza—corrieron los riesgos de una impopularidad furiosa. Se les llamaba vendidos y traidores. Y eran simplemente unos sabios amigos de la verdad. La razón crítica pudo más que el chauvinismo. Esa «batalla de los manuscritos» contribuyó poderosamente al desarrollo intelectual de Bohemia y dio a los apóstoles de su irredentismo una gran fuerza moral.

Ya va viendo el lector qué clase de hombre es Massaryk. Su vida es una lucha constante por la justicia y la verdad. Pero una lucha hábil, una lucha paciente. En sus libros, en sus revistas, en su cátedra, en el Reichsrat, Massaryk combate siempre por algo humanitario y universal. ¿Quién defiende a los judíos de Bohemia contra acusaciones injustas y criminales? Massaryk. ¿Quién hace suya la causa yugoslava, quién denuncia en el parlamento de Viena, los métodos repugnantes de la dominación magiar en los países serbio-croatas? Massaryk. Sólo con otro hombre de su época puede ser comparado el presidente de la república checoslovaca: con

el Presidente Wilson... En Praga, en todas partes, en las librerías, en los escaparates de los fotógrafos, en los ministerios y en las estaciones se ven juntos los retratos de los dos presidentes. La popularidad de ambos es inseparable. Los checos saben que sin Wilson tal vez seguirían reitando los Hapsburgo. Y también saben que en los primeros meses de 1918, en la casa Blanca de Washington, Wilson y Massaryk se vieron mucho y se entendieron perfectamente. Un capítulo de la biografía de Wilson tendrá que titularse «Massaryk».

Massaryk salió de Praga en los albores de la guerra. Había llegado el momento de la acción definitiva, el ahora o nunca que en las grandes crisis internacionales se presenta a todos los pueblos ansiosos de progreso o de retención. Massaryk no podía dudar. Libre de pasión, colocado ante la guerra como ante un problema, hizo su cálculo de probabilidades y dedujo de éste la victoria de la Entente. Massaryk conocía a los rusos, a los alemanes y a los ingleses. Estaba en los secretos de la política continental. A él no le engañaban los prestidigitadores de la cancillería helénica. Sabía que si Alemania no ganaba la guerra en ocho o diez semanas, perdía la guerra. A fines de 1914 Massaryk se dio a qué atenerse. Su inmensa cultura, la austeridad de su vida íntima y sus aciertes políticos, le designaban—con Krausner, Klofne, Bénéš, etc.—como una de las fuerzas que iban a suprimir el yugo austriaco.

A pesar de su edad—sesenta y cuatro años en 1914—Massaryk recorría durante la guerra Europa, Asia y América, informando e informándose. Fue un diplomático y un profesor, un confidente y un conferencista. En 1915 estuvo en Suiza, en Italia, donde encontró a sus discípulos Bénéš y Stefanik y con quienes trazó las grandes líneas de su programa hecico: la resurrección de Bohemia!

En 1916 y 17 Massaryk estuvo en Rusia y en Siberia. Allí asistió a la caída del zarismo, a las primeras evoluciones del movimiento revolucionario, y mostró a las legiones checoslovacas el camino de Vladivostok. En 1918 residió en América y tuvieron lugar sus entrevistas con el presidente Wilson. Llegado a la dirección suprema del movimiento nacional de los países checo-eslovacos, fundado en

París con Bénéš y Stefanik, obtuvo con facilidad la adhesión de todos sus compatriotas residentes en países aliados, unos dos millones. Toda Bohemia—la genuina, la de los checos—estaba con él. Con su palabra y con su pluma, desde la cátedra de Oxford o al través del periódico o del folleto, Massaryk

dirigía desde afuera los destinos de la futura república checoslovaca, siempre ayudado de Bénéš y Stefanik. Lo demás, no necesita recordarlo. Es el triunfo de los aliados, la disolución del imperio austro-húngaro, el retorno de Massaryk a Praga, la proclamación de la república checoslovaca...



## Arte y Letras

### ¿Ha producido el Austria un nuevo Wagner?

LA música alemana surge de la guerra con una sola adición notable, a juzgar por los datos revelados desde el establecimiento de la comunicación con la Europa Central. La música ha sido cultivada durante la guerra con una asiduidad y una pasión desconocidas hasta en la misma tierra tradicional del arte musical. Pero era siempre en los viejos, conocidos y familiares clásicos en que buscaba el pueblo un refugio a las penosas emociones de la guerra. Las composiciones nuevas, ni abundan tanto, ni eran de la misma selecta calidad que las de antes de la guerra: la fuerza creadora parecía haber sido sofocada por el terrorífico empuje destructor en que todo el pueblo estaba envuelto. De todos modos, nada genuinamente original y atrevido produjo en todo este tiempo el genio musical alemán, con sólo una excepción.

Pero lo curioso es que esta excepción no la ha producido un compositor alemán, sino un austriaco, un músico que nació y se crió en el solitario Sur, allá en Múnich.

Franz Schreker—que este es su nombre—no era desconocido antes de la guerra. Su primer éxito, que fué en 1912, tuvo tal fuerza de gravedad, que lo llevó a los umbrales mismos de la Ópera de París, cosa sin precedentes para un compositor alemán que estaba al comienzo de su carrera. Diez días antes de la declaración de guerra, la ópera de Schreker «Derferne Klang» (El sonido lejano) fué aceptada definitivamente por las autoridades francesas y la contrata firmada. Las críticas francesas que habían oído la ópera en Alemania habían escrito con entusiasmo acerca de ella, y Henri Quittard, en el «Figaro» de París, había declarado que su autor era “uno de los más originales e interesantes de la época actual.”

En su propio país la opinión sobre Schreker no era unánime; contaba allí con vio-

lentos partidarios y con no menos violentos detractores. Su obra próxima «La Princesa y su juguete», fué recibida en Viena con silbidos de protesta. Pero hoy, después de la reciente presentación de su tercera obra grande «Die Gezeichneten» (Hombres de guerra) se saludó al autor como a un seguro de Wagner, como “la última esperanza del drama musical alemán y un genio sin igual en su generación.” «Die Gezeichneten» fué representada primero en Viena, en Abril 25 de 1918, y ahora está recorriendo en triunfo los teatros de ópera de Alemania y Austria.

Hay que tener en cuenta que Schreker es alabado no solamente como músico, sino también como dramaturgo musical. De igual modo que su gran predecesor, él mismo escribió sus propios libretos. Sin duda que otros autores han venido haciendo lo mismo, pero en opinión de Paul Bekker, el crítico de la «Zeitung» de Frankfurt, sus libretos nacieron directamente del mismo impulso creador de la música, que era lo que pasaba con Wagner, y con ningún otro compositor desde él. Este estilo eminentemente delicado varía a menudo en un análisis de la obra de Schreker, llegando a la conclusión de que Schreker es el finis entre sus contemporáneos cuya vocación genuina es el drama musical y que se ve empujado a trabajar por una natural y avasalladora vocación por el teatro y la escena.

El libretto de «Die Gezeichneten», al igual que los de otras de sus obras, reveló un talento prolijo de primer orden. Como creaciones literarias tienen un gran valor, independientemente de la música, y en tal virtud son, quizás, superiores a las del mismo Wagner. Están escritas en verso, con metrificaci6n libre, y tienen una expresi6n vigorosa y pintoresca. Sus dramas recorren desde la medieval fábula fantástica hasta el moderno realismo, pero siempre tienen un fondo de simbolismo y un problema psicológico que necesita sin resolver. Tiene una pasmosa facilidad para componer escenas de color y movimiento, unas veces en la Italia del Renacimiento, otras en la Alemania medieval y

otras en el tumulto de las ciudades modernas. En «Hombres de guerra» hace una pintura de la Génova del siglo XVI, y su héroe, un símbolo de los «Hombres de guerra»—un personaje con un exterior deformado y dotado de la inextinguible ansia de la belleza—por ser una isla clásica que, a instancias suyas, los maestros de su tiempo han convertido en una mansión de arte, una tierra encantada tal como solamente la magia de una gran imaginación pudo crear.

Cada escena, cada frase de sus poemas, pide a gritos expresi6n musical y es en esto en lo que Schreker es verdaderamente un maestro. Si hemos de creer a los críticos alemanes, en él se combinan todos los medios de expresi6n desarrollados por Strauss y Debussy en un nuevo lenguaje musical que él usa como vehiculo de un “sentimiento verdaderamente genuino.” Oigamos al crítico del «General Anzeiger» de Frankfurt:

“Como Strauss, Schreker abunda en los amplios gestos musicales y en los patéticos momentos. Pero sus raptos pasionales parecen más sinceros, más esplendoresos, y, con toda su sensualidad, más sagrados. De Debussy él ha aprendido a matizar de impenetrables colores su paleta orquestal y a entrelazar hábilmente las más delicadas armonías, pero no ha hecho otra la práctica de las vagas y aperturas sugerentes, de las «flotantes» maneras de expresi6n que en la música de Debussy sorprenden a uno tan a menudo. Y así tenemos el raro espectáculo de un joven poeta del soneto que aun en sus tempranas obras se ve libre de reminiscencias, hasta el punto de obligarnos a declarar que su lenguaje es el suyo propio, un lenguaje altamente expresivo, vital e interesante.”

Que Schreker domina todos los recursos de la composici6n ultramoderna es cosa que no admite discusi6n. Su contrapunto se considera más complejo que nada de lo conocido hasta hoy, y, sin embargo, jamás es confuso ni desconcertante en sus efectos. En la escena de «La taberna» en «Der Ferne Klang», por ejemplo, combina varias clases de música: en el piso alto, una canci6n popular con acompañamiento de piano, en el café una orquesta de «tziganos», y otra de mandolinas y guitarras destacadas simultáneamente con la estructura temática independiente de toda la orquesta que acompaña los coros y a los cantantes. Sin embargo, el efecto es tan agradable como natural. Por otra parte, su armonía es tan libre que casi es una negaci6n virtual de toda tonalidad; raras e independientes armonías se superponen, produciendo el más asombroso y delirado de los

efectos. Los efectos impresionistas los consigue sin apelar a la escala de tono completo que tanto cultivan los modernos impresionistas franceses. Finalmente, su armonía es de una gran variedad, finura y complejidad. A la orquesta corriente, añaen un número de instrumentos de viento—por ejemplo, tantos como ocho clarinetes, con partes independientes—; al arpa la acompaña con un piano y una celesta y el efecto es de una variedad casi oriental. Schlemmiller, escribiendo en el «Signale für die Musikalische Welt», dice:

“El efecto que de este modo obtiene es sencillamente único. Cuerdas suaves, etéreas, entre las cuales las notas de una trompa caen como gotas rojas de sangre; frases de instrumentos de madera iluminadas debidamente por los golpes de un tambor, y aquellos susurros, mullidores, hondas murmullos que Debussy aprovechó primero, pero que Schreker ha logrado espiritualizar en su grado mucho mayor.”

Todas sus obras tienen una gran complejidad que las hace muy difíciles de representar. El «Ferne Klang» necesitó, según dicen, ciento cincuenta ensayos en Munich antes de considerárselas en condiciones de presentarse. A pesar de esto, todos los teatros de mediana capacidad en Alemania están en reciente competencia para representar sus óperas. La última nueva representaci6n de «Die Gezeichneten» en Nuremberg dió por resultado veinte funciones en cada una de las cuales el teatro resultó insuficiente para la aglomeraci6n del público. Su nueva ópera «Der Schwarzgräber» se va a representar en el Otoño.

Schreker tiene poco más de cuarenta años y está ya en el pináculo de su fama. Sus primeros años fueron tan llenos de miseria como los últimos de éxitos. Se vio obligado desde muy niño a sostener a su familia. El Conservatorio de Viena simpatizaba muy poco con sus ensayos y le amenazó hasta con expulsarle antes de terminar el curso. Pero él fundó el Coro Filarmónico de Viena y con él dió representaciones que le conciliaron a hacer famoso en Europa. El mediano éxito que alcanzó su primera ópera dió lugar a que se le nombrase profesor de composici6n en la Academia de Música de Viena, puesto que todavía ocupa.

El servicio principal de Schreker al arte contemporáneo consiste en estimular de nuevo poderosamente el interés por la música. Ya él ha inspirado controversias sobre las cuestiones más fundamentales. En esta su parece a Wagner, aunque uno de sus críticos ha dicho que él dará su nombre a una época



entera, como le aconteció, por ejemplo, a Beethoven. El constituye un reto a su generación.

Los estudiantes de crítica y de historia musical han de impresionarse por la semejanza que existe entre la carrera de Schreker y la carrera de músicos como Berlioz, Bizet y aun Wagner. Tenemos en todos los mismos fracasos al principio y al mismo repentino vuelo hacia la gloria más tarde. Por desgracia para Schreker, parece haber conquistado a su público antes de que haya habido una verdadera aquilatación de sus obras. Nunca puede uno estar seguro de que él no es un producto de la moda, una chifladura del momento. El no se ha visto obligado como Bizet a esperar el veredicto de una generación posterior a la suya. Es como Wagner, que vivió para gozar de las dolencias de la consagración. Hay, sin embargo, un tono marcadamente partidariista en las apreciaciones que de él se hacen que justifica cierta reserva. Schreker es, o bien un supremo genio, o bien un supremo impostor, como Offenbach. Sea cualquiera la punta de este dilema que los críticos escojan, el hecho cierto es que para el público no existe tal dilema: le único que existe es Schreker; Schreker!

## Las tribulaciones del famoso violinista Kreisler

El gran violinista austriaco Fritz Kreisler está siendo el centro de una verdadera batalla entre los ultra-patriotas americanos, que no quieren cuentas ni con la música ni los músicos de ninguno de los países que fueron enemigos durante la guerra, y los que consideran que las manifestaciones artísticas e intelectuales no tienen patria. El célebre músico no ha tenido dificultades en New York, antes al contrario, goza de una popularidad tan grande que cada uno de sus conciertos en Carnegie Hall ha sido vendido mucho antes de tener lugar; pero en otras ciudades del país no sólo ha tropezado con enemigos declarados, sino que se le han cerrado las puertas, y hasta apagado las luces de los salones. Existe una asociación en los Estados Unidos conocida con el nombre de «American Legion», donde figuran todos los «empatriados», que es la que está dando más fieramente combate tras combate contra el famoso violinista.

En Utica una multitud colérica de miembros de dicha Asociación, a la cual llevó la policía contener cuando trató de forzar la entrada en el edificio donde se daba el concierto, cortó los alambres de la luz eléctrica y dejó a oscuras el salón. Kreisler continuó

tocando durante unos cuarenta minutos en plena oscuridad.

En Grand Rapids el violinista canceló un contrato a causa de la protesta del Comité local de la «American Legion» y lo mismo le sucedió en Battle Creek. En Louisville el concierto se tuvo que suspender indefinidamente, a causa de una protesta escrita que circuló en contra del violinista y en la que el Comandante McMeekin, miembro de dicha Legion, se expresaba así:

"Me puedo explicar que aquellos que no fueron sustraídos de las ocupaciones ordinarias de la vida y lanzados al torbellino de la guerra, puedan haber olvidado en el transcurso de un año. Pero nosotros no podemos olvidar tan pronto. Las bombas explosivas de Chateau-Thierry, Argonne y Champagne están desahogado vividas, en nuestra memoria. Los compañeros que no pudieron volver, víctimas del prusianismo por el que Kreisler desahogó su espalda, nos han dejado un recuerdo demasiado sagrado para permitirnos permanecer indiferentes."

Hay que desear en honor del presidente del Comité de la «American Legion» en New York que, para combatir prácticamente esta forma, la más grotesca, del fanatismo chauvinista, suscriba una invitación especial para Kreisler, ofreciéndole sus buenos oficios para que diese algunos conciertos en New York.

El libro de un Alcalde y Senador francés—  
"Creer", por Edouard Herriot, Alcalde de  
Lyons y Senador por el Rhone. Paris:  
Payot & Co.

E. EYRE HUNT  
(The "New Republic")

Los amigos de Francia han visto su mitad ruda y trisecamente asomada durante el año transcurrido desde el armisticio. A veces parecía como si un maligno demonio se hubiera hecho cargo de sus asuntos desde la evictoria integral; y como si los sórdidos espíritus de todos los desahogados manipuladores políticos desde el Rey-Sol para acá hubieran invadido y tomado posesión de la amable tierra de Francia. Es ahora cosa aceptada que Francia ha oído a perder la Liga de Naciones; que sus maniobras han dado por efímero resultado la Triple Alianza con Inglaterra y—si el Senado quiere—con nosotros; que ella apoyó la intervención rumana en Hungría y que, si no decididamente amiga, no ha sido adversa de ningún modo a la política del Archiduque José en su tentativa de restaurar a los Hapsburgos.

Ella ha reñido—con éxito—con Inglaterra, por causa de Siria; ella ha reñido—no con la misma suerte—con Italia, sobre lo que se ha de hacer con los territorios desmembrados del viejo imperio austro-húngaro. Si riera con nosotros, siempre quedarían miles entre nosotros dispuestos a pagar con intereses compuestos la deuda de Lafayette. Pero hay millones de nosotros que han amado y admirado a Francia, y que desean ser perpetuamente obligados a husear disculpas para su política nacional e internacional.

El libro «Creer» podría haber sido escrito especialmente para nosotros, aunque está dedicado "a los jóvenes de Francia, para que sean más inteligentes y más estóicos que nosotros." Este libro representa un esfuerzo extraordinario para hacer el balance total de los recursos de Francia y de sus colonias, recursos tanto morales como físicos. Aboga por una total transformación de la política nacional por medio de la ciencia. Su doctrina es «producir o perecer». Y a la luz de una observación minuciosa, renjón por renjón, punto por punto, indica cuál debe ser el futuro de Francia. Capítulo tras capítulo los hechos se van eslabonando: su despooblación; su abandono criminal de los más elementales medios de combatir la disminución de nacimientos; el aumento de la proporción de muertes, la tuberculosis y el alcoholismo; sus grandes recursos minerales, especialmente su carbón, aluminio, y fierros; su falta de minas de hierro; su inmensa y descendida riqueza fluvial; sus atrasados sistemas ferroviarios y de acueductos; su ineficaz negligencia para el fomento de los medios de transporte de las ideas, a tal punto que ella ocupa el último lugar entre las naciones civilizadas en el uso del correo, teléfono y teléfono; sus antienanos y deficientes puertos; su enorme y alentador porvenir agrícola; su pequeña marina mercante; sus pesaderías; su necesidad de industrialización, y especialmente de una dirección científica; su necesidad de establecer organizaciones sociales y financieras para hacer frente a sus futuras necesidades; la labor de sus profesiones liberales; la reforma política; el renacimiento de sus artes; y el papel creador de Francia en el exterior. Que un libro como este haya podido ser escrito en Francia hoy es un signo que inspira confianza: que un estadista francés lo haya podido escribir es todo un río de esperanzas.

Edouard Herriot no es un desconocido ni en las letras ni en la política. Una obra suya reciente, «Aira», es la primera de una serie en la que «Créer» es la segunda y «Vouloir»

—no escrita todavía—será la tercera. Como autor ya se ha distinguido notablemente; como educador es famoso—ha sido catedrático en la Universidad de Lyons—; y como líder político, da idea cumplida de su éxito el hecho de que es Alcalde de Lyons y Senador por el Departamento del Rhone.

Una de las notas de más relieve en el libro es la actitud del autor hacia Alemania y los alemanes. Combate indignado la errónea chauvinista actual que por odio a los alemanes se niega a aprender de ellos. Francia—dice él—debe ir a la escuela de Alemania lo mismo que a las de las otras naciones, pero no simplemente para tratar de imitarlas, sino para aprender a superarlas. Hé aquí un párrafo brillante a este respecto:

"Estos procedimientos políticos de separación jamás dieron resultado. No hay ni estabilidad ni simplicidad en la idea de nación; son más de cincuenta los pueblos que han tomado parte en la formación de Francia; una nación se hace y se deshace sin cesar. La idea de raza no tiene ningún valor para los tiempos modernos; no es más que una palabra; un término apenas aplicable a los animales y a las plantas, y que debe ser empleado con respecto al hombre sólo con infinitas precauciones. La fatalidad histórica es un error. Sobre la vida de la nación o de la raza la voluntad debe actuar siempre, del mismo modo que interviene en la formación de las variedades hasta en las especies vegetales."

Con un espíritu tal agitando en la Francia de hoy, nosotros los amigos de Francia bien podemos recobrar nuestra confianza. La lucha será larga y la victoria dudosa, pero este libro no sólo nos suministra material en apoyo de nuestra fe vacilante, sino que contribuye a crear una nueva fe, la fe en la cual el sueño de los científicos y la labor de los estadistas resulta estéril.

## Dos libros importantes de Asia: "El nuevo mapa de Asia", "El despertar de Asia"

(De "The Nation")

Dos libros muy notables añaban de ver la luz en los Estados Unidos, que han de contribuir mucho a una juiciosa rectificación de los groseros errores que aun entre personas cultas circulan con respecto al Asia.

La afirmación capital que sirve de base a los dos libros es esta: No habrá paz en el mundo mientras los asiáticos no tengan en su propio país los mismos derechos que tienen los europeos en los suyos. El autor del

titulado «El Nuevo mapa de Asia», es Herbert Adams Gibbons, que hace un estudio completo y muy concienzudo de la situación general de Asia. El autor del otro libro titulado «El despertar del Asia» es H. M. Hyndman, cuyo brillante análisis se limita a la India, China y Japón. Mr. Hyndman empieza por un resumen de las relaciones pasadas y presentes entre Europa y Asia, haciendo notar la deuda que Europa, la humanidad y la civilización tienen contraída con Asia. Europa no es en realidad—dice—más que una gran colonia del Asia que en el curso de siglos de años se constituyó por separado. Si Europa fuese despojada de todos sus pueblos de antiguo origen asiático la mayor parte de la civilización occidental desaparecería. Pero lo que el autor cree de mayor importancia es lo que Europa debe al Asia en materia de cultura.

"Eliminemos los descubrimientos e invenciones fundamentales que debemos al Asia, y todo el edificio de nuestras actuales instituciones se vendría abajo. Los tejidos de algodón, la seda, la porcelana, la brújula, la pólvora, el Algebrá, la Geometría y la Astronomía, y una gran parte de nuestra Arquitectura y Agricultura, con muchos de nuestras frutas y flores, nos vinieron de ese continente."

Además, afirma Hyndman, todas las grandes religiones del mundo vinieron del Asia. La filosofía, la música, la medicina y las bellas artes nacieron allí. Ha sido un bien que Mr. Hyndman se haya tomado la molestia de recordar a sus lectores estos hechos elementales de la historia, pues sabido es la gran idea de su propia importancia que tiene el hombre del Oeste y sus supersticiones sobre la superioridad del Oeste sobre el Este que le hacen mirar con aire de protección y de desdén todo lo que procede del Asia. Mr. Hyndman ha hecho bien igualmente en poner de manifiesto que el dominio político y económico del Asia sobre Europa es sólo cosa de ayer y que antes el Asia había dominado durante siglos la mayor parte de Europa. Primero vino la inmigración aria. Luego la de los tarjanos (más generalmente conocidos como los mongoles) que se extendió por el Sur de Europa, adueñándose de casi toda Rusia, de los Balcanes y de Hungría hasta el siglo XV. Estas dos olas fueron seguidas de las invasiones árabe y turca. La primera, arrojando todo el Sur de Europa y avanzando hacia el Norte hasta ser detenida por Francia; la segunda llegando en marcha triunfal hasta las puertas de Viena, donde fue detenida por los cristianos coaligados.

Pero el mérito principal de los dos libros

está en la luz que arrojan sobre los procedimientos y desarrollo en Asia del dominio eminente de Europa. Ambos escritores han demostrado tal dominio del asunto y tal respeto a la verdad en sus investigaciones, que no conocemos nada sobre la materia que pueda compararse en su valor informativo con ellas.

Mr. Gibbons nos lleva paso a paso a través de los vicisitudes laberínticas de la diplomacia europea a medida que ésta ha venido haciendo sus jugadas favoritas en Anam, Indo-China, Siam, Persia, el Cáucaso, Turquía, el Asia Central, Afghanistan y Siberia, con el sólo objetivo de conseguir sus fines por las bucas y a las armas, eludando a un lado todos los principios de justicia y de moral. Para los gabinetes y cancillerías europeas, la moral consistía en una sola cosa: la extensión y expansión de los dominios imperialistas y la esclavitud política y económica de los pueblos conquistados. El único derecho internacional en Asia, según este autor, era la ley de la fuerza. Los asiáticos carecían de derecho. Ellos habían venido al mundo solamente para ser sacrificados como peones en el juego de ajedrez internacional en que la diplomacia europea es tan diestra.

No se necesita ningún comentario para hacer llegar hasta el lector la idea de la crueldad, inhumanidad, hipocresía y brutalidad de las potencias europeas en sus tratos con las razas asiáticas. Y esto es una verdad en cuanto a todas las naciones de Europa que se han adjudicado el dominio eminente de aquel continente: ingleses, franceses, rusos y alemanes. Todos han seguido la misma táctica y las mismas prácticas. Todos han prestado dinero a los gobernantes asiáticos, sin tener para nada en cuenta para qué lo querían; han enviado a estos gobernantes deliberadamente por el camino de la bancarrota, sin respeto alguno a los derechos de los pueblos; han demandado el traspaso de los derechos de soberanía de los pueblos; han establecido esferas de influencia y entrado en pactos con otros poderes europeos, sin consultar en lo más mínimo ni a los gobernantes asiáticos ni a los pueblos. Mr. Gibbons ha demostrado que cada vez que una potencia europea ha necesitado de una excusa para intervenir ha provocado deliberadamente actos ilegales, lo que prácticamente ha obligado a los nativos a sublevarse contra los extranjeros. Hablando de Persia, observa que "antes que Rusia e Inglaterra comenzaran a intervenir en los asuntos interiores de Persia, la animosidad contra los extranjeros no se conocía allí," y lo mismo es prácticamen-

te cierto de todo país asiático. Mr. Hyndman hace la historia de una cadena de provocaciones vergonzosas perpetradas en China, en el Japón y en la India. Cuanto a los sucesos recientes de la India, Mr. Gibbons no les concede mucho espacio, si bien hace notar el erosamiento y vigor que va adquiriendo el movimiento nacionalista, y afirma que la política inglesa en el resto del Asia se ha inspirado siempre en el deseo de mantener el predominio absoluto de los intereses británicos en la India. Al hacer notar la determinación de Inglaterra a resistir por todos los medios a su alcance cualquier esfuerzo de otra nación para establecerse en el Golfo Pérsico, dice que "el viejo argumento (la necesidad de asegurar el dominio inglés en la India) que se aplicó desde Gibraltar hasta Shanghai fué suministrado por Lord Lansdowne. Inglaterra atenta el derechos de proteger la India, y con este derecho iba el monopolio virtual del comercio en todos los lugares donde el tal derecho de protección se ejercía.

Lo que Persia ha tenido que soportar desde el comienzo de 1912 debiera empujar de vergüenza el rostro de todo europeo y obligar a aquellos que se dedicaron sin vacilar a la derrota del imperialismo alemán en Europa a demandar de sus propios gobiernos el abandono completo del imperialismo en las naciones asiáticas. Pero ¿quién va a demandar y quién a obedecer cuando todos están infestados de la misma enfermedad? Desde que este libro entró en prensa el tratadito anglo-persa ha sido firmado y al historiador no le queda sino escribir el epitafio sobre la tumba de aquel desdichado país. Cuando Mr. Gibbons escribió su libro se preguntaba "si habría todavía en el mundo eso que se denomina conciencia internacional, para crear y conservar una liga de naciones." Nosotros nos preguntamos qué diría él—el autor citado—ahora que la sociedad de naciones ha reconocido un protectorado inglés en Egipto y en Persia y la ocupación japonesa de Shantung.

Se nos dice a menudo, en son de crítica de los movimientos nacionalistas de Egipto, Turquía, Persia, India y China, que la agitación legítima en estos países en pro del gobierno propio y de las instituciones democráticas está contagiada de xenofobia; pero Mr. Gibbons pregunta si ello no está en el orden natural en todos los movimientos democráticos, y si los europeos y americanos que critican la forma y los métodos de los movimientos políticos, asiáticos y africanos, no están olvidando de su propia historia,

## Leonidas Andreyeff

A mediados de Septiembre de 1919 bajó a la tumba Leonidas Andreyeff, uno de los más prominentes y de los más originales escritores rusos. Acerra de él encontramos una erótica del escritor americano Moissaye J. Olgin, que es el trabajo que más suscita y emocionadamente puede dar una idea general de la formidable labor de pensamiento del gran escritor. Las reproducciones integra a continuación:

### Una inteligencia herida.—Leonidas Andreyeff (1861-1919)

"He atravesado muchas tierras y pueblos y en ninguna parte he encontrado un hombre libre—dice uno de los héroes de Andreyeff—. He visto solamente esclavos. He visto las jaulas en que residen, las carnes en que nacen y mueren; he visto sus odios y sus amores, sus pesados y virtudes. Y sus placeres los he visto también; todos, miseros esfuerzos para resistir una antigua alegría. Todo cuanto vi llevaba el sello de la estupidez y de la locura... entre las flores de una tierra hermosa habían construido una casa de locos."

Estas palabras podrían tomarse como el lema de casi todas las obras de Andreyeff. Andreyeff impugna los fundamentos de nuestra vida. Las cosas que el género humano toma por establecidas, él las somete a un implacable escrutinio, sólo para llegar a la conclusión de que hay «deceira y horror» en todas partes. La existencia humana, el pensamiento humano, las acciones y valoraciones humanas, todo le parece lleno de problemas exasperantes que no conceden sosiego ni dicha a una mente inquisitiva. El más simple de estos problemas es, quizás, el problema de lo sub-consciente. El hombre nunca sabe lo que va a hacer dentro de pocos minutos. "Miles de vidas están presentes en mí alma"—dice Andreyeff en uno de sus ensayos—de las vidas que procedieron a mi nacimiento. Toda vida habla su propio lenguaje. ¿Puede haber esperanza alguna de libertad para el individuo?

Andreyeff produce una obra tras otra para expresar esta falta de libertad. Las pasiones del hombre son la fiera abismal que está siempre agazapada en los escondrijos del alma humana. El pensamiento humano es una arma traidora que se vuelve contra su dueño en los momentos más críticos. El hombre está limitado a su conciencia individual, no pudiendo jamás lanzar una mirada hacia el cráneo de otro ser humano. El hombre

truce está abarcando el universo, cuando él mismo es sólo un esclavo de leyes de pensamiento y de existencia que él no ha creado ni está en libertad de alterar.

Murallas y más murallas rodean a Andreyev por todas partes: la muralla de las leyes naturales que hacen a cada ser humano un prisionero en el mundo y la muralla de nuestra psicología que hace al hombre prisionero de su propio cerebro; la muralla del ciego azar determinando la suerte del hombre con implacable crueldad y la muralla de lo desconocido que infunde pavor en las almas humanas; la muralla de la cultura moderna destruyendo todos los rasgos de la individualidad creadora; la muralla de las instituciones humanas con sus miserias, odios, opresión del más débil, y torrentes de sangre inocente; la muralla de la vejez a la que nadie puede librarse de llegar, y la muralla de las murallas, la muerte, asomando al final de los hombres y los mundos.

Contra todas estas murallas el pensamiento de Andreyev se revuelve furioso. Y no encuentra solución ninguna. Ni acepta ninguna consuela. La religión no le ofrece ninguna contestación. Dios, si es que hay un Dios, es la mayor de todas las charadas que hacen desesperarse y sublevarse de indignación el corazón de los hombres; el amor no llega a ninguna parte, puesto que los hombres que se incendian en un gran sacrificio de amor no han mejorado el mundo. El bien general no vale de nada, puesto que es una vergüenza ostentar nuestra bondad en un mundo saturado de pecado, miseria y malignidad. Sólo un milagro podría romper las numerosas murallas que rodean nuestra existencia, pero aquél que pone su fe en un milagro acaba por ser engañado y traicionado.

Y así Andreyev se engloba en una hebra crucial con la vida, con el destino, con Dios, con la razón. El látigo se retó a sus años, a los años de todos nuestros destinos, en las palabras de su «Antena»: «Estoy cansado de buscar. Estoy cansado de vivir y de sufrir estérilmente en mi vana persecución de aquello que siempre se me escapa. Dame la muerte, pero no me torturarás con el no saber.» Sin embargo, la única contestación que oye de parte de «Aquél que custodia la entrada» es: «Mi obra está descubierta y sin embargo no la ves. Hablo en voz alta y sin embargo no me oyes. Mis mandamientos son claros y sin embargo no los conoces. Y nunca verás y nunca oirás y nunca comprenderás.» Aquel que defiende la entrada habla en el idioma del silencio, y los gritos de Andreyev, el hombre de la inteligencia herida, estallan en una despreciativa protes-

ta contra una contestación que no contesta nada. Estos gritos de desesperación resuenan a través de toda la obra de Andreyev.

Desde el punto de vista de estas múltiples interrogaciones, Leonidas Andreyev aparece como el más universal de los escritores. Sin embargo, desde el punto de vista de los motivos psicológicos y de las fuerzas sociales en su obra, resulta intrínsecamente ruso. No es un accidente el de que siempre que trata de pintar la vida real de una manera verista, no encuentre sino pobreza, crueldad, sordidez. La aldea, según él la ve, está en las garras de una miseria sin nombre. («Sashka Zhgulev», «En la vida de Vassily Fivevsky»); la gente de las ciudades no sabe de la felicidad («El angelito», «En la niebla», «Osonrida»); apenas uno entre los mil hombres de la calle que describe puede preservar su dignidad humana y su honor. En los últimos períodos de su labor creativa, Leonidas Andreyev recurrió pocas veces a la mera descripción de las condiciones existentes. Sin embargo, cada vez que sus problemas le obligan a arrojar una mirada dentro de las realidades de la vida, parece como si se le hubiese abierto ante él una puerta secreta que diese a una fría y negra caverna llena de gases venenosos.

Esta corriente subterránea que se siente siempre, si bien no siempre se acentúa, en las sonoras y vívidas pinturas de Andreyev; esta omnipotencia de la pobreza y degradación bajo una tenue capa de cultura moderna, esta visión de abismo que hace correr un escalofrío por toda la «intelligentzia» rusa de cualquiera denominación política o social, pone al «abstracto» Andreyev muy cercano de la «concreta» vida rusa. En verdad, Andreyev observó siempre con atención muy grande los acontecimientos rusos políticos y sociales de los años tempestuosos. Comenzando con «Las risas rojas» (1905) que reflejó la obra rusa rusa y que le conquistó a su autor más fama que cualquiera de sus anteriores creaciones, no obstante su dudoso valor artístico, Andreyev soñaba cada vez más del movimiento social-político ruso con una nueva novela o drama. El lugar de la acción en «Así fués» (1905), aunque ostensiblemente se fija en una histórica «tierra del nadio», en realidad refleja las vicisitudes del movimiento colectivo en una revolución popular. «El Gobernador» (1906) presenta a un oficial ruso que ha pecado contra el pueblo y que es víctima de la venganza revolucionaria. «Savva» (1906) es un anarquista que desea «destruirlo todo, los viejos edificios, las universidades, la ciencia, la vieja literatura, el viejo arte» para «li-

bertar la tierra, reclimir el pensamiento, abrir un nuevo y grande mundo desconocido.» En «Osonrida» (1907), un terrorista, un fiscalista, hace esta pregunta: «¿Qué derecho tiene un hombre para ser bueno en vista de tantos despojos de pecadores cuyos pecados no son culpa suya?» «El Rey-hombre» (1908) es una pintura de las huelgas generales rusas ocurridas en el 1906, de igual modo que «Hacia las estrellas» (1906) es resultado directo de las numerosas insurrecciones armadas ocurridas en las ciudades rusas en el mismo año. El protagonista de «Sashka Zhgulev» es el director de una partida de expropiadores, medio bandidos, medio revolucionarios, de las que pululan en Rusia después del fracaso de la revolución. «Los siete ahorrados» (1909) expresa el horror e indignación de la Rusia intelectual en presencia de los numerosos cadáveres levantados por la autocracia para castigar a sus adversarios políticos. «Las tristezas de Bérgi» (1914) es un himno al ahorrado espíritu de aquel pequeño país bajo la invasión alemana.

En todas estas obras Andreyev se interesa, no tanto en los acontecimientos mismos o en sus consecuencias, sino en su significación para la conciencia humana, en sus rasgos de los problemas universales de la existencia. En este como en todos los otros aspectos de su actividad creadora, Andreyev es el portavoz de la Rusia intelectual, que despertó al progreso moderno del letargo de su sistema patriarcal para entrar en las complejidades de la vida. La Rusia intelectual fué puesta de repente ante una tarea enorme. La alternativa entre el sacrificio heroico por una causa colectiva y la solitaria abstinencia de las tareas constructoras de la vida se le presentó a todos los individuos conscientes. La vida misma estaba experimentando cambios extraordinarios. Todo estaba convulso, estremecido, evolucionando hacia nuevas formas. Parecía como si una mano poderosa hubiera sacado de quicio todas las instituciones, poniendo al descubierto sus cimientos. El intelecto ruso estaba engolfado febrilmente en las tareas de analizar la vida, de dar solución a los más intrincados problemas. Y estaba en la naturaleza del ambiente ruso el matizar todos estos jades con los nuevos colores de la trisición, el odio y el pesimismo. Andreyev fué el escritor encargado de encarnar este espíritu de intranquilidad intelectual en sus artísticas pinturas. Cuando él formulaba sus grandes preguntas, agrupaba en ellas las más recónditas corrientes de pensamiento y emoción difundidas en el espíritu de Rusia

y las convertía en imágenes vivas. La repercusión fué inmensa.

Andreyev nunca se contentó con escribir una novela por la novela misma. Cada novela o drama de los suyos representa un problema. El plan es algo así como éste: suponiendo que un hombre se ha puesto en determinadas condiciones y sometido a ciertas experiencias ¿cuál sería el efecto moral o espiritual de ellas? El medio y las circunstancias se convertirían de este modo en asuntos de secundaria importancia, pues el centro de gravedad quedaba puesto en la reacción moral o espiritual.

La forma misma pasaba a segundo término. Ninguno de los escritores rusos ha cambiado tan a menudo de estilo y a ninguno resulta tan difícil de encasillar dentro de una escuela. En sus primeras obras (1898—1902) Andreyev está todavía bajo la manifiesta influencia de Chekov y puede ser clasificado como perteneciente a lo que vulgarmente se designa con el nombre de escuela «realista». Sin embargo, ya «Las Murallas» (1903), con sus leprosos que tratan vanamente de destruir o salvar la impleable, y eternamente caedida, gran muralla que se levanta entre ellos y lo desconocido, ofrece todos los rasgos de una obra simbólica. Y lo mismo «El Océano» (1911), una tragedia que, usando de las palabras de un crítico ruso «es un himno al caos», «a esas inmensas, irconquistables fuerzas elementales de la vida, a esas nuevas y terribles potencias que rebasan todos los límites de la obra creadora consciente.» «La vida del hombre» (1907) introdujo un método bautizado en Rusia con el nombre de «espasmático», en tanto que «El Rey-hombre» y los «Hombres negros» están llenos de alegorías. El método de Andreyev nunca es el mismo en dos producciones sucesivas; sin embargo, siempre es el mismo su apasionado temperamento, su impulso furibundo, su intrepidez implacable para no detenerse en su análisis ante las más pesadas heridas, su prodigiosa imaginación, y la fuerza de expresión colosal que hace que hasta las acciones más abstractas de su mente palpiten con una vida intensa, haciéndonos sentir, por ejemplo, en nuestra propia carne el dolor desgarrador de un don Lorenzo y un Julas Escariote. Es la personalidad de Andreyev la que presta unidad a todas sus producciones. Por esta fuerte personalidad la Rusia pensadora amó a Andreyev y le coronó entre los maestros de su pensamiento.

El estilo de Andreyev es el más «metálico» en toda la literatura rusa moderna. Sus obras tienen que ser recitadas, no leídas. Su prosa

tiene un ritmo único que le hace más musical que muchos poemas en verso libre. Hay una impetuosidad de espiral en la combinación de las palabras y las frases de Andreyev—dice Arabazhín.—"Sus palabras acausan, golpean, caen como fatigazos en la cara, se introducen a la fuerza en nuestro espíritu, giran y rugen, tocan la gran campana de alma, se resaca en nuestro corazón con estruendo de trueno; elaman, y a veces aulan como perros hambrientos que mendigaran piedad y atención. Andreyev adora los contrastes. Sus contornos son ásperos. Todo lo lanza a sus licencias con erudos y andaces trazos que producen algunas veces sensacionales efectos." Y sin embargo, hay a menudo una bella ternura, un amor casi púdico de la vida y de la juventud en muchas de las obras de Andreyev. A despecho de su pregonado objetivismo hay una vena de lirismo que corre a través de sus atrevidas interrogaciones, clavándose a veces a alturas de poderosa armonía y ahogando todos los demás sonidos. Esta cualidad íntimamente personal y humana es la que presta a sus escritos una fascinación peculiar.

Era lúgubre en el pesimismo de Andreyev que mirase con desaliento la fase última de la revolución rusa. Para él ella significaba el fin de la cultura rusa, la agonía de la Rusia misma. En esta como en todas las otras crisis compartía él los sentimientos de sus camaradas intelectuales, a quienes siguiéndolo fiel hasta la muerte. Todos hemos oído su último toque de clarín contra el régimen del proletariado en Rusia. La tensión resultó demasiado grande para su corazón, que se debilitó mucho por el exceso de trabajo y la incesante combustión. Con él desaparece un gran hombre del horizonte de las letras rusas y su muerte será hondamente sentida donde quiera que se aprecie el genio creador ruso.

## Un nuevo Dostoevsky

El crítico Edward Moore, autor del comentado y picante libro reciente titulado «Nostros los modernos», ha lanzado la audaz afirmación de que las obras del novelista Conrad son todavía más impresionantes que las del mismo Dostoevsky.

Edward Moore empieza por hacer notar que, mientras los demás escritores eminentes profetizan a Nietzsche, Conrad se limita a describir. Nunca tiene nada que decir acerca de su política o de su filosofía, sin em-

bargo de lo cual su política y su filosofía—segura el menciado crítico—deben ser profundas.

Moore hace en el «New Statesman», de Londres, un estudio de lo que hay de típico en las novelas de Conrad, comparándolas con las de los grandes maestros, y diciendo:

"Tres son las cualidades que se destacan en las novelas de Mr. Conrad: el amor de la belleza, la exploración del espíritu, el sentido del carácter. La belleza, la mente y el conflicto moral; le afli sus tres íntimas preocupaciones. El ha descrito éstas, es cierto, pero las ha descrito sólo en cuanto han influido en la mente y en el carácter. En una palabra, ha estudiado bajo una lente como psicólogo y moralista. El no ha tratado en lo más mínimo de conocer el alma. El conflicto en sus novelas no es el espiritual, sino el moral. Y esto es lo que le separa de Dostoevsky, a quien como psicólogo se asemeja mucho. Dostoevsky nos muestra al hombre en sus relaciones con Dios. Conrad nos lo muestra en sus relaciones con los hombres y con la naturaleza. El primero es un instinto, el último un racionalista. El uno sabía de la naturaleza humana como humana y como divina; el otro se interesa simplemente en la naturaleza humana como naturaleza humana. Ni Conrad ni sus personajes mencionan el nombre de Dios, y creemos que es porque ellos consideraban insistencia y hasta teatral tal mención. Hay algo de admirable en esta reticencia. No decir ni una palabra más de lo que uno piensa—decir una palabra o dos menos, si es posible; este es el medio más seguro de hacer nuestras palabras memorables. Y las palabras de Conrad son en verdad memorables, más memorables aun que las de Dostoevsky.

"Conrad, por lo tanto, es por excelencia artista, psicólogo y moralista; en otros términos, se interesa principalmente en la belleza, la mente y el carácter. Quizás se interesa por encima de todo en la belleza. El escribe, por selección intuitiva, de cosas de belleza: el mar, los barcos, los cielos tropicales, y de hombres cuya vida está todavía envuelta en una atmósfera de romance: marinos, bárbaros, bandidos suramericanos cuyos inteligencia tienen todavía algo de la inocencia moralidad del Renacimiento. Pero él nunca escribe, como lo hacía invariablemente Stevenson, con el designio de resultar romántico. Su belleza no es romanesca. Al contrario, cuando describe una escena nos impresiona primero

por su asombrosa verdad y después por su asombrosa belleza.

Edward Moore no está de acuerdo con Hugh Walpole, quien dijo que en las obras de Conrad se rebela de ver su buen gusto. Si hay una cualidad ausente en absoluto en las obras de Conrad—dice Moore—es la del buen gusto:

"Babeza poscía buen gusto, Stendhal poscía buen gusto y uno puede imaginarse la gloriosa e inmortal figura que el último habría hecho de Nostromo. El temperamento de Mr. Conrad le prohibía hacerlo. Y así Nostromo es una figura espionada mente diseñada, pero no una espléndida figura: Conrad no nos permitiría enganarnos acerca de esto ni por un momento. Y la causa de ello, repetimos, no es otra sino que la cualidad que le distingue no es la del gusto sino la del interés—el interés más alerta, el de más alta tensión—pero nada más que interés. El estudia a los hombres; pero no se deja arrebatar por ninguno. El heroísmo mismo, que asoma tan a menudo en sus páginas, no lo arrebató. "Toda pretensión de virtud especial—ha dicho—"despierta en mí el desprecio y la sbercia de que una mente filosófica debe estar libre," y sus novelas son su mejor comentario de este aserto. Es un estudiante del heroísmo; observa cómo el espíritu responde a lo inerte, al peligro, a la desgracia, y se interesa en recoger las respuestas."

Este temple de alma es el que ha hecho de Conrad quizás el más grande psicólogo conocido desde Dostoevsky. Pero es también lo que le ha condenado a verlo todo en los hombres menos el espíritu. Debemos, sin embargo, recordarle—sigue diciéndonos Moore—que otros escritores, muy grandes escritores, no nos han hablado tampoco del alma del hombre. Y comparando a Conrad con los grandes maestros literarios, dice:

"Sin embargo, es lo cierto que los personajes de Shakespeare, de Fieldings, de Scott, aunque no de una manera expresa, revelan sus relaciones con Dios, pero los personajes de Conrad no muestran ninguna relación con Dios. Y esto es porque ellos no son ni hombres ni mujeres (es al mismo tiempo una censura y un elogio al arte de Conrad considerarlo así); ellos son algo mucho más definido que eso: son especímenes de humanidad coleccionados y catalogados con increíble destreza. Lord Jim es un espécimen, James White, es un espécimen, Hoyst es un espécimen.

Pero los especímenes no tienen alma. Los novelistas de la tradición clásica. Fielding, Scott, Balzac, nos dieron figuras menos acabadas, menos definidas en sus contornos que las de Conrad, pero les imprimieron el amplio movimiento de la vida. Sus tipos, en una palabra, habitaban en el mundo. Pero los tipos de Conrad existen aislados por la resolución del autor de estudiarlos; existen en un laboratorio de psicología. Y la diferencia no es una diferencia de método solamente. Los tipos de Fielding llevan consigo el fondo en que se mueven, porque el alma está implícita en ellos; los de Mr. Conrad permanecen solitarios porque en ellos no está implícita. No todo en ellos ha sido observado—lo cual negaría a Conrad el don de imaginación que posee en tan alto grado—; pero son esas que siempre pueden ser observadas."

Hugh Walpole, el joven autor inglés que ha estado dando conferencias en los Estados Unidos, atribuye a Henry James y a Joseph Conrad el mérito de haber influido más que nadie en el progreso de la novela inglesa durante las dos últimas décadas, afirmando, sin embargo, que es a James a quien se debe principalmente que el descuido haya desaparecido casi totalmente de las obras de los novelistas ingleses y que la novela haya alcanzado su actual alto rango en la literatura del mundo.

## Un Santo Internacional.—Santa Claus

Los niños judíos y japoneses que año tras año saludan a Santa Claus en las calles de New York, no saben hasta qué punto es internacional el personaje a quien tanto honran. Definitivamente arraigado en New York, el colorado santo está, como la misma New York, compuesto de muchos elementos.

Este santo fué originalmente, de acuerdo con la leyenda, un obispo cristiano de Myra en el Asia Menor, que sufrió persecuciones de Dioclesiano. En el siglo XI su culto, arraigándose primero en Italia, se extendió rápidamente por la Europa occidental; él era el más popular de los santos medievales; llegó a ser patrón de Rusia y sólo en Inglaterra se le dedicaron cereas de cuatrocientas iglesias. De los Países Bajos saltó al nuevo mundo, donde al decir de la tradición se le destinó a él la primera iglesia holandesa que se erigió en América. Su día, Diciembre 6, uno de los cinco días festivos del nuevo año de Amsterdam, era de interés

especial para los niños. Poco a poco, a medida que la nueva Holanda se convertía en New York, la fiesta de los niños holandeses se fué confundiendo con la de Navidad que celebraban tanto los holandeses como los ingleses. La última de estas dos fechas dejó a la otra, pero San Nicholas, cuyo nombre se amricianizó hasta convertirse en San Claus primero, y luego en Santa Claus, presidia la doble fiesta. En los primeros tiempos él venía cabalgando en su gran caballo, descendiendo del Slepinger de Odín, que todavía hasta hoy sigue montando en Holanda; pero su una fecha que no se determina cambió su caballo por un trineo tirado por el reno que figura en su leyenda.

Desde el principio traía regalos para los niños buenos, que antes ponían sus zapatos en lugar propicio para recoger sus favores, pero después empezaron a colgar sus medias, hábito que, según Brand, era observado en ciertos conventos de Francia y de Italia. De todas estas costumbres, compuso en 1893 el autor Clement C. Moore su clásico poema infantil titulado "Una visita de San Nicholas." Desde entonces el Santo ha perdido inseparablemente más y más material; por ejemplo, el árbol de Navidad de los germano-americanos, desde el cual distribuye millones de regalos en miles de iglesias.

En la Edad Media no solamente los niños reclamaban su protección especial, sino también todos aquellos que sentían algún temor de acudir a un tan brillante y ocupado patrón como San Jorge. San Nicholas era el patrón de los labradores, de los marineros, de los oscurecidos ambulantes, en general, de todos los viajeros en la hora del peligro, y, además, de los prisioneros, esclavos, huérfanos y esclares; el campeón legendario del débil contra el fuerte, del pobre contra el rico, de los oprimidos contra los opresores. En tal carácter inspiraba plegarias a la gran comunidad interseccional de los desvalidos. Llegó a adquirir tal renombre como donante de regalos, que cuando la Reforma abyentó a la mayor parte de los santos a él le permitió quedarse, dejándole que siguiera recorriendo su milagro anual de generosidad. Los niños le querían y era inútil que protestasen los reformadores. En los Estados Unidos él es el único Santo que, fuera de la comunión romana, subsiste aún. En una Noche Buena que nos sorprende a todos abrumados bajo tan colosales desgracias, sirve de alivio el recordar cómo tornamente la imaginación de una gran parte del género humano ha conservado por tantos años su adhesión a un santo que es el símbolo y la esencia misma de la buena voluntad.

## Semblanzas de políticos.—Maura

Entre las novedades literarias españolas, figuran la "Semblanza de Políticos" que el brillante ensayista "Barral" ha incluido en su número del 20 de Noviembre, mediante conexos entre los caracteres del país, actualizados al efecto con la oferta de un premio de 100 pesetas a la que resulta favorecida por el acortamiento de los lectores en silencio. La que reproduce a continuación, del escritor Jorge Alde, es un nuevo extracto de una observación y de modernización. El oportuno de renovar el estudio, que resulta tanto "Equiva" en verdaderamente bello y oportuno.

### El Estado-esponja

Las disputas que se refieren a distancias, se prolongan porque no se hace lo único que importa en un litigio sobre distancias: medir.

Meir es precizar y desear argumentos, dítamos y demostros que sólo tengan valor casero. Aterricios del monopolio que ilusión para plantear una dialéctica rigurosa y pitagórica sobre Ma, en función de los valores concretos que ha fortalecido.

Maura erce en el Estado clásico y en los poderes del Estado clásico. Ha venido a fortalecer el Estado. En todas las arengas mauristas, se dice que precisa vigorizar el Estado. Ahora bien: el Estado, para sus exaltadores, aparece como salubridad impalpable y espiritual, pero inmediatamente después de extinguidos discursos y luminarias, aparece atribuido al Estado a estos materiales, vulgares, palpables y con excelente apetito.

Por consiguiente, posemos, contemos y midamos. Tenemos cifras que caben perfectamente en una realidad matemática. Zaragoza paga al Estado cada año veinticinco millones y recibe, en el mismo tiempo, cinco millones en servicios. El resto es el Estado, esto es, la revolución desde arriba, la luz, los taquígrafos, etc., etc.

Y decía Costa que se español era, entre otras cosas, un mal negocio. Hablemos del paradero de esos veinte millones y haremos de confesar que se derraman sobre partidarios del Estado que dan cada primer del mes un sabazo al Estado y se dedican, los veinte días restantes del mes, a cantar las excelencias del Estado.

¿Quiénes producen esos veinte millones? Representan contribuciones impuestas al trabajo ejentado por gentes que no creen en el Estado del señor Maura. No importa quien las paga, pero siempre las produce el trabajo social.

He aquí que el Estado, idealizado en los discursos, se vulgariza para representar una cuestión de cobros y pagos, y en consecuencia, un pleito entre los que pagan y los que cobran.

Este criterio del Estado-esponja, no es exclusivo del señor Maura, pero está representado por él con encarnamiento. La esponja se satura para Marruecos y para la esquadra, dos tragedias económicas de nuestra vida colectiva, que nos cuestan más de un millón diario. Maura se opuso a la nivelación de Villaverde que era indestinada y con verdadera fuerza a los intentos de elevación pedagógica.

Clamó en las sesiones llamadas patrióticas, pero al descender de las nubes a la realidad, resultó que el español, al contrario que el señor Maura, tenía que callar y pagar. El idealista señor Maura era, después de sus discursos, un reanudador y un resultador, o lo que es igual, un enviado celestial para los patriotas.

### El Estado-adormidera

Ernst Toller, el dramaturgo tedesco, razona admirablemente el origen capitalista de las guerras y habla de la beneficencia bélica. Después de las batallas—viene a decir—, se fundan sociedades benéficas, es decir, para los pobres heridos (a los que se quiere demostrar que han recibido, con la herida, una especie de premio de lotería) y en las listas de pacíficos burgueses, se lee el nombre del señor Consejero privado, tanto. Añade Toller: He ahí el Estado.

¿Tiene razón Toller. El Estado es, todo lo más, beneficencia. La legislación obrera maurista, catalogada por sus parciales con tanta fruición, no es más que beneficencia. Y ello es tan poco serio, como si se embolgaran las dolencias en el producto de las admiradoras y no con pedagogía y sanidad adecuadas que las eviten. La cuestión social no es de beneficencia, sino de justicia. El señor Maura se erce obligado, por ejemplo, a reglamentar el trabajo de la mujer embarazada en las fábricas. Perfectamente. Ahora queda esta consideración sencillísima: ¿El maurismo acepta un estado social en el que una embarazada tiene que ir a la fábrica, porque las damas mauristas cuando están embarazadas, no van a las fábricas.

La cuestión social—dicen los mauristas—, es cuestión de armonía. Y echan al vuelo las campanas líricas. Extinguido el fluido retórico, el idealista de la armonía, el hombre de los tópicos altruistas, actúa sobre números.

¿A qué compliar una cuestión de balances que es numérica y concreta, con la neliña discursiva? Si un patrono gana veinte mil duros líquidos al año, gana una suma perfectamente concreta. Disútase lo que aportan los obreros y lo que aporta el patro-

no a esa posesión concreta, veinte mil duros. Lo demás es retórica o ametralladoras. ¿Luéguas? ¿Molestan las luéguas a quienes huelga todo el año y cobran por eso? Naturalmente.

En realidad, cada huelga va contra los que no trabajan en todo el año. Los obreros están un poco fatigados de sostener la beneficencia hospiciaria desparamada por los ensañados y la esplendidez de un señor que gana veinte mil duros en un año sin hacer nada o todo lo más, llevando la gerencia de su negocio, lo que en una cooperativa de producción le supondría mil quinientos duros al año, si fuera admitido, pero no veinte mil. En caso rarísimo de ruina ¡qué pierde el que nada produce! Estas instrucciones de trabajo no pagado, van acumulándose y resulta la herencia, institución errónea tan acorde con el maurismo, que es un partido de poseedores o cazadores de herencias y funcionarios de la ruleta del señor Consejero privado en la obra de Ernst Toller.

### El Estado de los señoritos

En los rates de oro, esto es, a diario, los señoritos mauristas quieren ser diputados o políticos honorarios. D. Gabriel Maura presentó su candidatura en las penúltimas elecciones generales, por el distrito de Calatayud y creóse públicamente el doble de lo que pagara su continente por cada voto.

¿Parece un poco absurdo que don Gabriel Maura no quisiera combatir al adversario desplegando el programa maurista que consiste en hacer la felicidad, no sólo de Calatayud, sino de España entera, y supongo que en vista de las pruebas de honoríficos electorales dadas por el maurismo en su último estorador, don Gabriel Maura habrá sido expulso del maurismo.

La peluquería representativa está en crisis. En la vida española van apareciendo hombres, compans y preocupados en hacer una propia felicidad, exclusivamente. Estos hombres se unen con otros hombres que poseen la misma e inmediatamente son calificadas de elementos destructores. Y se da el caso de que estos hombres, destructores, son los únicos que construyen. ¡No es cómico que un señorito-maurista considere elemento destructor a quien construye, esto es, a un albañil!

El maurismo no ha podido conseguir la felicidad de los españoles y sigue considerando que la posesión de la «felicidad» es el camino seguro para aquella felicidad. Los pocos mauristas pobres, esto es, los mauristas más maurillos, se dedican a esperar la «felicidad» y a pensar fríamente en ella co-

mo Anibal pensaba en el Capitolio. Cuando Anibal marchaba sobre Roma, se dirigió a sus huertas y dijo con ademán enteramente enérgico: "Antes de cinco días, quiero comer en el Capitolio." Un hombre que pensaba en el Capitolio para comer, tenía que ser maurista. Para comer y para tener mandado, que es lo que significa gobernar. Afortunadamente, la sensibilidad española se va causando de ser gobernada y dice a voz en grito: "No se trata de que nos gobiernen mal ni bien; lo que queremos es, sencillamente, que no se nos gobierne de ninguna manera; despreciamos a esos abogados salidos de la clase media, que para codearse con la aristocracia se han hecho gobernantes y comisionados de licia."

El Estado de los señoritos pintureros que se creen elegantes está en crisis. Las notas oficiosas, las sesiones patrióticas, la trata de blancos que algunos llaman elecciones, el periodismo plebeyo y amarillento que desochoa la vida real de España, las Juventudes de polizontes mauristas, parecen hoy mil veces más tóxicas que dos años atrás. Las energías latentes de España empezaron ya a coordinarse en el País, no en el Estero, con los latidos del mundo. Se han desentrevado por oposición en plena tragedia y Manra mejor que ningún gobernante, Manra que es, probablemente, el mejor de los mauristas (parece que quiso y no pudo proponer el indulto de Ferrer), Manra las ha auseitado como el rayo suscitó la energía profundamente creadora, profundamente ordenada y profundamente defensiva de Franklin.

## Una defensa de los libros inmorales.—Lucifer y los Angeles

En el periódico de New York «The Tribune», en motivo de los ataques hechos al libro «Madelaine», recientemente publicado por la casa Harper and Brothers, se ha debatido de nuevo la vieja cuestión de los libros morales e inmorales.

La controversia se originó con motivo de que el crítico literario de «The Tribune», Heywood Brown, en un artículo en que atacaba a ciertas librerías públicas por sus esfuerzos al rechazar ciertos libros, dijo que "la misión de las librerías públicas no consiste en fomentar la moralidad, sino en fomentar la lectura." A estas palabras formuló objeción la señorita E. M. Lewis, quien señaló a la palestra en el mismo periódico sosteniendo que

"la negativa por parte de una librería a colocar ciertos libros en sus estantes no

equivale a prohibirle a uno que los lea. Estos libros rechazados indican solamente que el comité directivo de la librería, representante del público, los consideraba inapropios.

"Puesto que los Estados Unidos fueron fundados sobre principios morales, parece correcto que todas las instituciones públicas mantenidas con fondos públicos tengan en cuenta al adelantar moral de sus emuladores y, por lo tanto, el papel de una librería pública no consiste simplemente en fomentar la lectura, sino en fomentar aquella lectura que sea de provecho, o al menos que no perjudique a la moral de las gentes. En otros términos, la lectura por sí misma no es un beneficio para el público, y un libro no debe tener cabida en el salón de una librería pública sólo por ser un libro."

A esto responde Mr. Heywood Brown en la forma siguiente:

"Per supuesto que sería posible replicar a este argumento con sólo preguntar: '¿Qué es lo inmoral?' y el debate llenaría columnas y más columnas. Pero no gustamos de tales porfías. Preferimos más bien fincar resueltamente la posición afirmativa de que todo aquel que limite sus lecturas a los libros llamados morales dejaría de suborar mucha literatura deliciosa.

"Es un hecho notorio que, con o sin nuestra aprobación, un número de artistas literarios ha trabajado siempre partiendo de la presunción de que no hay una definida relación entre el arte y la moral. Quizás estos artistas no han probado que las dos cosas—arte y moral—no puedan combinarse. Reclamante, en el momento actual, la tradición puritana es todavía fuerte, y hombres como Shaw y Wells siguen tan empeñados en el valor de la literatura para propaganda de sus ideas éticas como lo estuvo Harold Bell Wright.

"Pero, después de todo, una parte por lo menos del secreto de la buena literatura es la expresión franca de aquello que está oculto en el corazón de hombre. Los irreligiosos podrían decir que esto es siempre alto y noble, pero nosotros los creyentes sabemos que el hombre nació en pecado y que si él revela todo cuanto piensa y siente, siempre habrá en esto algo de la imperfección moral de Adán." Y en apoyo de este aserto, Mr. Brown presenta la siguiente alegoría:

"Hechos oído decir que antes de que Lucifer saliera del cielo no se conocían las virtudes y los vicios. El mundo estaba quieto

padó con cierto número de rugos que eran todos cualidades, sin que se distinguiera entre ellas. Pero cuando Lucifer y la corte celestial se engolfaron en su eterna guerra, se acordó que cada lado roclutase un número igual de las cualidades humanas todavía sin clasificar. Se echó al aire una moneda y, fuese por casualidad o por un gran milagro, el cielo ganó.

"Yo escojo la santidad—dijo el capitán de los ángeles. Debe explicarse que la selección se hizo sin un examen médico previo y que la santidad parecía en aquella ocasión un recluta mucho más sano y robusto que lo que ha resultado después.

"Dadme a mí la Belleza—dijo Lucifer. Y de aquel día, en adelante los artistas del mundo se han dividido en dos partes: unos que desean conquistar la Belleza y otros que desean conquistar la Santidad. Aquellos que querían que el mundo fuera mejor y aquellos que miraban con indiferencia su salvación si sólo podían lograr que resultase un poco más personal.

"Sin embargo, el conflicto no es tan sencillo como parecía. Ya al caer la tarde, cuando el capitán de los ángeles había escogido para sí el Altruismo, la Templanza, la Fe, la Esperanza y la Abstinencia y Lucifer se había quedado con el Orgullo, la Glotonería, la Lujuria, la Cólera y la Impureza, faltaban sólo dos cualidades para repartir entre las partes contendientes. Una de ellas era la Perceza y la otra era un sujeto chiquito e inquieto que tenía el sombrero ceñado sobre los ojos.

"—¿Cuál es tu nombre?—Dijo el capitán de los ángeles.

"—Verdad—murmuró el pequeño sujeto.

"—Alce la voz—exclamó el capitán de los ángeles tan ásperamente que Lucifer se le cayó dieñándole: 'No olvide que la cólera se me adjudicó a mí.'

"—Verdad—volvió a murmurar el pequeño sujeto, con ese mismo tono de voz tan confuso que ha sido siempre la propiedad del mundo.

"—Yo no le entiendo a usted—dijo el capitán de los ángeles, pero si he de escoger entre usted y Perceza, prefiero probar con usted. Entre en el cuarto ropero y pruébese de su arpa y de su halo.

"Ahora bien; hasta hoy el mismo Lucifer tiene que admitir, si uno lo llama aparte, que Verdad resultó el soldado más formidable de todos. Sólo que tiene una

tendencia constante a escurrirse y algunas veces uno se le puede encontrar ni en un siglo. Después aparece inesperadamente, rompe algunas cabezas y se vuelve a colapsar. No hay nada que pueda contra él. El mejor aliado de Lucifer—Belleza, no lo puede resistir. Verdad se sale siempre con la sombra. Lo malo es que todavía conserva el cayote ceñado sobre los ojos y que todavía torciéndose sus palabras y que nadie le conoce hasta que no está a cienenta años de distancia y caminando como una centella. A esa distancia parece que su estatura aumenta e invariablemente siempre meter la mano en el bolsillo de atrás y sacar su halo y ponérselo para que las gentes lo puedan reconocer. Sin embargo, cuando se topa con un momento después, nosotros los simples mortales le miramos a la cara con graves dudas y acabamos por decirle: "Su semblante no me es desconocido, pero en este momento me es imposible recordar dónde y cuándo lo conocí.

Si existe algún librero en el mundo—concluye Mr. Brown—que pueda probar que él puede conocer a Verdad cuando lo ve, entonces "sería una cosa espléndida que él censurase no sólo los libros de su propia librería, sino todas las palabras habladas y escritas en el mundo." Pero, a falta de tal librero, Mr. Brown aconseja a los amantes de los libros que sigan leyendo «Thais» y «Las Aventuras de Anatole» y «Las noches árabes», sin prestar oídos a nadie que, investido sólo de autoridad, le grite alarmado: "Este es un libro inmoral."

## La fuerza dinámica de la repetición

Un escritor anónimo escribe en el «New Statesman» de Londres un artículo interesante acerca de la fuerza formidable que contiene la repetición en el reino de la vida y de la literatura.

Según este escritor, todo es mentira hasta que no se ha dicho tres veces por lo menos. Para mucha gente sigue siendo mentira que la tierra gire alrededor del Sol sólo por virtud de la constante repetición de este aserto que logró abrirse campo como una verdad establecida. De igual modo, la teoría de la circulación de la sangre y la de la evolución sólo llegaron a adquirir rango de verdad después de repetírselas un millón de veces. Y continúa afirmando el articulista:

"Es más fácil el creer una mentira que uno ha oído mil veces que el creer un hecho que uno oye por la primera vez. Nueve décimos de nosotros somos sólo una consecuencia de su mera reiteración. Si la verdad logra siempre prevalecer sobre el error, no es sino porque los sabios armados de sus piezas de convicción se repiten a sí mismos más audaz y tesoneramente que los tontos armados de tradición. Para con la masa humana no son las pruebas las que valen, sino la repetición. ¿Qué sabe el hombre común acerca de las fases de la luna, o de la vacuna, o del carácter de los rusos? De todas estas cosas, y de la mayor parte de las cosas, él no cree sino aquello que se le ha dicho más veces. En una generación, cree que hay duendes; en otra generación, cree que no hay duendes. En cada caso su creencia es una superstición a la que se le ha llevado hablándole, no razonándole. Trátad de examinarle en cuanto a las bases racionales de su fe y veréis lo poco que sabe acerca de ellas.

El articulista se refiere después a las oraciones, y dice que en los primeros períodos de la historia humana el hombre llegó a la conclusión de que tanto los poderes celestiales como los infernales podían ser influenciados mediante esta extraña fuerza de repetición. El budista del Tibet tiene una ruda en la que va adherida su plegaria, pues él cree que mediante la repetición mecánica de las palabras sagradas, aun en una tira de papel, puede alcanzar influencia en los cielos. La repetición de las oraciones es un aspecto común de todas las prácticas religiosas, como lo es en el reino de la magia y en el de la vida diaria. Es más difícil negarse a una súplica reiterada que a un simple ruego. La repetición ejerce una especie de hechizo sobre nosotros, y esto es tan cierto en la literatura como en la vida. El poeta fue el primero en hacer este descubrimiento. El estríbulo en las baladas y el coro en los cantos populares son la mejor prueba. Además,

"una cosa que se ha dicho una vez, parece sólo un accidente. Una cosa que se ha repetido lo suficiente, se coloca en su sitio en el orden natural. ¡Cuán halagador es esto para los fastidiosos! Hasta el hombre original se conquista el oído público menos por virtud de su originalidad que por virtud de repetirse a sí mismo. Matthew Arnold se repetía a sí mismo delirantemente. 'Dulzura y luz,' 'dulce racionalidad,' 'filisteo,' 'bárbaro,' la poesía es una crítica de la vida'... él sembraba sus frases como las semillas, no una a una,

sino a puñados. No tenía confianza que una frase aislada echase raíces en la mente pública. Con refinada astucia imprimía a sus frases mejores una multitud de cambios. En esto demostró su conocimiento del corazón humano. Los grandes ingenios han puesto a menudo el mismo cuidado para asegurar el éxito de sus salidas. El hombre de un empuje no está contento con lanzarla una vez. La riega por todas partes como hace una actriz con su fotografía. Esto es tomado por algunos como signo de pobreza de invención, pero el ingenioso, sin embargo, sabe muy bien que hay más probabilidad de impresionar al mundo con un buen epigrama repetido veinte veces que con veinte buenos epigramas lanzados una sola vez. La reputación de brillantez que gozaba Oscar Wilde, era debida en parte a una economía casi mercantil de su brillantez. Cuando se le ocurría un epigrama, lo usaba primero en la mesa, luego lo repetía en un libro, y después lo llevaba al teatro en una comedia. Como resultado de este sistema, el pueblo llegó a conocer sus epigramas, y al conocerlos, se sintió impresionado por ellos.

"Esta hermana menor de la literatura, el anuncio, ha reconocido desde hace mucho tiempo el valor de la repetición. Su pongamos que el fabricante de unas píldoras famosas se hubiese limitado en sólo una ocasión a dejar caer la afirmación casual de que sus píldoras valían a guinea por caja. ¿Qué hubiera sabido el mundo jamás acerca de ello? ¿Quién hubiera creído en la verdad de su afirmación? Otro fabricante le dio fama universal a sus jabones, repitiendo una y otra vez que 'no servían para lavar ropa.' Cualquiera supone que un jabón podría muy bien poseer más admirables cualidades. Pero la repetición de la frase impresionó al público más que lo hubiera podido hacer el testimonio de un obispo."

Pasa luego el articulista a hablar de lo que infunde la repetición en la fuerza del periodismo. El arma mejor—dico—para imponerse al público consiste en repetir las cosas un infinito número de veces. El lugar común crece en fuerza magnética con la rapidez de una bola de nieve. Es imposible imaginar qué número de frases de las que han derribado a ciertos políticos y partidos han tenido relación alguna con la realidad. Si una de las partes tuviese todas las razones y las otras todas las frases, seguro es que ésta última vencería.

"Los periodistas saben que si ellos de-

jan caer tal o cual insinuación en un número suficiente de oídos, un número suficiente de veces, miles de personas comenzarán a creerla. Aunque sea lo más contrario a la verdad, se convertirá en el más real de los hechos para una gran parte de la especie humana. El periodista es una especie de hipnotizador: procede así siempre por sugestión. El

hipnotista muestra en los ojos del paciente: 'duermo, duermo, duermo!', hasta que la cabeza de su paciente se desploma sobre la mesa. El periodista logra sus victorias más sonadas por el mismo procedimiento. El le repite a su lector: 'Usted sabe que tal y tal cosa es así,' hasta que el infeliz lector acaba por saberlo.... o por creer que lo sabe."

Inc



## De colaboración

### La emoción en el Arte

C. LOPEZ DE TORD

#### I

##### Como a manera de prólogo

PARA mí la música, el baile y la poesía, es decir las artes rítmicas, no pueden expresar cosas concretas sino que deben ser meramente emotivas. La prosa, la escultura y la pintura, artes plásticas por excelencia, no emocionan sino al través del símbolo; su natural misión es la de presentarnos el mundo externo, la realidad fuera de nosotros. Y no es el ritmo la única fuente de emoción de aquellas; me parece, por el contrario, que la música, el baile y la poesía modernas son mucho menos rítmicos que las antiguas y son mucho más emotivas sin embargo. La poesía de Walt Whitman carece casi en absoluto de ritmo, hay menos ritmo en los bailes rusos y en la música de Wagner, y la música modernísima, la de Strass por ejemplo, es muchas veces perfectamente arrítmica.

Mi falta de conocimientos técnicos me impide darme cuenta cabal de los elementos emotivos de la danza y de la música además del ritmo y de la melodía en la última; pero en la poesía me parece ver claramente que la belleza está en la palabra misma, dejando aparte su significación. Cada palabra tiene una belleza especial y es fuente inagotable de emoción cuando se sabe escoger adecuadamente.

Tomemos por caso unas páginas de Walt Whitman, el «Song of Myself», por ejemplo, «o mejor, «Salut au Monde».

"O take my hand Walt Whitman  
Such glidings wonders, such slights and sounds,  
Such join'd unjoined links, each hood'd to the next,  
Each answering all, each sharing the earth with  
all,"

No me atrevo a profanar la belleza de estos versos con una traducción que forzosamente resultaría inadecuada. Estas desdoblez maravillas que son eslabones inabarcables de sonidos e imágenes, cada una eslabonada a la que le sigue; que todas lo continúan todo y cada una contiene un mundo... en esto está toda la emoción de la poesía moderna.

"Rio Janeiro, Lisboa, Nueva York, Valparaíso..."

«No nos parece que cada una de estas palabras admirablemente escogidas tiene una especial musicalidad, perfume de mujeres de todos los climas; y que todas ellas en su conjunto nos dan la sensación de una vida de extrañas aventuras? Mujeres exóticas y mujeres decentemente civilizadas, mujeres bronceadas y mujeres rubias; de todas las razas y de todos los temperamentos, con indumentaria primitiva y etolless de Broadway y la Quinta Avenida.

"Deja los libros en los estantes, las herramientas en los talleres, el oro en las entrañas de la tierra; no te preocupes de los sermones del predicador, de los argumentos de los abogados, de las decisiones de los jueces... Dame la mano, camarána! abundante a mí como yo me abandono a ti; y recorramos el mundo, el mundo sin límites de infinitas existencias que se extiende ante nosotros." Y en las quince estanzas siguientes ísanse ante nuestra vista todas las razas de hombres, todos los ríos y cordilleras, todas las ciudades de Oriente y todas las ciudades de Occidente, todas las religiones, y todos los cultos, y todos los fanatismos, y todas las filosofías; una serie inabarcable de hermosas palabras exóticas hábilmente escogidas que nos dan la sensación de la grandeza de la tierra y la inmensidad del espíritu del hombre.

Recordemos a la Pawlowa, aquella artista exquisita que recientemente nos reveló la

inmensa emoción que es capaz de comunicar la línea y el ritmo del cuerpo femenino. Cuando la Pawlowa quería expresar cosas concretas me parecía iniciar un melodrama de mal gusto. No nos creía a todos preparados para las exquisiteces de la Muerte del Cisne, donde nos dió la pura emoción de una cosa hermosa y delicada que a pesar de sus ansias de vida se acaba pronto a poco, se esfuma y se desvanece definitivamente. Sus gestos, sus ademanes, sus actitudes, el ritmo de su cuerpo flexible y delicado; todo contribuye a esta mágica emoción que sentimos y no podemos concretar. Por esto es intensamente bella, pues si la pudiésemos concretar dejaría de ser emoción. El ritmo titilante nos dá la emoción de cosa delicada que se resigna a la muerte; y cuando extiende los brazos y todo su cuerpo se eleva tras ellos, la genial artista nos dá la sensación de esbices elegantes que extienden sus largos cuellos para cantar el último canto en anhelos infinitos de vida; y cuando su cuerpo se desploma lentamente, y sus brazos caen, y su cuello blanco se dobla, y sus ojos se cierran; expresa el aplauso final... se esfuma... se desvanece...

«¡Divina Pawlowa! Yo quiero traducir la emoción íntima de tus danzas en palabras... y sueño en remansos donde las aguas se estancan, y los hienafires en flor. Hienafires de cisne y perfume de muerte, y la neblina nos sugiere el misterio, y las cascadas nos dan la sensación del derribamiento final... la muerte.

Con palabras llenas de emoción quiero bailar la Muerte del Cisne. Hay en el diccionario de mi bello idioma nativo palabras de todos matices. Las hay blancas como los cisnes, las hay vagas y vaporosas como la neblina, las hay que tienen claror de luna, las hay que tienen perfume de muerte, las hay que titilan como la vida, las hay que se desvanecen y mueren...

No tiene nuestro idioma las estridencias de Walt Whitman; pero no nos son necesarias para bailar la Muerte del Cisne. El alma clara de la Pawlowa y nuestra alma latina pueden ser estridentes, porque por desdicha o por suerte no sienten el industrialismo del Norte; para nosotros como para los rusos no existen más que el amor, la vida y la muerte, que son la Trinidad de la belleza.

Y todas aquellas palabras de mi hermoso idioma nativo las eslabonaré armoniosamente—such glidings wonders!—para que odule con el ritmo de tu danza inimitable... ¡oh divina Pawlowa!

#### II

##### La muerte del cisne

(A la genial artista que bailó en su danza inimitable nuestra hermosa canción de neblina, de cisne de seda y de acuellos en 1907.)

La he oído, Tsara; estoy seguro de que era ella. Un gemido hondo y plañidero... y me pareció que su voz temblaba, temblaba de frío, un frío atroz que a mí me helaba la sangre y me agitaba los huesos, ¡Tengo frío, mucho frío! Instaban a mi oído en tono quejumbroso. Era ella, Tsara, era ella que te llamaba, sin dirla porque se siente sola y desolada flotando en la neblina. No la busques más, estoy seguro de que ha muerto. Díen que los espíritus recién descendidos vagan solos por la noche implorando el calor de los seres que han querido.

—¿Puedo en la misma quebrada?

—No, en la casa de té, Tsara. La vi recostada en la misma estera donde tú duermes la siesta en el bohorno de la tarde.

—¿Era durante el día?

—No, fue por la noche. Venía yo cargando con la cesta de té. Te llamaba, Tsara, se sentía sola y transida de frío.

Tsara se quedó meditando. Sintió un calorífico de pavor correr por su cuerpo, y al mismo tiempo deseaba que llegara la noche para desifrar aquel enigma incomprensible. Hacía días que su amada, su geisha de cuerpo frágil, había desaparecido y nadie sabía dar cuenta de ella. Sus padres la habían buscado en vano por todas partes; él había recorrido toda la plantación de té. Tuvo la visión de un pajarillo aurrucado entre las ramas que gime sus últimos trinos mientras el frío criza las plumitas blancas de su pecho que se desgarra.

Al atardecer Tsara se dirigió a la casa de té, en la más honda de una cañada, colgada encima de un peñascó cortado a pie sobre las aguas del torrente. Las wistarias floridas recubrían su tocchuro. Había una neblina muy densa. En un remanso divisó la silueta de dos cisnes blancos que se zambullían arrullando con elegancia sus largos cuellos que parecían de espuma. Sopló un viento fuerte que se llevó la neblina, y la luna—una luna pálida con claror de muerte—alumbrió el puente de bambúes suspendido sobre el torrente que se desbordaba entre las rocas. La espuma del torrente borbotaba enojada que se perdían en la neblina arrastrada pesadamente a flor de agua. Por el puente se divisaron las siluetas de unos hombres que cesaron silenciosamente, encorvados bajo el peso de sendos fardos que colgaban de las extremidades de unos palos.



—¡Tengo frío, mucho frío!—susitó a su cido la voz plañidera de Taotés.

—¡Taotés, mi querida Taotés! El terror paraliza mi corazón, pero necesito verte y saber si es tu espíritu vagabundo el que me habla.

Y encima de la estera le pareció divisar el cuerpo de su amada, un cuerpo etéreo como los cisnes del remanso, un montón de plumas blancas que se agitaban en un temblor imperceptible. Y a lo lejos, en el remanso de los nenúfares, la luz iluminó con todo su brillo de plata los dos cisnes blancos que nadaban lentamente entre las blancas flores.

—Acércate, Tasara... ¡Tengo tanto frío!... Mi cuerpo se pudre entre los nenúfares del remanso. Su olor se confunde con el perfume de merced de sus blancas flores. ¡Ves la espuma que se agita? No son los cisnes blancos; soy yo que me siento atarida de frío y me voy pudriendo. ¡Tan sola!... Tasara, quiero abrazarte antes de desvanecerme en la neblina. Tiéndete a mi lado. Estas son nuestras nepeas de muerte... Tiéndete a mi lado, Tasara; deja que por última vez mi cabeza descanse sobre tu coronilla. ¡Cómo late! Este calor me da vida. Acércate, acércate más. ¡Perdices mi aliento? ¿Qué débil es!... Ya no puedo cantar, como en otro tiempo, aquellas canciones que tu encontrabas tan dulces.

—Mi madre me arrastró por los cabellos. Quería que le revelara tu nombre. No, no es Tasara mi amado. Fue un extraño peregrino que venía de lejanas tierras el que me secó y gozó de mi cuerpo. ¡Que voluptuosidad sufrir por ti! Acércate más, que me calienta mi cuerpo transido... El misterio de nuestro amor lo he llevado a la tumba... no, flota con mi cuerpo blanco en el remanso perfumado por los nenúfares en flor... Y mi madre me arroja al torrente que me convulsa y me arrastra y me precipita en la cascada... allí... cerca de aquella orilla donde nosotros ensayábamos nuestro amor al claror de la luna. ¡Fue sólo una ilusión, Tasara?... Y luego siento la noche dentro de mí ¡el vacuío!... como si mi alma se desprendiese sucesivamente de mi cuerpo, y subiese... subiese... arriba... con la neblina que el viento agita.

—¡Tú también tienes frío, Tasara?... Yo no quiero que te mueras. Vive, vive para que sigas enseñando nuestro amor.

—Taotés, mi amada; mi amor es muy grande, mi corazón palpita con ardor. Te siento viva a mi lado... mi amor te resucita.

Resurja tu cuerpo entre los nenúfares floridos, para que te abraze con el mismo ardor con que posó tu cuerpo, tu cuerpo divino...

—Acércate más, Tasara. Oye... ¡Quedo al oído!... Tu amor palpita en mis entrañas... y dí a luz en el remanso... ¡Qué dulces y atroces dolores sufrí por ti, Tasara! El fruto de aquel amor que fue tan grande que todavía me hace palpitar el corazón, fue un miserable remanajo que gritó, agitado desesperadamente los brazos, y nadie me contestaba... y pasaban, pasaban lentos a mi lado otros seres tan etéreos como yo. ¡Sola!... ¡Sola!... flotando atarida entre los nenúfares del remanso.

La neblina se hizo más densa. La luna se apagó. Los cisnes del remanso juntaron sus cuerpos ataridos, estiraron sus cuellos como en un último estrechamiento de vida... y fueron un montón de cosa blanca, de cosa muerta que dejó de titilar y se disipó en la neblina. Tasara sintió el frío del abrazo definitivo de la muerte, y su corazón se apagó.

El sol triunfante remontó la cima de las cimas e iluminó ardorosamente el fondo de la cañada. Se disipó la neblina y se cerraron las flores blancas de los nenúfares y de los lotos. La naturaleza reverdeció; y de aquel sueño de amor que duró una noche, sólo quedaba el cuerpo flotando de los dos cisnes confundidos, un montón de plumas blancas que la corriente arrastró.

Un cogedor de té encontró el cuerpo de Tasara, yerto, tendido sobre la estera. Sus ojos estaban abiertos y llenos de misterio, su rostro sonríe como si soñase en el amor, y en la muerte que es más fuerte que el amor.

A las pocas horas un pescador descubrió el cuerpo diminuto y frágil de Taotés, vestido de kimono blanco; la tez pálida empezaba a descomponerse, el pelo negro y suelto endulaba al ritmo de la corriente... el cuerpo delicado de aquella gacela que ya no cantaría más sus cantos dulces, aquel cuerpo tan frágil que tronchó la vida y el amor.

Les enterraron juntos y un bonzo piadoso cedió la última paletada de tierra sobre la tumba de los amantes. De sus labios oyeron los copedores de té la plegaria a Buddha, la plegaria de despedida... Con el amor, la vida y la muerte habían tejido y seguirán tejendo el Karuna misterioso de los amantes, cuyo espíritu flotaba invisible entre los nenúfares del remanso, los nenúfares en flor.

## Hombres de letras

OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

### Francisco García Calderón y "El Dilema de la gran guerra"

Desde aquellas páginas tersas y consistentes que García Calderón tituló «Profesores de Idealismo», este escritor peruano se impuso en el mundo literario como un crítico de verdadera personalidad y un pensador original, ornado de aquellas cualidades de claridad, precisión, orden y armonía, que son para mí indispensables elementos de todo estudio ideológico sobresaliente. Era ese libro una exposición magistral del movimiento filosófico, social y literario de hace un decenio, que le valió el aplauso general de la crítica seria.

Ya antes había publicado el joven autor «Hombres e Ideas de nuestro tiempo» con prólogo de Boutroux, quien lo llamaba «espíritu abierto y curioso, observador atento y árido, concienzudo e inteligente» y «Le Peron Contemporain» con prólogo de Gabriel Seailles, en donde este ilustre profesor de la Sorbona afirmaba sin ambages que García Calderón «era un joven peruano que conocía admirablemente la Francia, su historia, sus escritores y sus filósofos». «Hombres e Ideas de nuestros tiempos» y «Le Peron Contemporain» eran dos obras serenas, de hondura ideológica, de sólido estudio, que revelaban ya una vigorosa personalidad y un maestro de la nueva generación.

Después de los «Profesores de Idealismo», que, como he dicho, acaso afirmaron la modalidad crítica de García Calderón, su pluma fácil y vigorosa hizo el análisis acabado del desenvolvimiento social de los pueblos americanos de civilización latina, en dos obras definitivas: «Les Democracies Latines de l'Amérique» escrita en francés, con prólogo de R. Poincaré, y «La Creación de un Continente», escrita en castellano nervioso y correcto. Ningún escritor del Nuevo Continente había podido dar antes una idea tan exacta de la vida social, política y económica de nuestros demócratas, ninguno tampoco había hecho un análisis más inteligente y comprensivo de los elementos étnicos, tan complejos, que determinaron nuestra raza y nuestra psicología colectiva. «Su americanismo, ha dicho Gonzalo Paris, es casi religioso: ninguno como él ha sabido diseñar con rasgos precisos la evolución de estos pueblos; pocos habrán experimentado una inquietud tan

honda ante las cuestiones que atañen a la vida presente y al futuro desarrollo de Hispano-América, y en vano se trataría de hablarle par en el caríbio con que aporta la contribución de sus luces para iluminar la senda que han de recorrer nuestros jóvenes países.»

Ese carino intenso es el que le hace decir con galanura y calor de estilo inimitables aquel final lírico de su libro: «Una extraña predestinación parece reservar al Nuevo Mundo la gloria de futuros inéditos. Lo anuncia un poeta en la serenidad de las odas áticas; es la Atlántida de Platón. Lo advierte un visionario en la loca incoherencia de sus carabelas. Allí comienza, como en la profecía virgiliana, un nuevo orden de siglos. Atrás, en el pasado brumoso, quedan las castas irreductibles y los troncos maguezales. La América es tierra de libertad, el ensayo final de un planeta fatigado que aspira a redimirse de sus primeras erecciones. Todas las razas se congregan para realizar en el Continente el milagro esperado. Nuevas estrellas violan el misterio de las selvas confusas, y en la tierra amorosa centellean su virtud generadora los antiguos géminos. Se suceden en este mundo absorto rutilantes epopeyas, desde la odisea de una raza hidalga, hasta la guerra a muerte por la libertad. A orillas del Plata heráldico, Buenos Aires tentaculador, Montevideo reformador; en la rumberosa majestad del Trópico, Rio de Janeiro, dominiadora, amueñan por su impetuoso avance la futura grandeza de las naciones fraternales: sobre lentas erisíadas adifinamos ya el dorado vado de alas andaceas. Crece el capital de gloria humana: la romántica locura, el desinterés, la amarantía viril que es la ombriaguez de la libertad, la ambición de dominar el aire, de violar con rieles andacos el flanco de las cordilleras, todas las formas del heroísmo vesánico florecen en esta América desmesurada y prodigiosa. Quizás está ella destinada, desde el origen de los tiempos, a que en sus amplias mesetas nazca, hijo del Sol, como en la Leyenda de los Incas imperiales, señor de las cumbres orgullosas y de los ríos tutelares, el avasallador y solitario, el Superhombre.»

La obra de García Calderón, bella y jugosa, ha sido al mismo tiempo muy variada y extensa. Muestra de ello son, además de las obras que hemos citado, dos volúmenes

que ansalan de llegar a nuestras manos, «El Dilema de la Gran Guerra» y «Hombres o Ideas de nuestro tiempo», una selecta colección que ha hecho la Editorial América, en donde se reproducen, entre varias piezas más, el soberbio estudio sobre Bolívar, el éter sutil y penetrante sobre la crisis del bergsonismo y aquel ensayo tan intenso, tan comprensivo y tan claro de las corrientes filosóficas en la América Latina, que es la más bella lección de filosofía, dada por un maestro joven a la juventud de América.

«El Dilema de la Gran Guerra» es el último libro de nuestro autor, que él dedica a la memoria de su hermano el Subteniente José García Calderón, de la Trigésima Compañía de Aeronaves, muerto en el campo de honor de Verdún el 5 de Mayo de 1916. Un dilema que se resuelve en batallas, tal es, según el joven filósofo, el íntimo sentido de la gran guerra. Y en su libro estudia las manifestaciones fundamentales de esa oposición entre la doctrina teutona y el pensamiento occidental, que son radicalmente antagónicas: «De una a otra orilla del Rhin empuja, diría Pascal, la verdad.» Y demuestra García Calderón, después de estudiar la función de la guerra, el estado y la democracia, el nacionalismo contra el universalismo, el imperio, la raza tutelar y el espíritu de los dos testamentos, el antiguo y el nuevo, en relación con el imperio y la república, que no caben soluciones intermedias a la disyuntiva trascendental que están resolviendo las batallas. «Si solo chocaran intereses, dice él, sería fácil la paz. Las ideologías contrarias prolongan y exacerban el odio de los beligerantes. El valor de una u otra doctrina, de la barbarie sabia y trágica, o de la civilización armoniosa y liberal, de un ideal de paz o de lucha, de la sombría unidad o de la diversidad elegante y fecunda, de la fuerza y de la piedad o de la razón y de la gracia, será definido no en efímeros congresos sino en combates infatigables.

No sin tribulaciones y nuevos conflictos. Nuestro tiempo en que pasamos una altísima esperanza es otra sed mediana que anuncia futuras épocas de bronce después del fausto, del abandono y de la sutilidad. El optimismo sufre y nos abandona la primavera porque solo dominará en la tierra injusta cuando haya desfilado el hombre un inmenso capital de pasión y de sangre. Afanosamente buscamos entre el despotismo asirio y la libertad excesiva una realidad intermedia, durable y saludable.

El orden engendra la dureza, la autoridad, conduce al absolutismo, el individualismo de-

genera en anarquía, la paz trae el egoísmo, la guerra deviene a la bestia dominada su ferribil furor antiguo. En Occidente se busca en otra vez la urgente solución de la perpetua incertidumbre humana. Un grupo de pueblos generosos va a impedir el más grande retroceso moral que amenazó a una civilización pulida y serena. Su ímpetu revolucionario se trasmata en fuerza conservadora; defiende la tradición cristiana, el legado de las más puras civilizaciones, su fe en la razón y en la libertad. Y en el clamor de la tierra, avanzan los héroes de esta inaudita caballería a buscar la complicidad de Dios.»

Fervoroso admirador de la filosofía francesa, discípulo de Bergson y Boutroux, García Calderón no puede ocultar tampoco sus simpatías por la causa de Francia, que es la causa de la humanidad nueva. Del germanismo, lo confiesa francamente, sólo puede esperarse una tiranía inquieta y un orden que prepare nuevos combates. «La simpatía del mundo viene a Francia, en quien se encarnan las ideas de libertad y diversidad. Es la nación mesiánica que defiende intereses universales. Al casticismo de los continentales se agrega la predilección de las inteligencias. Será más profundo el instinto en Alemania, más violenta la pasión en Italia, el orgullo más robusto en España; en Francia está la sede inmovible de la razón. De Grecia llega Minerva a París y levántala en la colina de las escuelas, su templo elegante. Los elogios de Renán y de Maurras al genio, ateniense, a la clara y dulce Cuidad victoriosa del Número, a la gracia semidivina de la razón, a la diosa cuyo culto significa sabiduría y cuyo orden es imagen de la estabilidad; se aplican también a la nación que prefiero la armonía a la abundancia, la perfección al orgullo de la fuerza y de la riqueza y a la legisladora de mundo actual que es también, como la antigua, fuente de las constituciones justas. En Alemania, la idea sirve a las pasiones; el pensamiento, según Neovales, es el sueño del sentimiento adormecido. En Francia, nada turba su soberanía, ni el tumulto de los afectos ni las rebeliones del instinto. La pasión es, dice la fórmula cartesianista, un precipitado de ideas. Un biólogo que fijó los caracteres de las razas enemigas, M. René Quinton, explicó admirablemente que la inteligencia francesa es un órgano diferenciado que se separa de la sensibilidad y se ejercita libremente sin el cuidado de consideraciones inferiores. La duda y la crítica mantienen su primacía a despecho del sentimiento. En los alemanes permanecen notoriamente la inteligencia y la sensibilidad y ni-

la historia ni la ciencia son disciplinas serenas.»

Francisco García Calderón es uno de los apóstoles más «aureales» y optimistas que tiene hoy la civilización latina. El orden, la claridad, la simetría, la gracia, la razón moldeada por las reglas eternas de la Belleza, la civilización armoniosa, clara y evangélica, hé aquí la fórmula de su filosofía de seriedad imperturbable. «De Sócrates ha hereditado uno de sus discípulos—escribe Gonzalo Faris—que a menudo llevaba consigo, de paseo, por las márgenes verdeantes del Céfiso, a algún joven de los que iban a aprender de su labio la sabiduría, y que le hablaba de esta suerte: 'Yo he afirmado en Atenas que sólo sé que nada sé; pero no es verdad. Hay algo de lo cual sé mucho: es la cosa del amor.' Cuando descubrimos ese amor inmenso que tiene a la vida García Calderón, su entusiasmo por los que ansaban con el mito de que no puede haber pensar intenso y profundo sin hoso retraimiento, ni estudio que no sea misógino, se nos antoja que lo vemos en los jardines de Acaenolando oyendo a algún viejo con la confianza de los cosas del amor, mientras en los plátanos resuena el estivo coro de las cigarras.»

No es la literatura del ilustre crítico que nos ocupa, la literatura buca de la mayoría de nuestros intelectuales, sin originalidad, sin enjundia, llena de lirismos y arcos verbales, sin verdadero sentido de las realidades del momento, de los graves problemas sociales que preocupan el pensamiento actual, sino el intenso pensar del hombre que desea hacer obra trascendente de mejoramiento individual y colectivo, el trabajo del filósofo y del artista que ausulta el corazón de la humanidad, avizora el porvenir, señala rumbos, formula normas y renueva ensueños. La labor de García Calderón, labor de ensayista y de crítico genuino, se concreta en ideas, en elegante erudición, en culto puro y alentador de nobles ideales. Pocos escritores han expresado el espíritu nuevo, ni tenido tan hermosamente la visión del porvenir, como este brillante pensador de la juventud, que ha llegado a producir ya una obra magna por su elevación moral, por su entusiasmo contagioso y por su trascendencia educativa.

#### Benito Pérez Galdós.—1845-1920

Plan de Benito de Maza y el Canto de San Juan, dibujos reproducidos de España en Panamá.

El maestro más caracterizado de la novela española moderna, el más glorioso de los autores nacionalistas contemporáneos de la Península, acaba de morir en Madrid, al cum-

plir casi los setenta y cinco años de existencia, una existencia consagrada enteramente a las letras y a la patria. Debe de haber muerto satisfecho este don Benito Pérez Galdós, porque ningún escritor como él ha podido asistir en vida a la inauguración de su estatua y ninguno tampoco, en España al menos, se ha elevado tan conscientemente ni monumento literario de cimientos tan sólidos y de tan asabada ejecución.

La figura de Pérez Galdós sólo puede encontrar paralelo en el de Balzac, por su fecundidad y su fuerte intelectualismo, y con la de Dickens, por la agudeza de observación, el esfuerzo creador y el espíritu artístico. Como el maestro de la «Comedia Humana», el genial autor de «Marianela» y de «La Familia de León Roch» es un prolífico y un sutil psicólogo que abunda en el corazón humano para hurgar sus pasiones y ser como un vidente en el libro profético de las almas.

Se le ha acusado de tendencioso, como si ello fuera una mancha o un defecto imperdonable de su labor. Se ha dicho, como argumento supremo, que si la propaganda puede utilizar medios artísticos, el Arte tomado como medio es arte transitorio, servil y frío. Kilo parece cierto en general, pero no lo es aplicado a un genio como don Benito, que en los gavilanes de su pluma amó el temple del acero y la ductilidad de las cerdas del pincel, para sacarlo liso y mantenerlo grande. La propaganda precisamente es lo que le comunica fuerza interior a la obra de Galdós y es lo que le ha ganado el cariño de muchos y el odio admirativo de otros tantos, que es la seguridad y la aureola del mérito.

Si otros son reaccionarios como Pareda, él lucha contra el españolismo solente a través con un antiletralismo trascendental. Como el novelista de «Gloria» y «Doña Perfecta», el tradicional fanatismo religioso español es la causa del atraso del país, lo que envilece los caracteres y fomenta la hipocresía. Por eso simboliza ese fanatismo en tipos sombríos de sacerdotes intransigentes y viciosos, de beatas que se comen a los santos y viven en un ambiente de intrigas, de fariseísmo y de maleficencia. Al mismo tiempo, al rededor de estos personajes, muestra las luchas sociales en pinturas reales de la vida, trazadas con pulso seguro y conocimiento profundo de las costumbres, lo cual mitiga la parte de injusticia que pudiera haber en su sectarismo religioso. Hay en Galdós un entusiasmo muy noble por las grandes cosas y por eso son sus enemigos mortales los tiranos y los charlatanes, los hipócri-

tas y los explotadores de la superstición humana.

Fuera de sus tendencias doctrinarias, el genial autor ha concebido la novela como la reproducción fidedigna y exacta de la vida en todas sus fases. "La novela—dice—es la imagen de la vida, y el arte consiste en reproducir los caracteres humanos: las pasiones, las debilidades, la grandeza y la pequeñez; las almas y las fisonomías, el espíritu y la materia que nos constituyen y nos rodean; el lenguaje, que es la marca de la raza; la casa, signo y centro de la familia; el vestido, manifestación exterior y última de la personalidad; y todo eso, sin olvidar que es preciso mantener la balanza en el fiel, entre la exactitud y la belleza de la reproducción."

La labor del novelista es también de una amplitud extraordinaria por la abundancia de obras. Desde su primera novela «La Fontana de Oro», publicada en 1870, no dejó pasar un solo año sin que diese alguna a la estampa. El mismo, para examinar por la activa de sus libros, los tenía que dividirlos en grupos, especialmente aquellos en que son tanta habilidad cultivó la forma anecdótica de la historia, sus «Episodios Nacionales», que tienen casi las proporciones de la novela histórica y de costumbres. Son ellos, según Menéndez Pelayo, "una de las más afortunadas creaciones de la literatura española en nuestro siglo: un éxito sinceramente popular los ha coronado: el lápiz y el brullos han ilustrado a porfía; han penetrado en los hogares más aristocráticos y en los más humildes, en las escuelas y en los talleres; han enseñado verdadera historia a muchos que no la sabían; no han hecho daño a nadie y han dado honesto recreo a todos, y han educado a la juventud en el culto de la patria. Si en otras obras ha podido el señor Galdós parecer novelista de escuela o de partido, en la mayor parte de los «Episodios» quiso y logró no ser más que un novelista español; y sus más enarcanizados detractores

no podrán arrancar de sus sienes esta corona divina, todavía más evidenciable que el laureo poético."

Un inquieto espíritu de novedad, una avidez cuasi morbosa de producción y perfección y una conciencia artística nunca satisfecha, fue lo que llevó a Galdós con sus mismos bríos de revolucionario austero al campo eternamente seductor del teatro. Autor dramático, el novelista no pierde la concepción potente, ni la firmeza de desarrollo. Acaso su defecto esencial consiste en el exceso de tesis, en que abruma a pensamientos y a metafísicas a sus personajes. "La lógica tremenda del autor perjudica en ocasiones a la naturalidad del diálogo,—ha dicho uno de sus más entusiastas admiradores.—Preguntas y respuestas, argumentos y réplicas, se suceden con dialéctica formidable; matiz por matiz, vanse atismando los interlocutores pensares y sentires, y van de ellos expresando jugo y aroma, con seguridad de juicio rayana en lo implacable; y así faltan en el decir las divinas incoherencias, los balbuceos maravillosos, que asuman el paso de la vida por los reinos de la inconsciencia. Así no existen las emociones dormidas del silencio, las íntimas palpitaciones hechas carne en palabras que suenan a enigmas y son amparadoras."...

Es que, pasando de la novela al drama, la igualdad de sermoneador se cambia en defecto, porque la pesadumbre de la idea quiebra las ramas ligeras y frágiles, que son el complemento de gracia y armonía en el árbol frondoso de la vida.

Más sean cuales fueren los defectos de Pérez Galdós, es preciso reconocer que hizo obra personalísima, independiente y varonil, realista y nacional a la vez, como la de Cervantes; y puede afirmarse de sus obras, como del Quijote, que ellas durarán lo que dure la lengua castellana y mientras la historia de España no pierda la veneración de su pueblo heroico y patriota.

## El valor de las palabras

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO

Las voces articuladas por los seres humanos tienen sin duda un valor justo, preciso, automático, fuerza del cual pierden su expresividad potencial y su eficacia demostrativa, viniendo a quedar anuladas en grado mayor o menor. Puede decirse que los vocablos entrañan, como todo, una especie de

psicología, que constituye la esencia de la vitalidad de los mismos. Según que se conocen o que se desconocen tal psicología, los vocablos resultarán vivos o muertos, luminosos o oscuros, convenientes o ridículos, bellos o feos, sustanciales o vacuos.

En ocasiones, una sola palabra, cabal y

aplicada con tino, basta para significarlo todo. En muchos casos, numerosas palabras no significan nada o significan muy poco, por ser desatinadas, por haberlas dado una valla superior o inferior a la suya propia y verdadera. Hay palabras que, con sólo ser emitidas del modo más simple y escueto, producen recia emoción y hacen pensar altamente. Hay también otras palabras, repetidas sin cesar y siempre inadecuadas, escultadas y adornadas por muchas hermanas suyas en la desorbitación, que llegan a los oídos, sin causar la más ligera impresión en el sensorio ni en la mente.

Siempre los abusos concluyen en las atrocidades. Todo lo que se gasta con demasía se desgasta prematuramente; y viene a caer en la invalidación. Este axioma biológico, siempre cumplido en todos los aspectos y fenómenos de la Vida, se cumple de acentuada y ostensible manera en las palabras; por ser estas unas formas expositivas universales y multiformes, sujetas como pocas a las influencias del ambiente, a la evolución y a la supervivencia, tan persistentes cual inevitables. Así, algunas palabras han sido inutilizadas por el desuso, y otras no cesan por el abuso; hasta el extremo de que las primeras son lo mismo que si fueran de un idioma extraño, y las segundas de un idioma más extraño aún, por completo inodoro e incoloro e insípido, en fuerza de ser y más ser y volver a ser reiteradas y desvirtuadas por un empleo siempre indebido.

La voz «ilustras» ha terminado por ser una de las inutilizadas plenamente, al menos en España. Consumida del todo, por haber sido prologada con el furor más abusivo, ya no sugiere ni el más ínfimo concepto, ya no contiene ninguna validez. Si alguien lo dudara, que siga leyendo.

En el diario de Madrid «La Jornada», número correspondiente al 2 de Marzo de 1919, leyendo a solitos, encuentro:

Un artículo rotulado «La Vida Hispanoamericana.—El nuevo Presidente del Uruguay», relatando los méritos del doctor Baltasar Bram, al cual se concluye por llamar «ilustras» públicista.

Debajo de este artículo, un fotógrafo, a cuyo pie dice: "Boda de la bella señorita Susana Maura y Gamazo, hijo del «ilustras» hombre público don Antonio Maura, con el abogado don José María Somprún."

Poco más adelante, dos cartas encabezadas así: "El Cartel del Círculo de Bellas Artes." La primera comienza: "Señor presidente del Círculo de Bellas Artes,—«ilustras» amigo!" La segunda concluye: "para los «ilustras»

señores que constituyen el Jurado «ilustrador»."

A seguida un snetto, que se titula "Boda de un periodista." En él se nombra, como testigo, al «ilustras» director del «Diario Universal», don Daniel López; y como concurrente, al «ilustras» escritor don Alfonso Pérez Nieva.

En la sección de "Tribunales," con el subtítulo de "El lápiz de Bagaría," un snetto que principia: "Sabíamos que era admirable el lápiz de nuestro «ilustras» amigo el señor Bagaría."

Dejo «La Jornada», y tomo «La Correspondencia de España» del 10 de Marzo de 1919. En tal número del viejo diario madrileño, leyendo también saltadamente, voy tropezando con:

Un telegrama, inserto en la segunda página, epigrafiado "Viajero «ilustras», y que se refiere al ex-presidente del Consejo de ministros inglés lord Asquith.

Poco después, en la sección "Mundo Religioso," un snetto, que copia fotográficamente el prelado de Segovia, doctor don Remigio Gaudescuri, ha sido obsequiado con un precioso album, debido a la iniciativa de las «ilustras» damas marquesa de Lozoya, doña Amparo Pons, marquesa del Grove y vizcondesa de Altauria.—Ostenta el album la siguiente inscripción: "Las señoras de Segovia a su amantísimo prelado, el sabio doctor don Remigio Gaudescuri."

A renglón seguido, el "Gran Mundo," sección en la que se habla de la duquesa de Fernán Núñez y sus hijos, y de los huéspedes de esta «ilustras» familia; y se notifica: "Hoy lunes se cumple el tercer aniversario de la muerte de aquella «ilustras» y bondadosa dama que se llamaba doña Asunción Beranger."

Algo más adelante, "Vida deportiva," donde se anuncia que: "El «ilustras» presidente de la Sociedad cultural deportiva, doctor don Francisco Bartrina Costa, disertará sobre el tema "Gimnástica respiratoria."

Después, "Noticias e informaciones teatrales"; en ellas es llamado Benavente, insigne y más luego «ilustras».

Por fin, un artículo, con los epígrafes de "Teatro Real.—El Asvapiés," en cuyos primeros renglones se lee: "Los prestigios literarios del «ilustras» Tomás Borrás y los méritos ya consagrados de los no menos «ilustras» compositores Del Campo y Barrios."

Subito «La Correspondencia de España», y es corizada por mis manos «La Jornada» del 16 de Marzo de 1919. Enseguida, fijo mi mirada en un fotógrafo, debajo del cual expresa: "Té celebrado ayer tarde en el Hotel

Ritz en honor y desagravio del ilustrador artista Salvador Bartolozzi, que triunfó en el comercio de carteles de Bellas Artes."

Paso a ojear «El Liberal» del 19 de Marzo de 1919. A poco de iniciada la saltada lectura, me interesa un artículo corto, cuyos encabezamientos son estos dos: "Una serie de facción nuestra.—Los «reparter» y Zozaya." En sus líneas, se aplican al mencionado escritor varios calificativos, entre ellos el de ilustrador.

Prosiguiendo mi ojeo, salto a «El Liberal» del 15 de Abril de 1919. Sus columnas me brindan:

En el lugar de "Conferencias", un suelto, referente a doña Sofía Casanova, que principia: "La «ilustr» escritora dió ayer."

Y un artículo, titulado "En honor de un poeta.—Banquete a Fernando López Martín", en cuyos líneas aparece la denominación de «ilustr», conforida entre otras al poeta festiado.

Y basta. Porque de seguir, jamás con tanta razón pudiera decirse que "sería el cuento de nunca acabar."

Si alguien tuviese paciencia bastante para completar mis rápidas observaciones, contando prolijamente todos los «ilustr» de la Prensa española, resultaría de fijo que, sólo en unos meses, cada diario, con excepción de muy pocos, había tributado cientos de veces la matricizada palabra. Y al cabo de un año no más, después de una requisita y una suma, por entre todos los periódicos y revistas de España, se descubriría con esta perfección que la cifra de los y las «ilustr» era superior a los veinte millones de habitantes que cuenta España, incluyendo los niños y los analfabetos.

Con todo lo que antecede, no trato de discutir ni regatear precisamente los méritos de nadie. Sólo quiero evidenciar que, derrochando así el vocablo, se le priva de toda su justificación significativa. Si todo el mundo es «ilustr», vendremos a parar en que no lo es nadie; y en este caso, habría precisión de abolir de plano el calificativo. Nombrar «ilustr» a Becerra, a Zozaya, a Bartolozzi, a Bagaría y a otras personas de innegables valores, a la par que al «ilustr» osado don Antonio Maura, y después de tanto y tanto desfilificar la palabra, equivale a no llamarles nada o a burlarse de ellos.

A no ser que se pretenda vulgarizar la palabra. Pero entonces, fuera una injusticia no aplicársela en absoluto a todo quisque. Y so impediría la necesidad de escribir, en el comienzo y en el sobre de todas las cartas, "ilustr» señor don," "ilustr» señora doña," "ilustr» señorita doña." Con lo cual se perdería el tiempo, mucho más de lo que yo lo

picivien casi todos los españoles (entre los que no me cuentan) y numerosos hispanoamericanos, al escribir "Señor don." Este formalismo de cortés epidemia no es más que una servil y enorme redundancia, pues "don" es abreviación de "domino," voz latina que significa "señor." Por tanto, escribir "Señor don" representa lo mismo que si se escribiera "Señor señor."

Hasla en los propios diarios que tomé al azar, como podía haber tomado cualquiera otros, encuentro la justificación plena de cuanto dejo investigado. El ya mencionado número de «La Jornada», de 2 de Marzo de 1919, me ofrenda un artículo, que se rotula "Música.—Juan Manén," y va firmado por J. C., en el cual consta un párrafo que asevera: "Como los adjetivos, a fuerza de usarse, han perdido todo su valor, nos hallamos los críticos en circunstancias difíciles cuando hay que aplicárselos a un verdadero artista."

Idénticamente, cabalmente, eso es lo que manifiesto y patentizo yo, refiriéndome de modo concreto al adjetivo «ilustr».

En el mismísimo número de «La Correspondencia» de España, que ya mencioné también, existe un expresivo y no largo artículo, que pregunta en su cabeza "¿Lo del día.—El buen sentido," y cuyo comienzo sostiene sin ambages: "Es imprescindible que se persista en vivir, por lo que a España se refiere, a espaldas de la realidad." Estoy conforme, de toda conformidad; y por lo tanto creo que llamar «ilustr» a todo bicho viviente no es otra cosa que "vivir a espaldas de la realidad."

Todo el sabroso documento sigue dándome la razón, línea por línea; pues, aunque ya dirigiendo francamente a las cuestiones políticas y sociales, no juzgo admisible que se deba tener un criterio para tales cuestiones y otro, muy distinto, para las cuestiones periodísticas. Para saturar la prueba, copio unos párrafos más: "Los tiempos han cambiado. Esa es otra gran verdad."...

"Habrá que adelantarse a los acontecimientos. Pretender luchar contra la corriente, es simplemente ser suicida."...

"La prudencia aconseja amoldarse a las nuevas normas jurídicas y a las nuevas fórmulas políticas."

¿Y por qué la Prensa española, que pide renovación en lo jurídico y en lo político, no ha de renovarse también ella misma, evitando que ciertos adjetivos queden inutilizados y degradados, por haberlos agotado con malhabida feribridad?

Paréceme que la renovación de la Prensa española no será completa y armónica, por

más que se vaya realizando de veras en otros sentidos, en tanto que los directores de periódicos y revistas de España entera no digan a todos los redactores, poco más o menos: Estimaré a ustedes procuren usar siempre los adjetivos con parcuedad y con justicia; y sobre todo, por lo que más quieran, espero no vuelvan a recordar en muchos años, para nadie ni para nada, el retetobadísimo «ilustr».

Y una vez emprendida tan purificadora y serena orientación, me permito considerar que debiera llegarse a la supresión total de los adjetivos, en la mayoría de los casos tan siquiera. La revisión incessante de valores y la depuración creciente de las sustancias y de las formas van señalando la necesidad, a todos convenientes, de que los nombres de las personas, por sí solos, sin más aditamento, lo expresen todo en grado suficiente. Si los nombres desnudos no conducen en sí la no-

ción clara de lo que son los seres que los usan, de nada servirán los más encomiásticos afites adjetivadores. Son los hechos propios, no los calificativos ajenos, los que dan y deben dar en definitiva euhemística valiosa y prestigio duradero a cada cual. Por ejemplo, con solo pronunciar los nombres de Cervantes, Shakespeare y Víctor Hugo, está dicho todo; cuanto se agregue resultará innecesario y por consecuencia inexpressivo y estorbandor. Así deben ser los nombres de todos los seres y de todas las cosas, cada uno dentro de su radio de actividad.

Concluyo con esta poeografía pero decisiva bomba de sinceridad, fabricada por el examinador Angel Urdías: "Todos somos «ilustr», insignes, elocuentes y hay que ver cómo tenemos entre todos a este desventurado país. La situación de la Haeicida estimo que mejoraría, pero con hombres aptos."

Ni una palabra más por mi parte.

## Carta a un inaccesible

MERCEDES NEGRON MUÑOZ

Azorín, alma-espejo, rineón de idealidad en donde me refugio avidamente todavía; ¿eres así, eres estoicamente así como te me dices, feo y limpio, y estás ante la vida sereno, sosegado, inmutable? En la eterna perennia de la, tu individualidad, tu soledad trianfa de la estelividad rumiante, o la co-estelividad te arrastra, te adhiere y hace de ti un jirón más, humillado y absurdo?

Cuando tus alas te antiepan el hastío al amor, la serendidad a la exaltación, la muerte a la vida... ¿sonas tu mundo, no de ti solo y sí del infinito todo, miras aquel paisaje, escuchas aquella sonata, te duermes... sueñas... despiertas... ¿te das cuenta entonces, entonces y siempre, Antonio Azorín, de que este del amor, esto de sólo uno propio y siempre uno propio, es una cosa inevitable y despreciable, una cosa que nos ha vuelto a todos muy cansados y muy tristes y que sin embargo no valía la pena?

Cuando otros exaltados de la vida hablan ¡enán irónico, cuán desalentador el choque de sus cosas infladas, vacías, con nuestras cosas rotas! En cambio, ¿cómo serenas, cómo te confundes con nosotros tú, Antonio Azorín, tú cuyas cosas son ténues, impalpables,

infinitas, cosas de la vida y de la muerte, cosas tuyas y mías y de unos cuantos solos! Azorín, rineón de idealidad en donde me refugio avidamente todavía... si alguna vez llego a la fuente de tus hilos, ¿te hallaré así, estoicamente así como te me dices? ¿Serás ya acaso un viejo, un viejo que tendrá en los ojos la vaga sombra de todos los sueños muertos; leerás aún el Quijote; atisbarás melar efícamente hacia el paisaje, y en las tardes lentas y pasadas de otoño (cuando tu ser ya sienta la nostalgia suprema, la nostalgia de disgregarse, de confundirse con la bruma infinita de las cosas) se hermamanarán el alma del otoño, el alma de la tarde y el alma de tu vida?

Azorín, mi hermano Azorín; te voy a contar un cuento. Este era un Príncipe, lejano pero existente, que había de llegar a un sitio algún día... ¡Fíjete en bríos y blancuras, caballero en bríos y suavidades, habría de llegar, ¡ah sí!, algún día habría de llegar, gallardo, intrépido, veloz...! ¿Cómo, habiendo a sorbos la vida, corria El, impávido, detrás de la Muerte...!

Y esta era una niña que aguardaba a ese Príncipe...

Y este era un Príncipe que nunca llegó...



### Otros obstáculos a la emancipación de la mujer

Opuesto a la realización de este ideal no solo encontramos el fanatismo de la tradición. Alíndos y asociados a él en vergonzoso contubernio han ido siempre el fanatismo religioso, el epismo y la ignorancia, disfrazados más o menos felizmente en diversas formas. Así uno de los argumentos que con más frecuencia se han esgrimido en contra de la emancipación de la mujer es la distinta función que le corresponde desempeñar en la propagación de la especie como madre y señora del hogar. Es tal el énfasis que se le ha querido dar en el concepto y educación de la mujer a las funciones relativas a la maternidad y a la dirección de la familia, que hoy día muchos son los que desean hacer de ésta un yermo espantoso sin alegrías y sin educación.

Indisiblemente, ante la imperiosa necesidad de buenas madres de familia que por doquiera se palpa, especialmente entre las capas sociales que ocupan los dos extremos de la escala social, la más alta y la más baja, es hasta cierto punto recomendable desear este ideal de la buena madre a los ojos de las educandas orfado por una esplendorosa diadema.

Pero a pesar de todo esto, es también irnegable que existe un gravísimo peligro en hacer de este elevado sacerdocio el ideal único de la mujer, fuera del cual su vida ha de ser un yermo espantoso sin alegrías y sin luz.

Dejando a un lado el poderoso argumento de que no todas las mujeres podrán contraer matrimonio ni tener descendencia, y de que, si se inhuman y cruel hacer víctimas de epítetos ridículos a las que en este caso se encuentran, no sería menos educarla en el convencimiento de que ha fracasado en la vida cuando no ha podido encontrar un compañero; dejando a un lado esto, repita, yo estoy firmemente convencido de que además no sería en absoluto saludable a la moral y a las costumbres, el realzar y subrayar constantemente en la escuela y fuera de ella, como es común y corriente entre nosotros los latinoamericanos, las características esencialmente femeniles de la mujer, es decir, el no ver en ella al individuo consciente que debe aspirar a una completa expresión de su ser racional, sino al ente femenino, máquina para la propagación de la especie, o cuando no, creado exclusivamente para deleite y satisfacción del hombre.

Ya desde la última mitad del siglo XVIII hacía notar muy acertadamente la ilustre escritora inglesa Mary Wollstonecraft, que

"mientras tanto el hombre como la mujer convienen en concentrar su atención en el carácter esencialmente femineil de la mujer, la moral social iría constantemente en retroceso." "El deseo este de la mujer de ser siempre mujer (hembra), añade con profundísimo descontento esta ilustre escritora, es el estado mental que degrada su sexo."

### Nuevas orientaciones

En efecto, bien está que la mujer se capacite para cumplir dignamente las funciones que en el elevado y noble sacerdocio de la maternidad le corresponden como señora del hogar, compañera del hombre y señora de sus descendientes. ¿Pero es acaso ésta la única función que a una sociedad moderna? ¿Y desempeñar en una ocupación manual o doméstica o una profesión humilde para traer el consuelo y la resignación a la mujer que sabe que ha errado en lo que ella aprendió a hacer el ideal único de su existencia? Yo creo que no!

Las circunstancias de la vida han cambiado mucho desde que la humanidad supiera estas ideas como ideales supremos en la educación de la mujer; y las condiciones de la vida moderna requieren para ella una cultura más amplia que la que se le está enseñando y participando en el desenvolvimiento social que a su alrededor se opera. De otra suerte, nos preguntamos nosotros: ¿cómo podrá ser la digna compañera del hombre cuyos problemas desconoce y por los cuales no siente el menor interés? ¿cómo podrá ser la eficiente educadora de su hijo si desconoce o siente aversión por lo que ha de ser la ocupación de su vida? Además, ¿quién tiene el derecho de limitar, de ponerle cortapisas, a las aspiraciones de un ser racional que tiene el derecho de ser libre hasta el grado en que su libertad no pugne con los derechos de los demás?

Pero es imposible que la mujer comprenda estas verdades que serían para ella su redención si continuamos educándola como hasta aquí, en la antigua creencia de que es inferior al hombre y de que, en consecuencia, solo a éste le corresponde la solución de los graves problemas sociales que al mundo se le presentan; y que para ella su medio de acción debe limitarse al hogar, la iglesia, las diversiones sociales y las instituciones de caridad. Los resultados de esta educación son demasiado evidentes para que puedan pasar inadvertidos. Aquí mismo en Panamá los estamos palpando a diario, pues aun cuando aparece ofensivo a nuestra dig-

nidad—cuando no lo es sino a nuestro orgullo—preciso es confesar que son relativamente pocas las mujeres entre nosotros de quienes con justicia podría decirse que llevan una vida intensa y productiva. Basta una ojeada casual a la crónica social de nuestra prensa para convencernos de las grandes energías y talentos femeniles que se consumen y agotan en frivolidades estériles con beneplácito general, por falta de una bien dirigida educación femenina y de un criterio social moderno y elevado con respecto a la mujer. ¿Y qué hace el resto de nuestras jóvenes hasta quienes no llegan, directamente, las perniciosas influencias del cronista social? Las más, languidecen tristemente en una vida vacía sin poder nunca romper el halo de resignada obscuridad que las circueve; unas, aguardando la llegada de un príncipe azul; otras, consumiéndose en oficios y ocupaciones mal remunerados; todas, esperando encontrar en el matrimonio el áncora de salvación.

Pocas, relativamente muy pocas, son las mujeres panameñas que han podido escapar a los funestos prejuicios tradicionales, pero estas pocas, desafiando los convencionalismos retrógrados, han ejercido ya una poderosa influencia en nuestra sociedad. A su iniciativa y perseverancia les debemos ya algunas instituciones que verdaderamente nos honran, como la Cruz Roja Nacional y la Casa Guardiania. Pero estos espíritus elevados son excepciones que han surgido a pesar del medio ambiente en que nos agitamos y que en un todo confirman la ley general.

Pero es tiempo ya de que dejemos de considerar a la mujer como un juguete, o como un mueble decorativo cuyo único fin es servir de ornato al esmerino de la vida; y la capacitamos dignamente para que venga a representar los principales papeles de drama y progreso. Así, pues, por humanidad, por conveniencia social, por el noble sentimiento de justicia que todos en nuestro contacto con la vida formamos y llevamos dentro de nosotros, yo solicito de los encargados de educar a la mujer, le infundan el saludable convencimiento de que no debe conformarse con las restricciones a sus actividades que en la forma de prejuicios le impone la estulticia disfrazada de seriedad; que ella es libre poseedora de una personalidad perfecta en igual grado que la del hombre y apta para encontrar amplia expresión en cualquiera de los diferentes campos en que la actividad humana se ejercita y fructifica; que es un deber suyo que una vez honradamente rehúsa el tender constantemente al perfeccionamiento de esta personalidad y ponerla al servicio de los intereses sociales que la reclaman.

Como se ve, el problema de la educación de la mujer moderna requiere para su solución algo más que la enseñanza de un poco de Historia, Instrucción Cívica y Geografía; y aun algo más que la introducción de la Puericultura y Ciencias Domésticas en el plan de sus estudios; ella necesita, además de esto, que un espíritu amplio y liberal, que un ambiente de sano optimismo y de respeto por su individualidad, desarrollo en ella sus dones iniciativos y le infunda la confianza en sí misma de que actualmente crece. Mas que de plan de estudios, la educación de la mujer es un problema de método y de disciplina.

Final es, pues, deducir que la educación que a la mujer moderna le corresponde, por los fines sociales que está llamada a realizar tiene que ser idéntica a la que recibe el hombre, salvo aquellas diferencias que las funciones peculiares de su sexo requieren.

### Diferencias entre el hombre y la mujer

Es cierto que entre el hombre y la mujer existen algunas diferencias tanto fisiológicas como psicológicas que algunos pretenden invocar para mantener a la mujer y al hombre lejos del saludable influjo que recíprocamente se ejercen durante el proceso de su educación cuando esta se lleva a cabo para ambos sexos en los mismos planteles. ¿Pero qué importa que el cerebro de la mujer pese unos cuantos gramos menos que el cerebro del hombre? ¿No pesaba acaso el cerebro del gran Gambaíta más de trescientos gramos menos que el del hombre común, y dejó por esto el más célebre de los fundadores de la tercera república francesa y el brillante orador de ser uno de los hombres más grandes de Francia, y de todo el mundo en su tiempo? Qué importa que la relación entre el peso de su cerebro y su cerebro sea de uno a trece en lugar de ser de uno a cuatro como el hombre? No es por ventura el peso del cerebro del mono Siai un dieciséisavo del peso de su cuerpo cuando el del hombre es solamente un treintaicincoavo; y es acaso este mono más inteligente que el hombre? Qué importa que la mujer sea más personalista y emotiva, ¿no tiene acaso también más poderes de percepción y retención que el hombre? Qué importa que sea menos genial, ¿no es acaso más normal? Si es cierto que al escoger al azar una mujer entre un grupo hay menos probabilidades de que sea un genio que si se escogiera un hombre, ¿no es verdad también que hay menos probabilidades de que sea un idiota? La inspección superficial de cualquier manicomio nos dará la sorprendente noticia

de que casi los dos tercios de los pacientes son hombres. Además, las diferencias anatómicas son generales; han sido deducidas tomando el promedio de los hombres y el de las mujeres, pues en la puridad de verdad, tanta diferencia psicológica existe entre un hombre y otro hombre como entre un hombre y una mujer. Y numerosos experimentos psicológicos que sería cansado enumerar atestiguan que no es tanto la naturaleza como la educación la responsable de la mayoría de las diferencias existentes entre el hombre y la mujer.

#### La coeducación en Panamá

Seguramente nuestro Gobierno lo ha comprendido así y se ha dado cuenta de los enormes beneficios que entraña para el país en general un sistema de educación con idénticas oportunidades para ambos sexos, cuando arrojando la crítica de los fanáticos partidarios del pasado ca outrance ha establecido en casi toda la República la coeducación de los sexos, gracias al valor cívico, talento y espíritu progresista que anima al ilustre patriota que en hora feliz comenzó a tomar las riendas del gobierno de nuestra República, doctor Belisario Pyyras, así como a sus dignos colaboradores señor Secretario de Instrucción Pública y señor Inspector General de Enseñanza.

Un año escolar apenas ha transcurrido y los resultados por doquiera confirman la virtud de la medida adoptada. Las esperanzas de los que ven en la niñez y especialmente en la niñez femenina, un foco de perversiones inclinaciones congénitas, que la incapacita para mantener entre sí otras que indecentes y pecaminosas relaciones, han sido defraudadas con el buen éxito alcanzado por la coeducación. Ella ha sentado sus reales firmemente en Panamá y no sería aventurado el predecir que a ella deberá la mujer panameña del futuro su completa independencia.

Si la antigua costumbre oriental de reducir a su mínima expresión los pies de la mujer para que no pudiera mantenerse erguida y tuviera que arrastrarse hasta en su propio hogar en el desempeño de sus múltiples quehaceres domésticos, nos espanta y horroriza por el refinamiento de crueldad que entraña y la simbólica abyección mental que sugiere, el establecimiento de la coeducación de los dos sexos ha hecho muy cercano el día entre nosotros en que nuestra no menos inhumana y cruel costumbre de ponerle trabas a la libertad de la mujer y reducir su inteligencia y sus oportunidades de progreso a la mínima expresión por medio de

ridículos convencionalismos y prejuicios en el fin de mantenerla en completa sumisión ante nosotros, se destaque en nuestra mente y en nuestro corazón con toda la fealdad de su tradicional injusticia.

#### El proceso y la renovación de ideales

Yo comprendo que hoy en día, entre nosotros, las mujeres mismas, aun las más educadas, son las que mayores prejuicios y escrúpulos tienen acerca de su propia independencia y libertad. Y muy extraño sería que así no sucediese. ¡No han sido ellas en su totalidad educadas precisamente para esto, para aceptar mansamente los élogos que los hombres se sirvan imponerles y horrorizarse ante la idea de que las cosas pueden ser de otro modo de como en la actualidad están? Los hombres también somos y hemos sido así. Cuántos millores de hombres no han muerto y mueren cada día bendiciendo al déspota que los explota y mata, sin soñar siquiera en un régimen distinto, solo porque han sido educados desde niños para ser explotados y asesinados mansamente por sus señores, y no han podido, o no han querido, abrir los ojos de su inteligencia a la luz de la verdad.

Pero la educación superior de la mujer, bien orientada, la emancipará hasta de sí misma, dándole a conocer que la mujer no llegará nunca al completo goce de sus derechos si no se dispone a dejar el camino hacia la éspide de su regeneración gran número de los que considera hoy en día como sus más queridos ideales. Pero así tendrá que ser. Es la eterna ley de la compensación. El hombre ha tenido que hacer los mismos sacrificios y numerosos son los ideales en un tiempo queridos de su corazón que en el ascenso hacia su perfeccionamiento ha tenido que dejar abandonados a la vera del camino como fardos inútiles. ¡En dónde está, por ejemplo, el derecho divino de los reyes por el cual tantos hombres han sacrificado su existencia? ¡Y dónde la sanción eclesiástica sobre los progresos de la ciencia que llevó a Galileo a la prisión y convirtió a Bruno en una antorcha viviente? Hoy mismo, al revisar nuestros valores sociales, ¿no está el mundo perplejo sin saber qué hacer con algunos de nuestros queridos ideales del presente, como el derecho de la propiedad privada, el derecho de la nacionalidad y otros muchos más? Y yo estoy seguro de que si el mundo llega a convencerse de que es absolutamente imprescindible al progreso de nuestra civilización el que estas ideas se repudien, ellos serán repudiados. Así también tendrá que hacer la mujer en

su esfera. No importa que unos ideales desaparezcan de nuestra vida. Nuevos ideales surgirán para sustituir los pasados cumpliéndose así la ley de la vida que es una eterna y constante renovación.

#### Deberes y derechos

Señoritas graduadas:

Tengo razones suficientes para creer que vosotras habéis interpretado correctamente mis palabras y os habéis dado cuenta de los derechos y grandes responsabilidades que a la mujer moderna le inculcan; y no os dejaréis sorprender en el futuro con erróneas aseveraciones de que mi propósito es destruir el hogar, y por consiguiente la sociedad entera, haciendo de la mujer un ente rebelde a toda restricción que le imponga el deber. Esto me sería sumamente doloroso, tanto más, cuanto que, por el contrario, uno de mis mayores anhelos es hacerlos presente que ningún derecho puede conquistarse sin que traiga consigo sus correspondientes deberes, y que si vosotras aspiráis al completo goce de los derechos de que os he hablado, solo habré una vía expedita para vosotras: el cum-

plimiento de los grandes deberes que les son inherentes. Para esto quiero que recordéis también que no fueron los ataques a la autoridad constituida, ni las bombas en los centros, ni la destrucción de la propiedad pública y privada, ni las demás acciones invidiosas e indecorosas de las sufragistas sino el trabajo honrado y perseverante, la abnegación y patriotismo de la mujer inglesa, lo que convenció al pueblo inglés de la justicia que entraña el reconocimiento de los derechos de la mujer, y hoy Lady Astor ocupa un asiento en el Parlamento de Inglaterra.

Y así, al felicitaros a vosotras y a vuestros profesores y miembros del personal administrativo de este plantel en nombre del Gobierno y en el mío propio por el éxito alcanzado, yo os enarcezo nuevamente continuamente mediante el estudio y la lectura de obras serias e instructivas vuestra educación y procurando tener siempre, eso sí, una mentalidad amplia abierta a toda idea nueva que signifique progreso. La educación que habéis recibido y las profesiones que vais a ejercer son la llave del futuro progreso y engrandecimiento de vuestro sexo. Yo espero que vosotras sabréis usarla venturosamente.



## Trabajos Notables

(Traducciones y reproducciones selectas)

### Quando los grandes cuatro se reunieron

MAYNARD KEYNES

Este artículo es el capítulo de un libro que asiste los al exponiendo período del Tesoro Inglés en las Conferencias de Paz, Bruselas, agosto 14, Consejo Supremo Económico hasta Junio 7 de 1919, como delegado del Canciller de la Tesorería Inglesa. Descripción más íntima cuando se hizo evidente que era imposible alargar esperanzas algunas de una modificación sustancial de los términos de paz, por lo que se decidió para los aliados (y por ser contrario a que se tratara solamente y con desconfianza para el orden en toda Europa). El libro en cuestión es en parte una predicción de los desastres que se ven de tan gran inestabilidad y torpeza pueden acarrearlos, y en parte un consejo para "indiciar algunos medios de trabajar por la defensa y seguridad de una especie de civilización que, a despecho de sus grandes imperfecciones y de sus recientes inconsecuencias trágicas, es todavía el mejor ejemplo de partida para la más nueva evolución social de la Europa Occidental."  
(Como nota, de igual modo que el fragmento reproducido, son fragmentos de su discurso pronunciado de "The New Republic".)

EN aquellas partes del Tratado a que me vengo refiriendo aquí la iniciativa la tomaron los franceses, en el sentido de que fueron generalmente ellos los que hicieron al principio las propuestas más definidas y más extremas. Esto era hasta cierto punto una cuestión de táctica. Cuando se espera que el resultado final sea una transacción, es a menudo lo más conveniente partir de una posición extrema; y los franceses comprendieron desde el primer momento—al igual que muchas otras personas—que se iba a entrar en un doble proceso de transacciones, en primer lugar, para ajustarse a las ideas de sus aliados y asociados, y en segundo lugar, ya en el curso de las conferencias de la paz propiamente dichas, con los alemanes mismos. Esta táctica quedó justificada por los acontecimientos. Clemenceau se consiguió una reputación de complaciente y moderado para con sus colegas del Consejo mediante el procedimiento de rechazar, con un aire de imparcialidad intelectual, las proposiciones más extremas de sus ministros; y fueron muchas las controversias en que los críticos americanos e ingleses se encontraban naturalmente un poco ignorantes del ver-

dadero punto en debate, o en que una oposición obtenida por parte de los aliados de Francia les ponía en situación de parecer intolerantes, de ponerse siempre del lado del enemigo y tomar su defensa. Por consiguiente, cuando los intereses ingleses y americanos no estaban muy seriamente comprometidos, su impugnación se volvía floja, y así pasaron algunas medidas que los mismos franceses apuntaban no tomar muy en serio, pero que, al adoptarlas la decisión de última hora de no permitirle debate a los alemanes, ya no se podían remediar.

Pero, aparte de esta táctica, los franceses tenían un programa. Aunque Clemenceau echase por la ventana sin ceremonia algunas de las propuestas de un Klotz o un Loucheur, y aun cuando cerrase los ojos con aire de omisión cuando los intereses de Francia no estaban involucrados en la discusión, él sabía muy bien los puntos que eran capitales y en cuanto a estos siempre se encontraba alerta. En la medida en que las principales cláusulas económicas del Tratado representan alguna idea intelectual, esta idea partió de Francia y de Clemenceau.

Clemenceau era con mucho el más eminente

de los miembros del Consejo de los Cuatro y había tomado bien la medida de sus colegas. Sólo él tenía, a la par que una idea general, el plan maduramente estudiado para llevarla a cabo. Su edad, su carácter, su ingenio y su aspecto, todo se unía para darle objetividad y un relieve definido en tal ambiente de confusión. Uno no podía despreciar a Clemenceau u odiarle, sino simplemente adoptar un punto de vista diferente en cuanto a la índole del hombre civilizado, o abrigar, al menos, un concepto más optimista de las cosas.

La figura y porte de Clemenceau son ya universalmente familiares. En el Consejo de los Cuatro llevaba una levita cuadrada de muy buen paño negro y grueso, y en sus manos, que nunca llevaba deshechadas, se advertía siempre unos guantes de color gris; sus zapatos eran de cuero negro muy grueso, de excelente calidad, pero de un corte campesino, a menudo cerrados con una hebilla en lugar de cintas. Su asiento en el salón del Palacio Presidencial, que era donde las reuniones regulares del Consejo de los Cuatro se celebraban (a diferencia de las conferencias privadas, que tenían lugar en una pequeña habitación del piso inferior) lo constituía una butaca cuadrada en medio del semicírculo formado frente a la chimenea, con el señor Orlando a su izquierda, Mr. Wilson junto a la chimenea y Lloyd George al otro lado de la chimenea a su derecha. Clemenceau no llevaba papeles ni cartera alguna, ni tampoco se acompañaba de ningún secretario particular, si bien varios ministros y funcionarios franceses, escogidos según el asunto a tratar, solían hallarse presentes cerca de él. Su andar, su mano y su voz no carecían de vigor, pero ofrecían, especialmente después del atentado de que fué víctima, el aspecto de un hombre muy viejo que reservara su fuerza para ocasiones importantes. Hablaban poco, dejando a sus ministros y demás subordinados la declaración inicial de las proposiciones francesas; cerraba los ojos a menudo y se reclinaba en su silla con una cara impasible de pergamino y las enguantadas manos cruzadas sobre las piernas. Una frase breve, contundente o sarcástica, una pregunta, una abierta desautorización de sus ministros, sin importarle el ponerlos en evidencia, o una manifestación de terquedad reforzada por unas cuantas palabras dichas con retinido en inglés; eran lo suficiente para jugar su partida. Algunas veces, cuando la ocasión lo exigía, faltaban de su parte las palabras elocuentes dichas con calor y arrebatado, y éstas explosiones oratorias súbitas, que a menudo eran seguidas de un

ataque de tos muy extenuante, impresionaban más por la sorpresa que producían que por su virtud persuasiva.

No era raro que Lloyd George, después de haber pronunciado un discurso en inglés, se levantara mientras se le traducía al francés, y se foguease hasta Mr. Wilson para continuar su argumentación privada, o para explorar el terreno con fines de transacción, y esto a menudo se tomaba como señal para un movimiento general que acababa con el orden. Los consejeros de Wilson escuchaban a escuchar cerca de él, un momento después los expertos ingleses se iban llegando a inquirir el resultado, o a ver si las cosas marchaban bien, y luego venían los franceses, algo sospechosos de que los otros estuvieran haciendo algún arreglo a sus espaldas, hasta que todo el mundo en el salón estaba de pie y la conversación se había generalizado en los dos idiomas. Mi última y más vívida impresión es de una de estas escenas: Mr. Wilson y Lloyd George en el centro de una gesticulante multitud y una habilla de alboroato, con un tumulto de pájaros, impresos, impropios y contra-argües, sin que todo aquel alboroto y arrebato significara nada, ya que a menudo versaba sobre cosas secundarias que nada tenían que ver con las grandes cuestiones, casi en seguida olvidadas o abandonadas, que se habían tocado en la reunión de la mañana. Y a todo esto, Clemenceau—silencioso e impenetrable siempre que no se tratase de nada referente a la seguridad de Francia—permanecía apartado en su butaca, seco de alma y vacío de esperanzas, muy viejo y muy cansado, pero observando la escena con un aire único, casi diabólico; y cuando por fin se restablecía el silencio y la concurrencia ocupaba de nuevo sus asientos, se echaba de ver muchas veces que había desaparecido.

El sentía por Francia lo que Pericles por Atenas: sólo ella valía, nada de lo demás importaba; pero su concepto de la política era el mismo de Bismarck. Él tenía una ilusión: Francia; y una desilusión: la especie humana, incluyendo a los franceses y, por de contado, incluyendo también a sus colegas del Consejo.

Sus principios para base de la Paz pueden enunciarse fácilmente. En primer lugar, él creía a pie juntillas en aquella teoría de la psicología alemana que sostiene que el alemán no entiende ni puede entender de nada sino mediante la intimidación, que cree de generosidad o de escrúpulos en sus tratos, que no hay ventaja de que no esté dispuesto a aprovecharse en contra de uno, que no tiene honor, ni orgullo, ni compasión. Por consi-



guiente, no hay que negociar con el alemán o tratar de conciliarse con él; hay que imponerse. No hay otro medio de que él respete a uno, o de impedirlo que defraude a uno.

Pero es dudoso hasta qué grado Clemencoux creía estas características peculiares a Alemania, o si las hacía extensivas, en su fuero interno, a los naturales de otras naciones amigas. Su filosofía no dejaba, por lo tanto, lugar alguno al esmentalismo en las relaciones internacionales. Las naciones eran cosas reales, entre las cuales uno amaba alguna, y sentía por el resto indiferencia... u odio. La gloria de la nación que usted ama es un objetivo legítimo... pero, por lo general, conquistable a expensas del vecino. La política de la fuerza era inevitable y nada nuevo había que aprender de esta guerra o de los fines que en ella se habían perseguido; Inglaterra había destruido, como en cada uno de los siglos anteriores, un rival de su comercio; un gran capítulo acababa de cerrarse en la lucha secular entre la gloria de Alemania y la de Francia. La prudencia exigía cierto tributo verbal a los «ideales» de los tantos americanos y los hipócritas ingleses; pero sería necio creer que hay mucho espacio en el mundo, tal como está hoy, para cosas como la Liga de Naciones, o que tiene sentido alguno el principio de la propia determinación, excepto como una fórmula ingeniosa para proceder a un nuevo balance de poderes, en interés propio.

Estas son sin embargo meras generalidades. Al trazar los detalles prácticos de la paz que él creía necesaria para la fuerza y seguridad de Francia, tenemos que remontarnos al período de su vida. Antes de la guerra franco-alemana, la población de Francia y la de Alemania eran aproximadamente iguales; pero el carbón y el hierro y la marina mercante de Alemania estaban en su infancia, en tanto que la riqueza de Francia era considerablemente superior. Aun después de la pérdida de Alsacia y Lorena no había gran discrepancia entre los verdaderos recursos naturales de los dos países. Pero en el período intermedio la posición relativa había cambiado completamente. Para el 1914 la población de Alemania era cerca de un setenta por ciento mayor que la de Francia; había llegado a ser una de las primeras naciones industriales y comerciales del mundo, su capacidad técnica y sus medios de producción de futura riqueza no tenían paralelo. Francia, por su parte, tenía una población estacionaria, si no declinante, y con relación a

otras había quedado muy atrás en prosperidad y en capacidad productiva.

A despecho, por consiguiente, de la victoria de Francia en la guerra última (ayudada esta vez por Inglaterra y América) su posición futura quedaba siendo precaria a los ojos de quien tenía la opinión de que la guerra civil de Europa debía considerarse como un normal, o al menos recurrente, estado de cosas para el futuro, y que la misma clase de conflictos entre las grandes potencias organizadas que habían llenado los últimos cinco años, llenarían también los próximos. Según esta visión del futuro, la historia de Europa ha de consistir en una perpetua batalla de boxeo en la cual Francia había ganado este rounds, pero en la cual este rounds no será ciertamente el último. De la creencia de que el Viejo Orden no ha de cambiar en esencia, estando basado en la naturaleza humana que es siempre igual, y del consiguiente escepticismo en cuanto a la clase de doctrinas que la Liga de Naciones catuvere, la política de Francia y de Clemencoux son derivaciones perfectamente lógicas. Pues una paz de magnanimidad, o un tratamiento justo e igual basado en una ideología tal como la de los Catorce Puntos del presidente Wilson, sólo podían tener el efecto de acelerar el intervalo del restablecimiento de Alemania, y en su consecuencia poner más cerca el día en que ésta ha de lanzar otra vez contra Francia sus grandes cifras y sus superiores recursos naturales y de técnica. De ahí la necesidad de garantías; y a cada garantía impuesta aumentaría la irritación y con ella la probabilidad de una subsiguiente revancha por Alemania, lo cual había necesarias aun más precauciones anticipatorias. Y así, tan pronto como este concepto del mundo fué adoptado y desentendado el otro, la demanda de una paz cartaginesa se hacía inevitable hasta el finite mismo de la fuerza que se disponía para imponerla. Pues Clemencoux no aparentó nunca que se considerara obligado por los Catorce Puntos y casi siempre encomendaba a los otros los subterfugios que fueran necesarios de tiempo en tiempo para dejar a salvo los escrúpulos, o el pudor, del Presidente.

En cuanto era posible, consistía, por consiguiente, la política de Francia en atrasar el reloj y deshacer todo cuanto desde el 1870 había conquistado el progreso de Alemania. Mediante la pérdida de territorio y otras medidas, su población iba a mermarse; pero principalmente el sistema económico de que habría de depender su nuevo vigor, la vasta maquinaria erigida a base de su hierro, su

carbón y su marina, había que destruir. Si Francia podía agarrar, aunque fuera en parte, lo que Alemania se viese obligada a soltar, la desigualdad de fuerzas entre las dos rivales por la hegemonía europea, podría remediarse para durante muchas generaciones.

De ahí nacieron aquellas cláusulas reitadas, para la destrucción de una vida económica altamente organizada, de que daremos cuenta en el próximo capítulo.

Esta es la política de un hombre viejo en sus impresiones e imágenes más vividas son del pasado, y no del futuro. El ve las cosas en términos de Francia y Alemania, y no de la humanidad y de la civilización europea forcejeando para hacer surgir un nuevo orden. La guerra había afectado su sensibilidad de manera distinta de la nuestra, y ni esperaba ni creía posible que estuviéramos en el umbral de una nueva edad.

Aparente, sin embargo, que no es sólo una cuestión ideal la que está en debate. Mi designio en este libro es el de mostrar que la paz cartaginesa no es prácticamente correcta o posible. Aunque la esencia de ideas de donde esta paz cartaginesa dimana tiene en cuenta el factor económico, pasa por alto, sin embargo, las corrientes económicas más hondas que han de regir el futuro. El reloj no puede atrasarse. No puede usted restaurar a la Europa central del 1870, sin imponer tal tensión, tan tremenda tirantez a la estructura europea, que quedan sueltas terribles fuerzas espirituales y humanas que, saltando por encima de fronteras y de razas, acaban por barrer, no sólo a usted y a sus egarantías, sino también sus instituciones y todo el orden actual de su sociedad.

Pero ¿por virtud de qué juego de manos pudo esta política suplantarse a la de los Catorce Puntos, y cómo vino el Presidente a aceptar? Contestar a estas preguntas es difícil, y depende de elementos varios de carácter de psicología y de la sutil influencia de las circunstancias ambientales, que son difíciles de apreciar y más difíciles aun de describir. Pero si en algún caso la conducta de un solo hombre puede importar algo, el colapso del presidente Wilson ha sido uno de los acontecimientos morales decisivos de la historia, y yo debo hacer un esfuerzo para explicarlo. ¿Qué lugar el que ocupaba el Presidente en el corazón y esperanzas del mundo cuando salió de América hacia este lado del mundo en el «George Washington»? ¿Cuán gran de hombre el que venía hacia Europa en aquellos primeros días de nuestra victoria?

En Noviembre de 1918, los ejércitos de Pueli y las palabras de Wilson nos habían permitido escapar de pronto de lo que ame-

nazaba temerose todo cuanto amábamos. Las circunstancias parecían propicias más allá de toda expectación. La victoria había sido tan completa, que el temor no tenía posición cabida en las negociaciones. El enemigo había rendido sus armas confiado en un solemne pacto en cuanto al carácter general de la paz, los términos del cual parecían haberle garantizado un arreglo justo a base de equidad y magnanimidad y una esperanza razonable de la restauración de la interrumpida corriente de su vida. Y para aerecentar la certidumbre de estas seguridades, el Presidente mismo venía en persona a poner el sello en su obra.

Cuando el presidente Wilson salió de Washington gozaba de un prestigio y de una influencia moral en el mundo que no había tenido igual en la historia. Sus audaces y meduradas palabras arrebataron a los pueblos de Europa por encima de las voces de sus propios políticos. Los pueblos omejores ponían su confianza en él para el cumplimiento del pacto que había hecho con ellos; y los pueblos aliados le acogían, no solamente como a un victorioso, sino como a un profeta. En adición a esta influencia moral, las efectividades todas de la fuerza estaban en sus manos. Los ejércitos americanos estaban en la plenitud de su fuerza numérica, disciplina y equipo. Europa estaba en completa dependencia, en cuanto a sus alimentos y materiales esenciales, de los Estados Unidos, y financieramente se encontraba aun más absolutamente a merced de ellos. Europa no sólo debía a Estados Unidos más de lo que podía pagarle, sino que sólo mediante una gran dosis de ayuda ulterior podía salvarse del hambre y de la bancarrota. Nunca antes había un filósofo dispuesto de tales armas para dictarles su ley a los príncipes de este mundo. (Cómo las multitudes de las capitales europeas se atropellaban al rededor de la cruzeta del Presidente! ¡Con cuánta curiosidad, ansiedad y esperanza buscábamos una vistumbre de las facciones y del porte de aquel hombre del destino que, saliendo del Oeste, venía portando el bálsamo para las heridas de los viejos padres de su civilización y a cechar los cimientos del futuro!)

La desilusión fué tan completa, que algunos de los que más habían confiado apenas se atrevían a hablar de ella. Pero ¿será verdad? —preguntaban a los que regresaban de París. ¿Era el Tratado verdaderamente tan malo como parecía? ¿Qué lo había ocurrido al Presidente? ¿Qué debilidad o qué infortunio había dado lugar a tan extraordinario, a tan inaudito renunciamiento?

Sin embargo, las causas eran bien comunes y humanas. El Presidente no era ni un

héroo ni un profeta; no era ni siquiera un filósofo, sino un hombre de buena voluntad, con muchas de las flaquezas de otros seres humanos, falta del superior equipo intelectual que hubiera sido necesario para lidiar con los ladinos y peligrosos prestidigitadores a quienes un conflicto terrible de fuerzas y personas había elevado a la cúspide y hecho señores de la victoria en el vicio luego del toma y daca, juego en que él—Mr. Wilson—no tenía experiencia alguna.

Teníamos un concepto completamente erróneo del Presidente. Sabíamos que era un hombre solitario e inaccesible; y le creíamos muy independiente y obstinado. No le imaginábamos como hombre de detalles, pero la claridad con que había tomado posesión de ciertas ideas cardinales, podría, pensábamos, en combinación con su tenacidad, ponerle en condiciones de salir con bien de entre las redes que iba a encontrar. Además de estas cualidades, suponíamos dotado de la objetividad, del entido y del amplísimo conocimiento del hombre de estudios: La gran elegancia de lenguaje que había caracterizado sus famosas Notas parecía anunciar a un hombre de alta y vigorosa imaginación. Sus fotografías nos le presentaban de noble semblante y de empaque distinguido. Con estos atributos él había alcanzado y mantenido con creciente autoridad el puesto más alto en un país en donde las artes de los políticos no suelen descuidarse. Todo lo cual, sin pretender lo imposible, parecía una magnífica combinación de cualidades para la lucha a que se preparaba.

La primera impresión de Mr. Wilson visto de cerca merecía algunas, aunque no todas, de estas ilusiones. Su cabeza y facciones correspondían en el fino de su porte a sus fotografías, y los músculos del cuello y majestad de la cabeza eran rasgos muy atractivos. Sin embargo, a la primera mirada el Presidente revelaba que su temperamento podía ser todo menos el de un hombre de estudios; que no poseía mucha cultura, ni aun de las distinguidas que a Clemenceau y a Balfour como caballeros exquisitamente cultivados en su clase y generación. Pero más grave que todo esto era que él no solamente resultaba inescible a las circunstancias ambientes en el sentido externo de la frase, sino que carecía de toda sensibilidad para las cosas que le rodeaban. ¿Qué ventajas podía un hombre así tener contra la grande, la casi inimaginable sensibilidad de Lloyd George para todo cuanto le rodea? Ver al Primer Ministro inglés observando una concurcencia con seis o siete sentidos de que no dispone el hombre común, apreciando el carácter, motivos e impulso sub-consciente,

percibiendo lo que cada uno está pensando y hasta lo que cada uno está a punto de decir, y componiendo con instinto telepático el argumento o arenga más propios para impresionar la vanidad, interés y punto flaco de su oyente inmediato, era suficiente para darse cuenta de que el pobre Presidente iba a jugar a la gallina ciega en aquí ónélavé. Nunca hombre alguno podía haber atravesado el umbral de una sala con una predestinación más segura de que iba a ser víctima de las refinadas artes del Primer Ministro. El Viejo Mundo era duro, empedernido en su maldad; el corazón de piedra del viejo mundo podía malvar la más afilada espada del más bravo esaballero andante. Pero este don Quijote ciego y sordo iba a entrar en una caverna donde la centelleante y aguda hoja de acero estaba en las manos del adversario.

Pero si el Presidente no era el filósofo-rey, ¿qué podía ser? Después de todo, era él un hombre que se había pasado gran parte de su vida en la Universidad. No era de ningún modo un hombre de negocios, o un hombre político de partido alguno, sino un hombre de fuerza, personalidad e importancia. ¿Cuál era, pues, su temperamento?

Una vez hallada la clave, se aclara todo. El Presidente era un clérigo inconfundible, quizás un presbiteriano. Su pensamiento, y su temperamento eran de esencia teológica, no intelectual, con toda la fuerza y toda la fluidez de esta manera de pensamiento, sentimiento y expresión. Es un tipo éste del cual ya no quedan en Inglaterra y Escocia los magníficos especímenes que solía haber; pero esta distinción, sin embargo, dará a la mayor parte de los ingleses la más exacta impresión del Presidente.

Con esta imagen de él en la mente, podemos ya volver a la corriente de los acontecimientos. El programa del Presidente, según había sido expuesto en sus discursos y notas, había desplegado un espíritu y un designio tan admirables, que lo menos que deseaban sus simpatizadores era examinar detalles. Los detalles—desean ellos—examinar luego, a su tiempo, y la hecho bien el Presidente en no consignarles por de pronto. Se creía generalmente, al comienzo de las Conferencias de París, que el Presidente había elaborado, con la ayuda de un gran cuerpo de asesores, un plan completo, no sólo para articular el proyecto de la Liga de Naciones, sino también para dar cuerpo a los Catorce Puntos en un verdadero tratado de paz. Pero es lo cierto que el Presidente no tenía nada previsto; cuando llegó el momento de actuar, sus ideas eran nebulosas e incompletas. No tenía ni plan, ni bosquejo, ni ideas constructivas de

ninguna suerte, para vestir con la carne de la vida los mandamientos que él había tomado desde la Casa Blanca. El podía haber predicado un sermón acerca de cualquiera de ellos, o haber elevado una plegaria al Altísimo por su realización; pero él no podía hacer un plan para su aplicación concreta al estado actual de Europa.

No sólo no tenía proposiciones en detalle, sino que en muchos respectos estaba, quizás, inevitablemente, mal informado de la situación europea. Y no sólo estaba mal informado—lo que también le pasaba a Lloyd George—sino que su inteligencia era lenta e inadaptable. La lentitud mental del Presidente, entre los europeos era notoria. El no podía en un minuto agarrar lo que el resto decía, hacerse cargo de la situación con una mirada, formular una réplica y acomodarse al terreno mediante un ligero cambio de posición; y por consiguiente, estaba expuesto siempre a salir derrotado por la mera rapidez, sagacidad y agilidad de un Lloyd George. Muy raras veces ha podido haber un estadista de primera fila más incompetente que el Presidente en las "conferencias" del Consejo. A menudo llega un momento en que la victoria positiva es nuestra si, por alguna leve muestra de posesión, puede no dejar a salvo el amor propio del contrario, o congraciarse con él mediante una reiteración de nuestro caso que lo haga aparecer beneficioso para él y no perjudicial para uno en nada que sea esencial. El Presidente no estaba equipado con esta sencillez y ágil destreza. Su mente era demasiado lenta y ayuna de recursos para estar lista ante cualquiera eventualidad. El Presidente, si, era capaz de elavar sus talones en tierra y negarse a ceder una pulgada, como hizo en el de Finne. Pero no contaba con otro modo de defensa, y bastaba, por regla general, un poco de maniobra para que sus adversarios lograran que las cosas no llegasen a ese extremo hostil y con arriancienso tarde. Con complacencia se involucra al Presidente hasta hacerse perder terreno, pasaba el momento de elavar los talones en tierra, y antes de que advirtiera adonde se le había llevado, ya había pasado su hora. Además, era imposible que un metras otro de conversación íntima, y aparentemente cordial, entre socios bien avenidos, diese ocasión para estar elavando los talones en tierra todo el tiempo. La victoria sólo habría sido posible en tales circunstancias a alguien que hubiera tenido siempre una noción suficientemente clara de la situación general para poder reservar sus mmoiones y estar alerta para los raros momentos en que

caían actitudes decisivas. Y para esto el Presidente era demasiado lento de inteligencia y poco despierto.

El no le buscó remedio a estos defectos procurándose la ayuda de la sabiduría colectiva de sus lugar-tenientes. Había reunido en torno suyo, para los capitales económicos del Tratado, un grupo de muy eficientes hombres de negocios, pero éstos eran inexactos en cuestiones públicas y, con sólo una o dos excepciones, sabían tan poco de Europa como él mismo, y aun así sólo se les llamaba en consulta regularmente cuando los necesitaba para algún punto muy especial. De este modo, la inaccessibilidad que le había salido bien en Washington la conservaba en París, y la reserva anormal de su carácter no le permitía venir junto a él a nadie que aspirase a igualdad moral, o a un ejercicio continuo de influencia. Sus compañeros plenipotenciarios eran maniques; y hasta su íntimo y íntimo amigo el Coronel House—dotado de un conocimiento mucho más grande de los hombres y los asuntos de Europa que el Presidente y de cuya sensibilidad el embolamiento del Presidente se había aprovechado tanto—pasó a segundo término en el curso de poco tiempo.

Todo esto era alentado por sus colegas en el Consejo de los Cuatro, quienes, mediante la interrupción del Consejo de los Diez, habían completado el aislamiento que el propio temperamento del Presidente había iniciado. Y así, día tras día y semana tras semana, él consintió que le fueran releyendo, dejándole sin apoyo, sin consejo, completamente solo entre hombres más astutos que él y en circunstancias de suprema dificultad, cuando hubiera necesitado para triunfar toda suerte de recursos y de alientos. El se prestó a ser envuelto en su atmósfera, a debatir tomando por base los planes y los datos de ellos, a dejarse conducir por sus caprichos.

Estas y otras varias causas combinadas fueron las que trajeron la situación que siguió. El lector no debe perder de vista que el proceso que aquí se trata de describir en unas pocas páginas tuvo lugar lentamente, gradualmente, insidiosamente, en un período de unos cinco meses.

Como el Presidente no tenía nada pensado de antemano, el Consejo estaba generalmente trabajando sobre la base de una minuta francesa o británica. El tenía, pues, que adoptar una actitud persistente de abstracción, de crítica y negación, si iba a tratar de ajustar la minuta a sus ideas e intenciones. Si en algunos puntos se le trataba con aparente generosidad (pues siempre había

un ancho margen de indicaciones enteramente desahelladas que nadie tomaba en serio), era difícil para él no edder en otras la transacción era inevitable, y no transigir jamás en lo esencial se hacía muy difícil. Además, pronto se le hizo aparecer como tomando la parte de Alemania y prestándose a la imputación (que él tenía y desdichadamente tomó en serio) de ser pro-alemán.

Después de un derroche de principios y actitudes dignas en los primeros días del Consejo de los Diez, él descubrió que habían algunos puntos muy importantes en el programa de sus colegas franceses, ingleses e italianos, según el caso, acerca de los cuales no podía soñar en salirse con la suya por los métodos de la diplomacia secreta. ¿Qué era pues lo que había que hacer como último recurso? Él podía dejar que la conferencia se fuese arrastrando interminablemente, mediante el ejercicio de la mera obstinación. Él podía romperla y regresar a América lleno de furia, sin haber llegado a nada concreto, o podía intentar una apelación al mundo sobre la cabeza de los delegados. Estas eran las únicas alternativas posibles, contra cada una de las cuales podía decirse muchísimo. Eran también muy peligrosas... especialmente para un político. La errónea política del Presidente cuando las elecciones para Representantes al Congreso había debilitado su posición personal en su propio país y ya no había la menor seguridad de que el público americano le secundase en una actitud de intransigencia. Esto significaría una campaña en la que las cuestiones serían obscuras por toda suerte de consideraciones de partido y personales; ¿quién podía predecir que la razón triunfaría en una contienda que seguramente no habría de ser decidida en sus méritos? Además, cualquier ruptura abierta con sus colegas desencadenaría seguramente sobre su cabeza las ciegas pasiones de los rencores antialemánicos con que todavía se mantenía inflamados a los públicos de todos los países aliados. Estos no tendrían equanimidad bastante para ver la cuestión desde el punto de vista de la moralidad internacional y de un más acertado régimen europeo. El grito que se alzaría sería simplemente que, por varias razones egoístas y siniestras, el Presidente quería edejár suelto al Hunco. Podría asegurarse en él sería lo voz casi trunfante de la prensa francesa e inglesa. Así, pues, si él lanzaba el guante públicamente, podía salir derrotado. Y si era derrotado, ¿no hubiera sido la paz final mucho peor que si trataba de retener su prestigio y de sacar el mejor partido que las limitaciones de la política europea le permitieran? Pero, so-

bre todo, si él era derrotado ¿no perdería su Liga de Naciones? ¡Y no era ésta, al fin y a la postre, la más importante cuestión para la futura felicidad del mundo. El Tratado sería alterado y suavizado con el tiempo. Mucho de él que ahora parecía tan capital, se convertiría en trivial, y mucho que era exagerado e impracticable, por esta misma razón nunca tendría lugar. Pero la Liga, aun en una forma imperfecta, era permanente; era el primer ensayo de un nuevo sistema de gobierno del mundo; la verdad y la justicia en las relaciones internacionales no se podrían establecer en unos pocos meses, debían ir surgiendo, en su debido tiempo, una lenta gestación de la Liga. Clemenceau había sido lo suficientemente listo para dar a entender que él aprehendía con la Liga a cambio de un premio.

En esta crisis de su destino el Presidente era un solitario. Cogido entre las redes del viejo mundo tenía gran necesidad de simpatía, de apoyo moral, del entusiasmo de las masas. Pero, sepultado en las conferencias, sofocado por la cálida y envenenada atmósfera de París, no llegaba hasta él ningún eco del mundo exterior, ningún latido de pasión, de simpatía o de aliento de sus calidos comitentes de todos los países. El senlla que la flama de popularidad que había acogido su llegada a Europa estaba ya apagada; la prensa de París le disparaba abiertamente sus sarcasmos; sus adversarios políticos en casa se aprovechaban de su ausencia para hacer atmósfera contra él; Inglaterra estaba fría, crítica y recelosa. Él había formado de tal modo su séquito, que lo recibía ya, por conducto particular, aquella corriente de fe y de entusiasmo cuyas fuentes públicas parecían represadas. Él necesitaba, pero carecía, de la fuerza adicional de la fe colectiva. El terror alemán estaba todavía suspendido sobre nosotros y hasta el público simpatizador era muy cauteloso: no debía alentarse al enemigo, había que apoyar a nuestros amigos; este no era el momento para agitaciones y discordias; había que esperar que el Presidente hiciera cuando estuviera en sus manos... Y en esta onda fría, la flor de la fe del Presidente se iba marchitando.

Pero, tan pronto como hubo tomado el camino de las transacciones, los defectos ya indudados de su carácter y de su equipo, se hicieron fatalmente visibles. Él podía adoptar las grandes actitudes. Podía practicar la obstinación; podía escribir notas desde el Sinaí o el Olimpo; podía permanecer inaccesible en la Casa Blanca y hasta en el Consejo de los Diez, y conservarse ileso. Pero, tan-

pronto penetró en la íntima igualdad de los Cuatro, la partida estaba perdida.

Entonces fué que se convirtió en un peligro lo que he llamado su temperamento teológico o presbiteriano. Habiendo resuelto que eran inevitables algunas concesiones, él pudo haber tratado de obtener, mediante habilidad y energía y el uso de la fuerza financiera de los Estados Unidos, lo más que hubiera sido posible de la sustancia, aun con algún sacrificio de la letra. Pero el Presidente no era capaz de llegar a una inteligencia tan clara consigo mismo como este proceder exigía. Era demasiado concienzudo. Aunque ahora eran necesarios los tanteos y transacciones, se mantuvo siendo un hombre de principios inflexibles y concienzudo hasta obligatorio para él. Él no haría nada que fuese deshonesto; no haría nada que fuese contrario a su gran profesión de fe. Y así, sin flaquear en el acatamiento verbal de los Catorce Puntos, éstos se convirtieron seguidamente en un documento sujeto a glosas e interpretaciones y a todo el aparato intelectual del autoengaño con que los antepasados del Presidente se habían persuadido a sí mismos de que la conducta que ellos creían necesaria en cada caso estaba perfectamente acorde con esta sílaba del Pentateuco.

La actitud del Presidente para sus colegas había llegado a ser, la siguiente: yo deseo emplearme todo cuanto pueda, en todo cargo de sus dificultades y quisiera poder estar de acuerdo con lo que proponen; pero no puedo hacer nada que no sea justo y correcto, y ustedes ante todo tienen que mostrarme que lo que desean sea en realidad bajo las palabras de los mandamientos que tanto me obligan. Y entonces dió comienzo aquel tejido de sofistería y de exégesis jesuítica que iba finalmente a revestir de insinceridad el lenguaje y la sustancia de todo el Tratado. Los más sutiles sofistas y los más hipócritas leuleguyos comenzaron a actuar, produciendo muchos ejercicios ingeniosos que hubieran engañado por más de una hora a cualquiera hombre más listo que al Presidente.

Y así, en lugar de decir que al Austria alemana le quedaba prohibido unirse con Alemania, salvo mediante el permiso de Francia (lo que hubiera sido contrario al principio de la propia determinación), el Tratado, con refinada habilidad enrialeosa, declara que "Alemania reconoce y está dispuesta a respetar estrictamente la independencia del Austria dentro de las fronteras que puedan establecerse en un tratado entre esta nación y las principales naciones aliadas y asociadas; y reconoce asimismo que esta independencia

será eliminables, salvo con el consentimiento del Consejo de la Liga de Naciones"; lo que suena, pero no es, completamente diferente. ¿Y quién es capaz de adivinar si el Presidente no había olvidado que en otra parte del Tratado se dispone que a este fin la decisión del Consejo de la Liga debe ser unánime?

En lugar de darle Danzig a Polonia, el Tratado establece que Danzig será una ciudad libre, pero incluye esta diñre ciudad dentro de las fronteras aduaneras de Polonia, confía a Polonia el control de sus transportes fluviales y ferroviarios, y dispone que "el gobierno de Polonia tendrá a su cargo la dirección de las relaciones exteriores de la ciudad libre de Danzig, de igual modo que la protección diplomática de los ciudadanos de dicha ciudad en el exterior".

Al colocar el sistema de los ríos de Alemania bajo el control extranjero, el Tratado habla de declarar internacionales aquellos "sistemas fluviales que naturalmente proveen a más de una nación de acceso al mar, con o sin transbordo de un barco a otro".

Y estos ejemplos podrían multiplicarse. El honrado y explicable empeño de la política francesa de limitar la prohibición de Alemania y debilitar su sistema económico, se envuelve, en obsequio al Presidente, en el lenguaje augusto de la libertad y de la igualdad internacional.

Pero, quizás, el momento más decisivo en la desintegración de la posición moral del Presidente y la confusión total de su ánimo, llegó cuando al fin, con asombro de sus consejeros, se dejó convencer de que los desahellos de los gobiernos aliados en lo tocante a todas las pensiones de guerra podían en justicia ser considerados como "un daño hecho a la población civil de las naciones aliadas y asociadas, mediante la agresión alemana por tierra, mar y aire" en un sentido en que los otros gastos de la guerra no podían ser así estimados. Fue una larga lucha teológica en la que, después de rechazar muchos argumentos, el Presidente acabó por capitular ante una obra maestra del arte del sofisma.

Al fin la labor se terminó; y la conciencia del Presidente permaneció intacta. A despecho de todo, ya otro que su carácter le permitió salir de París en el estado de ánimo de un hombre perfectamente sincero; y es probable que esté hasta hoy genuinamente convencido de que el Tratado no contiene en realidad nada contrario a sus declaraciones anteriores.

Pero la obra quedó demasiado completa y a esto se debe el último episodio trágico del

drama. La réplica de Brockdorff-Rantzau inicialmente partió de la base de que Alemania había rendido sus armas sólo mediante ciertas garantías y que el Tratado en muchos aspectos no estaba de acuerdo con estas garantías. Pero esto era precisamente lo que el Presidente no podía admitir; en horas de contemplación solitaria y de preces al Altísimo, él se había dicho a sí mismo que no había hecho nada que no fuese justo y oportuno; para el Presidente admitir que la réplica alemana poseía alguna fuerza, equivalía a destruir el respeto de sí mismo y quebrantar el íntimo equilibrio de su alma; y cada uno de los instintos de su obstinado carácter se rebeló en defensa propia. Insinuarle al Presidente que el Tratado era una deserción de sus profesiones, era lo mismo que tocar en el vivo de una herida. Era esa una cuestión imposible de debatir y todos los instintos subconscientes conspiraban para rechazar toda insinuación.

Y así fue como Clemencien había alzado el dedo que unos meses antes había parecido una proposición absurda e inaudita: la de que

no se oyesse a los alemanes. Con sólo que el Presidente no hubiese sido tan concienzudo, con sólo que no se hubiese ocultado a sí mismo lo que hacía, aun en el último momento estuvo en condiciones de haber recuperado el terreno perdido y obtenido un triunfo considerable. Pero el Presidente estaba rígido. Sus brazos y piernas habían sido entablillados por el cirujano hasta dejarles en cierta postura fija, y había que romperse antes que permitir ningún cambio. Con inmenso horror, Mr. Lloyd George mismo, deseso en el último momento de obtener toda la moderación posible, descubrió que él no podía en cinco días persuadir de error al Presidente en lo que había costado cinco largos meses convencerle de que era justo y equitativo. Después de todo, era más difícil desembarcar a este viejo presbiteriano que lo había sido embaucarle, pues lo primero envolvía su erección en sí mismo y su respeto a sí mismo.

Así fué como, en el último acto, el Presidente, más firme que una roca, se negó a toda conciliación.

## Juventud conservadora

CARMELO M. BONET

(De la revista argentina "Clarín")

Cuando un hombre ya viejo se acerca a las ideas de su mocedad, se declara tradicionalista y enemigo de todo experimento innovador; el hecho no nos extraña, nos parece un fenómeno tan natural como la lluvia. Los psicólogos nos han referido las causas físicas del mimetismo en los viejos, y aun cuando puedan presentarse excepciones tan brillantes como la de Anatole France, aceptamos, en general, esa explicación y soportamos con piadosa tolerancia el conservadurismo senil. ¡Quién sabe si a esa pobre huesa no irá a parar, con el andar de los años, toda nuestra juvenil audacia mental!

Cuando un ventrudo roncista vociferara contra los agitadores y difundidores de ideas avanzadas (tan avanzadas algunas como aquella de Pablo el Apóstol en su epístola a los tesalonicenses que si alguno no quisiera trahalar tampoco coma), y pide leyes de rigor para sofocar, inmisericorde, esa peste del maximalismo que, como la gripa, se extiende por todo el globo, encontramos tal actitud jupiterina perfectamente natural. Pues

si la influencia de los «filibusteros» de la Rusia bolshéviki creciera y dominara, el renista tendría que menearse, como todo hijo de vecino, y es humano que resista a semejante atentado a su libertad.

Cuando un periodista se declara conservador y defiende, desde las columnas del diario rojo, cosas tan estimables como el orden, la ley y la propiedad, y trata de arrancar al obrero de la «tiranía anarquista», aceptamos sin irritación esa actitud porque la sabemos determinada por una lógica oculta. Es natural que el periodista se declare conservador, puesto que, así, conserva su puesto y no corre peligro los garbanzos. El también es un pobre asalariado, una víctima de la opresión económica, víctima de las más lamentables, pues tiene el triste oficio de vivir elogiando sus propias endenas. Las otras víctimas tienen, siquiera, el pudor del silencio o el consuelo de la protesta.

Pero lo que repugna a la razón, lo que parece ir contra la naturaleza, es el espectáculo de la juventud que ha hecho profesión de

fe conservadora. Porque ello es confesar que se tiene reunidos la esclerosis mental del viejo, el vampirismo del rentista, la eborardia del mercenario intelectual. Por algo muchos conservadores usan como «camuflajes» el rótulo de «demócratas» y «progresistas».

Ser conservador significa estar conforme con el estado actual de la sociedad. Y no se explica esa conformidad, tratándose de hombres ahitos de savia, sino en cínicos exististas, en epicéiros de elib, en gozadores de privilegios inmerecidos, o en incoincientes y frívolos que jamás desde su poltrona han reparado en el dolor humano que los circunda.

La juventud, período de la vida el más propicio para los arreos generosos, para las feundas quijotadas, no se concibe sino iconoclasta, irreverente y transformista, y alimentando, como una lámpara votiva, la chispa interna de la rebeldía. Aprovechamos, entonces, este breve iris de la vida, desasido en concepcioes, para lanzar nuestra voz con infantil sinceridad. ¡Tan vez más adelante no podamos hacerlo! ¡Tantos parecían en el llano espíritus libres y hoy los vemos, en la altura, agarratados por el oportunismo! ¡Da frío pensar cómo la conquista de cuatro pesos o el empujarse un palmo, cambian la mentalidad de un hombre!

La juventud debe ser reformista, no porque el pasado carece de virtudes y en el presente sea todo imperfección, sino porque esa es la ley de la vida. El progreso es el fruto de una trágica lucha entre novadores y retardatarios. La sociedad se adormece y se estanca cuando la masa conservadora predomina, cuando el «llano» gredor de los hombres inquietos se envana ante la indiferencia y la modorra de los pueblos idiotizados. El

papel de la juventud es, pues, el de agitar la clarera a fin de que el agua corra y se aclare, y emigre la piara que vive de la podredumbre.

No importa la divergencia de juicios y de estrategia. No importa que para éstos las reformas deban ser graduales, escalonadas, ajustarse a un proceso de lenta maduración, a fin de que la breva caiga sola; y que aquellos, más impacientes, crean posibles, en materia social, las transformaciones catastróficas, las variaciones «per saltus». No importa que unos opinen que ante todo es menester trabajar en las conciencias, iluminar los espíritus entorpecidos, educar a las masas errilecidas; y que otros sostengan que lo primero es transformar la economía, modificar el sustrátum material de la vida, combatir la injusta distribución de la riqueza, pues la libertad del espíritu no es compatible con la esclavitud económica. No todos tienen el alma fuerte de Epíseto.

No importa, repetimos, la divergencia de juicios. Tal vez todos tengan una parte de razón. Lo esencial es el descontento generoso, el propósito viril de no engolfarnos totalmente en nuestros mezquinos intereses particulares, de buscar soluciones con toda buena fe, y si no las encontramos, de embanderarnos con los hombres superiores cuyos principios nos parecían más acorados con la verdad y la justicia.

Todo menos la quietud conservadora, la complacencia oportunista, la pasividad musulmana. Mientras existan entretijos en el mundo—y hay para rato—la juventud no tiene derecho al desahogo y llamarse conservadora es admitir una tánta complacencia con los aprovechados de esos entretijos.

## Los gobiernos por la fuerza son ridículos

GEORGE BERNARD SHAW

(Del "New York American")

La cuestión de Irlanda desde el punto de vista de los hombres de negocio

Todos los viejos y conservadores unionistas de Irlanda se dirán que lo que Irlanda necesita son unos cuantos años de un gobierno fuerte y decidido. Tienen razón de sobra.

El por qué han de limitar esta receta

a unos pocos años, como si Irlanda pudiese luego dejarse a merced de la anarquía, o de gobiernos irresolutos y débiles, yo no lo sé; y probablemente ellos tampoco lo saben; pero no puede haber duda en cuanto a la necesidad actual.

Irlanda necesita actualmente fuertes y resueltos gobiernos parlamentarios, y está ciertamente en mejores condiciones para so-

portar estos gobiernos que los ingleses, que en el fondo son todos anarquistas y están siempre dispuestos a sufrir todas las calamidades posibles si la única alternativa consiste en un buen gobierno. Los irlandeses no son así; ellos comprenden la ley y gustan de ella. Esto se ocha de ver en su vieja afición a los pleitos.

Un pueblo bastante importante del interior de Inglaterra puede pasársela bastante bien con sólo un abogado que lo visite dos veces por semana. Otro pueblo de la mitad de su importancia en Irlanda puede mantener en floreciente prosperidad a más de seis abogados.

Nosotros podemos apechugar con la ley bretona, con el derecho romano, con el derecho canónico y con cualquiera otra clase de sistemas jurídicos que podamos descubrir o inventar; todos aplaudidos los unos sobre los otros hasta formar una pirámide; mientras más, mejor. Nosotros estamos siempre dispuestos a enoñarnos con juramentos con tal que sea para disfrutar de un poco más de reglamentación. Nuestra objeción a ser castigados por Inglaterra con látigo, mece probablemente de que ello nos impide castigarnos a nosotros mismos con escorpiones.

Por consiguiente, bien podemos estar de acuerdo con los viejos unionistas aprobando de todo corazón la demanda de un gobierno fuerte y rustico.

¿Cómo lo hemos de conseguir!

#### La cooperación de los súbditos es necesaria

Todo aquel que no sea un idiota reconocerá—para empezar—que ningún gobierno puede ser fuerte, o estar en condiciones de gobernar, sin el consentimiento y cooperación de los gobernados.

Las leyes se hacen cumplir, no por medio de la policía, sino por medio de los ciudadanos, que llaman a la policía cuando se infringe la ley. Si los ciudadanos miran con complacencia las infracciones de la ley y escenden al infractor en lugar de denunciarlo, spaga y vámonos.

El Ejecutivo puede negarse por algún tiempo a reconocer este jaquemate. Si posee bastante fuerza, puede provocar un estado de cosas en que de cada cinco hombres del país uno sea espía, otro policía y dos soldados. Si posee suficiente dinero, puede poner en la cárcel a toda la población y allí meterla allí.

Pero esto no es gobernar; esto es mera oc-

rección, destructora de toda producción, incompatible con la prosperidad, igualmente ruinosa para el opresor y para los oprimidos. Así no se puede arreglar el país, ni mejorarlo, ni proteger la propiedad, ni garantizar la vida, ni realizar, en suma, ninguna de las funciones propias de un gobierno.

Tan evidente es esto, que la defensa de tal sistema de coerción por hombres cuerdos se consideraría como un designio manifiesto de aniquilar el país, designio cuya estupidez sube de punto cuando las circunstancias son tales que hacen imposible hasta para un Cromwell el mantener en pie tal sistema, de procedimientos.

Un gobierno puede gobernar sólo en cuanto el pueblo está dispuesto a dejarse gobernar, y ni una pulgada más. Puede disponer de tropas, y tanques, y aeroplanos, y bombas explosivas, en cantidad suficiente para exterminar a toda la población; pero ni aun así logrará gobernarla.

Cuando el hombre que desobedece sus órdenes y asesina a sus funcionarios puede confiar, para eludir el arresto, en que sus vecinos no le han de denunciar, y recibe de su director espiritual la seguridad de que hace bien en resistirse a la autoridad aun a tal extremo, ya pueden los gobernantes acuartelar tropas, fusilar, matanciar, arrestar y encañalar a cuantos ojan en actos de rebeldía; que así y todo no podrán mantener la paz, sino que, al contrario, la estarán perturbando constantemente. Y en cuanto a las medidas de carácter constructivo, la mera indicación es risible.

En una palabra, un gobierno así es lamentablemente débil, irritable, perturbador, se halla constantemente fuera de su juicio. Su fuerza le sirve de tan poco como la fuerza del toro en la arena; puede sacarle aquí las tripas a un caballo, revolver a un pindor allí y hasta coger al espada; si éste se tira a matar antes de que esté cansado, pero en ningún momento es dueño de la situación, y al fin y a la postre, por mucho que dure el asunto, su suerte está decidida.

#### Los ingleses tienen miedo de admitir esto

Todo esto suena como un fragmento de «La guía para ilustrar a los niños» y ya pide perdón al universo por hablarle así a gentes adultas como si ellas no estuvieran atoradas. Pero es el caso que los unionistas parecen que no lo saben; y los pobres ingleses, a quienes ellos intimidan tan escandalosamente, tienen miedo de reconocerlo así.

El Gobierno inglés en Irlanda se agarra de la aparente plausibilidad que le presta a su impotencia, el hecho de que los hombres civilizados saben que tienen que mantener cierto minimum de orden espontáneamente para que los negocios no se interrumpen del todo, y así se ve que los ladrones comunes son todavía denunciados a la Policía, aun que los rebeldes nunca lo son.

Cuando un rebelde es, por mera casualidad, sorprendido por las autoridades, éstas celebran mucho la conurrencia; ya puede el reo encañetarse su sombrero y «resistirse a reconocer la autoridad de la corte»; pero la corte puede inmediatamente arrecharle el sombrero, y ponerle esposas, y ultrajarle, encarecerle y revertarle, el triunfo es de las autoridades efectivas y la actitud del reo desesperadamente platinica.

¿Pero qué decir del hombre que ellos no han cogido ni cogieron nunca, del hombre que tiene un fusil y está dispuesto a usarlo, y a quien todo el mundo en el pueblo conoce, menos la policía y los militares, como un hombre surroto activo; el hombre que está suelto y gozando de la confianza de la fatua guarnición inglesa; al ver ésta que los ciudadanos están de parte de él?

El Gobierno inglés le tiene mucho apago al antiguo decir de que el conspirador irlandés es una figura de comedia; y en realidad ésta crítica es perfectamente cierta, siempre que se le limite a los Simon Tappertis, que constituyen sociedades y ligas secretas, se juramentan, beben en cráneos humanos si los encuentran, y quizás atraviesan con una bala el vientre de un policía bajo la impresión de que están dándole el golpe de muerte al imperio inglés.

Tales conspiradores se encuentran en todas partes entre ciertos esposos románticos. Simón Tappertis era inglés; y yo he conocido hombres que celebraban reuniones mensuales de ligas y de proletariados del mundo, con tres o cuatro personas, en los mismos años en que la prosperidad de Inglaterra crecía prodigiosamente, con aparato de presidentes, minutas, libro de actas, registro de tiranos por exterminar, etc.

El Gobierno llama nuestra atención hacia 10 «seinfestistas» atados cada con cada y no grita melodramáticamente: ¡alerta! Nosotros le llamamos la atención al Gobierno hacia un millón de «seinfestistas» que no están atados, ni es probable que lo estén, y le gritamos, menos teatralmente pero más sensatamente: ¡fuera de aquí!

Esta es una situación que no es buena para los negocios, para no hacer mención de otras cosas. Ningún hombre que tenga el plan de un negocio entre manos se siente seguro, o de que Sinn Fein se lo deje poner en práctica, o, caso de que se arregle con Sinn Fein, de que las autoridades militares no se lo echarán a perder. Las gestiones de negocios no pueden fácilmente ocultarse ni de la policía ni del pueblo y en uno y otro caso pueden ser, o prohibidas de arriba, o boicoteadas de abajo.

Todo aquel que intenta hacer algo que se salga de lo corriente, corre el peligro de que sospeche de él el Gobierno por considerarlo «seinfestista», y también los seinfestistas, por considerarlo como un «exterminador de la raza irlandesa».

#### Los negocios demandan orden

¿Qué se proponen hacer los hombres de negocio de Irlanda para salir de tal situación?

Ellos necesitan ley y orden, seguridad para sus gestiones y empresas, mercedas libres, libre tránsito, normalidad de relaciones con sus vecinos.

El Gobierno inglés carece completamente de medios para ofrecerles estas cosas. Sinn Fein se relame de gusto ante estas incertidumbres. El Gobierno no se da cuenta de las vicisitudes de los tales hombres de negocio, siendo como es demasiado caballero<sup>o</sup> para tener la menor noción de los negocios. Las cosas marchan de mal en peor; sin embargo, los hombres de negocio no despiertan; la Irlanda política es una especie de corona ignea con un centro opaco.

Todo esto parece tonto, ¿no es cierto? ¿Se resolverán nuestras cámaras de comercio a pensar en ello desde un punto de vista estrictamente de negocios? Si están satisfechas, nada más hay que decir en cuanto a ellas respecta. Si no, no sería bueno que se hicieran sentir un poquito?

Seguramente, tareas tan menudas, pero tan consumidoras de tiempo, como la administración de las islas contiguas a la costa británica, bien podrían quitárselas de encima a los hombres sobrecargados del Gobierno inglés, con sólo poner a Irlanda en línea con la Isla del Hombre y con las islas del Canal, y de este modo devolverle sus asuntos e instituciones locales.

Después de todo, la Isla de Sherry, en el Río Kunnare, está gobernada, no desde West

minster, sino por su propio rey, cuyo cuerpo de guardia, que consiste únicamente en un alerta y enérgico toro, rechaza invasiones y mantiene el orden mucho más efectivamente que la multitud de batallones de la Metrópoli, con todos sus tanques, aeroplanos, bombas y metralledoras.

¿Por qué no llamar, pues, «Devolución» a la ley de «Home Rules», y pasar ésta en segunda lectura por medio de un elocuente discurso que demuestre que la «devolución», muy lejos de significar la repudiación de la unión, constituye su consumación inevitable como «Unión de Corazones»?

Los nacionalistas votarían por ella por ser «Home Rules». Los unionistas votarían por ella por no serlo, y el público inglés aplaudiría la cosa como una hazaña más de sus estadistas, ya que la concepción popular inglesa del buen estadista es la facilidad para el onredo y la engañifa.

### Los irlandeses necesitan ser libres

Lo que los irlandeses desean es la libertad de su país.

Ahora bien, usted no puede hacer libre a un país o a un individuo sólo con redactar una lista de las cosas que se les va a consentir que hagan. La redacción de una lista semejante se llevaría cincuenta años cuando menos, cinco para ponerla en limpio y quince para discutirla en el Parlamento renegón por renegón. Y aun entonces seguiría siendo absurdamente incompleta, toda vez que tendría que abarcar todo cuanto es posible concebir como propio de la actividad humana y nadie recordaría ni la mitad de las cosas consensables.

Lo que puede hacerse es preparar una lista de las cosas que los hombres libres están siempre dispuestos a comprometerse a no hacer, a trueque de vivir en una sociedad estable donde sus personas y bienes estén protegidos, y de aquellas cosas que ellos están siempre dispuestos a hacer para darle vigor a sus pactos.

Un pacto de esta clase establece la libertad, no obligando a sus signatarios a que hagan determinadas cosas y a que no hagan otras determinadas cosas, sino dejándoles en libertad de hacer todo lo demás que se les antoje. Es precisamente para garantizar el orden y la paz para el ejercicio de esta libertad general, que ellos aceptan las limitaciones impuestas en el pacto general, y tan celosos son ellos de su libertad, que nunca incluyen en el pacto general la mitad de las cosas que debieran incluir.

He ahí por qué todo irlandés—y todo inglés—está hoy en libertad de hacer cosas por las cuales, en una comunidad organizada inteligentemente, merecería la horea. Hay crímenes, y muy serios por cierto, que nadie consiente que se incluyan en el Código penal porque todo el mundo espera cometerlos.

Este, sin embargo, no es el punto de que estoy tratando, que es el que la libertad de un hombre depende, no del número de las leyes que tenga que obedecer, sino en su radio de acción fuera de estas leyes. Si él no puede hacer nada sino lo que la ley expresamente autoriza u ordena, entonces es un esclavo, no importa cuán amplio sea el Código. Si puede hacerlo todo a excepción de lo que la ley expresamente le prohíbe hacer, él es libre, no importa lo draconiano que el código pueda ser.

Los niños que tienen que correr donde sus padres a pedirles permiso cuando quieren hacer algo, no son libres.

—Mamá, ¿podemos salir?

—¿Para qué quieren ustedes salir?

—Es sólo para ver pasar al Gobernador, madre.

—No; Dios libre que se atrevan a salir.

—Bien, mamá, ¿pero pueden salir Juanito y Pepito?

—¿Para qué quieren salir?

—Para tirarle piedras al cuartel de la policía, mamá.

—Ah! sí, que vayan, y tú también puedes ir con ellos, hijo, Pepito, no te olvides de tu zapatilla.

He ahí un diálogo de esclavos. El niño libre sale sin pedir permiso y aplaude a Lord French o le tira piedras al cuartel de la policía, según se le antoje. Por regla general hace las dos cosas.

Es virtualmente imposible impedirle a una persona viviente que haga nada sin permiso previo. Ni siquiera el niño y el marido dominado por su mujer podrían sobrevivir si no actuaran alguna vez sin órdenes previas.

Pero es completamente fácil esclavizar a un cuerpo legislativo y, por conducto de éste, a la nación para la cual legisla. La ley del Poyning esclavizó al parlamento irlandés desde el momento en que le prohibió hacer nada sin el permiso de la Corona británica.

### El remanente de poder denegado

Cuando se dio comienzo a la emancipación de los Dominios con la del Canadá, apenas se tomó en cuenta la cuestión de que de-

pende la libertad: la de qué parte ha de disfrutar de los poderes remanentes. Aquellos eran los días de la infancia de la democracia y así, los poderes remanentes se dejaron tínicamente a Inglaterra. Pero cuando le tomó el turno a la Australia, la ella demostró que ya había subido mucho. La mitad de Norte América se había desprendido de la Corona británica, y conquistado su independencia. Esto fué seguido de la revolución francesa y de una serie de reformas legislativas en Londres que derogaron las presunciones en que se había basado el arreglo con el Canadá.

Australia exigió los poderes remanentes y los obtuvo. Y ha hecho un asombroso uso de ellos, poniendo en vigor una gran cantidad de legislación obrera que jamás habría tolerado Londres, ya que allí no se soñaba todavía con tales cosas.

El Canadá se fué arrogando, pacífica e insensiblemente, todos los poderes remanentes. Si un abogado en Derecho Constitucional le decía al Premier del Canadá que el Canadá no tenía facultades para promulgar tal o cual medida, el Premier sólo tenía que preguntar: "¿Qué nos puede pasar si a pesar de eso la promulgamos?"

El abogado tenía que replicar que nada sucedería, sino que la medida se convertiría en ley, y que Inglaterra se la tragaría hasta de rodillas antes que incitar al Canadá a declarar su independencia o a unirse a los Estados Unidos.

Esto le permitió al Canadá atacar las industrias inglesas por medio de tarifas hostiles, con tanto vigor como Inglaterra había atacado las industrias irlandesas, sin miedo ninguno de que se le advirtiese que Inglaterra podía tomar la revancha en el acto exigiendo que el Canadá se limitase a hacer uso sólo de los poderes que le habían sido devueltos.

Pero si Irlanda se dejase llevar por el grito de «Home Rules a estilo de los Dominios», hasta aceptar una constitución basada en la primitiva del Canadá en lugar de la de Australia, Inglaterra quedaría en la mejor de las situaciones para burlarse de ella declarando «ultra vires» cualquier medida irlandesa que no estuviese expresamente consignada en una cláusula de la ley del «Home Rules».

La relación de todo esto con el «Devolución» resulta ahora, según espero, evidente. Para una nación que busca su libertad, la Devolución no significa otra cosa que "mi querido perrito, puedes llevarme el bas-

ton." Deja en Inglaterra todos los poderes remanentes y coloca sobre Irlanda la carga de todas las labores legislativas que la Cámara de los Comunes de Londres, por desmedido ocupada, o demasiado negligente, o demasiado estúpida, no pueda poner en vigor.

Esto se parece mucho a la doctrina, en el mundo industrial, de la participación en los beneficios, doctrina que no es más que un sistema ingenioso de hacer que el obrero se reviente trabajando sin quebraderos de cabeza para su patrón. Sería de tan gran ayuda para el Parlamento inglés como los servicios de un buen ayudante de Cámara serían para un señor de avanzada edad que hasta entonces se hubiera cepillado por sí mismo la ropa.

Pero para Irlanda constituiría una agravación de su esclavitud y un aumento de la misma, ya que la afiligrina con la carga de su propio gobierno sin la libertad de gobernarse a sí misma a su antojo. Deseargaria a Inglaterra y cargaría a Irlanda sin que la carga fuera de ésta. Y la respuesta inevitable de Irlanda es: "A otro perro con ese hueso."

Si hemos de seguir perteneciendo voluntariamente a la comunidad británica, hemos de seguir exactamente en las mismas condiciones que Inglaterra. Primero, debemos ser tan libres como libre es Inglaterra, esto es, dispendremos de nuestra vida nacional a nuestro gusto y en la forma que se nos antoje, en todo aquello que no esté expresamente reservado en nuestro pacto con el imperio inglés. Ese pacto nos obligará, tanto como obligará a Inglaterra y a los Dominios, a hacer determinadas cosas, a dejar de hacer ciertas otras cosas y a aceptar una división específica del trabajo en toda labor de carácter público que se considere necesaria o conveniente para los fines del organismo total.

Fuera de este pacto, nuestras relaciones con Inglaterra serán las mismas que las de Francia con Inglaterra, o los Estados Unidos con Suiza; esto es, las relaciones de un hombre mayor de edad con otro hombre mayor de edad.

Lo que se incluye dentro del contrato dependerá de los arreglos que se convengan; pero las relaciones que en él se establezcan entre Irlanda e Inglaterra serán las establecidas por el contrato australiano, si difieren de las establecidas en el contrato original canadiense en cuanto a los poderes remanentes. Así pues, señora Devolución, adiós. Sírvase no volver más por aquí.

## ¿Por qué debemos dejar quieto a Méjico?

JOHN KONNETH TURNER

(De "The Nation")

A cada noticia de disturbio, mala administración, desilusión, confiscación, homicidios u otros desastres, especialmente si figuran en ellos como víctimas súbditos americanos, se asustan ahora llevar al ánimo de las gentes que estamos de algún modo obligados a enviar fuerza armada a Méjico para poner en orden nuestros asuntos allí. Se nos dice que debemos enviar un ejército a Méjico para proteger las vidas americanas. A esto se puede contestar que con tal proceder no protegeríamos las vidas americanas, sino que las sacrificaríamos. No sólo las vidas de los americanos que hay ahora en Méjico correrían mayores riesgos que antes, sino que hay múltiples razones para creer que caerían muertos más americanos en el campo de batalla que el número total de americanos residentes actualmente en aquel país. Podríamos contestar también que los americanos están ahora razonablemente seguros en Méjico, y lo han estado siempre. El actual gobierno mejicano no mata a los americanos, ni incita al pueblo a matarlos. Teniendo en cuenta nuestras varias invasiones de aquel país, la ausencia de disturbios anti-americanos es algo que asombra. Algunos americanos han sido muertos, pero casi todos lo han sido por bandoleros de apartadas y solitarias regiones donde se han empeñado en internarse, muchas veces contra el Consejo del gobierno mejicano y hasta del gobierno americano.

La lista de americanos muertos en Méjico en un período de ocho años, publicada por nuestro Embajador en Julio, daba un total de 217. Este número incluye a los miembros de nuestras fuerzas militares que han sido muertos durante nuestras varias invasiones. Incluye americanos que han formado parte de fuerzas rebeldes mejicanas. Incluye americanos que han sido muertos por ciudadanos americanos. Incluye americanos que fueron muertos, probablemente, por miembros de una fuerza rebelde pagada y sostenida por corporaciones petroleras americanas. Incluye americanos asesinados en un rapto de cólera por un escaecillo de bandidos que fue apoyado y luego abandonado por el Gobierno de los Estados Unidos. Durante estos mismos ocho años, los asesinatos de americanos, mejicanos y otros ciudadanos, en nuestro propio país, se elevan a miles. Figuran entre estos 400

linchamientos, un número de sangrientos motines raciales y numerosos homicidios cometidos como incidentes de robos. Abarcan éstos un número mucho mayor de mejicanos muertos por americanos que el número de americanos muertos en el mismo período en Méjico (por supuesto que el número de mejicanos en los Estados Unidos es muchas veces mayor que el número total de americanos en Méjico). Después del ataque de Villa en 1916, numerosos mejicanos pacíficos, laboriosos e indefensos, muchos de ellos propietarios de pequeñas fincas al lado de acá de la frontera, fueron asesinados por patrullas de policias, milicias leales y otros elementos empeñados en "hacer que los mejicanos paguen las fechorías de Pancho Villa" o en "hacer de este un país de hombres blancos." De acuerdo con el informe de un investigador nombrado por el Coronel H. J. Slocum, del ejército americano, informe fechado en Febrero 12 de 1918, "el número de víctimas así sacrificadas en el Sureste de Texas, por fuerza de paz que se han arrogado las facultades de un tribunal de justicia, probablemente no será sabido jamás, aunque entiendo que el abogado P. C. Pierce tiene una lista que contiene uno trescientos nombres." Este informe fué impreso íntegro en Abril de 1918 y apareció en la «Mexican Review» publicada en Washington.

Mientras nosotros no demos entera protección a las vidas mejicanas en territorio americano, ¿cómo podemos exigir que Méjico dé entera protección a las vidas americanas en territorio mejicano? Mientras nosotros seamos incapaces de proteger plenamente las vidas americanas en territorio americano, ¿cómo podemos esperar que se protejan plenamente las vidas americanas en territorio mejicano? El modo de proteger las vidas americanas consiste en protegerlas, no en sacrificarlas. Lo que los intervencionistas nos están pidiendo es que sacrificemos las vidas americanas bajo el pretexto de protegerlas. Es obvio que los intervencionistas no pueden abrigar tal celo por la protección de las vidas americanas como tales; cualquiera ve que la protección de las vidas americanas no es la verdadera cuestión.

Pero entonces ¿cuál es la cuestión verdadera? ¿Son los principios? ¿Es cuestión de

principios que América esté obligada a hacer uso de su fuerza armada para proteger la vida de los ciudadanos americanos en otros países, sin tener en cuenta para nada hasta qué punto está en condiciones de protegerlas dentro del propio país? Se están haciendo toda clase de esfuerzos para llevar este punto de vista al ánimo del público. Pero, al igual que los otros argumentos intervencionistas, no resiste al más ligero examen. Si asumimos esta obligación en cuanto a nuestros compatriotas, tendríamos que conceder que nuestros vecinos tienen el derecho a asumir en cuanto a sus propios súbditos. ¿Podríamos conceder el derecho de Italia a enviar un ejército a Pennsylvania para proteger a los huelguistas italianos de ser asesinados por los carabineros del cruce del acero? ¿Hacer esto equivaldría a un abandono de la soberanía americana. Es una función de gobierno en los Estados Unidos el proteger la vida de los extranjeros, de igual modo que la de los naturales, hasta donde sea posible. Es una función de Gobierno en Méjico el proteger la vida de los extranjeros, al igual que la de los naturales, hasta donde sea posible. No hay gobierno sobre la tierra que pueda desempeñar satisfactoriamente esta función. Si ocurre que un gobierno puede, durante un período, desempeñarla un poco mejor que su vecino, esto no le da ningún derecho a extender su autoridad al territorio del vecino. Es dudoso, sin embargo, que las vidas mejicanas estén más seguras en Texas que lo están las vidas americanas en Méjico. Pero de lo que no hay duda es de que hay otros países en que los americanos están habitualmente más seguros que los extranjeros lo suelen estar en los Estados Unidos. Es una doctrina inmoral la que sólo se puede aplicar por un solo lado. De la misma manera que nosotros estamos obligados a mantener nuestra propia soberanía, lo estamos también, bajo toda consideración de derecho internacional y de ética, a respetar escrupulosamente la soberanía de nuestros vecinos.

Los ciudadanos americanos han tenido mucho tiempo disponible para poner a salvo sus vidas saliendo de las regiones peligrosas de Méjico. ¿Por qué permanecer allí? Sólo se ha dado siempre una contestación a esta pregunta; se han quedado allí por razones de negocio. En esta contestación está envuelta la verdadera cuestión. Por razones de negocio hay americanos que están dispuestos, no sólo a arriesgar la vida de sus empleados, y a veces hasta la de ellos mismos, sino también la vida de miles de otros americanos

que serían enviados a protegerlos. Imposible es negar este hecho. La explicación mejor, la más diáfana, de todo este intríngulis, la tenemos en el hecho de que la fuente matriz de la propaganda intervencionista no es ninguna institución humanitaria o filantrópica, sino una combinación de corporaciones bancarias, mineras y de otra índole cuya primera razón para existir no es otra que el llevar dinero para sí mismas. Por supuesto que los señores que hablan a nombre de esta combinación, exponen una variedad de argumentos destinados a convencer al público de que el interés de sus negocios particulares en esta materia es también el interés del público y hasta el interés del pueblo mejicano y de la humanidad. De otra manera no podrían ni pensar en llevar a cabo su programa intervencionista.

Se nos asegura con variedad de argumentos que podemos y debemos "restaurar el orden" en Méjico, "limpiar el país" de bandidos y estafadores, darles "buen gobierno" a los mejicanos y mejorar su condición económica; que, bien mirada, Méjico es "nuestra tarea inmediata bajo la doctrina de Monroe" y que si nosotros no obligamos a Méjico a cumplir sus "obligaciones internacionales," Inglaterra, o cualquier otro país, lo tendrá que hacer, convirtiéndonos a nosotros en diferencia con la última; que Méjico está en peligro de caer bajo la influencia de Alemania o del Japón, lo que constituiría una amenaza para nuestra propia seguridad. Se nos presenta a Cuba como un brillante ejemplo de cómo podríamos establecer un "gobierno estable" de nativos, y después retirarnos generosamente. Finalmente, se nos dice que la prosperidad general está en cierto modo comprendida en los intereses particulares de los americanos en el exterior y que estamos bajo la obligación de proteger esos intereses, cueste lo que cueste a los mejicanos o a nosotros mismos.

Todos estos argumentos se basan en suponerlos de una a otra clase; todos son falaces. Se nos dice que debemos enviar un ejército a Méjico para "restablecer el orden." Una réplica a esto es que el mal del desorden en Méjico ha sido considerablemente exagerado. Otra contestación es que todavía nosotros no hemos llegado a desempeñar satisfactoriamente la función de "mantener el orden" en nuestra propia casa y que las dificultades de mantener el orden en un país extranjero serían infinitamente mayores. Todavía esta contestación es que esfuerzos hechos en el pasado por nosotros para restablecer el orden en otros países, no dieron resultados muy brillantes.

Nuestra capacidad para restablecer el orden en Méjico dependería considerablemente de la clase de neogida que tuviéramos por parte de los mejicanos. Si nuestros esfuerzos fuesen acogidos con resentimiento y oposición—como lo serían seguramente—es evidente que inmediatamente habría un desorden mucho mayor que el que hubiese habido jamás. Tendríamos entre manos una guerra, para comenzar, y después de ella una situación de bandadaje, infinitamente más grave que la actual. Todo patriota mejicano se volvería eblandido, y tendríamos que acudir a métodos atroces para exterminar a los eblandidos.

La experiencia del presente y del pasado contradice cualquier teoría de que podríamos restablecer el orden dentro de un período razonable. Nosotros enviamos una expedición armada para capturar a Pancho Villa. Resultó un fracaso al cabo de once meses y sólo después de haber gastado cien millones de dólares del dinero del pueblo. Las tropas americanas han estado peleando, ilegalmente, para "restablecer el orden" en Haití desde Julio de 1915, y en Santo Domingo desde Mayo de 1916, pero el orden está lejos de haber sido restablecido en ninguno de estos países. Si no hemos podido "acabar con el bandadaje" en estos países llevándolo todo a punta de lanza, ¿cómo es posible esperar mejor suerte en una tentativa igual en Méjico cuyo poder de resistencia es incomparablemente mayor?

Se nos dice que podríamos "erigir un gobierno estable" sin una guerra de conquista. Pero si los mejicanos hicieran resistencia, ¿cómo podríamos dejar de apelar a una guerra de conquista antes de erigir cualquier clase de Gobierno? Habiendo erigido nuestro "gobierno estable" ¿por qué medios lo mantendríamos si no mediante una continua aplicación del mismo grado de violencia empleada para erigirlo? El gobierno que estableciéramos en Méjico, bien fuese administrado por mejicanos o bien por americanos, tendría que ser naturalmente un gobierno a gusto nuestro, esto es, que se ajustase a las miras de los líderes políticos y militares en cuyas manos estuviese el negocio, y especialmente a los intereses financieros que suministraron motivo para la empresa. La teoría de que podríamos retirarnos inmediatamente está basada en la presunción de que el Gobierno que estableciéramos satisfaría a los mejicanos. ¿Dónde está la base para esa presunción? Si los mejicanos hubieran deseado en clase de gobierno lo probable es que lo

hubieran establecido ya ellos mismos, y las discrepancias actuales no existirían.

Como ha podido ver todo el mundo, una de las aseveraciones favoritas de los intervencionistas es que los mejicanos no desean el gobierno que tienen actualmente. Una constatación concluyente a esto la encontramos en la historia de la subida al poder del gobierno actual. El partido de Carranza aleazó su posición predominante, no de una manera repentina y por virtud de un golpe militar, sino lentamente, echando abajo a un gobierno que se había posesionado de los recursos militares y económicos del país. El gobierno actual ha sobrevivido a conspiraciones y contra-conspiraciones, a revueltas personales y a contra-revoluciones apoyadas resacalemente por el dinero y la influencia del lido de acá de la frontera. Surgió al poder triunfalmente a despecho de la persistente enemistad de extranjeros influyentes y de la bestial intrusión de gobiernos extranjeros. Carranza (personalmente) no fué nunca un héroe militar ni un orador brillante; es avanzado en años; usa patillas; estuvo en relaciones con el viejo régimen. En sus circunstancias darían al traste con toda teoría de que el gobierno actual se elevó al poder por virtud de la personalidad de su jefe.

Derribado, pues, el actual gobierno, y una vez establecido nuestro gobierno estable, ¿qué sería de éste en el instante mismo en que tratáramos de retirarnos? O bien caería inmediatamente, o bien tendría que vérselas inmediatamente con una revolución. Resultaría, pues, inestable. Sólo podríamos asegurar su estabilidad permaneciendo allí y manteniéndole por la fuerza armada. La idea de que podríamos establecer un gobierno estable en Méjico y después retirarnos, es una ilusión. La idea de que podríamos permanecer y establecer un régimen que resultase beneficioso para el pueblo mejicano, es otra ilusión. No se comprende que pueda ser beneficioso para un país el matar a miles de sus más inteligentes y progresistas ciudadanos, que es lo que inevitablemente tendría que suceder.

Tampoco hay ninguna razón para creer que el gobierno que nosotros impulsáramos sería más honrado, democrático, o en cualquiera forma más beneficioso que el gobierno que hubiéramos derribado. Nuestros gobiernos en Haití y Santo Domingo son despotismos militares. No existe allí libertad de palabra o de prensa, ni libertad política de ninguna clase. En Nicaragua, que nosotros he-

mos tenido bajo nuestro control absoluto desde 1912, la situación es semejante. Nosotros hicimos el ensayo de establecer un ego bierno estable en esta «República hermana». El único modo que hemos encontrado de hacerlo estable es el de tener a la población constantemente bajo nuestros rifles. Bajo nuestro beneficio régimen los nicaragüenses no tienen ni libertad de palabra, ni libertad política de ninguna clase. Las elecciones ni caritativas, bajo la supervisión de las fuerzas americanas, han tenido tanto de farsa como las elecciones manipuladas en Méjico en los días más negros del despotismo de Porfirio Díaz. Los americanos gobernaron Veracruz durante siete meses, pero no dieron a los mejicanos prensa libre. El General Funston suspendió los periódicos mejicanos en Veracruz. No le hemos dado gobierno propio a Puerto Rico, ni a las islas Virgenes. En 1917 desembarcamos tropas en Cuba en apoc. yo de un gobierno que sólo se había mantenido en el Poder por el fraude.

Un americano prominente, al hacer la defensa de nuestra aventura haitiana, declaró: "Lo que aquellas gentes necesitan más que nada es que nosotros les enseñemos a vivir bajo un gobierno honrado. ¿Será este ser lo de New York o de San Francisco, de Pittsburgh o de Chicago, de St. Louis, o de St. Paul, de Philadelphia, Indianapolis, Cincinnati, o Terre Haute? ¿Será Representative, o Senator? ¿De dónde será que ha podido encontrar un gobierno honrado en los Estados Unidos?"

"Pero la Doctrina de Monroe lo menos que exige de nosotros es que obliguemos a Méjico a cumplir sus obligaciones internacionales a su deuda exterior? ¿La obligación de pagar a su deuda exterior? El gobierno mejicano no ha repudiado ninguna porción de su deuda exterior. Lo único que ha hecho es pedir a sus acreedores que esperen un poco. El Gobierno mejicano ha anunciado repetidamente su resolución de atender a todas las reclamaciones extranjeras legítimas, sean de la clase que sean. Varios de nuestros estados americanos han repudiado su deuda exterior en varias ocasiones y los teneedores de bonos en Inglaterra no han logrado todavía que se les pague. ¿Consentiríamos nosotros una ocupación militar de los Estados Unidos por los ingleses para el cobro de estas deudas? El argumento de que "la obligación internacional" se basa en una errónea apreciación del derecho internacional. Ann en el caso de que Méjico repudiase su deuda exterior e inaugurase una política general de nacionalización de la propiedad privada, en-

recería de justificación que la atacásemos por eso. Al emplear la fuerza para obligar a Méjico a cumplir sus obligaciones internacionales, estaríamos violando una de nuestras propias obligaciones internacionales, una obligación más grande que la que Méjico habría infringido; la obligación de respetar la soberanía mejicana.

Existe, sin embargo, una teoría popular en los círculos de los Grandes Negocios y en los campamentos de los partidos demócrata y republicano, enmascarada bajo el nombre de Doctrina de Monroe—algunas veces denominada la nueva Doctrina de Monroe—que quiere arrastrar a América por esa senda. "Nosotros necesitamos a Méjico"; esta es la madre del cordero, que sale a relucir, a veces, en esas mismas palabras. Este argumento depende, para hacer favorable impresión, de una confusión mental en cuanto a la aplicación del pronombre "nosotros". Si nosotros conquistáramos Méjico, una horda de mercedarios políticos afilaría sus dientes; oficiales de la Marina y del Ejército lograrían ascensos; los contratistas del Ejército y la Marina reventarían de gordos; las propiedades americanas en Méjico subirían de valor extraordinariamente; las oportunidades para las empresas lucrativas se multiplicarían. ¿Pero qué significaría todo esto para la inmensa mayoría de los americanos?

Tomo lo siguiente del testimonio de E. L. Doherty, un líder de la "Asociación Nacional para la Protección de los Derechos Americanos en Méjico," que goza también del privilegio de ser uno de los más grandes productores de petróleo mejicano (vista pública de los asuntos mejicanos celebrada por el sub-Comité de Relaciones Exteriores del Senado, página 254, Septiembre 11 de 1919):

"El Gobierno inglés vino entonces (cuando agarró a Mesopotamia), la necesidad de hacerse cargo, en bien de sus súbditos y 'para la mayor gloria del Imperio' de las grandes minas de petróleo, aun cuando tuvo que echar mano para ello de medios que podrían estimarse cuestionables, y yo afirmo hoy que los Estados Unidos deben apoderarse de estas industrias para su pueblo, de las tierras petrolíferas que han adquirido y están adquiriendo los americanos en todas partes, no debiendo consentirse en manera alguna que sean confiscadas por ningún gobierno, bien se trate del inglés, del mejicano, o de otro cualquiera."

Esta es quizás la expresión más plausible que es dable obtener de la teoría de convivencia nacional y de moralidad internacio-



nal de "agarrar cuanto se te anteje donde lo lialdes." Pero esta teoría envuelve algunas presunciones equivocadas. Aplicada al asunto de que tratamos, envuelve, en primer lugar, la presunción de que el petróleo mejicano es esencial a la vida de la nación americana. Esta presunción es absurda, toda vez que el petróleo doméstico americano se exporta en grandes cantidades y se derrocha en su proceso de producción en cantidades más grandes aún. Si el Gobierno de los Estados Unidos debe echar mano para sus industrias y para su pueblo de todas las minas de petróleo que encuentre, parecería evidente que debiera empezar por echar mano de las tierras que están ya bajo la bandera americana y en las que la guerra no es parte del proceso; que debiera mirar primero por la conservación efectiva del petróleo doméstico, que está siendo malbaratado precisamente por los mismos señores que nos presentan como un deber imperioso el agarrar el del vecino.

Al ir a la guerra para proteger las propiedades americanas en Méjico, tendríamos que gastar una cantidad mucho mayor del dinero del pueblo que el valor total de todas las propiedades que la guerra fuese a proteger. ¿No sería mejor, pues, para la nación, el comprarles a nuestros patrióticos ciudadanos que tienen inversiones en Méjico, el devolverles hasta el último dólar americano invertido, y no sólo el dólar que ha sido verdaderamente invertido, sino cada dólar que cualquier americano gastara que había invertido, antes que gastarles una suma igual y encima enviar docenas de miles de americanos y mejicanos a la muerte? Por supuesto que yo no estoy abogando por esta alternativa. Y es muy dudoso en verdad que estos patrióticos señores la aceptarían. Ellos exigirán el pago no sólo de sus inversiones, sino también de sus perspectivas que ellos van a más alta precio aun, y por las cuales creen justo que los demás arriesguemos el pellejo. Ellos no arriesgan el suyo ni lo arriesgan. Lo que ellos quieren es que los demás arriesguen el pellejo y además sus intereses para proteger sus perspectivas, bajo la absurda idea de que el patriotismo lo exige así.

La teoría de Doheny—que es sólo una forma de exponer la vieja teoría del imperialismo—presume que los intereses nacionales son algo distinto de lo que son. Presume que el Derecho internacional no es lo que es. Presume que la soberanía de un país se extien-

de a las personas y propiedades de sus ciudadanos donde quiera que estén, lo que no es verdad. Pasa por alto el hecho de que Méjico es una nación soberana y de que la nación mejicana, actuando por conducto de su gobierno, tiene absoluto derecho de dominio sobre los recursos naturales de Méjico; que tiene el derecho de administrar, someter a tributos y disponer de estos recursos como lo crea conveniente de acuerdo con sus propios ideas sobre el bienestar general y sin ingerencia ni autorización de ningún poder extraño. Despojada de retóricas, la teoría de Doheny equivale a esto: el Gobierno americano, en provecho de los capitalistas americanos, debe apoderarse en todas partes de todo cuanto crea conveniente, sin dársele un bledo de los derechos o intereses del pueblo americano, ni del pueblo de ningún otro país.

Contra todos los argumentos intervencionistas hay innumerables contestaciones terminantes. Una contestación que las comprenda es el lema bajo el cual nosotros nos declaramos inspirados al entrar en la guerra: "para hacer al mundo apto para la democracia." Precede que sea pensoso en este momento evocar esta declaración tal como fue enunciada por el Presidente de los Estados Unidos. Pero por muchas discrepancias que pueda haber entre las promesas del Presidente y sus actos, y fuesen cuales fuesen las causas de estas discrepancias, el Presidente no estaba solo al hacer profesión de alianza a estos principios. Las palabras del Presidente fueron referidas y repetidas por cada uno de los señores ricos y cada uno de los periódicos y cada uno de los políticos que ahora están pidiéndole a este país que apruebe un programa de intervención en Méjico, de igual modo que por cada uno de los otros que unieron su grito al de "hay que seguir al Presidente" o participaron de alguna manera en la propaganda de la guerra.

Por todo lo cual, una repulsiencia u olvido de estos principios por cualquiera de los que mostraron adhesión a ellos durante la guerra, no equivale a nada menos que a una confesión de haber participado deliberadamente en una conspiración de imposturas que dió lugar a la muerte de 75,000 jóvenes americanos en suelo extranjero, al terrorífico aislamiento de otros 250,000, al gasto de treinta mil millones o más del dinero del pueblo y al sometimiento de más de cien millones de habitantes a todas las formas del dolor y del sacrificio.

## Las cosas claras

MIGUEL DE UNAMUNO

[De la revista "España"]

Patrones y obreros se tienen declarada guerra civil. Y en ésta lo del pacto de Barcelona ni es ni puede ser más que una tregua. Y lo de que no ha habido ni vencedores ni vencidos es una tontería más o quiere decir que la guerra seguirá. Una guerra así no se acaba sino con vencedores y vencidos, con victoria y derrota. Y se acaba para que pueda empezar otra guerra, ya que la guerra, en una u otra forma, erenta o inerenta, es la condición necesaria de la civilización. Y lo que deben hacer los beligerantes es entenderse bien de los respectivos fines de guerra.

Decimos esto último porque parece que hay patrones tan ignorantes, tan pobrecitos—¡hemos a decir tan mentecatos—que se van al Instituto de Reformas Sociales—¡esta cataplasma!—objetando contra la jornada legal de ocho horas que no es, en el trabajo que ellos explotan, un trabajo excesivo el de ocho horas. No se han enterado de que los obreros no piden lo de las ocho horas porque más de este tiempo les parezca penoso para el trabajo, sino para que haya que ocupar más brazos, disminuya el ejército de reserva de los esquirols, amarillos o sarracenos, y suba el salario.

Un industrial, Mr. W., tiene una fábrica de producción continua, en la que no se interrumpe el trabajo ni de día ni de noche, y en la que ocupa a tres mil obreros divididos en tres equipos de a mil cada cual y que trabajan ocho horas, lo que hace entre los tres veinticuatro mil horas de trabajo. Si quedarán fuera de la fábrica tres mil obreros sin trabajo, posibles esquirols del oficio, los ocupados pedirían—y harían muy bien—la jornada de seis horas, y no porque crean que la de ocho es penosa sino para que haya que ocupar a los mil de fuera, ya que cuatro mil obreros en cuatro equipos de mil cada uno que trabajen seis horas hacen veinticuatro mil horas como los tres mil en ocho. Y subirá el salario.

Les queda otro recurso a los obreros, y es no hacer en las ocho horas sino trabajo de seis. Y es lo que están haciendo con una tática muy sabia.

Es que si trabajan menos, si la productividad decrece—contesta el patrono—el producto escasea y se encarece. Estas huelgas de brazos lánguidos no hacen sino encarecer

el producto y lo que es peor, disminuirlo. Esta ola de pereza...

Pues bien; no hay ola de pereza sino una fatiga de lucha. Y si el salario sube y disminuyen los esquirols no es la única solución posible aumentar el precio del producto. Hay otra, y es disminuir el beneficio del patrono y reducir la renta del medio de producción, de la máquina, el solar, de la fábrica, etc., hasta dejarlo reducido a cero. Y que el patrono, si realmente dirige la industria, si es técnico—industrial o mercantil,—si trabaja, en fin, gana el fruto de su trabajo y si más ni menos. Es decir, que sea en la fábrica un obrero más, aunque su trabajo valga más que el de otros.

¡Y aun disuaden ¡pobrecitos! la participación en los beneficios para los obreros! No quieren ver que a lo que se va es a la suspensión de la renta. Y por eso, con treguas como la del pacto de Barcelona, ni se acaba ni puede acabarse la lucha empeñada. Y en toda lucha hay que conocer mutuamente los adversarios.

¡Ola de pereza! ¡Ola de pereza! ¡Tontorrias! Entréguese a un sindicato obrero una fábrica, con su obrero director—lámeselo, si se quiere, patrono—que obre su trabajo y no más que él, y ya se verá lo que es la apuesta ola.

¡Que con eso de las huelgas de brazos lánguidos escaseen los productos—los hay que a ningún precio se encuentran—y sufran todos? ¡Sin duda! ¡Pero es la guerra!... Como con la obra de los submarinos alemanes durante la guerra hemos sufrido todos, incluso los alemanes. Ellos se han traído el hambre que pasan. A pesar de lo cual repetirán, y con razón, que la guerra submarina fue su manera de defenderse contra el bloque.

Las Compañías ferroviarias dicen que la jornada de ocho horas les obligaría a colocar nueve mil obreros más y que esto sería su ruina o encarecerían los transportes. Y no es este el dilema. O quedarían y se incenrarían el Estado de ellas, y siendo los transportes servicio público no importaba que no produjesen. ¡Pues pocos que son los servicios públicos que, en el estricto sentido económico, no son reproductivos! La enseñanza superior entre ellos. Si un servicio público no rinde lo que cuesta y se le cree útil o evor

veniente se le sostiene de otros tributos. Lo cosa no puede ser más clara. Y como hay enseñanza pública gratuita—la primaria—podrá llegar a haber transporte gratuito.

Todo esto lo decimos dejando de lado nuestras propias ideas al respecto, que ni son tan sencillas ni tan firmes como las aquí expuestas. Pero el que estas líneas escribe es un espíritu crítico y escéptico, que carece de convenciones al respecto y que odia todo dogmatismo, pero a quien le duele que en la lucha social entablada haya obreros y patronos que se empeñen en no enterarse de lo que se debate y se arguya contra la jornada de ocho horas, que para muchos oficios no es agotadora, y se diga la tontería de la ola de pereza y se crea en posibles armonías entre el socialismo y el capitalismo actual a base de renta privada de medios de producción.

Luchan como quieran y como puedan unos y otros contendientes pero hablen claro; no traten de engañarse y de engañarnos a todos, ni nos vengam con la necesidad de llamar "utopías" a lo que no les convence o "paradojas" a lo que no entienden. Con saberse bien los fines de guerra, de unos y de otros la guerra ganará no poco. Con lo que no ganaría España es con poner de caudillo de un bando, el de los patronos, a un La Cierva cualquiera o a otro abogado confesionario y embrollón por el estilo, de los que creen que el contrato de aparcería es un ideal de concordia en la industria agrícola. Porque la aparcería no suprime la renta del mero propietario de la tierra, que es el mayor haragán del mundo. Cabe arriego entre labrador y labriego, entre colono y jornalero, pero con el uso de la tierra que no es cultivador sólo cabe suprimirlo, señor Cierva.

CeDi



## Notas panameñas

### Ernesto T. Lefevre

Presidente de la República de Panamá

**D**ESDE hace unos días ocupa el delicado cargo de Presidente de la República de Panamá, por renuncia del Dr. Porras, que pasa a preparar sus armas de propaganda para su reelección, el conspicuo hombre público don Ernesto T. Lefevre.

Al consignar en estas columnas acontecimiento de tal magnitud para Panamá, nos complace mucho el poder anunciar que el señor Lefevre es hoy uno de las figuras hispano-americanas que más derecho tienen a la consagración de la simpatía popular.

Bas-a tratarle unos minutos para darse cuenta de que no es del gremio de esos adocenados estadistas de relumbón que se pavonean en nuestros escenarios políticos sur y centroamericanos. Lefevre carece de toda poses de hombre decorativo de corte académico o camilleresco. Es sencillo, campechano, afable sin calculados alabramientos, y tiene el certero instinto psicológico de los seres dotados de un fuerte manantial de simpatía humana.

Pero lo que más acentúa su personalidad es su sano y vigoroso aparato cerebral. En esto es verdaderamente hombre de excepción. Gracias a su fina y rápida comprensión, ha penetrado sin esfuerzo en la compli-

cada red de los problemas modernos y sabe, como pocos políticos de América, distinguir en estos problemas lo que es esencia de lo que es accidente.

Lefevre tiene, además, en su haber la rara condición de que hace política e interviene en la vida pública, no en pos de honores y emolumentos que a él le son indiferentes, sino por una honda, irresistible vocación. Su temperamento es de acción, de combate,

de hombre que ve en la vida, no un inactivo para la estéril contemplación o la mezquina delectación egoísta, sino una marcha, una ascensión perenne y fiel hacia regiones cada vez más luminosas y altas. En el inmenso y doliente peñón humano no ve un conjunto de ovejas por esquivar, sino una augusta aglomeración de vidas hermanas por guiar hacia el bienestar y la luz.

En esta hora crítica por demás, más crítica de lo que algunos creen, en que los ojos del mundo trepidan bajo la angustia de un combate a muerte entre las fuerzas del pasado y las del porvenir, creemos sinceramente que el advenimiento de tal hombre a la presidencia de la joven y progresista República, debe ser saludado jubilosamente como un gran bien para el desenvolvimiento político y moral de la comunidad.



## Noticias del mundo científico

### La electricidad rejuvenece

FEDERICO CALVO

La implantación de glándulas intersticiales no determina un rejuvenecimiento general.—Valiosa opinión del doctor Nascher sobre Voronoff, y el gran recurso de las corrientes eléctricas de alta frecuencia

El notable especialista de electroterapia, Doctor I. L. Nascher, cuyos tratamientos para combatir la vejez han venido conquistándole el respeto y la buena fama, hace una interesante exposición sobre lo que hay de cierto en las experimentaciones que viene practicando el cientista Voronoff con respecto a la implantación de glándulas intersticiales, procedentes de monos jóvenes en hombres envejecidos. Dicha exposición reviste una importancia que nosotros nos apresuramos a hacer conocer de nuestros lectores, ya que el problema de las tales implantaciones glandulares está llamando la atención general y prestándose también a las más groseras y ridículas consideraciones.

Opina el doctor Nascher que la preocupación por la perpetua juventud y por el perpetuo movimiento, son dos señalizaciones teóricamente imposibles y que intrigan por igual al higienista y al mecánico, respectivamente; sin embargo, muchos imposibles han resultado practicable en el tiempo.

En sentido estrictamente científico la edad se refiere no al tiempo vivido sino a las condiciones en que se halla un organismo, muy al contrario de lo aceptado por la opinión popular que estima la edad por los años vividos y no por el estado orgánico individual; de ahí que hayan muchos jóvenes realmente envejecidos y muchos viejos relativamente jóvenes.

La verdadera juventud es el estado saludable y ese estado es la resultante directa de

las buenas condiciones orgánicas, las cuales dependen a su vez de muchas circunstancias, a saber: alimentación completa, descanso necesario y reparador, vestidos adecuados y confortables, sueño completo y tranquilo, recreaciones y entretenimientos, sociabilidad sincera y franca, trabajo mesurado y remunerador y, en fin, todo aquello que determine un equilibrio completo entre las fuerzas de producción y de consumo, evitando los estragos del surmenaje físico y moral.

Sin embargo, a pesar de satisfacer todas estas necesidades de la vida, existen muchas otras causas que atentan contra ella y que no es fácil contrarrestar o anular por completo. La constante inhalación de polvo que están expuestos todos los mortales, siendo así que polvo existe en medio del océano, en la cumbre de las montañas y en los laboratorios de rigurosa asepsia, determina un desmejoramiento progresivo en nuestros aparatos pulmonares, formando en el tiempo obstrucciones en los conductos bronquiales y produciendo transformaciones más o menos inconvenientes. Los pulmones de un recién nacido son de color rosado, el cual va tornándose obscuro a la medida en que el polvo va invadiéndolos. Los pulmones de los campesinos se distinguen por un color gris verdoso, debido a que el polvo que respiran es de naturaleza vegetal, y los pulmones de los ciudadanos rusos casi negros o con pigmentos muy obscuros en áreas muy anchas, debido a la gran cantidad de carbón pulverizado que pulula en el ambiente de las grandes urbes.

Y lo más grave de esto es que como la acumulación de polvo en los pulmones se efectúa desde mucho antes de que hayan alcanzado su completo desarrollo, su superficie re-

sulta muy disminuida para las funciones respiratorias y la sangre no puede oxigenarse suficientemente con lo cual la vitalidad tiende a desmejorar progresivamente. Los músculos se relajan, las arterias se endurecen y pierden su elasticidad, disminuye la corriente circulatoria hacia las extremidades terminales de los órganos y, éstos, incapacitados para la completa nutrición, principian a envejecer al tiempo de la juventud.

La causa de la inhalación de polvo puede motivar por sí sola la vejez prematura y de allí la necesidad de muchos y muy especiales cuidados para evitar tal inconveniente hasta donde es posible.

En cuanto a los excesos hay que andar con inteligentes precauciones. Así, por ejemplo, los del comer, acumulan en el organismo se los y determinan eliminaciones innecesarias, que motivan aumento de trabajo orgánico y este aumento de trabajo es causa directa de degeneración y de vejez.

Entrar en el portador de las causas del desmejoramiento orgánico es tarea muy extensa para un artículo de revista. Lo dicho a este respecto sobra y hasta para notar que la implantación de glándulas intersticiales, tal como la practica el cientista Voronoff, no es el recurso decisivo de la juventud perpetua, desde luego que el fenómeno de la vida individual es limitado y perentorio y depende de muchas otras causas distintas de la maravillosa secreción de una glándula.

Es muy cierto que estas secreciones tienen un poder reparador, pero sobre los órganos correspondientes; así, por ejemplo, el suministro de bilis aumenta la actividad biliar del hígado, la secreción interna del bazo estimula la actividad de los intestinos. Extraerlos de la tiroidea contrarrestan las deficiencias de dicha glándula enferma, así como la secreción interna que ella produce determina la oxidación de sebo, y regula la actividad de las glándulas suprarrenales.

Pero no se olvide que todos estos fenómenos son artificiales y que, por lo mismo, no disfrutan de duración; el suministro hay que aumentarlo progresivamente hasta que llega el momento de su completa neutralidad reparadora.

Ahora, si se trata de la implantación de glándulas quirúrgicamente, claro se está que las nuevas tienen que correr las contingencias inconvenientes del organismo al cual han sido adaptadas, y si éste está tarado de vejez, muy en breve la glándula nueva quedará sometida al proceso degenerativo.

En todas las implantaciones se ha observado

bien pronto toma las características del organismo sin retener por lapso considerable las suyas propias. Un remiendo de piel blanca, por ejemplo, en un individuo de color, bien pronto se obscurece.

Las implantaciones glandulares de Voronoff han tenido por objeto restaurar la virilidad, pero nada se sabe de cierto sobre si el estímulo mental es consecuencial de la glándula directamente o si es el efecto psicológico de la anhelada restauración. Hace más de treinta años que Brown-Séquard, guiado por el mismo criterio de Voronoff, preparó sus inyecciones glandulares, cuya demanda y aplicación rindieron excelentes resultados pecuniarios; pero el 16 de Agosto de 1889, diez personas en Shamokin, Pa., sucumbieron a causa del tratamiento; estas defunciones y otras muchas debidas a la misma causa, hicieron que el élixir de vida de Brown-Séquard comenzase a quedar olvidado. El doctor Lydston de Chicago no ha muchos años que experimentó a semejanza de Voronoff, implantando glándulas humanas en vez de las de simios, sin haber obtenido resultados realmente ventajosos.

La restauración viril ha resultado en la mayoría de los casos más bien un efecto psicológico que la expresión real de una necesidad fisiológica; empero, como el deseo de la juventud es tan vehemente, ese solo impulso hace que el individuo endurezca su posición, comprima su saliente estómago, acuda a los masajes y cede mano de los recursos de la higiene, con lo cual logra efectivamente conseguir un mejoramiento, que dista mucho de ser una positiva restauración.

El élixir de la juventud ha sido buscado sin descanso desde tiempos inmemoriales, sin que hasta ahora hayamos podido encontrarlo. Brandt de Hamburgo, empeñado en esta investigación, descubrió el fósforo y pudo constatar que dicha sustancia efectivamente producía un gran estímulo espinal y anunció el mundo el descubrimiento de la salina Panacea.

Desde entonces, es verdad, todos los menajes y todos los remedios para restaurar el espíritu amoroso, contienen fósforo en combinación o en forma de lecitinas, tal como aparece en el cuerpo humano. El profesor Garner que ha hecho estudios muy interesantes sobre las especies simiadas en el África, dice que los nativos de aquel país usan las hojas de un árbol para recuperar la juventud. Los mexicanos usan la damiana con el mismo fin y muchos otros indios de la América del Sur tienen fe en los maravillosos resultados de la coca.

Desgraciadamente todos estos estimulantes tienen efectos contraproducentes, porque activan las energías orgánicas por un momento para luego redoblar su postración.

Recientemente se ha encontrado un método reparador que está dando muy alentadores resultados en el empeño del rejuvenecimiento, tal es el tratamiento por medio de las corrientes eléctricas de alta frecuencia, las cuales acrecientan las calorías del cuerpo, tanto en la superficie como en el interior, provocando un estímulo verdadero y constante en todos los procesos nutritivos.

Cuando se toman las manijetas o electrodos de la batería se siente un hormigueo y los músculos se contraen suavemente; al aumentar la fuerza el hormigueo y las contracciones musculares aumentan proporcionalmente hasta el punto de hacerse intolerables. Esta corriente llamada de Tesla o de D'Arsonval, es similar a la Parádica, pero el voltaje, resistencia y rapidez de las alteraciones son susceptibles de un enorme aumento. Aplicada con acierto no determina hormigueos ni contracciones musculares, sino únicamente aumento de calor. Conducida a dos puntos se produce un chisporroteo de algunas pulgadas de extensión a través del espacio que queda entre los puntos. Aplicada sobre el cuerpo las chispas producen una ligera sensación de calor.

Si en vez de puntos se usan grandes electrodos, el chisporroteo se aumenta con solo ponerlos cerca el uno del otro o cerca del cuerpo. Cuando éstos se aplican directamente sobre la piel, entonces las chispas no se producen, pero se establece una corriente que pasa al través del cuerpo, aumentando la temperatura de los tejidos comprendidos entre los electrodos.

La corriente de alta frecuencia aplicada en todo el cuerpo determina un aumento general de la temperatura y con ello la dilatación de todos los vasos y arterias; la sangre corre con facilidad y baña los más apartados confines del organismo con positivo provecho para los fenómenos nutritivos.

Es probable que la corriente de alta frecuencia ejerza muchas otras y saludables influencias sobre el organismo, pero nada más se ha comprobado hasta ahora. Las corrien-

tes de baja frecuencia tienen apenas electro-líticos y químicos efectos, estimulan los músculos y los nervios; pero cuando tales efectos no son producidos por las calorías de alta frecuencia no se producen calorías, que son las que realmente regeneran y rejuvenecen los organismos empobrecidos.

El procedimiento de Voronoff, según la opinión del doctor Nascher, tiende únicamente a rejuvenecer la capacidad viril, sin tener en cuenta que los órganos y las facultades frescas no pueden mantenerse dentro de la complejidad de un organismo tarado de vejez. Lo lógico y lo natural es tratar de rejuvenecer el todo y no una de sus partes y para ello no se conoce otro procedimiento que el de las corrientes de alta frecuencia a cuyo influjo mejora la circulación y con ella la actividad de los fenómenos nutritivos, que son los productores de juventud y de salud.

Es verdad que las glándulas de secreción interna juegan un papel importante en esta clase de fenómenos y que las vitaminas contienen secretos al respecto de invaluable valor, tal como lo hemos hecho saber a nuestros lectores, copiando la opinión valiosa de muchos científicos americanos y europeos; pero las experimentaciones del doctor Nascher, que hoy reproducimos con toda fidelidad, van más directamente sobre las causas que no sobre los efectos de la restauración juvenil.

La sangre es la vida, pero ella necesita de la constante oxigenación y de ciertas condiciones térmicas, y para ello se requiere de muy buenos y limpios pulmones. Así, pues, si llegamos algún día a poder extraer sin vivos estos órganos respiratorios para limpiarlos convenientemente y librarlos de las concreciones de polvo que los perjudican, habremos encontrado el elixir de la vida, no para prolongarla hasta más allá de lo posible, sino para conservarla en su estado normal por todo el tiempo de la natural existencia.

Mientras tanto, echemos mano de las corrientes eléctricas de alta frecuencia que recomienda el doctor Nascher, observemos los preceptos de la Higiene y evitemos el uso de los estimulantes y de todo aquello que tienda a simular la juventud ridícula y perjudicialmente.

## Nuestros Profesores de Idealismo en América

JULIO R. BARCOS /

APUNTES PARA UN ENLAYO CRÍTICO SOBRE LOS VALORES NEGATIVOS Y POSITIVOS DE NUESTRA CULTURA INDIO-ESPAÑOLA

### Guillermo Valencia: poeta culterano y aristócrata

#### XIII

¿Qué es el arte por el arte? Una sepiote mordióse la cola.

NIETSCHE

**Y**O fui uno de los muchos espíritus embrujados por la magia verbal de este príncipe del cinec literario que hace del verso castellado lo que Celini hacía de sus precisas joyas con los magníficos arabescos de su arte insuperado. Hace quince años, parecíame su libro «Ritos» la mejor cosecha lírica de la poesía española contemporánea, sin excluir al mismo Rubén Darío. ¿Que dominio del lenguaje y de la mecánica del verso; qué elegancia en los giros de la frase, qué mirífica visión orientalista de la vida, qué aristocrático donaire en la emisión del pensamiento y qué fuerza evocatrix en la expresión de las emociones! No era posible exigirle mayores dotes a un artista. Dos de sus poemas se habían pirgrabado en mi alma juvenil con preferente delicia: en su evocador composición «Los Camello» y su rebelde poema «Anarkas». El primero, ocurriárame fundido en el crisol de una suprema aristocracia espiritual; y el segundo, escrito de profano para superar el inmortal canto «A Stanfáns del sublime poeta italiano José Carducci.

Pero la magia se ha ido evaporando poco a poco juntamente con mis romanticismos trovadorescos de agua de azúcar. A medida que los fuertes y nobles ideales de la vida se iban alojando en mi alma y dando nacimiento al culto de las ideas, se iba volatizando ese otró culto a las formas etéreas con que gusta arroparse lujosamente, al igual de las mujeres mundanas y sin corazón, el falso

idealismo de los histriones del arte por el arte. Creo que lo que me ha pasado a mí con Guillermo Valencia le ha ocurrido a casi toda una generación intelectual hispano-americana. Aquel poeta fue un príncipe de la moda literaria que brilló y reinó un instante en los precisos momentos en que el modernismo artístico libraba batallas triunfales contra los clásicos y los neo-románticos de la última mitad de siglo pasado.

Era el momento álgido en que bajo el influjo del movimiento literario ultra-modernista francés, surgían por reflejo en el escenario intelectual de América cinco o seis grandes figuras de vigorosos relieves personales destinadas a hacer sentir su influencia en la literatura castellana.

Darío, Lugones, Amado Nervo, Alberto Guiraldó, Julio Herrera y Reaño y el mismo Guillermo Valencia, fueron los pontífices mágnos, los heresiarcas de este movimiento y lo hicieron con tal eficacia, que sus catecúmenos no tardaron en llenar España y nuestro continente. Todos los jóvenes eramos ionistas entonces, y los que estábamos inbuidos de ideales revolucionarios en Estética y en Sociología, teníamos el fervido convencimiento de que el arte sería el mágico instrumento de la ansiada paligenia social y que los modernos artistas formarían la gran columna de fuego incorporándose a la vanguardia de la humanidad, al lado de los héroes les apóstoles y los genios, para ser los primeros que fueran a golpear con su estro profético las puertas del futuro. Si el poeta es un producto biológico de selección humana, ¿cómo no habíamos de tener fe en él, para que fuese no sólo el resonante corazón de la

humanidad, sino también el oráculo de sus ideales y el heraldo anunciador de sus reivindicaciones?

¿Pero pasó el fragor de la batalla como esas tormentas eléctricas que suelen asosecar, nazse más allá de las nubes sobre las cimas de las montañas, sin rayos mortíferos ni lluvias fertilizadoras, para resultar, a la postre, que lo que creíamos una revolución de pensamiento no había sido sino una revolución de palabras. Es verdad que las empolvadas esbaldas de Academia, recibieron íntegro el cubaseo y que los cánones de la vieja escuela fueron rasgados y arrojados momentáneamente al olvido. Pero sólo habíamos asistido a una renovación de la forma y no del concepto esencial del arte. Habíamos desechado los odres viejos que pudieran contener el vino nuevo del moderno espíritu, porque habíamos preferido poner el vino añejo de las ideas rancias en los odres nuevos de la moderna Estética. En esta revolución prevaleció, pues, el espíritu reaccionario del conservatismo, no el espíritu renovador del siglo. Nuestros libertadores de la rutina, en arte, se iban a convertir una vez más, lo mismo que nuestros libertadores de la política, en nuestros tiranos. Ellos se encargarían de remanchar las cadenas de nuestra servidumbre intelectual para con las mentiras, los vicios, las iniquidades y las supersticiones que forman la atmósfera de inamoralidad e imbericia colectiva que nos envuelve en todas direcciones. Era, pues, el pasado que levantaba la losa del sepulcro, seudía el polvo de los siglos y rasgaba la vieja mortaja de los ideales, preferidos, para sobreviviese bajo el disfraz de las nuevas modas literarias. Hoy nos preguntamos: ¿en qué ha parado todo aquel ruido, aquellas polémicas entre modernistas y classicistas, aquel ruido por una metáfora o un vocablo (recuerdo que Roberto de las Carreras y Julio Herrera y Reissig rieron por la paternidad de un adjetivo en la prensa de Montevideo) dónde están y qué hacen hoy los gladiadores de toros?

Con excepción de Chiraldó y Lagunes que fueron talentos rebeldes a los cánones de la métrica y se mantuvieron después revolucionarios en el pensamiento, los demás profetas de este movimiento fueron todos ortodoxos ancestrales del tradicionalismo filosófico. Y el resultado es que nuestro continente estúpidamente como diría Baroja, se ha llenado de millares de oidoras literarias sin alma, sin ideales, sin inspiración y sin originalidad. Los mismos que se glorian de haber nacido del tiempo de Juan de Dios Peza, sin el talento de éste, los mismos trovadores borbleres que nos repiten la remanza sentimental de Pie-

rot y Artequín, los mismos cantores patrióticos que aburren con la eterna inusidez de sus eternos clarines y timbales, los mismos poetas críticos que a fuerza de ser ancestrales a veces llaman la atención y los mismos imitadores del perverso literario copiar copió el bourgeois, perfectamente idiota. No sé este movimiento, para el arte, lo que la Revolución Francesa para el Feudalismo; la abolición de las castas y de las viejas creencias, sino más bien el proceso reaccionario que llevó a ese mismo pueblo destructor de la Bastilla a la instauración del Imperio Napoleónico.

Hoy se puede y vale la pena tornar los ojos hacia aquellos tiempos de fiebre intelectual y artística. El gran Darío bajó al pantón de los inmortales consagrado como el Maestro de la poesía castellana. Amado Nervo se apagó como un arpegio bierno y melódico, pidiendo la luz del sol y entregándose luego en brazos de la Intrusa con una sonrisa de dulce conformidad en los labios. También camudeó la lira del autor de «Los Peregrinos de Piedras», el Beaudelaire uruguayo, Julio Herrera y Reissig. Chiraldó se dejó enamorar y poseer por la musa revolucionaria que ponía su beso de luz en la frente de los héroes y el Tabor de los apóstoles. Lígones, que es el que atesora los mayores dones del talento, ensayó todos los epíodos de la nueva Batálica; la abjeza ática de su ingenio libró su nivel en todos los jardines y probó golosamente de todos los panales sin esclavizarse a norma alguna. El tiempo se ha quejado en su torre de marfil. Lo veo empujado intelectualmente avisorando por sobre los hombros y las cabezas de sus contemporáneos la epopeya grandiosa de su siglo. ¿Y Guillermo, Valencia? ¿En qué ha culminado nuestro poeta del Cauca? ¿Qué se hizo el mago autor de «Elitos»? ¿Por qué se esterilizó su musa después del primer parto? ¿Qué uso ha hecho de su refinado ingenio o qué papel importante está jugando en la vida de su país? ¿Vive o vejea, está ciego, se quema o se pudre el exquisito raspado? ¿Se suicidó, tal vez, imitando al divino Petronio para no soportar por más tiempo la irritante presencia de la mediocridad erigida en César? Nada de eso. Lo único mediocre, desconcertante y vulgar, es la vida real de nuestro eximio poeta.

Veamos qué le debe la juventud intelectual de Colombia al señor Don Guillermo Valencia. ¿Qué ha hecho él para redimir a su país tan lleno de hombres ilustrados y mujeres inteligentes y exquisitas, tan tanta juventud letargada ávida de hacer penetrar la luz bienhechora de las ideas modernas en la vida social de aquella República todavía go-

bernada por una teocracia que hace de la cultura Colombia una seudral del Vaticano? Lo único que ha hecho ha sido consolidar con su palabra de orador y con su pluma de lovia del catolicismo el poder inquisitorial de la Iglesia Romana. Guillermo Valencia ha empleado sus inmensos talentos en sostener y afianzar en Colombia las ideas reaccionarias a través de una filosofía santarónica, como lo comprueban sus discursos parlamentarios en favor de la «sensura aduanera» para todas las obras científicas y literarias que entran al país y su oposición sistemática a la libre emisión del pensamiento por la prensa. ¡He ahí al autor de «Anarkos»!

Valencia, a pesar de su catolicismo y su fanatismo religioso, llevó una vida de disipación sexual que se hizo célebre. Este abuso parece que lo hizo contraer prematuramente una afección tuberculosa gastro intestinal que ha minado completamente su salud y acaso sea una causa degenerativa de su espíritu.

Nadie como él fué más sancionado por la fortuna en Colombia. Ingresó en la política militante a los veintidós años, siendo elegido diputado por el Departamento del Cauca, en la época luctuosa en que don Miguel Antonio Caro «cicada» del conservatismo ultramontano, llenaba con su transahada etocuencia el recinto de la Cámara colombiana. Valencia entró en liza con el mismo puntifex bogotano a quien logró dar algunos botanicos, motivo por el cual Caro que presidió en él a un rival, sabiendo que no tenía la edad que exigía la Constitución para ser diputado, movió para que la Cámara lo lanzase de su seno, pero una mayoría rebelde rebeldó de plano dicha moción. En aquella época Valencia era un rebelde, por supuesto, allá en Colombia donde todavía se discute la infabilidad del Papa y la vida y milagros de los santos, y fué entonces cuando publicó su primer y último libro de versos.

Valencia blasona de católico y de nietzschiano a la vez, por supuesto, mal católico porque carece en absoluto del sentimiento cristiano de amor (Elutropio, hacia el prójimo, y mal nietzschiano porque el arquetipo superhumano de Nietzsche, el extraordinario Zarathustra, cuando sintió que su corazón desbordaba como un vaso rebosante de miel, bajó de la montaña a predicar su verdad en la plaza pública. El llevó la noticia a los hombres de que Dios había muerto.

El catolicismo puramente convencional, ayudado a la filosofía anticristiana del genial Federico, armoniza muy bien en nuestro eximio vate con su anaerónico gusto parnasiano y alejandrino, en la poesía. En realidad y en el fondo de todo esto, Guillermo

Valencia es el consumado arquetipo del fariseo intelectual. Perfectamente ateo en moral, en religión y en todo, se dá, sin embargo, golpes de pecho en el templo invocando, como el judío de la leyenda, un Dios y un culto que ha muerto o nunca ha nacido en su propio corazón. El devoto sincero y ferviente es digno del respeto de los demás. El traidor que simula erencias que no posee, merece ser suadado a disciplinazos como fueron suadados los mercederos, del Templo, por el mismo Jesucristo.

Guillermo Valencia encarna a las mil maravillas las cualidades externas de nuestros adifalgados caballeros hispano-americanos, finos, correctos, refinados y corteses por las tapas, pero con un alma burguesa que se le sale por todos los poros de la piel. Bajo la capa de este caballero aristócrata tan adonadado al superficialismo mundano de su país y bajo el ropel de su frusc de erubir elegante, en el alma de este Federico de aldea, (Colombia es un aldea intelectual del siglo XVIII) se esconde un burgués perfecto. «Entiendo por burgueses—lo que un eximio escritor francés cuyo nombre he olvidado—aquellas a quienes se les puede aplicar esta definición: la burguesía no es un estado social sino un estado de alma; hasta entre los artistas suele haber burgueses.»

«Para los que tienen corazón y piensan, la burguesía es el único y verdadero enemigo. La burguesía no es otra cosa que un engendro de bajos sentimientos e ideas mezquinas. Vivir con elevados pensamientos y nobles preocupaciones de familia, estudio y arte; tener grandes sentimientos y magníficas generosidades, eso lo vemos todos los días en los nobles, en los príncipes, en los reyes; pero la burguesía nada, nada.»

Per los datos biográficos que he obtenido de Valencia veo que a este adifalgado caballero, para noble le fatian cinco, pero para burgués le sobran mil.

Me cuentan que tomó parte principalísima en la famosa guerra civil de tres años (1899 1903) como Jefe Civil y Militar del Departamento del Cauca, distinguiéndose únicamente por su crueldad para con los vencidos.

He aquí una anécdota que pinta al hombre: le trajeron un prisionero para que lo juzgara. —Aléncame usted—le ordenó a su asistente—aquél libro que está bajo tal número en tal estante. Y bojeando luego dicho libro, con flemática indiferencia díjole al prisionero:—

—Escránte, voy a aplicarte este Código Penal. Y leyó al azar un pensamiento en alta voz: «Los débiles deben ser eliminados para que no se perpetúen los esclavos.» El libro que tenía en las manos era un libro de Nietz-

che. Y sin otra justicia sumaria, hizo fusilar a aquel infeliz cuyo nombre indio era Tebeche, produciendo una justa indignación en sus propias filas.

Casado con la heredera más rica de Colombia, se ha dedicado al engrandecimiento de su fortuna con un afán judaico. Nadie sabe que haya llevado a cabo ninguna obra altruista ni de mejoramiento social.

Podemos afirmar, por consiguiente, que la vida y la labor literaria de Valencia crecen de toda finalidad, puesto que no ha tendido al mejoramiento de su país, ni a la difusión de la luz, ni se ha inspirado siquiera en asuntos nacionales, sino que por el contrario se advierte en sus versos y en su prosa marcado desdén y desapego por las cosas colombianas.

Guillermo Valencia prodiga el arte por el arte y el retorno del mundo hacia las idealidades helénicas—todo escritor vacío de humanidad profesa como él ideales pretéritos—y su literatura exótica, demasiado pulida y preciosista, ha sido el opio intelectual que tanto ha envenenado a la juventud colombiana como quizá a las espiritualmente para el arte y para la vida, contagiándole el sueño, la pereza, los refinamientos de Sibaritis, el sentido idealista de lo cósmico y lo humano, atrofiando y fragmentando su carácter, su corazón y su inteligencia, a fuerza de infiltrarle los ideales escépticos del fobos, en oposición a los ideales dinámicos del autántico hijo de Prometeo que es el hombre libertario de este siglo XX. Lo que necesitamos ahora, urgentemente, en los pueblos del Nuevo Mundo son hombres de acción, y no Indios de piedra con más o menos refinada cultura. La poesía para nuestra juventud no puede ser otra que la acción. La contemplación es el lior con que se embriagan los abúlicos, los inválidos del cuerpo o los valetudinarios del alma. Una juventud que no se inflama por las cosas de su siglo, que no tenga el culto mercenariano del optimismo y la entesa para hacer el bien de los acontecimientos rebeldes de la vida, que no aliente la suprema nubición de ir a atar su carro de una estrella, no es tal juventud, sino decrepita prematura de la raza. Esa juventud de hamaen, sofadora pero impotente y parásita, que son los zánganos dorados de la colmena, ha resultado para nuestra sociedad erriña de América lo que la meunariasis y

el paludismo para el individuo del Trópico: un microbio de degeneración y de muerte. Y debemos ya iniciar contra ese microbio una campaña médica. Esa es una de las misiones de CUASIMODO.

He aquí un síntesis, otro genio desequilibrado pero de inferior índole moral al Fradique Méndez de Eca de Queiroz, que pasará de largo por el mundo con su bordón y su alforja de peregrino zamateador del arte, sin que broten de las huellas de su sandalia ni las flores del recuerdo—porque él no sembró amores—ni los resplandores del ideal—porque él no le trajo ninguna ilusión nueva a la humanidad.

En las Repúblicas hispano-americanas poco o nada se sabe de la persona real de este poeta y los que tienen alguna noticia de sus actitudes mentales ultramontanas y ultra-sarritanescas contra la libertad del pensamiento escrito y hablado en el proscenio político de su país, o no se atreven a tocar su nombre, o son solradamente indulgentes con las miserias espirituales de este orfebre hacedor de frases.

Yo anuso a Guillermo Valencia del pecer crimen que puede cometer un hombre de talento: el de haber paralizado la inteligencia de la juventud colombiana, castrando su espíritu para la concepción de los grandes ideales y su carácter para la acometividad de las generosas empresas; de haber contribuido a formar una legión de escribas y levitas dispuesta a calambur los acontecimientos más gloriosos de la Historia y echar sus garra al cuello de los rebeldes y los mesías que proceden con sus voces angurales al pensamiento de las masas incensentes. Para Colombia, Guillermo Valencia ha sido el narcótico espiritual que la ha mantenido como letárgico sueño, hasta retardarla en su evon a la Bella Durmiente del Bosque, su vida en lución y su cultura por casi dos siglos.

Cuando Colombia despierte, confío en que los hombres y las mujeres quemarán en la plaza pública la effigie de este hombre. Y si se quiere poner, entonces, un epitafio sobre su tumba que pinte al hombre que fue, yo erco que nada más apropiado al caso que estas cinco versos de aquel soneto de Amado Nervo titulado «El Crimen Nuevo»:

“Tenías las supremas aristocracias:  
Sangre azul y vientre infocando,  
Porque sabías mucho y amabas poco:  
Y eras síntesis rara de un siglo loco  
Y floración malsana de un Viejo Mundo.”

## COMPAÑIA INTERNACIONAL DE SEGUROS

Hemos recibido la décima Memoria Anual de esta Compañía en la que su Directorio da cuenta a los accionistas del estado de los negocios en 1919.

Para apreciar la prosperidad de esta empresa basta tener presente que, establecida en 1910 con un capital efectivo de B. 100,000, pagó en los últimos diez años más de B. 700,000 por siniestros. El año pasado capitalizó sus reservas aumentando su capital pagado a B. 400,000. En 1919 ha formado una nueva reserva de B. 104,000. Con el dividendo propuesto para este año habrá reparado por utilidades a los accionistas B. 160,000. El 31

de Diciembre último los fondos que tenía invertidos esta Compañía sumaron B. 578,196.

Por informes obtenidos en la Compañía sabemos que las dos terceras partes de sus entradas provienen del extranjero, donde el sólido crédito de que goza lleva en constante aumento sus negocios.

Como panameños debemos sentirnos orgullosos del extraordinario resultado alcanzado por esta empresa nacional que sólo tuvo por base el trabajo y el conocimiento del negocio. Descartamos que se establecieran así muchas otras, basadas sobre principios análogos.

# Farmacia Central

Propietario, MANUEL ESPINOSA B.—Panamá, R. de P.  
AVENIDA CENTRAL Y CALLE 10a.—TELEF. No. 54

ESTA BOTICA Y DROGUERIA ESTÁ A CARGO DE NOTABLES Y EXPERTOS FARMACEUTICOS

CRISULFINA El remedio eficaz para el empeine.—PERFUMERIA FINA

Despacho Esmerado de Recetas

ESPECIALIDAD EN PRODUCTOS QUIMICOS DE LAS MEJORES CASAS EUROPEAS Y AMERICANAS

LOS SUEROS QUE OFRECEMOS SON GARANTIZADOS

## LA CRUZ ROJA

FARMACIA Y DROGUERIA

Montado este establecimiento con un surtido completo y eficiente de drogas frescas y medicinas patentadas de las mejores marcas, está en capacidad de atender en mejores condiciones que nunca a su numerosa clientela.

### CONSULTORIO MEDICO

Atención esmerada. — Servicio activo

### PERFUMERIA SELECTA

y de buen gusto a precios sin competencia.

Dr. JOSE E. ARJONA, Propietario.

Direcciones: Por Carreos. 49L.—Por Teléfono. 574—  
PANAMA, R. de P.

## PANAMA HARDWARE

M. D. CARDOZE

Parque Central y Avenida Central No. 125.—Panamá, R. de P.

Direcciones: Teléfono 578. Correo 219.

### HERRAMIENTAS Y TODA CLASE DE ARTICULOS DE FERRETERIA

Pinturas, Varnices, Armas, Municiones, Cuchillería.

Suplementos eléctricos y de auto-tomóviles - - -

Agencia de Llantas para Automóviles Marca

**AJAX**

ESPECIALIDAD en artículos de **Yale**, como Candados, Cerraduras, Botones, etc., y en la fabricación de llaves para toda clase de cerraduras de este estilo.

# FRUTERIA CENTRAL

— DE —

## YPSILANTIS HERMANOS

PANAMA, R. de P.

MUCHOS TRATAN DE IMITARLA,  
MAS NADIE PODRA IGUALARLA

ESTE famoso establecimiento, el primero que se fundó en Panamá y el que más poderosamente ha contribuido a combatir el alcoholismo, acrecienta su fama por el selecto surtido que mantiene constantemente de

frutas frescas nacionales y extranjeras; de bombones de todas clases, chocolates, confites, dulces exquisitos, galletas de fabricación americana y las famosas galletas inglesas;

TODO IMPORTADO DIRECTAMENTE DE EUROPA Y ESTADOS UNIDOS

En el ramo de refresquería la FRUTERIA CENTRAL no tiene rival. Por sus condiciones sanitarias; por la esmerada limpieza en el servicio; por la variedad y calidad de los refrescos; por la buena atención en el despacho y porque sólo allí puede encontrarse la verdadera MAIZOLA cuya marca tienen oficialmente registrada; además, el famoso PINOLILLO y otros.

YPSILANTIS HERMANOS, Propietarios.

AVENIDA CENTRAL, NUMERO 20.

Teléfono, Número 785.

Apartado de Correos No. 576.

TELEFONOS  
No. 4, almacén  
No. 311, depósito

APARTADO  
DE CORREO  
No. 847

# EMANUEL LYONS

EL ALMACEN DE FERRETERIA MAS  
SURTIDO Y MEJOR PROVISTO EN TODA  
LA REPUBLICA

*TRATO EXQUISITO A LOS CLIENTES*

Número 14 — AVENIDA CENTRAL, PANAMA — Número 98.

**Solicitamos** Agentes activos para la venta de suscripciones de nuestras publicaciones

**Necesitamos** Agentes que deseen ganar buenos sueldos y comisión.

DIRIJASE A:

**GERENTE DEL DEPARTAMENTO EXTRANJERO**

DEPARTAMENTO P.

1009 SYNDICATE TRUST BLDG.

SAINT LOUIS, MO., U. S. A.

PROMESA CUMPLIDA

# EL DIABLO

como lo anunció acaba de recibir el mejor surtido de muebles que se ha visto en Panamá.

**LAS ULTIMAS CREACIONES DE ARTE. -- LOS MEJORES MODELOS**  
en fabricación extranjera y nacional.

**LOS ESTILOS MAS CAPRICHOSOS. -- TODO A PRECIOS REDUCIDOS**  
Hay para todos los gustos y para todas las posibilidades.

# EL DIABLO

ha recibido, además, hermosos equipos completos de cristalería y loza para comedor y cocina.

**PROGURE ANTES DE COMPRAR GUALQUIER GOSA VER PRIMERO**  
**EL DIABLO.**

Vea nuestro surtido de quincallería y loza para cocina y comedor.

AVENIDA CENTRAL—PANAMA, R. DE P.  
No. 86, Teléfono No. 533.

**Al lado del "Teatro Cecilia"**



# LA IMPERIAL

LUIS C. HERBRUGER, Propietario.

Plaza de Santa Ana, Panamá R. de P.

**H**ELADOS, dulces exquisitos y refrescos variados; leche de vaca, pura y fresca en todo tiempo; CHICHAS, las famosas chichas de puro jugo de frutas de todas clases y a todas horas; selecta repostería y aguas minerales de las mejores marcas.

**S**I tiene calor, vaya, mande o llame por teléfono a LA IMPERIAL, en la Plaza de Santa Ana. Allí y solamente allí, encontrará usted los deliciosos HELADOS NAPOLETANOS especialidad y orgullo de la casa.

**S**E despacha hielo a domicilio, pero hielo diáfano, cristalino de la mejor calidad en grandes bloques y en pedacitos, por quintales y por libras.

TELEFONOS: Nos. 414 "LA IMPERIAL"; 129 EXPENDIO Y 881 FABRICA, (CALIDONIA)

NO SE OLVIDE DE ESTOS NUMEROS

CUALQUIER CLASE DE

## FERRERERIA

PUEDEN UD. CONSEGUIR DONDE

### José Ma. Chiari R.

AVENIDA CENTRAL, No. 93

TELÉFONO No. 407

GRAN SURTIDO DE

Materiales de Construcción y de Plomería.

Pinturas, Aceites y Barnices.

Rifles, Revólveres y Municiones, Herramientas de toda clase, etc.

## Kito Chen & Co.

PANAMA, R. DE P.

FRENTE AL MERCADO PUBLICO

COMERCIANTE EN GENERAL  
IMPORTADORES Y EXPORTADORES

Especialistas en el ramo de comestibles y abarrotes en general.

VENTAS AL POR MAYOR Y AL DETAL

CASA PRINCIPAL:

AVENIDA NORTE No. 28.

APARTADO No. 26

SUCURSAL:

Esquina de la Avenida Norte con la Calle 12

Este No. 1. Teléfono Número 368

# Hotel Central

Panamá, R. de P.

FRENTE AL PARQUE CENTRAL

Canavaggio Hermanos.-Propietarios



De todos los establecimientos de su índole, es el

- MAS ANTIGUO: en el edificio
- MAS MODERNO: situado en el lugar
- MAS CENTRICO DE LA CIUDAD: con las instalaciones sanitarias
- MAS COMPLETAS: con los cuartos y departamentos
- MAS VENTILADOS.
- MAS LIMPIOS.
- MAS COMODOS.
- MAS FRESCOS Y
- MAS HIGIENICOS.

RESTAURANT MAGNIFICO.—COCINA FRANCESA Y AMERICANA  
PRECIOS MODICOS SERVICIO ESMERADO

# LA CASA ROSADA

Calle 12 Este, Frente al Teatro Eldorado  
Panamá, R. de P.

ES la casa más completa en su ramo; su existencia se debe a los buenos artículos que recibe semanalmente. Allí siempre se conseguirá: JAMONES CON Y SIN HUESO, SALICHOINES DE VARIOS ESTILOS, MOITADELLAS, QUESOS desde el YOUNG AMERICA, hasta el renombrado ROCKEFORT. Distintas clases de quesos en litus.

LIGEROS PARA BUENOS GUSTOS; VINOS TINTOS DE VARIAS GLASES

Para una buena mesa, LA CASA ROSADA  
no hace falta nada en

UNICO DEPOSITO DEL MUY AFAMADO Y SIN RIVAL.

## JABON CHITRE

## FARMACIA Y LABORATORIOS

DE

### MELHADO Y Cia.

Calle 11 Este, No. 1, Bajada de Manuel Juén,  
cerca del Mercado.—Panamá, R. de P.

Apartado, No. 63.—Teléfono, 679.—Dirección  
Telegráfica, "Melco".

MEDICINAS DE PATENTE, PER-  
FUMERIA, DROGAS Y OTROS AR-  
TICULOS DEL RAMO.

ESPECIALIDAD EN DESPACHO DE  
RECETAS Y ANALISIS QUÍ-  
MICOS.

## VA UD. A NUEVA YORK?

Le conviene solicitar por una magní-  
fica casa de huéspedes bien situada, de  
confianza, en donde no extrañará us-  
ted las comidas de su casa ni el trato  
de su familia.

### QUIERE USTED ENCONTRAR LA CASA IDEAL?

Solicite por la familia

### IBÁÑEZ GARMENDIA

36 W. 112 Street, near Lenox Avenue.

Dé usted estas señas al llegar a los  
muebles de Nueva York y está usted  
salvado.

PRECIOS RACIONALES  
SE HABL A ESPAÑOL E INGLÉS.